Keith Lowe

Prisioneros de la historia

Galaxia Gutenberg

© Quim Llenas/Cober

Keith Lowe nació en 1970 y estudió Literatura inglesa en la Universidad de Manchester. Tras trabajar doce años como editor de libros de Historia, se dedicó a tiempo completo a su carrera de escritor e historiador, y ahora se le reconoce a ambos lados del Atlántico como una autoridad en la Segunda Guerra Mundial y la posguerra. Es autor de *Inferno: The Devastation of Hamburg, 1943*, y de *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial* (Galaxia Gutenberg, 2012), por el que recibió en 2013 el Premio de Historia PEN/Hessell-Tiltman. En 2017 publicó también en Galaxia Gutenberg *El miedo y la libertad. Cómo nos cambió la Segunda Guerra Mundial*, que recibió excelentes críticas. Sus libros se han traducido a veinte idiomas.

Keith Lowe, aclamado autor de libros tan importantes como *Continente salvaje*, observó que en todo el mundo se derribaban monumentos como expresión de protesta política y comenzó a preguntarse qué es lo que dicen sobre nosotros hoy los monumentos construidos para conmemorar la Segunda Guerra Mundial. Centrándose en ellos, se adentra en la terrible contienda de 1939-1945 para indagar hasta qué punto está todavía presente entre nosotros. Examina todos los aspectos de la guerra, desde los vencedores hasta los vencidos, desde los héroes hasta los villanos, desde el apocalipsis hasta la reconstrucción después de la devastación. Se centra en veinticinco monumentos, entre ellos, «La Madre Patria Te Llama», en Rusia; el Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina, en Estados Unidos; el Monumento a los Caídos, en Italia; el Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín, en China; la Cúpula de la Bomba Atómica, en Hiroshima; el Balcón de Yad Vashem, en Jerusalén, y la Ruta de la Liberación de Europa que va de Londres a Berlín.

Como era de esperar, encuentra que cada país ve la guerra de una manera diferente. En los monumentos erigidos en Estados Unidos, Lowe percibe triunfo y veneración patriótica a los héroes. En Europa, los monumentos son melancólicos, ambiguos y muy a menudo están dedicados a las víctimas. En estas diferentes visiones internacionales de la guerra, Lowe capta las expresiones en piedra y metal de los sentimientos que aún hoy nos aprisionan con sus posturas inmutables. Sin embargo, el mundo actual está cambiando a un ritmo sin precedentes, y los monumentos erigidos hace décadas, o incluso siglos, ya no representan los valores que hoy apreciamos. *Prisioneros de la historia* analiza desde el siglo XXI una guerra del siglo XX que todavía nos persigue hoy.

Keith Lowe

Prisioneros de la historia

Monumentos y Segunda Guerra Mundial

Traducción de
Victoria Eugenia Gordo del Rey

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Prisoners of History. What Monuments to the Second World War Tell Us about our History and ourselves*
Traducción del inglés: Victoria Eugenia Gordo del Rey

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© Keith Lowe, 2020
© de la traducción: Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-18807-13-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Creo

Índice

Mapas
Introducción

Primera parte
HÉROES

1. Rusia: La Madre Patria Te Llama, Volgogrado
2. Rusia y Polonia: Monumento de los Cuatro Durmientes, Varsovia
3. Estados Unidos: Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina, Arlington, Virginia
4. Estados Unidos y Filipinas: Monumento Conmemorativo del Desembarco de Douglas MacArthur, Leyte
5. Reino Unido: Monumento al Mando de Bombarderos, Londres
6. Italia: Monumento a los Caídos, Bolonia

Coda: el fin del heroísmo

Segunda parte
MÁRTIRES

7. Países Bajos: Monumento Nacional, Ámsterdam
8. China: Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín
9. Corea del Sur: Estatua de la Paz, Seúl
10. Estados Unidos y Polonia: Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn, Jersey City
11. Hungría: Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana, Budapest
12. Polonia: Auschwitz

Tercera parte
MONSTRUOS

13. Eslovenia: Monumento a las Víctimas de Todas las Guerras, Liubliana
14. Japón: santuario Yasukuni, Tokio
15. Italia: tumba de Mussolini, Predappio
16. Alemania: el búnker de Hitler y la Topografía del Terror, Berlín
17. Lituania: Estatua de Stalin, parque Grūtas
Conclusión: el valor de los monstruos

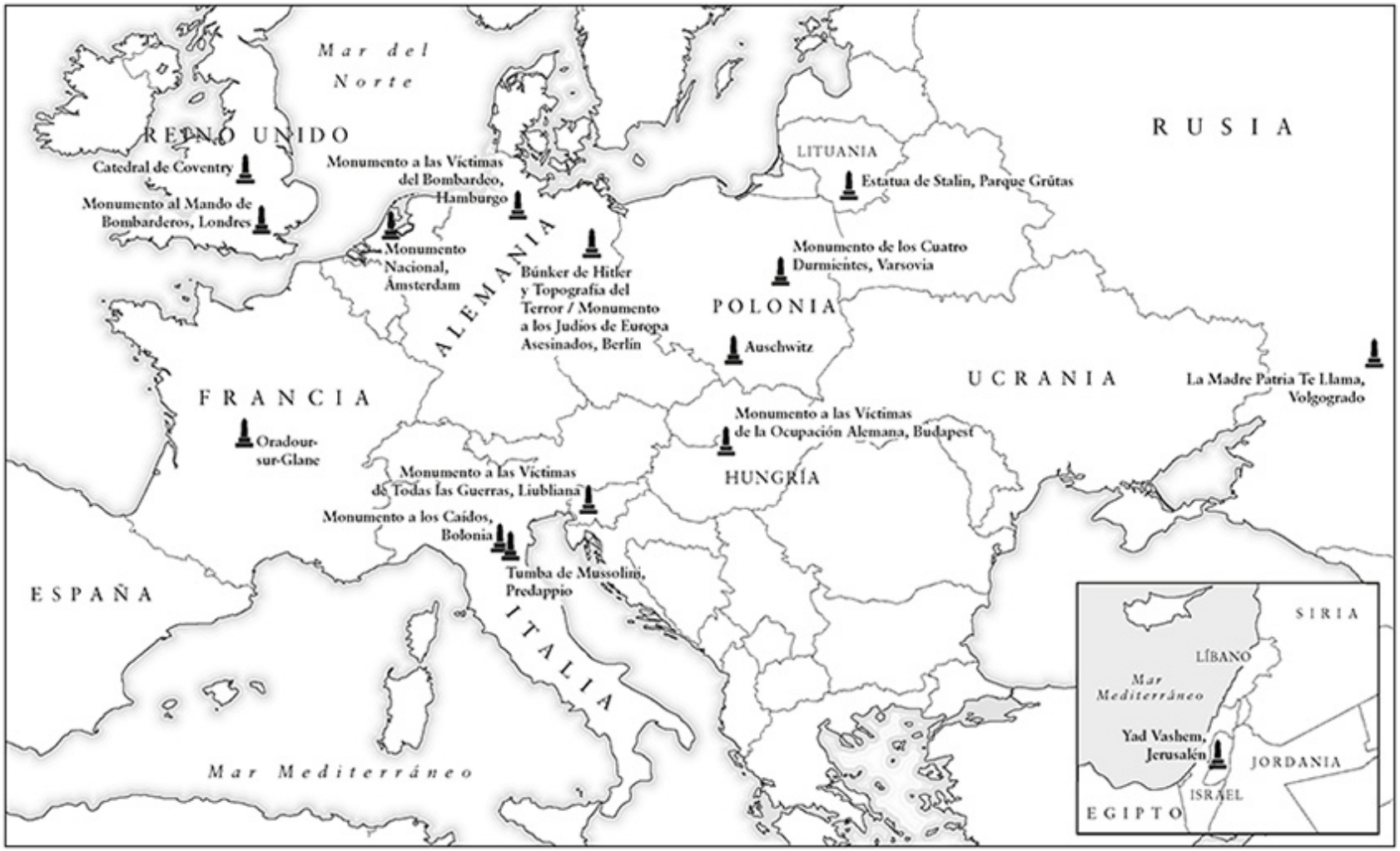
Cuarta parte
APOCALIPSIS

18. Francia: Oradour-sur-Glane
19. Alemania: Monumento a los Judíos de Europa Asesinados, Berlín
20. Alemania: Monumento a las Víctimas del Bombardeo, Hamburgo
21. Japón: Cúpula de la Bomba Atómica, Hiroshima, y Estatua de la Paz, Nagasaki

Quinta parte
RENACIMIENTO

22. Naciones Unidas: mural del salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Nueva York
23. Israel: balcón de Yad Vashem, Jerusalén
24. Reino Unido: la catedral de Coventry y la Cruz de Clavos
25. Unión Europea: Ruta de la Liberación de Europa

Conclusión
Bibliografía
Agradecimientos
Procedencia de las ilustraciones


Mar del Norte
REINO UNIDO
Catedral de Coventry
Monumento al Mando de Bombarderos, Londres
Monumento a las Víctimas del Bombardeo, Hamburgo
Monumento Nacional, Ámsterdam
ALEMANIA
Búnker de Hitler y Topografía del Terror / Monumento a los Judíos de Europa Asesinados, Berlín
LITUANIA
Estatua de Stalin, Parque Grūtas
RUSIA
Monumento de los Cuatro Durmientes, Varsovia
POLONIA
Auschwitz
UCRANIA
La Madre Patria Te Llama, Volgograd
FRANCIA
Oradour-sur-Glane
Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana, Budapest
HUNGRÍA
Monumento a las Víctimas de Todas las Guerras, Liubliana
Monumento a los Caídos, Bolonia
Tumba de Mussolini, Predappio
ESPAÑA
ITALIA
Mar Mediterráneo
SIRIA
LÍBANO
Mar Mediterráneo
Yad Vashem, Jerusalén
JORDANIA
ISRAEL
EGIPTO

Pekín
COREA DEL NORTE
JAPÓN
Estatua de la Paz, Seúl
Santuario Yasukuni, Tokio
COREA DEL SUR
CHINA
Cúpula de la Bomba Atómica, Hiroshima
Estatua de la Paz, Nagasaki
Monumento a
las Víctimas de la
Masacre de Nankín
Shanghái
TAIWÁN
Hong Kong
Océano Pacífico
FILIPINAS
Manila
Monumento Conmemorativo
del Desembarco de Douglas MacArthur, Leyte

Mural de salón del Consejo de Seguridad
de las Naciones Unidas, Nueva York
Monumento a Katyn, Jersey City
ESTADOS UNIDOS
DE AMÉRICA
Filadelfia
Baltimore
Monumento al Cuerpo
de Infantería de Marina,
Arlington
Washington
Océano
Atlántico

Introducción

En el verano de 2017, algunos legisladores de Estados Unidos empezaron a retirar las estatuas de héroes confederados que se hallaban en calles y plazas frente a edificios públicos. Figuras del siglo XIX como Robert E. Lee y Jefferson Davis, que había luchado por el derecho a tener esclavos negros, dejaron de ser considerados modelos adecuados para los estadounidenses del siglo XXI, por lo que empezaron a ser derruidas. Por todo Estados Unidos, en medio de un coro de protestas y contraprotestas, un monumento tras otro fue cayendo.

Lo que ocurría en América no tenía nada de único: en todas partes se estaban derribando también otros monumentos. En 2015, a raíz de la retirada de una estatua de Cecil Rhodes del campus de la Universidad de Ciudad del Cabo, se produjeron llamamientos a la eliminación de todos los símbolos del colonialismo en Sudáfrica. En poco tiempo, la campaña *«Rhodes Must Fall»* [«Rhodes debe caer»] se extendió a otros países del mundo, incluido el Reino Unido, Alemania y Canadá. El mismo año, algunos fundamentalistas comenzaron a destruir cientos de estatuas antiguas en Siria y en Irak, alegando que fomentaban la idolatría. Mientras, los gobiernos nacionales de Polonia y Ucrania anunciaron la retirada total de todos los monumentos al comunismo. Una oleada de iconoclastia se extendía por el mundo entero.

Yo observaba todos estos acontecimientos con gran fascinación, pero también con cierta incredulidad. En las décadas de 1970 y 1980 este tipo de hechos habrían sido impensables. En cualquier lugar, los monumentos eran considerados mero mobiliario urbano: lugares idóneos para quedar con

alguien o pasar el rato, pero pocos les prestaban atención en sí mismos. Algunas eran estatuas de hombres mayores ya olvidados, que a menudo llevaban sombreros extraños y bigotes absurdos; otros eran formas abstractas construidas con hormigón o acero; pero, en ambos casos, en realidad no las entendíamos. No tenía sentido hacer llamamientos a su retirada, porque a la mayoría de la gente no le importaban lo bastante para armar el más mínimo jaleo por ello. Pero en los últimos años, los objetos que entonces eran casi invisibles de pronto se han convertido en centro de atención. Algo importante parece haber cambiado.

Al mismo tiempo que algunos de nuestros viejos monumentos se echan abajo, continuamos construyendo otros nuevos. En 2003, el derribo de la estatua de Sadam Husein en el centro de Bagdad se convirtió en una de las imágenes emblemáticas de la guerra de Irak. Pero a los dos años de la destrucción de la estatua, un nuevo monumento había venido a sustituirla: una escultura de una familia iraquí sosteniendo en alto la luna y el sol. Para los artistas que lo diseñaron, el monumento representaba las esperanzas de Irak de una nueva sociedad caracterizada por la paz y la libertad, unas esperanzas que casi inmediatamente después se quebraron ante una renovada ola de corrupción, extremismo y violencia.

Por todo el mundo se están produciendo cambios similares. En Estados Unidos, las estatuas de Robert E. Lee están siendo gradualmente sustituidas por monumentos a Rosa Parks o a Martin Luther King. En Sudáfrica, las estatuas de Cecil Rhodes han sido derruidas, erigiéndose en su lugar monumentos a Nelson Mandela. En Europa del Este, las estatuas de Lenin y Marx dieron paso a representaciones de Tomáš Masaryk, Józef Piłsudski y otros héroes nacionalistas.

Algunos de nuestros monumentos más nuevos son verdaderamente enormes en cuanto a tamaño, especialmente en algunos lugares de Asia. A finales de 2018, por ejemplo, India inauguró una nueva estatua de Sardar Vallabhbhai Patel, una importante figura del movimiento de independencia de la nación durante la década de 1930 y 1940. Con 182 metros de altura, es en la actualidad la estatua más alta del mundo. Crear estructuras tan gigantescas, de un coste tan enorme, requiere un increíble nivel de

autoconfianza. No se trata de estructuras temporales: han sido diseñadas para durar cientos de años. Y, sin embargo, ¿quién nos asegura que les irá mejor que a las estatuas de Lenin o Rhodes o cualquiera del resto de personajes que en un momento dado parecían tan permanentes?

En mi opinión son varias cosas las que a la vez concurren en este punto. Los monumentos reflejan nuestros valores, y todas las sociedades se engañan pensando que estos valores son eternos: esta es la razón por la que convertimos dichos valores en piedra y los colocamos sobre un pedestal. Pero, cuando el mundo cambia, nuestros monumentos –y los valores que representan– quedan congelados en el tiempo. El mundo actual está cambiando a un ritmo sin precedentes, y los monumentos erigidos hace décadas, o incluso siglos, ya no representan los valores que hoy apreciamos.

Los debates que actualmente tienen lugar sobre nuestros monumentos casi siempre tratan de la identidad. En los días en los que el mundo estaba dominado por hombres ancianos de raza blanca, tenía sentido levantar estatuas en su honor; pero en el mundo de hoy, caracterizado por el multiculturalismo y una mayor igualdad de género, no resulta sorprendente que la población esté empezando a hacerse preguntas. ¿Dónde están todas las estatuas de mujeres? En un país como Sudáfrica, con una población mayoritariamente negra, ¿por qué debería haber tantas estatuas de europeos blancos? En Estados Unidos, cuya población es de las más diversas del planeta, ¿por qué esta diversidad no goza de mayor presencia en sus lugares públicos?

No obstante, tras estos debates subyace algo aún más fundamental: al parecer no somos capaces de decidirnos sobre cuál es el papel que nuestra historia comunitaria debería desempeñar en nuestras vidas. Por un lado, vemos la historia como el firme cimiento sobre el que se ha construido nuestro mundo. La imaginamos como una fuerza benigna que nos ofrece oportunidades para aprender del pasado y progresar en nuestro futuro. La historia es la base misma de nuestra identidad. Pero, por otra parte, la vemos como una fuerza que nos atrofia, haciéndonos rehenes de siglos de una tradición que se ha quedado obsoleta, que nos conduce por los viejos caminos de siempre, que nos lleva a cometer los mismos errores una y otra

vez. De este modo, se convierte en una trampa, de la que parece imposible escapar.

Esta es la paradoja que yace en el corazón de nuestra sociedad. Cada generación desea liberarse de la tiranía de la historia; y, sin embargo, cada generación sabe, instintivamente, que sin ella no es nada, porque la historia y la identidad se encuentran estrechamente entrelazadas.

Este libro trata de nuestros monumentos y de lo que estos realmente nos cuentan acerca de nuestra historia y nuestra identidad. He escogido veinticinco monumentos conmemorativos de todo el mundo que cuentan algo importante sobre las sociedades que los han levantado. Algunos de estos monumentos constituyen actualmente atracciones turísticas de masas: millones de personas los visitan cada año. Todos ellos suscitan controversia. Todos cuentan una historia. Algunos tratan deliberadamente de ocultar más de lo que muestran, pero, al hacerlo, acaban por revelarnos más de nosotros mismos de lo que nunca hubieran pretendido. Mi principal propósito es demostrar que ninguno de estos monumentos trata en realidad del pasado: más bien son una expresión de una historia que todavía hoy sigue viva, y que continúa gobernando nuestras vidas, lo queramos o no.

Todos los monumentos que he elegido están dedicados a un mismo periodo de nuestro pasado común: la Segunda Guerra Mundial. Existen muchas razones para ello, pero la más importante es que, de todos nuestros monumentos conmemorativos, estos son los únicos que parecen haber evitado la presente tendencia a la iconoclastia. Dicho de otro modo, estos monumentos continúan transmitiéndonos cosas sobre quiénes somos, algo que muchos de los otros monumentos ya no hacen.

En los últimos años se han derribado muy pocos monumentos de guerra. De hecho, ha ocurrido más bien lo contrario: estamos construyendo nuevos monumentos de guerra a un ritmo sin precedentes. Y no solo en Europa y América, sino también en países asiáticos como Filipinas y China. ¿A qué se debe esto? No es que los que fueron nuestros líderes durante la guerra sean menos controvertidos que algunas de las figuras cuyas estatuas han

sido recientemente derruidas. Los líderes británicos y franceses eran tan campeones del colonialismo como lo pudo llegar a ser Cecil Rhodes; los líderes estadounidenses seguían ostentando la jefatura de un ejército racialmente segregado; y los soldados de las fuerzas aliadas, cometiendo actos que hoy en día serían considerados crímenes de guerra. Sus actitudes hacia las mujeres tampoco fueron siempre afortunadas. Una de nuestras imágenes más famosas del final de la guerra, la icónica fotografía de la portada de la revista *Life* de un marinero besando a una enfermera en Times Square, Nueva York, celebra lo que hoy sabemos que constituye un acto de agresión sexual. Nuestra memoria colectiva de la Segunda Guerra Mundial parece pasar por alto estas cuestiones de una forma que nuestra memoria sobre otros periodos no puede hacerlo.

A fin de llegar al fondo de estos temas, he dividido nuestros monumentos de la Segunda Guerra Mundial en cinco amplias categorías. En la primera parte del libro dirijo la mirada a algunos de nuestros más famosos monumentos a los héroes de guerra. Me gustaría demostrar cómo dichos monumentos son los más vulnerables de todos los conmemorativos de la Segunda Guerra Mundial y los únicos que muestran alguna señal de haber sido tratados de derribar o retirar. La segunda parte explora nuestros monumentos a los mártires de la guerra, y la tercera aborda algunos de los espacios conmemorativos construidos en honor de los principales villanos de la guerra. La interacción entre estas tres categorías es tan importante como cada una de las categorías: los héroes no pueden existir sin los villanos, ni tampoco los mártires. En la cuarta parte se describen los monumentos que representan la destrucción apocalíptica de la guerra; y en la quinta parte me ocupo de algunos dedicados al renacimiento que vino después. Estas cinco categorías se reflejan y se refuerzan entre sí. Han creado una especie de marco mitológico que las protege de la iconoclastia que ha ido arrasando otras partes de nuestra memoria colectiva.

He tratado de incluir una amplia variedad de monumentos, con la intención de representar la gran diversidad de lugares que se han utilizado para guardar los recuerdos del pasado. Así que describiré no solo estatuas figurativas y esculturas abstractas, sino también santuarios, tumbas, ruinas,

murales, parques y elementos arquitectónicos. Algunos de los monumentos que he elegido fueron creados en el periodo inmediatamente posterior a la guerra, mientras que otros son mucho más recientes –de hecho, varios continúan en construcción mientras escribo estas líneas–. Algunos tienen un profundo sentido local, mientras que en otros el significado es nacional o incluso internacional. He intentado incluir monumentos de muy diferentes partes del mundo –como, por ejemplo, de Israel, China y Filipinas, así como del Reino Unido, Rusia y Estados Unidos–.

Escribir acerca de un periodo que todo el mundo conoce –o, al menos, cree conocer– tiene grandes ventajas. La Segunda Guerra Mundial afectó a todos los rincones del planeta, y la mayoría de las naciones del mundo lo conmemoran de una u otra forma. Es un gran igualador cultural. Y, no obstante, como pronto quedará evidenciado en este libro, la guerra se recuerda de maneras enormemente distintas en diferentes naciones. ¿Qué mejor manera de entender estas diferencias entre nosotros y nuestros vecinos que confrontar nuestras distintas y discrepantes visiones sobre lo que siempre hemos considerado una experiencia compartida?

Por último, me he concentrado en los monumentos de la Segunda Guerra Mundial simplemente por su calidad. En ocasiones tendemos a pensar en los monumentos como algo sólido, gris y aburrido, pero las esculturas que se muestran en este libro son algunas de las obras más dramáticas y emotivas del arte público en todo el mundo. Bajo la mole de granito o de bronce encontramos una mezcla de todo lo que nos hace ser quienes somos –poder, gloria, valentía, temor, opresión, grandeza, esperanza, amor y pérdida–.

Celebramos estas y otras mil cualidades con la esperanza de que ellas pueden liberarnos de la tiranía del pasado. Y, sin embargo, debido a nuestro deseo de inmortalizarlas en piedra, acaban inevitablemente expresando las mismas fuerzas que siguen manteniéndonos prisioneros de nuestra historia.

Primera parte

HÉROES

Hoy vivimos en la era del escándalo. Nuestros medios de comunicación están a menudo tan dominados por historias de corrupción entre nuestros políticos, nuestros líderes empresariales y religiosos y nuestras estrellas del deporte e ídolos de la pantalla, que a veces puede resultar difícil creer ya en los héroes.

No siempre ha sido así. Según nuestra memoria compartida, al menos, una vez supimos exactamente quiénes eran nuestros héroes. En 1945 construimos monumentos a los hombres y mujeres que lucharon por nosotros en la Segunda Guerra Mundial, e incluso actualmente seguimos construyendo este tipo de monumentos, que nos hablan de una época menos compleja, cuando la gente sabía diferenciar el bien del mal y estaba dispuesta a hacer lo que debía, en aras de un bien mayor.

Pero ¿hasta qué punto son exactos estos recuerdos? ¿Fueron nuestros héroes en realidad más fuertes, valientes o responsables que nosotros? Si los sometemos al mismo escrutinio al que están sujetos nuestros políticos y celebridades hoy, ¿podríamos verlos como héroes?

Nuestra veneración por la generación de la Segunda Guerra Mundial dice mucho de cómo vemos nuestra historia, y la influencia que hoy en día sigue teniendo sobre nosotros. En las siguientes páginas abordaré algunos de nuestros monumentos al heroísmo en todo el mundo, plantearé preguntas acerca de lo que nos cuentan, no solo sobre el pasado, sino también sobre nuestros valores e ideales de hoy. Analizaré asimismo lo que ocurre cuando estos valores cambian con el paso del tiempo. ¿Pueden nuestros héroes estar a la altura de nuestras expectativas? Y, ¿qué ocurre cuando los recuerdos del

pasado con los que nos sentimos cómodos chocan con una realidad histórica mucho más fría?

1

Rusia: La Madre Patria Te Llama, Volgograd

La Segunda Guerra Mundial fue probablemente la mayor catástrofe humana que el mundo ha vivido. Los historiadores siempre se han esforzado por encontrar palabras que transmitan siquiera una mínima idea de toda su dimensión. Ofrecemos interminables estadísticas –más de 100 millones de soldados movilizados, más de 60 millones de muertos, más de 1,6 billones de dólares desperdiciados–, pero las cifras son tan enormes que a la mayoría de nosotros no nos dicen nada.

Los monumentos, espacios conmemorativos y museos no se basan en las estadísticas: encuentran otras maneras de sugerir la escala de lo acaecido durante la guerra. Un símbolo único y bien elegido a menudo puede darlo a entender mucho más que las palabras. Por ejemplo, ¿quién puede contemplar la montaña de zapatos que se muestra en el museo del Holocausto de Auschwitz-Birkenau sin imaginar la multitud de cadáveres a los que les fueron robados? A veces incluso un mínimo objeto puede traernos a la mente algo gigantesco. En el Museo de la Paz de Hiroshima se muestra un conjunto de relojes de pulsera y de pared, todos los cuales se pararon a la vez en el momento exacto de la explosión nuclear. Parecen querer decirnos que el impacto de la bomba atómica fue de tales dimensiones que pudo parar el tiempo.

Pero, quizás, la forma más eficaz para que los monumentos conmemorativos transmitan la inmensidad de la guerra es, al mismo tiempo, la más simple: su mero tamaño. Muchos de los monumentos conmemorativos de este libro son de dimensiones espectaculares. Algunos, verdaderamente gigantescos. Existe una regla general que se cumple en la

mayoría de ellos: cuanto mayor es el hecho que se conmemora, más grande es el monumento.

Este capítulo cuenta la historia de uno de los más grandes de todos: la descomunal estatua que se yergue en la cima de Mamáyev Kurgán, en la ciudad rusa de Volgogrado. Su tamaño nos transmite muchas cosas, no solo sobre la Segunda Guerra Mundial, sino también sobre la mentalidad rusa y las ataduras que todavía la tienen prisionera.

Mamáyev Kurgán no es el enclave de un solo monumento, sino un complejo de monumentos, a cuál más gigantesco. La primera vez que fui allí, sentí como si estuviera entrando en el reino de los titanes. Al pie de la colina encontramos una enorme escultura de un hombre con el torso desnudo con una metralleta en una mano y una granada en la otra. Su torso musculado parece emerger de la roca misma, alcanzando la altura de un edificio de tres pisos. Más allá de él, a ambos lados de los escalones que conducen a la cima, encontramos esculturas en relieve de soldados gigantescos surgiendo de los derruidos muros, como si estuvieran en mitad de la batalla. Si seguimos subiendo la colina, hallamos la descomunal figura de una madre que llora la muerte de su hijo, cuyo tamaño es el doble de mi casa. Su cuerpo se encorva sobre el de su hijo muerto, volcando su llanto sobre un gran estanque llamado el Lago de las Lágrimas.

Las varias docenas de estatuas que se exhiben en este parque son todas gigantescas: ninguna mide menos de seis metros de altura y algunas de ellas representan a héroes que triplican o cuadriplican ese tamaño. Y, sin embargo, todos quedan empequeñecidos por la estatua que se yergue en solitario en la cima de la colina. Allí, dominando el Volga, se levanta una colosal imagen de la madre Rusia en actitud de llamar a sus hijos a luchar por ella. Su boca abierta lanza un grito de batalla, su cabello y su vestido ondean al viento, y en la mano derecha sostiene una enorme espada que apunta al cielo. Desde sus pies hasta la punta de la espada, mide 85 metros de altura. Casi el doble de alta, y cuarenta veces más pesada, que la Estatua

de la Libertad de Nueva York. En 1967, año de su inauguración, era la estatua más grande del mundo.

Este monumento, que lleva por nombre La Madre Patria Te Llama, es una de las estatuas más emblemáticas de Rusia. Fue creada por el escultor soviético Yevgueni Vuchétich, que pasó años diseñándola y construyéndola. Contiene alrededor de 2.500 toneladas métricas de metal y 5.500 toneladas de hormigón. Solamente la espada pesa catorce toneladas. La estatua era tan enorme que Vuchétich se vio obligado a colaborar con un ingeniero de estructuras, Nikolái Nikitin, para garantizar que no se hundiera bajo su propio peso. Hubo que taladrar agujeros en la espada para reducir el peligro de que el viento, a través de ella, hiciera oscilar toda la estructura.

Si bien este monumento habría parecido absurdamente grandioso en Italia o en Francia, a orillas Volga, en la ciudad que un día se llamó Stalingrado, resulta discretamente apropiado. La batalla que aquí tuvo lugar en 1942 no tiene parangón con ningún otro hecho acaecido en Occidente. Comenzó con el mayor bombardeo alemán de toda la guerra, y continuó con ataques y contraataques de más de una docena de ejércitos al completo. Dentro de lo que es la ciudad, los soldados lucharon calle por calle, e incluso habitación por habitación, en un paisaje de edificios en ruinas. En el transcurso de cinco meses, unos dos millones de hombres perdieron sus vidas, su salud o su libertad. Las bajas totales de esta sola batalla superaron las sufridas por Inglaterra y Estados Unidos juntos en toda la guerra.

Cuando uno se encuentra en la cima de Mamáyev Kurgán, bajo la sombra de la gigantesca estatua de la Madre Patria, nota el peso de toda esta historia. Hasta un extranjero se siente abrumado. Pero para muchos ciudadanos de Rusia, este lugar es sagrado. La palabra *Kurgán* significa en ruso «túmulo» o «montículo mortuorio». La colina es un viejo enclave dedicado a un señor de la guerra del siglo XIV, pero, tras la mayor batalla de la mayor guerra de la historia, encarna un nuevo simbolismo. Este lugar fue uno de los campos de batalla más importantes de 1942, y en él yacen enterrados un número desconocido de soldados y civiles. Incluso hoy en día, cuando se sube la colina, es posible seguir encontrando fragmentos de

metal y de huesos bajo la tierra. La estatua de la Madre Patria se yergue, tanto figurada como literalmente, sobre una montaña de cadáveres.

La dimensión de la guerra en Rusia es una de las razones por la que los monumentos de Mamáyev Kurgán son tan grandes, pero no la única; de hecho, ni siquiera la principal. Las estatuas de héroes musculosos y madres que lloran son enormes, pero esta gigantesca mujer en la cumbre de la colina destaca sobre todos. Es importante recordar que se trata de una representación, no de la guerra, sino de la Madre Patria. Su mensaje es muy simple: por dura que sea la batalla, y por grande que sea el enemigo, la Madre Patria es más grande aún. Su colosal tamaño está pensado para infundir ánimo a los soldados que combaten y a las madres que lloran, y para recordar que, pese a todo su sacrificio, al menos ellos son parte de algo poderoso y magnífico. Este es el verdadero sentido de Mamáyev Kurgán.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el pueblo de la Unión Soviética tenía poco con lo que consolarse. No solo estaba traumatizado por las pérdidas, sino que se enfrentaba a un futuro incierto. Rusia no se benefició económicamente de la guerra como sí hicieron los americanos: la violencia había dejado su economía en ruinas. Tampoco los rusos alcanzaron nuevas libertades: pese a las ampliamente compartidas esperanzas de un ablandamiento político a partir de 1945, la represión estalinista no tardó en volver por sus fueros. La vida en la Rusia posterior a la guerra fue muy dura.

El único consuelo para Rusia y otros pueblos soviéticos era que su gran país al fin se había demostrado a sí mismo que realmente era una gran nación. En 1945, la Unión Soviética poseía el ejército más grande que el mundo había visto nunca. Dominaba no solo la vasta extensión de Eurasia, sino también el Báltico y el mar Negro. La Segunda Guerra Mundial no solo había restaurado las fronteras del país, sino que las había ampliado, tanto al oeste como al este, y la influencia soviética se extendía entonces hasta el mismo corazón de Europa. Antes de la guerra, la Unión Soviética

había sido una potencia de segunda fila, debilitada por la agitación interna. Tras la guerra, se convirtió en una superpotencia.

La estatua de la Madre Patria en Mamáyev Kurgán fue diseñada para dar prueba de todo esto. Se construyó en la década de 1960, cuando la Unión Soviética se encontraba en el apogeo de su fuerza. Se erigió como una advertencia a cualquiera que se atreviera a atacarla, pero también como símbolo de confianza para el pueblo soviético. Era una declaración de que el gigante siempre los protegería.

A los ciudadanos rusos que subieron por primera vez a la cumbre de esta colina con la estatua de la Madre Patria a sus espaldas, las vistas les parecían infinitas. Todo lo que quedaba al oeste, hasta unos 1.600 kilómetros de distancia, era territorio soviético. Hacia el este, podían viajar a través de nueve zonas horarias sin salir de su país. Incluso el cielo parecía pertenecerles: el primer hombre lanzado al espacio fue un ruso, y también la primera mujer. Es imposible alzar la vista hacia la estatua de la Madre Patria sin que la mirada se dirija más allá, hacia el interminable cielo que la envuelve.

Desde entonces, Rusia nunca ha dejado de construir monumentos conmemorativos de guerra. Muchos de ellos son de un tamaño similar a los de Volgogrado. En 1974, por ejemplo, se erigió en Múrmansk una estatua de un soldado soviético de 42 metros de altura, en recuerdo de los hombres que murieron durante la defensa de la Rusia ártica en julio de 1941. A principios de 1980, cuando Ucrania todavía formaba parte de la Unión Soviética, se levantó una segunda estatua de la Madre Patria en Kiev. Como la estatua de Mamáyev Kurgán, fue diseñada por Vuchétich. Incluido el pedestal, mide cien metros en total. Y en 1985, para celebrar el cuarenta aniversario del final de la guerra, se construyó un monumento a la victoria de 79 metros de alto en Riga, capital de la Letonia soviética.

Todas estas estatuas y monumentos se erigieron para que constituyeran símbolos de poder y confianza. Pero una generación después de que se inaugurara la estatua de la Madre Patria de Volgogrado, el poder soviético comenzó a tambalearse. En la década de 1980, países del bloque del Este, como Polonia y Alemania Oriental, comenzaron a alejarse de la influencia

soviética, proceso que culminó con el colapso del comunismo en estos países en 1989. A partir de este momento, algunas piezas de la propia Unión Soviética empezaron a separarse: primero Lituania, en marzo de 1990, y a continuación una rápida sucesión de otros trece estados pertenecientes al Báltico, Europa oriental, el Cáucaso y Asia central. El gigante se desmoronaba. La disolución de la Unión Soviética se anunció finalmente el 26 de diciembre de 1991.

El sentimiento de desesperanza que muchos experimentaron en Rusia durante este periodo era palpable. Madeleine Albright, secretaria de Estado de Estados Unidos a finales de la década de 1990, cuenta que una vez se reunió con un ruso que se lamentaba: «Antes éramos una superpotencia, pero ahora somos como Bangladés con misiles». Durante décadas, la grandeza nacional había sido el único consuelo frente a todas las pérdidas que hombres como él habían venido sufriendo a lo largo del siglo. En aquel momento, también esto les había sido arrebatado.

Con este ambiente, los gigantescos monumentos de guerra rusos iban viéndose cada vez menos como símbolos de poder y cada vez más como Ozymandias en el famoso poema de Shelley: reliquias de glorias pasadas destinadas a ser engullidas, a ritmo lento pero seguro, por las arenas del tiempo. Pero esto no impidió a las autoridades rusas construirlos. Por el contrario, Rusia nunca ha dejado de celebrar las glorias de la Segunda Guerra Mundial. En 1995, por ejemplo, se inauguró en Moscú un nuevo Museo de la Gran Guerra Patriótica. Frente a él se yergue un monumento todavía más grande que la estatua de Mamáyev Kurgán: de hecho, su altura de 141,8 metros, le convierte en el monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial más alto del mundo. A este le siguieron otros. En abril de 2007, Bélgorod, Kursk y Oriol fueron declaradas «ciudades de gloria militar» por el papel que habían desempeñado durante la guerra, y en todas ellas se erigieron nuevos obeliscos. Al octubre siguiente se otorgó el mismo título a cinco ciudades más, erigiéndose por tanto otros cinco obeliscos. Solo cinco años después, más de cuarenta ciudades de toda Rusia recibieron el mismo honor, levantándose nuevos monumentos desde Víborg a Vladivostok.

¿Por qué los rusos continúan conmemorando la guerra de esta manera? Han pasado más de 75 años desde los últimos días del conflicto. ¿No es ya hora de dejarlo?

Existen un par de posibles explicaciones para la aparentemente ilimitada adicción del país a los grandes monumentos a la Segunda Guerra Mundial. La primera, que el trauma provocado por la guerra fue tan enorme que Rusia, sencillamente, no puede olvidarlo. Sienten el impulso de contar las historias de la guerra una y otra vez, del mismo modo que los individuos que han sufrido un trauma a menudo experimentan *flashbacks* o recuerdos recurrentes de hechos traumáticos. Estos nuevos monumentos conmemorativos, cada cual aparentemente más grande que el anterior, son la forma que tiene Rusia de asimilar su pasado.

Aunque estoy seguro de que esto es cierto, resulta a la vez un poco simplista. Por ejemplo, no explica por qué actualmente se están construyendo y haciendo más réplicas de monumentos conmemorativos que nunca. ¿Hay algo en la Rusia de hoy que esté haciendo que se multipliquen estos *flashbacks* de hormigón? No puedo evitar pensar que debe de haber una renovada sensación de inestabilidad, o de vulnerabilidad, que está llevando a Rusia a insistir, cada vez con más estridencia, en su heroísmo durante la guerra. En otras palabras, los monumentos que están erigiendo hoy tienen que ver tanto con el presente como con el pasado.

O quizás, simplemente tenga que ver con la construcción nacional. Rusia no es el país que era antes. Ha perdido un imperio, y todavía no ha encontrado cuál es su nuevo papel en el mundo. Para muchos rusos, la construcción de monumentos de guerra sirve de recordatorio del estatus que una vez tuvo su país y, quizás también transmite la esperanza de que, un día no muy lejano, Rusia pueda levantarse de nuevo. Cuanto mayor sea el monumento, mayor el sentimiento de orgullo –y mayor también la nostalgia–. La glorificación de la guerra se ha convertido en un pilar fundamental del programa de Vladímir Putin para forjar un nuevo espíritu de identidad nacional.

La misma sensación puede percibirse en Mamáyev Kurgán. Durante la década de 1990, cuando el poder ruso se estaba desmoronando, la estatua de

la Madre Patria también comenzó a venirse abajo. Las deterioradas tuberías en torno al Lago de las Lágrimas comenzaron a tener escapes de agua que se filtró por la colina que rodea la estatua, haciendo el terreno inestable. Ya en 2000, empezaron a aparecer profundas grietas en los hombros de la estatua. Pocos años después, se conocieron informes de que se estaba inclinando veinte centímetros hacia un lado. El Gobierno ruso, carente de liquidez, no dejaba de prometer que acometería su reconstrucción, pero el dinero no llegaba nunca. Nadie sabía si este abandono oficial se debía a la nueva situación de pobreza de Rusia, o a su nueva actitud de ambivalencia hacia su pasado soviético.

Sin embargo, en los últimos años el monumento ha vivido un resurgimiento. Cuando yo lo visité en 2018, la estatua de la Madre Patria acababa de ser reparada. El resto de monumentos del centro de Volgogrado también habían recibido un lavado de cara, y todo el Parque de la Victoria de la ciudad estaba cerrado por obras de remodelación. En la plaza central, llamada Plaza de los Héroes Caídos, unos colegiales estaban ensayando su desfile para una ceremonia en honor a los muertos de Stalingrado.

Aquí confluyen sentimientos de orgullo y de tristeza, a partes iguales. Cuando hoy subimos la colina, podemos ver ciudadanos procedentes de todas partes de Rusia que han ido allí a presentar sus respetos. Familias que llevan a sus hijos para que conozcan el heroísmo de sus bisabuelos. Mujeres jóvenes que posan haciéndose fotos frente a la estatua de la Madre Patria, y que llevan claveles rojos para depositarlos al pie de los monumentos. Militares vestidos de uniforme, con sus medallas tintineando mientras suben los escalones.

Ninguna de estas personas puede escapar a la historia que las ha forjado, ni al anhelo de grandeza que tan consustancial ha sido a su conciencia de nación desde 1945. Para bien o para mal, continúan viviendo a la sombra de la gran estatua levantada en la cima de la colina.

Monumento de los Cuatro Durmientes en 2010, antes de que fuera desmontado.

2

Rusia y Polonia: Monumento de los Cuatro Durmientes, Varsovia

Todas las naciones se enorgullecen de sus héroes. Los monumentos que erigimos a dichos héroes ocupan un lugar muy especial en nuestros corazones porque representan todo lo que más valoramos: nos muestran en nuestro mejor momento, con todas nuestras cualidades más atractivas a la vista. Pero cómo nos gustaría pensar de nosotros mismos no siempre coincide con cómo somos en realidad. Y tampoco coincide con cómo nos ven los demás. A nosotros, nuestros monumentos pueden parecernos gloriosos, pero otras personas, con otros valores, pueden considerarlos todo lo contrario a heroicos, incluso grotescos.

El pueblo ruso está justificadamente orgulloso de sus héroes de la Segunda Guerra Mundial, pero no hace falta alejarse mucho de Rusia para encontrar un relato muy distinto del papel desempeñado por este país durante el conflicto. En países cercanos, como Ucrania y Polonia, a los rusos a menudo no se los considera héroes, sino colonizadores. Esta narrativa está también presente en la historia de los monumentos de Europa. Y un monumento en concreto muestra hasta qué punto han llegado a polarizarse nuestras diferentes versiones de la historia.

El Monumento a la Fraternidad de las Armas fue construido en 1945, y erigido en Varsovia a finales del mismo año. Su diseño fue obra de un ingeniero del ejército soviético, el comandante Alexánder Nienko, aunque lo construyeron un grupo de escultores polacos. Sobre un pedestal de seis metros, representaba a tres soldados de grandes dimensiones, avanzando

con las armas en la mano. En las esquinas del pedestal había otras cuatro estatuas, dos soldados soviéticos y dos soldados polacos, de pie, con la cabeza inclinada hacia adelante en actitud de sombría contemplación. A consecuencia de las escaseces del tiempo de guerra, las estatuas originales se hicieron en escayola pintada; pero dos años más tarde fueron sustituidas por otras de bronce procedente de la fundición de munición alemana. En el pedestal, se grabó esta inscripción: «Gloria a los héroes del ejército soviético, camaradas de armas, que entregaron sus vidas por la libertad y la independencia de la nación polaca».

Este monumento pretendía describir la nueva era de amistad entre Polonia y la Unión Soviética. Los dos países habían compartido una historia extremadamente difícil, que se remontaba hasta la época de los zares. En realidad, ambos países habían iniciado la guerra en bandos contrarios: la Unión Soviética se había aliado en un principio con Hitler, y había tomado parte en la invasión de Polonia en 1939. Pero dos años más tarde, cuando los nazis se volvieron contra ellos, los soviéticos trataron de promover una nueva relación con los polacos. Liberaron a prisioneros y exiliados polacos, y les permitieron reconstruir un ejército. A consecuencia de ello, unos 200.000 soldados polacos lucharon al lado de sus otrora enemigos en 1945. La liberación de Varsovia fue llevada a cabo por soldados polacos y soldados soviéticos, luchando codo con codo.

El Monumento a la Fraternidad de las Armas, por tanto, cumplía varias funciones a la vez. Constituía un reconocimiento de la genuina deuda que Polonia tenía con los soviéticos: de no haber sido por los sacrificios del Ejército Rojo, Polonia ni siquiera habría existido en 1945. Promovía esperanzas para el futuro: si Polonia y la Unión Soviética habían podido colaborar en tiempo de guerra, ¿por qué no iban a poder hacerlo también en tiempo de paz? Y, por supuesto, era una obra de propaganda política. Los soldados que estaban en lo alto del pedestal eran soviéticos, y debajo de ellos estaban los soldados polacos: de ahí en adelante, en lo referente a los soviéticos, esa sería la jerarquía correcta.

Este fue el primer monumento que se construyó en Varsovia tras acabar la guerra, pero pronto le seguirían otros. Por todo el país empezaron a surgir

monumentos conmemorativos similares. Se erigieron esculturas en conmemoración de su victoria conjunta sobre los nazis, placas dedicadas a sus caídos en la guerra, tumbas, cementerios, llamas votivas. Según una lista elaborada en 1994, durante el periodo de posguerra se construyeron en toda Polonia unos 570 monumentos dedicados a los soldados soviéticos muertos. Todo esto formó parte de una campaña oficial para, basándose en la colaboración mantenida por Polonia y la Unión Soviética durante la guerra, forjar juntos un nuevo futuro comunista.

Lamentablemente, ninguno de estos monumentos inspiró el amor y la devoción que otros similares despertaron en la Unión Soviética. Dado que celebraban las hazañas y sacrificios de un pueblo extranjero, no eran monumentos de los que los polacos pudieran enorgullecerse personalmente –en su mayoría eran monumentos a la gratitud y la amistad–. Pero cuando la gratitud pasó y la amistad se resquebrajó, los monumentos comenzaron a adquirir un significado radicalmente distinto.

La mayoría de los polacos sabían muy bien el lugar que ocupaban en cualquier asociación con la Unión Soviética. Al ver estos símbolos de poder y gloria empezaron a sospechar que no solo los nazis habían sido aplastados por las ruedas de la grandeza soviética. Y no tardaron en empezar a mostrar sus frustraciones con estos símbolos. A menudo, se cometían actos vandálicos contra los monumentos soviéticos, cuyas figuras acababan mutiladas y cubiertas con pintadas nacionalistas. Recibían apelativos peyorativos inspirados en recuerdos populares sobre cómo se habían comportado los soviéticos durante la liberación: nombres como el «Monumento a los Saqueadores» o la «Tumba del Violador Desconocido». El Monumento a la Fraternidad de las Armas de Varsovia no fue una excepción. La gente hacía bromas acerca de que las estatuas de cada esquina no tenían la cabeza gacha por el duelo, sino porque se habían quedado dormidos estando de guardia. A partir de entonces, el monumento fue popularmente conocido como Czterech Śpiących, o los Cuatro Durmientes.*

Durante los siguientes cuarenta años, el monumento continuó sobre su pedestal, en el distrito de Praga en Varsovia. De vez en cuando era utilizado como enclave conmemorativo de la guerra o como escenario para celebrar la victoria del comunismo en Europa más en general. Al cumplirse el trigésimo quinto aniversario de la Revolución de Octubre, por ejemplo, la Orquesta Filarmónica de Varsovia tocó allí, mientras los altos funcionarios del partido depositaban flores al pie del monumento. Pero en 1989, todo cambió. Durante aquel año extraordinario, los gobiernos comunistas de todo el este de Europa comenzaron a desmoronarse. El Muro de Berlín fue derribado; las dictaduras, derrocadas; y los omnipresentes monumentos soviéticos, derruidos. Durante un tiempo, en los periódicos de todo el mundo no dejaban de aparecer fotografías de estatuas que iban cayendo: la de Petru Groza en Rumania, la de Enver Hoxha en Albania, la de Bolesław Bierut en Polonia, y, por toda Europa, las de Lenin una detrás de otra.

Sorprendentemente, el Monumento de los Cuatro Durmientes de Varsovia salió indemne de aquellos años. En 1992 las autoridades locales se plantearon por un breve tiempo la posibilidad de desmantelarlo; pero la idea provocó tales discrepancias –especialmente, cuando uno de los artistas que habían colaborado en su creación, Stefan Momot, salió a defenderlo en un mitin– que la propuesta fue finalmente descartada.

No obstante, quince años después se produjo otro intento de retirarlo, esta vez por motivos prácticos. Algunos expertos en transporte estaban considerando la instalación de una nueva parada de tranvía en el lugar exacto donde se encontraba el monumento, como parte de un plan de mejora del transporte a escala municipal. La idea del tranvía acabó siendo desestimada, pero cuatro años más tarde otro plan de transporte insistió en que los Cuatro Durmientes debía trasladarse para dejar sitio a una nueva estación. Las autoridades prometieron que volvería a su sitio tan pronto como terminaran las obras de la estación. Así que, en 2011, fue desmontado y transportado a un almacén en Michałowice.

Esta, al parecer, fue precisamente la oportunidad que los contrarios al monumento habían estado esperando. Los miembros del partido Ley y Justicia, un movimiento populista de derechas, se significaron

especialmente. Argumentaban que nunca debía haberse permitido que el monumento se instalara en la plaza, ya que glorificaba a una potencia extranjera que había sometido a Polonia durante más de cuarenta años. Calificaron los Cuatro Durmientes como un monumento a la vergüenza, que representaba al pueblo polaco como un mero espectador pasivo en una historia soviética. Este, y todos los monumentos como él, constituían un insulto a Polonia, y una falsificación de la historia polaca.

Otras figuras también se sumaron a la denigración del monumento. Varios historiadores y antiguos disidentes señalaron que los Cuatro Durmientes se hallaba en el centro de un distrito que había estado lleno de instituciones de represión estatal. La Oficina de Seguridad Pública de Varsovia, un centro de detención provincial, la sede del NKVD y una prisión municipal habían estado ubicadas dentro de un radio de cien metros del monumento. «En cada uno de estos lugares, "los enemigos del Estado" […] fueron interrogados y torturados», escribió el doctor Andrzej Zawistowski, del Instituto Polaco para la Memoria Nacional. Para estas personas, el monumento representaba no solo la prisión de la historia, sino prisiones *reales*, donde gente de verdad había sufrido persecución.

Y sin embargo, muchos otros estaban dispuestos a defender el monumento. Algunos políticos socialistas argüían que no glorificaba en absoluto el estalinismo, ni conmemoraba a los líderes soviéticos que reprimieron a Polonia, sino meramente a los soldados de a pie, a menudo reclutados por el Ejército Rojo a la fuerza. Los veteranos de más edad señalaban que 600.000 de estos «Sachas y Vanias» habían muerto en suelo polaco, y que los soldados polacos también estaban representados en el monumento.

La controversia se mantuvo viva durante cuatro años y dio lugar a numerosos artículos de prensa, peticiones, debates en los medios, manifestaciones y actos de vandalismo. En 2013, las autoridades locales llevaron a cabo una encuesta de opinión sobre si el monumento debía mantenerse o no. Los resultados parecieron bastante concluyentes: solo un 8% quería que fuera destruido, un 12% prefería que se trasladara a un lugar alejado y un 72 % quería que volviera a instalarse en la plaza. Los

opositores argumentaron que el tamaño de la muestra de la encuesta había sido inferior a mil personas, y que la mayoría de la gente solo deseaba mantener el monumento porque se habían acostumbrado a verlo. Si Polonia quería mirar hacia el futuro, tenía que liberarse de esa historia tóxica.

Al final, la facción nacionalista fue la que salió victoriosa. En 2015, el Ayuntamiento anunció que el monumento de los Cuatro Durmientes no sería devuelto a la Plaza Wileński. Tres años más tarde, se anunció que había sido donado a un nuevo Museo de la Historia Polaca, situado al norte de la ciudad. Según el personal del museo, finalmente quedará expuesto en 2021, unos diez años después de ser retirado de su emplazamiento originario.

¿Qué es un héroe? ¿Para qué sirve? Los rusos ven la deconstrucción de sus héroes de guerra como una afrenta personal, pero los héroes son mucho más que meras representaciones de personas reales; también representan ideas. Si ya no estás de acuerdo con esas ideas, entonces quizás los héroes también deban caer.

Para los rusos, estatuas como los Cuatro Durmientes representan valentía, liberación, fraternidad –y, por supuesto, grandeza–. Pero para los polacos y otros europeos del Este, representan algo totalmente diferente: sometimiento, humillación, represión. Lo cierto es que representan ambos marcos de ideas a la vez, pero las emociones que suscitan estos monumentos son tan fuertes que mucha gente simplemente no está dispuesta a aceptar esta ambigüedad.

El Monumento de los Cuatro Durmientes es solo una de las «bajas» de la guerra por la memoria de 1945 que se ha extendido por Polonia en los últimos años. Docenas de monumentos soviéticos de la guerra fueron desmantelados o destruidos dentro del eufórico ambiente de 1989, y docenas más fueron retirados por los ayuntamientos en años posteriores. En 2017, el Gobierno nacional finalmente se embarcó en un programa oficial dirigido a retirar los que quedaban. Esto contravenía un acuerdo alcanzado en 1994 entre Rusia y Polonia para respetar sus respectivos «lugares de

memoria». Pero el Gobierno polaco, que para entonces estaba bajo el control del partido populista Ley y Justicia, declaró que lo que ellos estaban haciendo en realidad era retirar los símbolos del poder extranjero de sus pueblos y ciudades: prometieron no tocar ningún enclave conmemorativo que marcara un lugar de enterramiento real.

Polonia no fue la única que acometió este tipo de programa. En 2015, por ejemplo, el Gobierno ucraniano también aprobó una ley dirigida a acabar con la sovietización del país. Incluía la eliminación de todos los símbolos comunistas y estatuas de figuras comunistas, así como cambiar el nombre de miles de calles, ciudades y pueblos. El proceso se completó en muy poco tiempo. Para 2018, el director del Instituto Ucraniano de la Memoria Nacional, Volodymyr Viatrovych, pudo anunciar que la «descomunistización» del país se había logrado.

Los monumentos de guerra soviéticos de toda Europa oriental y central han sido objeto de parecidas controversias. El Monumento a los Héroes del Ejército Rojo de Viena es con frecuencia objeto de actos vandálicos. El Monumento al Ejército Soviético de Sofía ha sido repetidamente embadurnado con pintura –a veces a modo de broma, pero en la mayoría de ocasiones en protesta por las recientes actuaciones del Gobierno ruso–. El Monumento de Riga fue bombardeado en 1997 por un grupo nacionalista de extrema derecha letón y, desde entonces, los veteranos de la Segunda Guerra Mundial vienen solicitando reiteradamente que sea derribado. En Estonia, en 2007, el Soldado de Bronce, el monumento a los «libertadores de Tallin», fue retirado del centro de la ciudad y reubicado en el cementerio militar, a unos pocos kilómetros de distancia, lo que desató dos días de protestas por parte de la minoría étnica rusa.

Muchos ciudadanos de toda Europa del Este consideran esta iconoclastia como la única forma de liberar a sus países de la carga de su pasado comunista. Dado todo lo que han sufrido, resulta bastante comprensible; pero, como cualquier psicólogo nos diría, no es tan fácil escapar de la historia. Como quedará claro, estas personas parecen estar deconstruyendo una prisión solo para construirse otra.

Mientras, la mayoría de los rusos de a pie tratan de entender por qué razón los odian tanto en la Europa del Este. Ven el desmantelamiento de monumentos de sus héroes de guerra como una afrenta personal. Pero como ya no mandan en Europa del Este, no pueden hacer nada al respecto.

---

* El apodo es más radical de lo que en un principio pueda parecer. Según la memoria popular, el Ejército Rojo soviético podría haber liberado Varsovia ya en 1944, cuando la población local protagonizó un levantamiento contra los ocupantes nazis. En lugar de ello, los soviéticos esperaron hasta que el levantamiento fue aplastado, eliminando de este modo cualquier futura resistencia a su propio régimen, antes de decidirse por fin a cruzar el Vístula para liberar la destrozada ciudad. Dicho de otro modo, estuvieron «durmiendo» mientras Varsovia ardía.

REVOLUTIONARY WAR 1775 - 1783
FRENCH NAVAL WAR 1798-1801
TRIPOLI 1801-1805
WAR OF 1812-1815
FLORIDA INDIAN WARS 1835-1842
KOREA 1950
UNCOMMON
VALOR
WAS A COMMON
VIRTUE

3

Estados Unidos: Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina, Arlington, Virginia

Si los héroes monumentales de Rusia reflejan el anhelo de grandeza de la nación, ¿qué hay de las otras superpotencias de la posguerra? ¿Cómo tienden a ver los estadounidenses a sus héroes?

En mi vida laboral, a menudo he viajado a diferentes partes del mundo dando conferencias sobre la Segunda Guerra Mundial. En una de ellas en concreto, hablé sobre la mitología del heroísmo de Estados Unidos. Es un tema que me fascina, dado que para un europeo como yo resulta bastante extrema. Los americanos parecen a veces considerar a sus héroes de guerra como si no fueran en absoluto humanos, sino figuras legendarias o incluso santos. El presidente Reagan se refirió a ellos como un ejército cristiano, impulsado por la fe y bendecido por Dios. El presidente Clinton los definió como «guerreros de la libertad» que se habían inmortalizado a sí mismos luchando contra «las fuerzas de la oscuridad». El periodista de televisión Tom Brokaw los proclamó, como es bien conocido, «la mejor generación que ninguna sociedad ha producido nunca». ¿Cómo puede un soldado o veterano de la vida real estar a la altura de estas expectativas?

Las reacciones que percibo ante esta conferencia difieren según el lugar donde la doy. Cuando es en Estados Unidos, mi audiencia tiende a escuchar en respetuoso silencio: algunos están de acuerdo conmigo y otros no. Pero cuando doy esta conferencia en cualquier lugar de Europa, la audiencia tiende a reír disimuladamente. En un momento dado, cuando cito un fragmento largo de un discurso pronunciado por Bill Clinton para conmemorar el cincuenta aniversario del Día de la Victoria en Europa, a

veces llegan a reírse abiertamente. A muchos europeos la retórica estadounidense les parece ridícula.

Siempre es agradable que la gente se ría cuando estás hablando; pero en esta risa en particular hay algo que a mí me preocupa. Los europeos a menudo se burlan de la visión tan estrecha del mundo que tienen en Estados Unidos, pero ellos mismos con frecuencia son igualmente ignorantes respecto a este país. No pretenden ser irrespetuosos, simplemente les cuesta creer que cuando hablan así de sus veteranos lo hagan en serio. Pero los americanos lo hacen absolutamente en serio. De acuerdo con la percepción americana, el papel que sus soldados desempeñaron durante la Segunda Guerra Mundial ha llegado a representar todo lo mejor de su país.

Esta brecha en el entendimiento entre europeos y estadounidenses se hace evidente en cuanto uno se fija en sus monumentos de guerra. Estados Unidos dedica monumentos a sus héroes; Europa suele hacerlos a sus víctimas. Los monumentos estadounidenses son triunfantes; los europeos, en cambio, melancólicos; los monumentos estadounidenses son idealistas, mientras que los europeos –al menos de vez en cuando– tienden a ser moralmente ambiguos.

Si Estados Unidos no entiende a Europa, es porque Estados Unidos nunca ha sufrido lo que padecieron Europa o Asia. La inmensa mayoría de los estadounidenses solo han experimentado la guerra a través de las imágenes que les han llegado de los equipos de filmación y los fotógrafos de guerra, que no siempre ofrecían la visión más realista o completa de lo que estaba pasando. Algunos de los más famosos monumentos estadounidenses a la guerra se basan en estas fotografías, por lo que no es de extrañar que transmitan una visión bastante idealizada.

Si Europa no entiende a Estados Unidos, sin embargo, es debido a razones muy distintas. Los europeos no han sabido captar el hecho de que la profundidad del sentimiento americano hacia la guerra no obedece a un sentido histórico, sino a un sentido de la identidad. La guerra no es más que una pantalla sobre la que han proyectado ideas y emociones mucho más profundas, que radican en el centro mismo de la psique estadounidense. En otras palabras, cuando las figuras públicas de Estados Unidos se refieren

con elocuencia lírica a la guerra, en realidad no es de la guerra de lo que están hablando. Esto, como veremos, se hace obvio en cuanto uno se para a analizar más de cerca sus monumentos de guerra.

Uno de los monumentos al heroísmo americano durante la Segunda Guerra Mundial más queridos es el Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina en Arlington, Virginia. Se encuentra en el mismo corazón del poder americano, no lejos del edificio del Pentágono, con una vista panorámica sobre el Monumento a Lincoln, el Monumento a Washington y el Capitolio, a lo largo del río Potomac. Constituye, indudablemente, uno de los monumentos más importantes del país.

En sentido estricto, este no es en absoluto un monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial; es un monumento en memoria de *todos* los infantes de Marina (marines) caídos desde la formación de este cuerpo militar en 1775. Pero fue construido inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, y pagado con donaciones de marines que habían prestado servicio durante dicha guerra. Además, se basa en una de las imágenes más icónicas de 1945, la fotografía de Joe Rosenthal del momento en el que un grupo de marines clavó una bandera en el monte Suribachi, durante la batalla por la isla de Iwo Jima.

El monumento representa la imagen de seis soldados, con las armas colgadas al hombro, sobre un montículo de tierra escarpada y casi inexpugnable. Como todas las estatuas que hemos visto hasta el momento, son de un tamaño colosal, más de cinco veces el de un hombre normal. La figura que encabeza el grupo se inclina hacia adelante, con el cuerpo casi en horizontal, utilizando todo su peso para clavar un mástil gigante en el suelo. Los que están detrás de él se apiñan para tratar también de que su peso ayude a la tarea. En la parte de atrás del grupo, uno de los marines se estira hacia arriba tratando de tocar con sus dedos el mástil. Debajo de ellos, sobre el pedestal de granito negro, se hallan inscritas las palabras del almirante Chester Nimitz con las que resumía la actuación de los marines en Iwo Jima: «El valor excepcional fue una virtud común».

Como todos los grandes monumentos conmemorativos, este cuenta una historia. Sin embargo, es una historia con múltiples lecturas y, para comprenderla bien, es necesario remontarse al principio del conflicto.

La guerra para Estados Unidos comenzó el 7 de diciembre de 1941 cuando los japoneses lanzaron su famoso ataque sobre la flota del Pacífico amarrada en Pearl Harbor, hecho que sigue constituyendo uno de los hitos más definitorios de la historia del país. Durante noventa minutos, cientos de aviones japoneses bombardearon barcos, aeródromos e instalaciones portuarias americanas, causando la muerte a 2.400 personas y dejando heridas a otras 1.200. Veintiún barcos fueron hundidos y 188 aviones militares destruidos. El ataque se produjo completamente por sorpresa, porque el secretario de Estado de Estados Unidos no recibió ninguna declaración de guerra hasta después de que aquel comenzara. El impacto que esto produjo en la sociedad estadounidense es difícil de expresar con palabras. El único paralelismo reciente se puede encontrar en los ataques terroristas del 11-S.

La lógica subyacente a este ataque militar era sencilla. Japón quería tener el control de toda la región del Pacífico, y sabía que para lograrlo tenía que disuadir a Estados Unidos de intervenir. Los líderes japoneses no pensaban que Estados Unidos estuviera por la labor de soportar una larga guerra en el Pacífico, y decidieron apostar por una victoria rápida y decisiva que le obligara a negociar un acuerdo. Dicho de otra manera, el ataque a Pearl Harbor no iba dirigido a iniciar una guerra con Estados Unidos, sino a evitarla.

Cualquiera con un mínimo conocimiento de la historia de Estados Unidos les habría dicho que esta estrategia era arriesgada. Estados Unidos *nunca* se rinde sin luchar. Una vez recuperado de la sorpresa inicial, el ejército norteamericano reaccionó con implacable determinación. Durante los siguientes tres años y medio fue labrándose su camino paso a paso a través del océano Pacífico. Libró enormes batallas navales en el mar del Coral y en Midway, lanzó ataques submarinos contra las líneas de suministro japonesas y fue liberando un grupo de islas tras otro.

Los marines estuvieron a menudo en primera línea de acción. Las batallas que lucharon para tomar Guadalcanal, Tarawa, las islas Marshall, las islas Marianas y Palau fueron de las más brutales de toda la guerra. En aquel momento, los soldados japoneses eran famosos por su ferocidad y su rechazo a rendirse, y causaron enormes bajas entre los americanos, menos experimentados. Los marines no tardaron mucho en empezar a pagarles con la misma moneda, haciendo pocos prisioneros y en ocasiones masacrándolos después de haberlos desarmado. Los reportajes y fotografías de las atrocidades cometidas por ambas partes rara vez llegaron a Estados Unidos, dado que los censores no querían que el público tuviera conciencia de la angustia y la vergüenza de lo que en realidad estaba pasando.

Al final, las fuerzas estadounidenses lograron alcanzar las costas de Japón. La primera isla a la que llegaron fue Iwo Jima. Tras cuatro días de un enfrentamiento salvaje, un grupo de marines consiguió abrirse camino hasta la cima del monte Suribachi, el punto más alto de la isla. Para indicar que habían llegado a la cumbre, ataron una bandera estadounidense a un tubo de conducción de agua y la izaron. Pasadas unas horas, ese mismo día, un segundo grupo de marines llevó una bandera más grande para sustituir a la primera, momento que el fotógrafo de guerra Joe Rosenthal captó para la posteridad.

Este segundo izado de bandera es el que el Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina inmortaliza en bronce. La escultura es un estudio sobre la determinación. El esfuerzo requerido para clavar la bandera es evidente: cada una de las seis figuras parece estar tensando cada tendón de su cuerpo. Son la personificación del coraje americano. La escultura también constituye un estudio sobre la unidad: estos estadounidenses están trabajando todos a una en armonía, sus manos sujetan el mismo mástil, sus piernas se flexionan en paralelo unas con otras. Es un estudio sobre la violencia –más, quizás, que ningún otro monumento a la guerra–. En él no se está matando a ningún japonés, pero la fuerza con la que los seis hombres clavan la bandera en una tierra extranjera y hostil como mínimo sugiere algo más oscuro que el censor de Estados Unidos nunca habría permitido ver al pueblo americano.

Pero, sobre todo, es un estudio sobre la venganza. La historia que comienza con Pearl Harbor termina con las tropas estadounidenses colocando su bandera en suelo japonés. En este sentido, constituye una advertencia tan descarnada como la estatua de la Madre Patria de Volgograd: esto es lo que pasa cuando uno se atreve a atacar a Estados Unidos.

Todas estas debieron ser las sensaciones que experimentaron los que vieron la estatua cuando fue inaugurada, en noviembre de 1954. Tres de los hombres que representa la escultura estuvieron presentes en la ceremonia de inauguración, así como las madres de los otros tres, que murieron poco después de que Joe Rosenthal tomara la icónica fotografía. Ellos y los otros 5.000 asistentes, muchos de los cuales tenían experiencia directa de la guerra del Pacífico, tenían buenas razones para alimentar algunas de las emociones más oscuras que inspira el monumento.

Pero la venganza y la dura determinación no son las cualidades que explican la veneración que la mayoría de los estadounidenses profesan a este monumento. Los miles de personas que van cada semana a presentarle sus respetos, o a asistir a uno de los desfiles que se llevan a cabo al atardecer frente al monumento en los meses de verano, no están allí para celebrar la violencia. Claramente, hay algo más.

Para comprenderlo, es preciso apartar la mirada de las figuras al frente del monumento y desplazarla a los que están detrás. Estos hombres no están clavando nada en el suelo, están alzando las manos, como si fuera al cielo. Sobre ellos ondea la bandera de Estados Unidos. La figura que se halla más atrás del todo está tratando de tocar el mástil, aunque sus dedos completamente estirados no llegan a alcanzarlo. El efecto recuerda el famoso fresco de Miguel Ángel de la Capilla Sixtina de Roma, en el que Adán extiende su mano hacia Dios.

Felix de Weldon, el artista que esculpió el monumento, explicó la imagen durante un discurso que pronunció en su inauguración, en 1954. «Las manos extendidas de estos hombres», dijo, «buscan algo que está

fuera de su alcance, necesitan la ayuda de un poder superior, ese poder que todos necesitamos en los momentos adversos, y sin cuya ayuda nuestros esfuerzos seguramente resultarían infructuosos». Esta ayuda divina queda simbolizada en la bandera que ondea sobre ellos y que De Weldon definió como «el emblema de nuestra unidad, nuestro poder, nuestras ideas y nuestro propósito como nación».

En otras palabras, el verdadero tema de la escultura no son en absoluto los marines de Estados Unidos, ni la victoria sobre los japoneses, ni nada que tenga que ver con la Segunda Guerra Mundial. La bandera es la que da al monumento su verdadero significado. Este símbolo, que fusiona Dios y nación, es la auténtica razón por la que el monumento es tan querido en Estados Unidos.

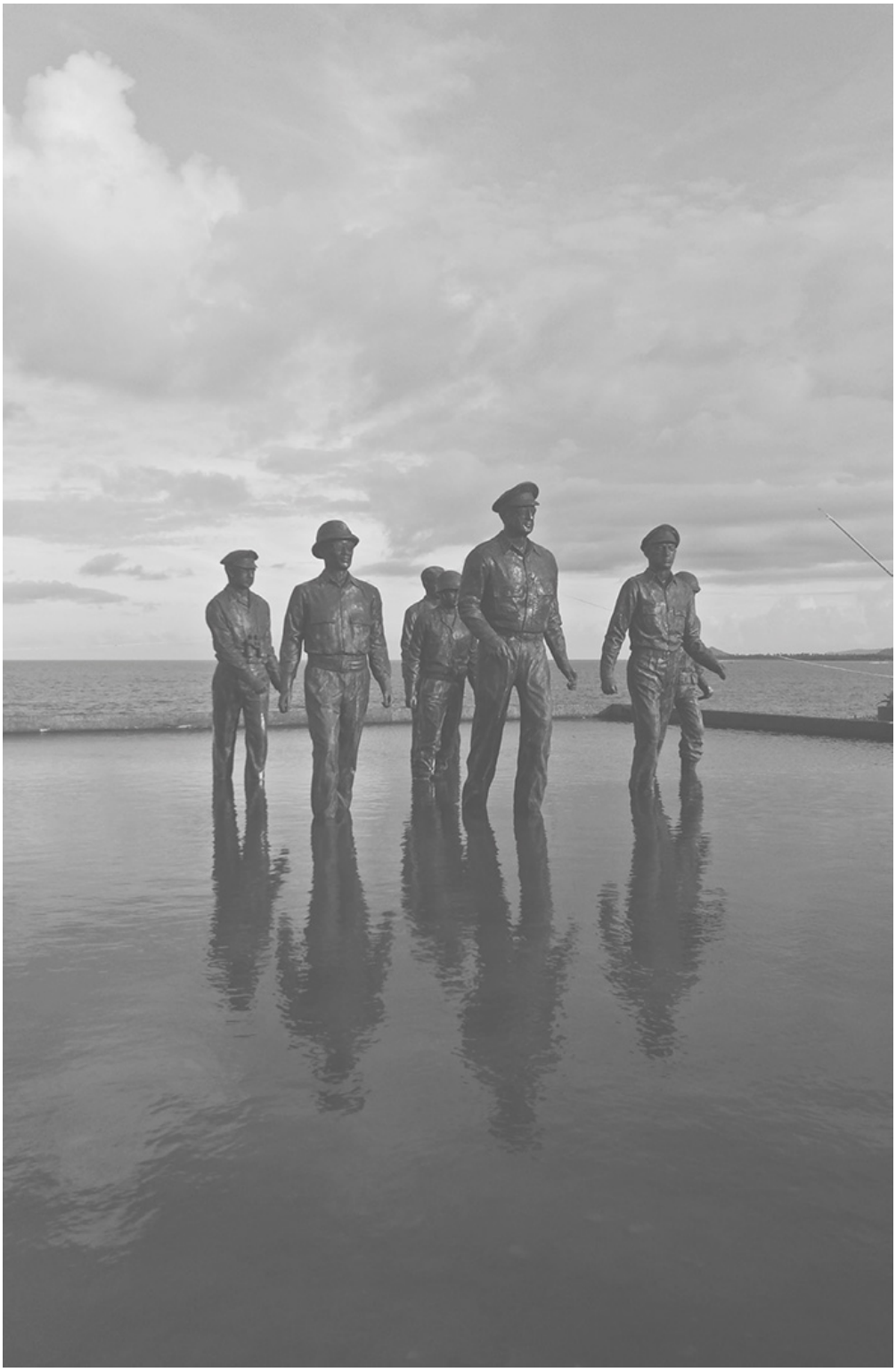
Si existe una brecha en el entendimiento entre europeos y estadounidenses respecto al recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, esta es una de las cuestiones que la explican. Europa y Estados Unidos aprendieron lecciones muy distintas de la guerra. En la década de 1930, Europa estuvo expuesta a todos los peligros que entraña el ondear de banderas. En los violentos años que siguieron, experimentó de primera mano lo que ocurre cuando el nacionalismo fanático se descontrola. A consecuencia de ello, hoy en día las banderas son símbolos que deben tratarse con enorme cuidado. En la posguerra, en la Europa poscolonial, cualquiera que muestre una pasión excesiva por su bandera nacional despierta, en general, sospechas. La idea de un monumento que glorifique la colocación de una bandera nacional en tierra extranjera sería absolutamente impensable.

En Estados Unidos, en cambio, hay banderas por todas partes: a la puerta de los juzgados, de las escuelas y edificios del Gobierno, en parques públicos, delante de las casas de la gente, en sus coches, adornando sus ropas. El himno nacional, que es nada menos que un himno a la bandera, se canta antes de cada partido de la Liga Nacional de Fútbol Americano; y todos los niños aprenden el juramento de lealtad a la bandera en el momento en que empiezan a ir a la escuela. Así lleva siendo desde mucho antes de la Segunda Guerra Mundial; pero la guerra afianzó aún más el sagrado vínculo entre los americanos y su bandera.

Lo que los europeos no entienden es que, para la mayoría de los estadounidenses, la bandera significa mucho más que su nacionalidad. Simboliza unas virtudes que ellos creen universales: la esperanza, la libertad, la justicia y la democracia. Entre 1941 y 1945, los estadounidenses asistieron al avance de su bandera por Europa y el Pacífico, vieron cómo a su paso llegaba la liberación, y se dieron cuenta de que estaban haciendo algo extraordinario. Tras la guerra, fueron magnánimos con aquellos a quienes habían derrotado, ayudando a que sus economías se recuperaran y devolviéndoles rápidamente su independencia. Este es el verdadero significado del monumento de Iwo Jima: que cuando un soldado americano clava una bandera en suelo extranjero, esto no constituye un acto de dominación, sino de liberación.

Los estadounidenses comprenden esto de forma instintiva. Esta es la razón por la que, desde 1945, Estados Unidos ha paseado su bandera con tanto orgullo por Corea, Vietnam, la isla de Granada, Somalia y Afganistán; la razón por la que, durante la liberación de Bagdad en 2003, un marine trepó a la estatua de Sadam Husein en la Plaza Firdos y tapó su cara con una bandera estadounidense. Los estadounidenses creen apasionadamente en los valores que promueven, que no son distintos de los valores por los que lucharon en la Segunda Guerra Mundial.

Desgraciadamente, en otras partes del mundo las cosas se ven de forma bastante diferente. Como veremos a continuación, por más gloriosa que parezca una bandera americana cuando ondea en Estados Unidos, empieza a resultar muy distinta cuando se planta en tierra extranjera.



4

Estados Unidos y Filipinas: Monumento Conmemorativo del Desembarco de Douglas MacArthur, Leyte

Al igual que los soviéticos tuvieron monumentos en su honor en otros países después de la guerra, ese fue también el caso de los estadounidenses. En Europa occidental existen varios, el más conocido en Normandía, cerca de las playas donde los Aliados desembarcaron el Día-D. También hay algunos en el Pacífico, en lugares como Guadalcanal y Papúa-Nueva Guinea, escenario de una de las batallas más encarnizadas de la guerra.

Sin embargo, a diferencia de los soviéticos, los estadounidenses no impusieron sus propias visiones de gloria a las naciones que liberaron. No tomaron posiciones en lo alto de las colinas ni en las plazas de las ciudades para que sus monumentos dominaran el paisaje urbano. En general, confinaron sus monumentos dentro de los límites de los cementerios en los que estaban enterrados los soldados al servicio de Estados Unidos. En consecuencia, los monumentos americanos nunca han despertado la misma animosidad que los soviéticos: ¿qué nación podría oponerse a que sus liberadores rindieran tributo a sus muertos?

No obstante, de vez en cuando se erige un tipo distinto de monumento al heroísmo americano en suelo extranjero, y es entonces cuando la controversia está servida.

Uno de estos monumentos se encuentra en el municipio de Palo, en la costa de Leyte, en Filipinas. Es un grupo de siete estatuas erigidas sobre un estanque de agua cercano a la orilla. Son representaciones de un tamaño mayor que el real de los oficiales y ayudantes de campo estadounidenses que lideraron la liberación del país de los japoneses en 1944. Entre ellos se encuentra el presidente filipino de aquel momento, Sergio Osmeña, aunque

no es la figura principal. De pie, delante y en el centro, y más alto que los demás, se halla el comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas para el Área del Sudoeste del Pacífico, el general Douglas MacArthur. Está de pie, erguido, sacando pecho, con los hombros echados hacia atrás, caminando con determinación hacia la orilla. Sus ojos se ocultan tras unas gafas oscuras, pero está claro que tiene la mirada puesta en la tierra que va a liberar.

El Monumento Conmemorativo del Desembarco de Douglas MacArthur está basado en una fotografía tomada en esta misma costa en 1944, mientras sus liberadores se aproximaban desde el agua a la orilla. Como la mayoría de los monumentos dedicados a los soldados estadounidenses, representa un conjunto de virtudes heroicas: perseverancia, valentía, generosidad, redención, victoria. Sin embargo, a diferencia de la mayor parte de los monumentos, sitúa estas virtudes no en un héroe genérico o un estadounidense en abstracto, sino en una figura histórica de la vida real. Y no cualquier figura: Douglas MacArthur fue uno de los generales más controvertidos de la guerra.

Si hubieran sido los propios estadounidenses los que hubieran erigido este monumento, habría suscitado no pocas suspicacias. Pero el hecho de que fuera encargado y costeado por el Gobierno filipino es aún más interesante. Ningún otro monumento expresa mejor que este la falibilidad de los héroes americanos, o cómo son vistos por las naciones que liberaron.

Douglas MacArthur fue una figura muy destacada de la historia tanto de Filipinas como del ejército americano. Su padre fue gobernador militar de estas islas durante sus primeros tiempos como colonia de Estados Unidos, y el propio MacArthur prestó servicio allí en varias ocasiones, primero como oficial subalterno y más tarde como comandante. A mediados de la década de 1930, fue nombrado mariscal del ejército filipino –el primer y único estadounidense en ostentar este rango–. Pero lo que verdaderamente le granjeó más fama, o mejor dicho, mala fama, fue el papel que desempeñó ahí y en otros lugares de Asia durante y tras la Segunda Guerra Mundial.

La guerra de MacArthur comenzó la mañana del 8 de diciembre de 1941, cuando los japoneses atacaron Filipinas, solo unas horas después de haber bombardeado Pearl Harbor. A MacArthur, que estaba a cargo de las fuerzas del ejército de Estados Unidos en Extremo Oriente desde hacía muy poco tiempo, le tomó completamente por sorpresa. La mayoría de sus aviones fueron destruidos en tierra, antes incluso de que pudieran despegar. En poco tiempo, sus defensas costeras en Luzón se vieron también sobrepasadas, y sus tropas obligadas a retirarse en desbandada.

He vuelto: la famosa fotografía tomada por Gaetano Faillace de MacArthur avanzando a zancadas por el agua hacia la orilla, en Leyte en 1944.

Se replegaron a la península de Bataan, una franja de selva montañosa justo al otro lado de la bahía de Manila, donde esperaban poder aguantar hasta que llegara la ayuda de la Marina estadounidense. Pero esa ayuda jamás llegó. Durante tres meses y medio, los hombres de MacArthur

protagonizaron una serie de desesperadas escaramuzas contra los japoneses sin apenas comida y suministros suficientes para mantenerse. Finalmente, no pudieron aguantar más. A principios de abril de 1942, unos 80.000 hombres hambrientos se rindieron a los japoneses. Durante las siguientes dos semanas, al menos 5.000 morirían en la infame «marcha de la muerte» hacia los campos de internamiento situados al norte de la isla. Varios miles más perecerían por hambre mientras esperaban en cautividad a que pasara el resto de la guerra.

El propio MacArthur escapó a este destino en el último momento. Al amparo de la noche, él y un reducido grupo de personal clave embarcaron en lanchas torpederas en la isla de Corregidor y huyeron hacia el sur, a Mindanao. Desde allí tomaron uno de los últimos vuelos que partieron de Filipinas para ponerse a salvo en Australia.

Casi nada más pisar suelo australiano, MacArthur anunció su decisión de sacarse esa espina. «Volveré», les dijo a los reporteros presentes en el andén de la estación cuando hizo el transbordo de trenes en Terowie, al sur de Australia. Durante los dos años y medio siguientes, se dedicó a cumplir esta promesa. Constituyó una fuerza de dieciocho divisiones americanas, libró batallas desesperadas en Papúa Nueva Guinea y en las islas del Almirantazgo. Poco a poco fue abriéndose camino hacia el norte, rumbo a Filipinas.

Su regreso fue tan espectacular como su huida. El 20 de octubre de 1944, con el respaldo de la Séptima Flota de Estados Unidos, MacArthur inició el desembarco de 200.000 hombres en la isla de Leyte. Cuando la batalla todavía estaba en su apogeo, se subió a una de las lanchas de desembarco y se dirigió hacia la orilla. Tras tocar tierra, ya cerca de la orilla, él y su personal se bajaron del bote y fueron vadeando por el agua los metros finales. Se oía el sonido de pequeñas armas de fuego a su alrededor, pero MacArthur continuó caminando resueltamente hacia la playa.

Durante los siguientes días, la foto en la que aparecía avanzando a través de las olas apareció en las portadas de los periódicos de todo el mundo, acompañada de enardecidos artículos cantando alabanzas en su honor. «La exitosa invasión de Filipinas es más que una gran victoria

militar, es un triunfo personal de MacArthur», anunciaba un periódico australiano. «Con un ardiente espíritu de cruzado y una unidad de propósito poco frecuentes, concentró todo en cumplir la promesa que había hecho a la nación filipina y a los demacrados y desgastados soldados americanos arrollados en las batallas de Bataan y Corregidor».

El propio MacArthur parecía ser consciente de la enorme importancia histórica del momento. Cuando puso el pie en la orilla, se encaminó hacia un aparato de radio y emitió un extraordinario discurso lleno de imágenes religiosas. «Al pueblo de Filipinas», anunció, «he vuelto […] La hora de vuestra redención ha llegado […] ¡Uníos a mí! [...] El divino Dios nos marca el camino. ¡Seguidlo en su nombre hasta el Sagrado Grial de la justa victoria!».

Esta es la historia que cuenta el monumento que hoy seguimos viendo en la playa. Describe a un héroe estadounidense: compasivo, pero fuerte, decidido a no renunciar a una causa por desesperada que sea, que no teme mancharse las manos, o mojarse los zapatos, para liberar a su pueblo. En términos simbólicos, MacArthur *es* Estados Unidos. Aquí se le muestra entregando a Filipinas el regalo más valioso que Estados Unidos podía ofrecer, el regalo de la libertad. Pero a la vez, él es más que Estados Unidos: es un padre que vuelve a salvar a sus hijos, un pastor que regresa para salvar a su rebaño. Cuando hoy miramos el monumento, el paralelismo con el Mesías parece más que claro, en la forma en que él y sus discípulos caminan por el agua: parecen andar sobre la superficie, en lugar de vadearla. Tras ellos no hay nada más que el mar y el cielo: como si en vez de descender de una lancha de desembarco, lo hubieran hecho del cielo mismo.

La mayoría de los monumentos conmemorativos parecen dotar de una especie de poder mítico a los hechos del pasado: esa y no otra es su función. Pero imbuir a una figura histórica de estas cualidades no deja de resultar un juego peligroso. Es imposible que un ser humano esté a la altura de estos

ideales, y no digamos un hombre tan a todas luces imperfecto como Douglas MacArthur.

Existen otras formas de contar la historia que no son ni mucho menos tan halagadoras para la figura de MacArthur. Muchos historiadores opinan que su liderazgo, especialmente al comienzo de la guerra, fue en gran medida sobrevalorado. ¿Por qué sus hombres no estaban preparados para un ataque? ¿Por qué su retirada a Bataan fue tan caótica? Y, ¿por qué se dio tanto mérito a su vuelta a Filipinas, cuando esto solamente fue posible gracias a las victorias de mandos de otras fuerzas militares, especialmente de la Marina estadounidense?

Lejos de ser el parangón de la abnegación y la moral que se presentaba en las noticias de la época, a menudo se acusa a MacArthur de desinterés por sus hombres. Al principio de la guerra, mientras sus soldados se morían de hambre en Bataan, él estableció su puesto de mando en la bien abastecida y fortificada isla de Corregidor. Las crónicas demuestran que solo visitó a sus hombres una vez mientras sufrían asedio en tierra firme. Resentidos por su ausencia, estos comenzaron a llamarle Dugout Doug («Doug, el Escondido») y a componer canciones en las que quedaba bastante mal parado, con la música del *Himno de batalla de la República*:

> Dugout Doug, sal de tu escondite,
> del escondite, Dugout Doug, sal ya.
> ¡Transmítele a Franklin las gratas
> noticias de que sus soldados siguen
> muriéndose de hambre![*]

La consideración que mostró a las vidas civiles tampoco fue siempre ejemplar. Durante los desembarcos en Palo, bombardeó sin piedad la costa, sin tener en cuenta a los civiles que vivían allí: si los residentes locales pudieron evacuar el área antes de iniciarse el bombardeo fue gracias a un espía estadounidense llamado Charles Parsons. Más avanzada la campaña, las fuerzas de MacArthur bombardearon Manila tan profusamente que al final quedó poco que liberar: se cree que murieron unos 100.000 filipinos y el centro histórico de la ciudad quedó reducido a escombros. Visto desde

esta perspectiva, el historial de MacArthur no es ni mucho menos tan admirable como en un principio podría parecer.

Si MacArthur fue un líder militar excepcional, lo cierto es que también fue muy narcisista. No es pura casualidad que la fotografía de MacArthur caminando hacia la orilla sea tan famosa: él mismo se ocupó de que así fuera. La tomó su fotógrafo personal, Gaetano Faillace, y la promocionó su propio equipo de relaciones públicas. Este equipo era conocido por exagerar siempre la verdad con el fin de que el general quedara siempre bien. A menudo hacían creer que MacArthur estaba en el frente con sus hombres cuando en realidad se encontraba a cientos de kilómetros de distancia, cómodamente instalado en Australia. Le atribuían éxitos que eran de otros, para disgusto de la Marina estadounidense, el Cuerpo de Marines e incluso sus propios subordinados. Según George Kenney, jefe de la fuerza aérea de MacArthur, «a menos que una noticia no le pintara con un halo en la cabeza y sentado en el pedestal más alto del universo, había que descartarla».

Tras su muerte, también comenzaron a suscitarse preguntas sobre el carácter moral de MacArthur. En un rompedor artículo publicado en el *Pacific Historical Review*, la historiadora Carol Petillo reveló que el general había aceptado un misterioso pago del que fuera presidente de Filipinas previamente a la guerra, Manuel Quezon, de medio millón de dólares. El pago se efectuó en los angustiosos días de principios de 1942, cuando los líderes filipinos como Quezon trataban de huir en desbandada para no caer en manos de los japoneses. MacArthur ya había comunicado a Washington que él no estaba dispuesto a rescatar a Quezon; pero, tras recibir el dinero, Quezon fue evacuado. La mayoría de los historiadores no han llegado a afirmar que el dinero fuera un soborno para hacer cambiar de opinión a MacArthur; pero sí parecen de acuerdo en lo turbio que resulta que un líder estadounidense aceptara una cantidad de dinero tan enorme en los peores días de la guerra, cuando sus propios hombres, sitiados a solo unos kilómetros de distancia en la península de Bataan, se estaban muriendo de hambre.

Una vez que uno descubre todo esto sobre Douglas MacArthur, ¿es posible mirar el monumento de la misma manera? Se suponía que celebraba

virtudes como la valentía, la perseverancia y la moralidad, pero ¿qué ocurre si, de manera no deliberada, lo que acaba celebrando es una serie de rasgos muy distintos, como la vanidad, la arrogancia y la corrupción? ¿Y si estas características también acabaran siendo identificadas, a través de MacArthur, con Estados Unidos?

Parece poco probable que el artista que creó el monumento se planteara ninguna de estas cuestiones. El escultor filipino Anastacio Caedo recibió el encargo de construir el monumento conmemorativo a mediados de la década de 1970, cuando los recuerdos de la guerra todavía estaban muy presentes en Filipinas y MacArthur gozaba de gran consideración en el mundo entero. MacArthur siempre fue la figura central del monumento. Según admitió el mismo Caedo, él no conocía la identidad de todos los hombres cuya figura estaba esculpiendo, simplemente trató de crear una imagen tridimensional de la famosa fotografía de Faillace.

Caedo quería realizar las esculturas en bronce, pero no había bastante tiempo ni dinero para tenerlas listas para la inauguración. De modo que las moldeó en hormigón armado y las pintó de color verde oliva (las actuales estatuas de bronce fueron instaladas posteriormente). La inauguración iba a tener lugar en octubre de 1977, pero primero hubo que negociar para superar algunos escollos políticos. La esposa del presidente, Imelda Marcos, ordenó realizar algunos cambios importantes en el monumento en el último momento. La escultura de Caedo incluía una lancha de desembarco gigantesca como telón de fondo a las siete estatuas, exactamente como mostraban las fotografías realizadas durante la guerra; pero la primera dama ordenó echar abajo el fondo, alegando que el monumento «debía honrar a los hombres, no a las lanchas». Caedo, que había tardado ocho meses en construir este elemento, al parecer no pudo contener las lágrimas cuando se desmanteló.

Imelda Marcos no fue la única que se tomó un interés personal por el monumento. Su marido, el presidente Ferdinand Marcos, también estuvo profundamente implicado tanto en la planificación como en su celebración

cuando se inauguró. En su discurso para la inauguración, dejó claro lo que el monumento debía simbolizar: «Que la conmemoración del desembarco […] sirva de tributo a los combatientes estadounidenses que cruzaron el inmenso Pacífico en cumplimiento de una promesa de volver», dijo. Y continuó: «Que sea una renovación de los lazos de amistad del pueblo filipino con el pueblo de Estados Unidos de América».

Otras figuras públicas de la época expresaron sentimientos similares. El ministro de Asuntos Exteriores filipino, Carlos Rómulo, subrayó la importancia que el recuerdo de MacArthur revestía para las relaciones filipino-estadounidenses. «Tenemos con él una deuda de gratitud que no podemos olvidar», afirmó en una entrevista en 1981. «Su nombre es reverenciado y adorado en Filipinas».

En estas declaraciones había cierto grado de interés nacional. Durante la década de 1970, Filipinas estaba cautiva de la inversión, la ayuda financiera y militar y los créditos procedentes de Estados Unidos. El país contaba con más de doce bases militares americanas, desde las cuales las tropas estadounidenses dominaban el Pacífico Occidental y el mar de la China Meridional. En este contexto, tenía todo el sentido rendir tributo a los «combatientes estadounidenses» como MacArthur. Los funcionarios filipinos corruptos también tenían razones, más oscuras, para cantar las alabanzas de Estados Unidos. Muchos de ellos, comenzando por el propio presidente Marcos, estaban haciendo una fortuna a través de los sobornos de las empresas estadounidenses, o de apropiarse de la ayuda al desarrollo que llegaba al país. Las grandes demostraciones de agradecimiento a Estados Unidos probablemente se consideraban una sólida inversión.

Sin embargo, estas motivaciones tan interesadas iban también acompañadas de grandes dosis de sinceridad. Corruptos o no, Marcos y su Gobierno no le impusieron a su nación el monumento, sino que este contó con el respaldo del sentimiento popular. Y de sentimiento personal también: es imposible escapar a la sospecha de que los líderes del Gobierno tenían sus propias y particulares razones para que MacArthur fuera honrado de esta manera. El presidente Marcos había servido a las órdenes del general durante la guerra, y decía haber sido condecorado personalmente por él

(aunque estas afirmaciones más adelante resultaron pecar de bastante exageradas). Marcos era igual de narcisista que MacArthur, y repetidas veces trató de que el reflejo de la gloria del general le envolviera también a él. Su esposa, Imelda, también tenía un interés personal en el monumento: se había criado en Leyte, muy cerca de donde tuvieron lugar los desembarcos, y había sido testigo de la liberación. Carlos Rómulo, por su parte, estaba todavía más cerca de MacArthur; tan cerca, de hecho, que aparece representado en el mismo monumento (él es la figura que se ve al fondo del grupo).

Al encargar este monumento, interferir en su diseño y celebrarlo tan entusiastamente, las figuras clave del Gobierno no solo estaban rindiendo homenaje a la historia de Filipinas, ni reconociendo únicamente una importante alianza militar, política y económica. También estaban escenificando uno de los momentos más importantes de sus propias vidas.

Los tiempos cambian. Cuando por primera vez visité Filipinas en 1990, ya empezaban a soplar vientos nuevos. Marcos se había ido, expulsado por una revuelta popular, en 1986; su Gobierno ya se había revelado como uno de los regímenes más extraordinariamente corruptos y violentos de la era de la posguerra; y un Gobierno nuevo y democrático presidido por Cory Aquino había empezado a investigar sus crímenes. Todo el país se esforzaba por asimilar su pasado inmediato.

Al mismo tiempo, el resentimiento contra el poder estadounidense comenzaba a alcanzar altas cotas, en concreto en lo tocante a la presencia de las bases estadounidenses en las islas. Los soldados americanos ya no eran considerados como héroes, sino como una imposición humillante a una nación soberana. La prensa filipina a menudo publicaba historias sobre la explotación de mujeres en torno a las enormes bases de las fuerzas aéreas y navales de la ciudad de Ángeles y la bahía de Súbic. En el país no se hablaba de otra cosa que de volver a recuperar el control, en ese momento en manos de una gigantesca potencia neocolonial.

El antiamericanismo también se abrió paso en los círculos académicos. Varios historiadores, entre ellos el renombrado Renato Constantino, habían comenzado a desafiar la visión popular de la liberación al final de la Segunda Guerra Mundial. Afirmaban que Filipinas no necesitaba ser rescatada por extraños, y que la resistencia filipina había estado a punto de derrotar a los japoneses por sí sola. MacArthur ya no era el héroe indiscutible de antes: en ciertos ámbitos era considerado un símbolo del continuado imperialismo norteamericano, que desembarcó en Leyte no para liberar Filipinas, sino para recobrarla.

Durante los años siguientes, los sucesivos gobiernos decidieron tratar de conmemorar una visión de la historia mucho más centrada en Filipinas. Se construyeron nuevos monumentos, entre los que destacaban uno a los héroes de Filipinas (inaugurado en 1992) y otro a las víctimas de la liberación de Manila (en 1995). En años más recientes se han erigido monumentos a Hukbalahap, un movimiento de guerrilla que luchó no solo contra los japoneses, sino también contra el regreso de los americanos.

Si Filipinas siguiera la misma pauta que otros países, el siguiente paso estaría claro: se pediría a los políticos que rompieran de una vez con su historia colonial y derribaran el monumento a MacArthur. En uno o dos países asiáticos más ya ha ocurrido algo similar. En Corea del Sur, por ejemplo, donde MacArthur llevaba tiempo siendo venerado como el comandante que cambió el rumbo de la guerra de Corea, su estatua en Incheon ha sido objeto de repetidas manifestaciones contra la influencia estadounidense en el país. En 2005 se produjeron disturbios en torno a la estatua, en los que los manifestantes clamaban por su derribo.

No obstante, hasta ahora el pueblo filipino no ha llevado a cabo este tipo de acciones, al menos en lo que respecta al Monumento al Desembarco de MacArthur. Las autoridades todavía lo tratan con gran cuidado y respeto. Cuando, en 2013, un tifón derrumbó una de las siete estatuas (la de Carlos Rómulo), el Gobierno la reparó y devolvió a su lugar de inmediato. Los veteranos de guerra y sus familias continúan visitando el monumento el día 20 de octubre de cada año, acompañados por dignatarios llegados desde Manila, Washington, Camberra y Tokio. En la playa, se llevan a cabo

regularmente representaciones de la batalla y, en la cercana ciudad de Tacloban, se celebra un desfile anual por el Día de la Liberación.

Pese a todos sus defectos y a las prolongadas polémicas entre historiadores, MacArthur sigue siendo todavía un héroe en Filipinas, aunque sea solo por el momento en el que puso el pie en la costa de Leyte. Hoy en día las estatuas de Palo que le representan a él y a sus ayudantes han perdido un poco de lustre debido a las condiciones meteorológicas y a la corrosión. También están manchadas por los pájaros que de vez en cuando se posan encima. Pero ahí siguen todavía, con los ojos mirando a la costa de Filipinas y un gesto de firme determinación en sus rostros.

---

* *«Dugout Doug, come out from hiding / Dugout Doug, come out from hiding / Give to Franklin the glad tidings / That his troops go starving on!»*

5

Reino Unido: Monumento al Mando de Bombarderos, Londres

La Unión Soviética y Estados Unidos no fueron los únicos grandes vencedores de la Segunda Guerra Mundial: Gran Bretaña también formó parte de este club de héroes de élite. De los llamados Tres Grandes, Gran Bretaña fue la única que participó en la guerra desde el principio. Por tanto, ostenta un lugar especial en la historia de los Aliados.

La capital de Gran Bretaña, Londres, fue durante muchos años el epicentro de los esfuerzos de guerra aliados. En consecuencia, se convirtió en la sede de docenas de diferentes monumentos conmemorativos de la guerra dedicados a diversos pueblos y nacionalidades. Encontramos monumentos a los civiles que murieron en el *Blitz*, a los bomberos de la ciudad, a sus empleados ferroviarios y sus vigilantes encargados de protegerlos ante los ataques aéreos. Existen también grandes instalaciones dedicadas a los soldados canadienses que lucharon por Gran Bretaña, a los australianos, a los neozelandeses y a los soldados de la India y del resto del Imperio británico. Cada rama del ejército parece tener su monumento aquí, desde los pilotos de cazas, pasando por las tripulaciones de los tanques, hasta los gurkas y los chindits. Hay estatuas de generales, almirantes y oficiales del Ejército del Aire. Existe incluso un monumento a los animales que prestaron servicio durante la guerra.

Sin embargo, un monumento de Londres destaca sobre todos los demás. El Monumento al Mando de Bombarderos de la Real Fuerza Aérea (RAF), situado en Green Park, es uno de los más nuevos de Londres: fue inaugurado en 2012, mucho después que todos los demás. También es, con diferencia, el monumento a la Segunda Guerra Mundial más grande de la

ciudad: con sus más de ocho metros de alto y ochenta metros de largo, su tamaño es probablemente el doble que el de su competidor más próximo. Pero lo que realmente convierte en único a este monumento es su diseño. Al contrario que otros monumentos de guerra de Londres, situados todos en el exterior, este se encuentra semicubierto. Su mensaje se halla oculto tras una elaborada estructura de columnas dóricas y balaustradas clásicas: parece más un templo griego que un monumento de guerra. Dentro, en lugar de Marte o Apolo, se hallan las estatuas de un grupo de siete aviadores que parece que acaban de regresar de una misión. Por su tamaño, postura y la forma en que uno de ellos mira confiadamente a los lejos, se supone que estos hombres son héroes. Cuando se entra en esta estructura similar a un templo, uno tiene que levantar la vista para verlos, como si fueran objetos de culto. Sobre sus cabezas el techo está abierto, para que nada se interponga entre ellos y el cielo. Si alguna vez ha existido un templo al heroísmo británico, sin duda es este.

El Monumento al Mando de Bombarderos es uno de los más importantes de Londres, pero, también, uno de los más problemáticos. Aunque las estatuas tienen una pose heroica, no está claro *por qué* estos hombres deberían ser considerados héroes. A diferencia de otras muchas estatuas dedicadas a la guerra, estas no están izando una bandera o blandiendo una espada, o desembarcando en una playa para liberar a una nación. De hecho, la postura no es en absoluto dinámica: solo están ahí de pie. En el muro, grabada profundamente en la piedra, una inscripción nos dice que durante la guerra mataron a 55.573 hombres como ellos. Pero esto tampoco explica su actitud heroica: las grandes cifras de muertos hablan de víctimas, no de heroísmo. En la pared opuesta hay una cita de Winston Churchill en la que afirma que «los bombarderos por sí solos proporcionan el medio para la victoria». Pero ¿cómo? Y ¿por qué? ¿Qué hicieron estos hombres para merecer nuestras alabanzas?

Para entender lo que conmemora este monumento es necesario saber algo sobre la guerra de los bombarderos, y el papel protagonista que Gran Bretaña desempeñó en este tipo de combate durante la Segunda Guerra Mundial. Pero, para comprender el porqué de su aspecto, por qué su tamaño

es mucho mayor que el de otros monumentos británicos a la guerra, y qué es lo que en realidad quiere transmitir, es preciso conocer el ambiente político del Reino Unido al comienzo del siglo XXI y, sobre todo, los factores que condujeron a la construcción del monumento.

La guerra de bombarderos británica constituye uno de los episodios más controvertidos de la historia reciente del país. Comenzó con la mejor de las intenciones. El Gobierno británico hizo la solemne promesa de evitar en lo posible los daños a civiles, y envió a sus bombarderos a atacar instalaciones militares concretas. Pero, en aquellos tiempos, el bombardeo de objetivos específicos implicaba tener que aproximarse mucho y atacar a plena luz del día. En estas circunstancias, los lentos bombarderos se convertían en un blanco fácil para la artillería antiaérea y los cazas: las bajas entre las tripulaciones aéreas británicas fueron catastróficas.

De modo que la RAF británica cambió de táctica, y comenzó a bombardear de noche y desde mayor altura. Con esto, los aviones y sus tripulaciones ganaban en seguridad, pero a la vez los bombardeos eran mucho menos precisos. Según un informe del Gobierno fechado en 1942, solamente una de cada tres bombas británicas impactaba a menos de *cinco millas* (ocho kilómetros) del objetivo.

Lejos de ser «el medio para la victoria» de Churchill, por tanto, los bombardeos empezaban a resultar un fracaso con un coste muy alto. La RAF parecía enfrentarse a dos alternativas, las dos igualmente desesperadas. Podían atacar a la luz del día y ser derribados, o bien hacerlo por la noche y no dar en el objetivo.

Fue entonces cuando un nuevo comandante en jefe se hizo cargo del Mando de Bombarderos –un líder desabrido e inflexible, llamado Arthur Harris. Fue Harris quien abogó por la idea de un tipo diferente de bombardeo: olvidarse de escoger unos objetivos militares concretos y simplemente bombardear ciudades enteras. Esto no carecía de cierta, aunque brutal, lógica. Si se quería que los bombardeos funcionaran, había que considerarlos como el contundente instrumento que eran.

Bombardeando grandes áreas, la RAF podía destruir no solo las fábricas e instalaciones que proveían a Alemania de armas, sino también las casas de los trabajadores que trabajaban en dichas fábricas. Matar a los propios trabajadores era parte del plan: en una guerra total, los trabajadores de las fábricas debían considerarse un objetivo tan legítimo como los soldados a los que abastecían.

Pero Harris fue más allá. Con la devastación de ciudades enteras, creía que podría no solo hacer quebrar la economía de Alemania, sino también la voluntad de su pueblo de continuar luchando. Según este razonamiento, las tiendas, restaurantes, escuelas y hospitales eran objetivos legítimos. El propósito era llevar a Alemania a la desesperación. De este modo, los civiles de a pie dejaron de ser daños colaterales para convertirse en objetivos en sí mismos.

Harris sabía que estaba traspasando una línea moral, pero creía que el fin justificaba los medios: su razonamiento era que, si podía poner un pronto final a la guerra, su brutal estrategia podría acabar salvando más vidas de las que se llevaría por delante. Su postura era bastante clara, y quería contar con el apoyo del pueblo británico. La única razón por la que no explicó esta estrategia públicamente fue que el Gobierno se lo impidió. Churchill y su Gabinete estaban totalmente a favor de la estrategia, pero querían que siguiera pareciendo que los objetivos del Mando de Bombarderos eran estrictamente militares.

Lamentablemente, la moral alemana nunca se derrumbó como Harris esperaba. La guerra siguió alargándose, y las ciudades de Alemania siguieron siendo devastadas, una tras otra. Según el historiador militar Richard Overy, unos 600.000 civiles murieron a causa de las bombas de los Aliados, no solo en Alemania, sino también en los países que los Aliados iban liberando. La cifra de muertes fue terrible y superó la de las víctimas británicas de las bombas alemanas casi en una proporción de diez a uno. En aquel momento, sin embargo, al público británico no pareció preocuparle mucho. El éxito de cada bombardeo era publicado en los periódicos con triunfante regocijo. Las tripulaciones de los bombarderos hacían giras por las fábricas británicas y las historias que contaban a los trabajadores eran

invariablemente jaleadas con vítores. La pérdida de vidas civiles alemanas se consideraba un precio que merecía la pena pagar.

Hacia el final de la guerra, sin embargo, el ambiente cambió repentinamente. El punto de inflexión fue el bombardeo de Dresde, en febrero de 1945. Durante una conferencia de prensa celebrada tras el bombardeo, a un oficial de alto rango se le escapó que, en parte, se había llevado a cabo para destruir «lo que queda de la moral alemana». Durante los días siguientes comenzaron a aparecer historias en las que se afirmaba que los británicos estaban acometiendo «bombardeos de terror». En la Cámara de los Comunes empezaron a formularse preguntas. Cuando la prensa americana se hizo con la historia, la RAF se vio sometida a una considerable presión internacional para que explicara sus acciones.

El *establishment* británico no tardó mucho en volverle la espalda al Mando de Bombarderos. Churchill redactó un comunicado a sus jefes de Estado Mayor reprendiéndolos por incurrir en «actos de terror y destrucción gratuitos» (aunque en la versión definitiva de la nota moderó su retórica). La hipocresía de esta nota llama verdaderamente la atención. Churchill sabía en todo momento la estrategia que estaba siguiendo Harris, pero nunca antes había expresado mucha preocupación por ella. Tras la victoria de los Aliados en mayo de 1945, Churchill alabó a todos y cada uno de los cuerpos de las fuerzas armadas, pero apenas hizo mención a los bombarderos británicos. En sus exitosas memorias, publicadas tras la guerra, Churchill omitió el bombardeo de Dresde, como si esperara que el episodio pudiera borrarse de la memoria pública simplemente no hablando de él.

Naturalmente, los hombres que pilotaban los bombarderos se quedaron bastante perplejos ante este repentino cambio de actitud. En palabras del historiador oficial de la guerra de los bombarderos, Noble Frankland: «La mayoría de la gente estaba encantada con el Mando de Bombarderos durante la guerra, hasta que estuvo prácticamente ganada; luego cambiaron de opinión y dijeron que no era una manera muy correcta de librar la guerra».

La indignación que esto causó durante los años siguientes fue más que notable. Yo he conocido y entrevistado a docenas de tripulantes de bombarderos británicos, y la mayoría ha expresado su amargura por la forma en que fueron ninguneados por el *establishment* a partir de 1945. Muchos se sentían decepcionados por no haber recibido nunca su propia medalla y haber tenido que conformarse con una condecoración de campaña más genérica concedida a todos los integrantes de la fuerza aérea. Consideraron esto como otra forma más de barrer discretamente y esconder debajo de la alfombra su contribución a la guerra. Aún peor fue el trato recibido por parte del público en general. Durante la guerra, cuando un tripulante de bombardero entraba en un bar de uniforme, rara vez tenía que pagar su consumición; pero, a partir de 1945, empezaron a tener que pensarse dos veces si admitir cuál había sido su papel durante la guerra. Especialmente en la década de 1960, cuando una nueva generación empezó a cuestionarse las acciones de sus padres, los estudiantes a veces se burlaban de las afirmaciones de los veteranos de los bombarderos cuando decían que «solo cumplían órdenes». Historiadores de derechas como David Irving también establecieron deliberados, si bien dudosos, paralelismos entre las atrocidades nazis y las acciones de la RAF. Los hombres del Mando de Bombarderos, antes héroes, de repente empezaron a ser tratados como villanos.

Al final, toda esta reacción contra los veteranos de la aviación fue perdiendo fuerza y empezó a instalarse una visión más matizada. A finales de 1970, historiadores como Martin Middlebrook y Max Hastings abrieron el camino para la rehabilitación de los hombres del Mando de Bombarderos en la opinión pública. A partir de entonces, ha habido docenas y docenas de historias populares escritas por autores como Robin Neillands, Mel Rolfe y Kevin Wilson. En los años en los que yo trabajé en publicaciones militares, colaboré con muchos de esos autores y, de hecho, yo mismo encargué algunos de estos libros.

En las décadas de 1990 y 2000, una serie de películas y documentales de la televisión británica sobre la guerra de los bombarderos llevó esta visión matizada de la historia hasta la opinión pública. A los espectadores

que vieron la película de la BBC *Bomber Harris*, o el documental del Canal 4 *Reaping the Whirlwind* se les invitaba a ponerse en el lugar de estos aviadores antes de juzgarlos. Poco a poco, el público británico fue aprendiendo a asimilar una historia incómoda.

Al percibir que el público ya estaba dispuesto a apoyarlos, la Asociación del Mando de Bombarderos comenzó en 2009 a hacer campaña para la construcción de un monumento. Su deseo le fue concedido tres años después, en el verano de 2012, cuando por fin se inauguró el Monumento al Mando de Bombarderos.

Si la historia no hubiera ido más allá, el Monumento al Mando de Bombarderos no habría resultado ni tan interesante ni tan problemático como lo es hoy. Podría haber acabado pareciéndose a cualquier otro monumento a la guerra de los bombarderos de los que se encuentran en otros lugares de Gran Bretaña y Alemania. Por ejemplo, podría haber sido un monumento a la reconciliación, como la Cruz de Clavos de la catedral de Coventry (véase el capítulo 24). Podría haber sido una escultura antibelicista, como el monumento de Dammtordamm, en el centro de Hamburgo. Como mínimo, podría haber servido de gesto de aprobación de las oscuras decisiones morales que Gran Bretaña se vio obligada a tomar a causa de la guerra. Pero entonces surgió otra nueva ola de sentimiento popular que hizo esta matización casi imposible.

Los problemas empezaron cuando los periódicos comenzaron a intervenir. El Monumento al Mando de Bombarderos iba a ser construido con financiación privada, por lo que tres periódicos diarios –el *Telegraph*, el *Mail* y el *Express*– emprendieron campañas para recaudar dinero. Dado que todos estos periódicos eran políticamente de derechas, el monumento fue en gran parte financiado por donantes también de derechas, en concreto lord Ashcroft, exvicepresidente del Partido Conservador, que contribuyó con un millón de libras esterlinas. A la izquierda política, en cambio, apenas se la invitó a participar –y, para su vergüenza, tampoco pareció muy interesada en ello–. Así que lo que debería haber sido un proyecto para unir a la gente

de todo el espectro político, terminó siendo una *cause célèbre* claramente partidista.

A fin de recabar apoyo para el monumento, los tres periódicos, especialmente el *Daily Mail*, comenzaron a publicar historias de gran carga emotiva sobre el desaire que habían sufrido los hombres del Mando de Bombarderos. Empezaron a aparecer artículos en los que se los calificaba de «héroes olvidados» u «ovejas negras de la memoria popular británica de la Segunda Guerra Mundial» –pese a que nunca habían sido ni olvidados ni considerados «ovejas negras»–. Comenzaron a extenderse rumores que sugerían que el Ayuntamiento estaba impidiendo la construcción de un monumento porque sus planificadores se avergonzaban de los tripulantes de los bombarderos británicos, o de que Alemania estaba presionando al Gobierno británico para que vetara el proyecto: todas ellas, historias que carecían de fundamento real.

Cuando los historiadores insistieron en que, al menos, debía hacerse alguna mención a los aspectos controvertidos de los bombardeos, se mofaron de ellos calificándolos de cobardes sin ningún sentido del orgullo nacional. Algunos columnistas afirmaron que los hombres del Mando de Bombarderos volvían a ser objeto de ataque, esta vez por parte de las fuerzas de la corrección política (al final, los constructores del monumento estuvieron de acuerdo en añadir una inscripción que hiciera mención a «las personas de todas las naciones que perdieron su vida en los bombardeos de 1939-1945». Pero se colocó en un lugar un poco incómodo, cerca ya del techo, que quedaba bastante oculto a la vista por la estatua. Fue, a todas luces, un añadido de última hora).

Observé todo ello con cierta diversión, pero también con creciente incredulidad, porque yo sabía, tras años de investigación, que lo que se estaba diciendo era un completo despropósito. Me sorprendía especialmente la forma de retratar a los veteranos del Mando de Bombarderos. La prensa británica siempre los había calificado como «héroes», pero en realidad los estaban describiendo como víctimas. Ninguno de los hombres que yo entrevisté a lo largo de los años se autocompadecía tanto como los periódicos parecían compadecerse de ellos. En general habían sido hombres

sensatos que habían asumido desde hacía tiempo la forma en que habían tenido que luchar en la guerra y, en general, estaban satisfechos con la manera en que la sociedad británica finalmente los había aceptado. Entonces, ¿de dónde salía toda esta indignación?

La verdad es que el Monumento al Mando de Bombarderos, como todos los de este libro, dice, como mínimo, tanto de la sociedad que lo erigió como de las personas a las que supuestamente rinde homenaje. No tiene nada de moderno, ni de contemporáneo, como tantos de los monumentos recientes que se encuentran en su cercanía: este es un monumento a la nostalgia. Sus columnas y balaustradas clásicas evocan una época ya pasada, cuando Gran Bretaña era todavía una gran potencia colonial. El arquitecto, Liam O'Connor, enfatizó mucho el hecho de que el estilo del monumento se inspiraba en las fachadas de las casas de enfrente, construidas en el momento álgido del esplendor imperial británico. Su tamaño y el lugar destacado que ocupa son consecuencia de un intento deliberado de crear algo físicamente impresionante, como solía hacer Gran Bretaña en la época del almirante Nelson y la reina Victoria.

Las estatuas, además, son un ejercicio de nostalgia. Su postura y su actitud evocan a los estoicos héroes de las películas de guerra británicas de la década de 1950 –películas como *Proa al cielo* (*Reach for the Sky)* y *Los destructores de diques* (*The Dam Busters*). En ellas, los héroes no tenían que mostrarse haciendo nada dramático: el drama se ocultaba tras su dura y silenciosa apariencia. Hoy en día ya no se hacen héroes así.

Los británicos siguen hablando de la Segunda Guerra Mundial como su «momento de gloria», pero, muy en el fondo, también entienden que marcó un final. La Segunda Guerra Mundial le costó a Gran Bretaña su Imperio, su prestigio y su puesto preeminente en la economía mundial. A partir de 1945, dejó de ser el taller del mundo, y ya nunca pudo dictar los designios mundiales como lo había hecho durante los dos siglos anteriores. La guerra dejó a Gran Bretaña prácticamente en la bancarrota y se vio obligada durante años a depender de la ayuda financiera de Estados Unidos. No es de extrañar que los británicos se sintieran indignados, desairados, engañados

por la historia; ni tampoco que no tuvieran muy claro si eran héroes o villanos.

Este ha sido uno de los grandes temas de la vida de la posguerra en Gran Bretaña; un tema que la nación todavía no ha llegado a procesar del todo. Durante la guerra, los funcionarios ya hacían bromas con que Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña no eran realmente los Tres Grandes, sino los Dos y Medio. En la década de 1960, el exsecretario de Estado de Estados Unidos, Dean Acheson, pronunció la célebre frase «Gran Bretaña ha perdido un imperio y todavía no ha encontrado su papel». El país recuperó algo de su orgullo en las décadas de 1980 y 1990, durante la era del thatcherismo y la *Cool Britannia*, pero a comienzos del siglo XXI parece que de nuevo se encuentra a la sombra de otros: Estados Unidos, China, la Unión Europea.

Este es el verdadero significado del Monumento al Mando de Bombarderos, con sus héroes mirando hacia el exterior entre columnas dóricas, como prisioneros en una jaula. Son un grupo de héroes que parecen no tener nada heroico que hacer. Han finalizado su misión, pero les han robado su gloria, y ahora solo están ahí, mirando el Green Park de Londres, esperando estoicamente a ver qué nuevas decepciones pueden estar cerniéndose en el horizonte.

6

Italia: Monumento a los Caídos, Bolonia

Los temas que se exponen en el Monumento al Mando de Bombarderos de Londres forman parte de un patrón mucho más amplio, evidente no solo en el Reino Unido, sino en todo el mundo. En el siglo XXI, a toda nación le gusta considerarse a sí misma una nación de héroes; pero en el fondo, la mayoría de las naciones están empezando a verse como víctimas.

Este proceso lleva décadas en marcha. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, seguía habiendo una gran demanda de heroísmo. Pero en los años transcurridos desde entonces, muchas naciones se han dado cuenta de que ese heroísmo no está exento de ciertas responsabilidades. Por ejemplo, Estados Unidos, el vencedor indiscutible de la guerra, se ha visto obligado a actuar como el policía del mundo desde entonces. Gran Bretaña también se sintió obligada a mantener la paz del mundo a partir de 1945, pese al hecho de que ya no podía permitírselo.

También había otros peligros. Los héroes siempre corren el riesgo de que se les acabe viendo como los seres humanos imperfectos que en realidad son; y, cuando esto ocurre, pueden caer rápidamente en desgracia –algo así como lo que ha pasado recientemente con los viejos héroes soviéticos en Europa del Este–. En un esfuerzo por evitar esta tendencia, algunas naciones han recurrido a defender a sus héroes de la Segunda Guerra Mundial con exagerada vehemencia. Basta con fijarse en la forma en que Estados Unidos mitologiza a su «generación más grande», o en cómo Gran Bretaña lo hace continuamente con la figura de Winston Churchill, para darse cuenta de cuánto trabajo cuesta mantener el estatus de héroe.

Otras naciones, sin embargo, han dejado de retratarse a sí mismas como heroicas. Cada vez más, han empezado a elegir para sus monumentos otro tema, igualmente poderoso y puro: el del martirio. Esta es una identidad mucho más fácil de sostener, ya que permite a una nación conservar una elevada autoridad moral sin tener que cargar en ningún caso con la responsabilidad de mantener la paz; y es, a la vez, una manera fácil de eludir las críticas. En la siguiente parte del libro, me ocuparé del crecimiento del victimismo como tema nacional, así como de las desventajas y peligros que lleva asociados.

Primero, no obstante, quisiera explorar un último monumento al heroísmo, que muestra un aspecto muy diferente de lo que es ser un héroe.

El Monumento a los Caídos de Bolonia, Italia, es mucho más íntimo que ninguno de los que he descrito hasta ahora. Basado en una idea muy simple, consiste en 2.000 retratos y nombres de los combatientes de la resistencia local fijados en la pared del edificio del Ayuntamiento, sito en la Plaza de Neptuno, justo en el centro de la ciudad. Se trata del lugar donde se ejecutaba públicamente a los partisanos capturados durante la guerra. Desde 1945, se ha convertido en un enclave conmemorativo no solo de los que murieron allí, sino también de los que murieron luchando contra los nazis y los fascistas italianos en toda la región.

A diferencia de cualquier otro de los monumentos de este libro, este no fue erigido por el Estado, ni por un museo o cualquier otro tipo de organización relativa a la memoria. Lejos de ser planificado con antelación, nació de un estallido de emoción espontáneo por parte de los ciudadanos locales para conmemorar las vidas y las muertes de personas a las que habían conocido y amado. Subraya un aspecto de la guerra que está ausente de otros monumentos más grandes, patrocinados por el Estado: la Segunda Guerra Mundial no fue solamente un enfrentamiento titánico entre ejércitos gigantescos en los campos de batalla, sino también una guerra profundamente local que se libró en las colinas y en los bosques, así como en las calles de localidades muy alejadas de las líneas del frente. La guerra

tuvo un sabor diferente en Italia que en Polonia o en Francia; y también tuvo un sabor distinto en Bolonia que en Nápoles o Milán. El Monumento a los Caídos no fue construido para representar virtudes o ambiciones nacionales; fue sencillamente una expresión de orgullo local, y de pérdida local. Más bien recuerda a algo que todos hacemos privadamente en el cuarto de estar de nuestra casa: mostrar los retratos de nuestras personas queridas. «Estos somos nosotros», dicen. «Estas personas son nuestra familia».

La guerra en Italia fue mucho más complicada que en otras partes de Europa. Italia había comenzado la guerra como aliada de Alemania, pero acabó siendo ocupada por fuerzas alemanas cuando trató de cambiar de bando en 1943. Una vez que los Aliados invadieron el sur, los alemanes establecieron un Gobierno títere en el norte bajo el mando de Benito Mussolini, y el país quedó dividido en dos. En medio de toda esta confusión, fue creciendo un movimiento de resistencia. A estos partisanos se unieron todo tipo de grupos, pero su fuerza impulsora era el Partido Comunista Italiano, que buscaba no solo liberar a la nación de los alemanes, sino también derrocar a los fascistas que habían gobernado Italia desde la década de 1920 y a la vez llevar a cabo un amplio cambio social.

Como centro principal de la resistencia, Bolonia sufrió más que la mayoría de las demás ciudades de Italia. Durante el último año de la guerra, la región fue pasto de intrigas y violencia. En el cercano Marzabotto, el pueblo entero fue masacrado por las Waffen-SS en venganza por la actividad de la resistencia; al menos 770 hombres, mujeres y niños fueron ejecutados a sangre fría o quemados dentro de sus casas. En el propio centro de la ciudad de Bolonia hubo más de cuarenta fusilamientos públicos, en los que murieron unos 140 hombres y mujeres. La Plaza de Neptuno era el lugar favorito tanto de los nazis como de los fascistas italianos para llevar a cabo estas ejecuciones. Entre julio de 1944 y el final de la guerra, al menos dieciocho personas fueron fusiladas allí. Sus cadáveres se dejaron a la vista como advertencia a la población local y, para que el mensaje quedara aún más claro, en la pared se colgó un sarcástico letrero con el texto «zona de refrigerio para partisanos».

Sin embargo, si la idea era que esta violencia iba a disuadir a la gente de unirse a la resistencia, lo cierto es que no funcionó. El 19 de abril se produjo una insurrección y en dos días se habían hecho con el control de la ciudad. Según las cifras oficiales, para entonces, más de 14.000 habitantes de la localidad colaboraban activamente en la lucha con los partisanos, de los cuales más de 2.200 eran mujeres. Bolonia fue la vanguardia de un movimiento que alcanzó a toda la nación: pocos días después, el 25 de abril, la insurrección se extendió por todo el norte de Italia.

Mientras los alemanes y sus títeres fascistas huían de la ciudad, los ciudadanos de Bolonia pudieron al fin llorar a sus muertos en público. Las familias de los que habían sido ejecutados volvieron a la Plaza de Neptuno e instalaron allí un santuario para sus seres queridos. Alguien arrimó una vieja mesa de madera de color verde a la pared, en la que la gente pudo ir depositando pequeños recuerdos, flores y fotografías enmarcadas de los que habían muerto. En la pared se colgó una bandera italiana sobre la que fueron colocándose más fotografías.

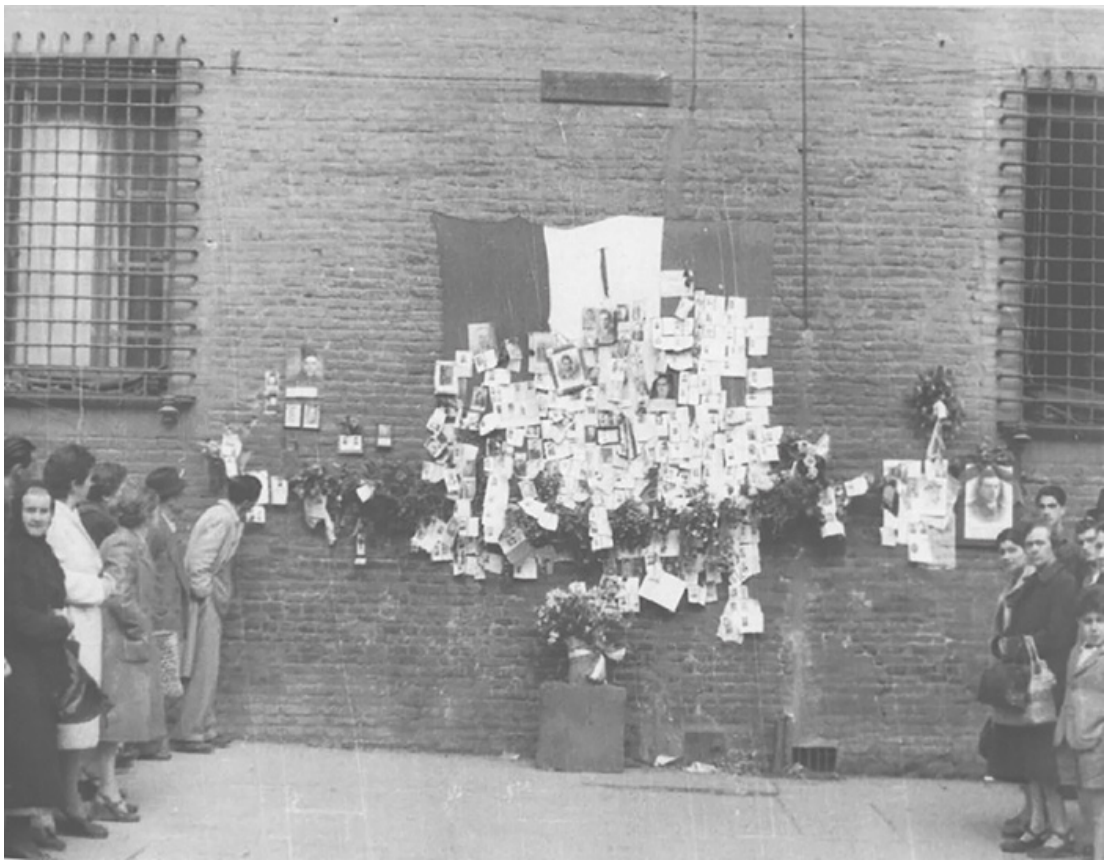
Con el paso de los días, este santuario fue aumentando cada vez más. En un par de meses contaba ya con varios centenares de fotografías, colocadas en veinte metros de pared. En poco tiempo, el enclave dejó de ser solo un lugar de duelo por quienes fueron asesinados allí, para convertirse también en un lugar de respeto por todos los que habían muerto en nombre de la libertad. Había fotografías y tributos a todo tipo de personas: adolescentes ejecutados por sus actividades de resistencia, mujeres de sesenta y tantos años caídas heroicamente en combate, hombres en la flor de la vida fallecidos en accidentes de adiestramiento o torturados hasta la muerte por las autoridades. Allí estaba representado un completo y variado repertorio de la experiencia partisana.

Las nuevas autoridades municipales no tardaron en decidir que este monumento debía convertirse en un elemento permanente del muro medieval del Palazzo d’Accursio. En 1955 se retiraron las fotografías en papel para ser sustituidas por azulejos que soportaran la intemperie, en cada uno de los cuales se mostraba el nombre o retrato de un solo hombre o mujer. Hoy en día hay más de 2.000 azulejos en la muralla, junto con otros

dieciséis más grandes en los que se reproducen fotografías de la época; un permanente recordatorio del sufrimiento y la valentía del pueblo de Bolonia.

Como suele decirse, todo es política. El Monumento a los Caídos pudo comenzar siendo un simple símbolo de duelo; pero siempre fue más que eso. Era inevitable que incluyera algunas alusiones políticas; después de todo, había sido construido para conmemorar a aquellos que habían muerto por sus ideas. Por tanto, los temas políticos estuvieron presentes en este monumento desde el principio, y continuarían caracterizándolo durante las décadas posteriores.

La liberación de Bolonia en abril de 1945 constituyó un acontecimiento caótico y violento. Según Edward Reep, un pintor estadounidense que estuvo allí cuando la ciudad fue liberada, uno de los primeros actos que tuvieron lugar en la Plaza de Neptuno en abril de 1945 no tuvo nada que ver con el duelo, sino con la venganza. Antes de que empezara a instalarse este santuario, un colaborador fascista fue fusilado allí: su sangre todavía podía verse en el muro. En otras palabras, la violencia política que había caracterizado los años de la guerra aún no había desaparecido del todo; simplemente había cambiado de lado. Durante la larga posguerra, actos de violencia similares continuarían produciéndose de vez en cuando por toda Italia.



El «santuario» original en 1945.

Según Reep, los símbolos políticos fueron incorporándose al monumento desde el primer momento en que empezó a tomar forma:

> A los pocos minutos, colgaron de la pared una bandera italiana, arriba y a la izquierda de la mancha de sangre… El emblema de la casa de Saboya fue arrancado de la franja central blanca de la bandera; en su lugar colocaron un lazo negro en señal de duelo. Esto implicaba dos cosas: significaba el final de la monarquía y del fascismo, y al mismo tiempo se convirtió en un monumento conmemorativo a aquellos que habían entregado su vida durante la larga lucha por la liberación.

Fue sobre esta bandera donde los deudos de los fallecidos colgaron por primera vez sus fotografías.*

Durante los años siguientes, el «santuario» se convirtió en uno de los muchos monumentos de Bolonia dedicados a los partisanos. En 1946, se envió a la fundición una estatua de bronce de Mussolini a caballo para crear

dos nuevas estatuas de combatientes de la resistencia que hoy pueden verse en Porta Lame, al noroeste del centro de la ciudad. En 1959, el arquitecto Piero Bottoni construyó un osario de los partisanos caídos en el cementerio de Certosa, y en la década de 1970 se construyeron dos monumentos más: uno en Villa Spada y el otro en Sabbiuno, justo al sur de la ciudad. Además, después de la guerra se cambió el nombre de varias plazas. Por ejemplo, la Plaza del Rey Umberto pasó a llamarse Plaza de los Mártires de 1943-1945.

Todo esto formaba parte de un intento deliberado no solo de demostrar el renacimiento moral y social de la ciudad después de la guerra, sino también de redefinir su propia identidad. Los símbolos monárquicos y fascistas fueron destruidos y sustituidos por los símbolos de la resistencia. Si Bolonia iba a ser una ciudad de héroes, estos no podían ser los viejos héroes elitistas. A partir de ese momento, se rendiría homenaje a trabajadores y estudiantes, gente corriente, con rostros parecidos a los expuestos en la Plaza de Neptuno.

Bajo la mirada de todos estos héroes muertos, el pueblo de Bolonia se vio más o menos obligado a seguir la senda de futuro que el recuerdo de sus combates durante la guerra les había trazado. En las primeras elecciones municipales de la posguerra, celebradas en marzo de 1946, resultó elegido como alcalde un miembro de la resistencia. Giuseppe Dozza presidiría el Ayuntamiento durante casi veinte años; y su partido, el Partido Comunista Italiano, seguiría siendo la principal fuerza de la política boloñesa durante la mayor parte de lo que quedaba de siglo.

En las décadas de 1970 y de 1980, la ciudad volvió a ser blanco de ataques. Durante los *anni di piombo* –los «años de plomo»–, toda Italia fue pasto de la violencia política. Muchas otras ciudades sufrieron ataques terroristas a manos de las Brigadas Rojas comunistas; pero Bolonia fue atacada por neofascistas. En 1980, explotó una bomba en la principal estación de tren de la ciudad, que causó la muerte a 85 personas y dejó heridas a doscientas más. En 1974 y 1984 se produjeron también dos ataques a menor escala, en cada uno de los cuales murieron aproximadamente una docena de personas. La razón era evidente: Bolonia había sido atacada porque era una ciudad de izquierdas.

Para conmemorar estos ataques se colocó una nueva placa en la Plaza de Neptuno, cerca del «santuario», con los nombres de los fallecidos. Sin embargo, y aunque no era esa la intención, la nueva placa marcó un sutil cambio en el paisaje de la memoria de la ciudad. El Monumento a los Caídos original nunca había transmitido la impresión de un pueblo que sintiera pena por sí mismo, pese a las terribles atrocidades que había sufrido durante la guerra. La inscripción que había en la parte de arriba afirmaba claramente, en grandes letras de metal, que los partisanos eran héroes que habían muerto por una causa justa: «Por la libertad y la justicia, por el honor y la independencia de la madre patria». En cambio, la inscripción de la nueva placa no trasladaba el mismo mensaje. En esta, los muertos eran simplemente «víctimas del terrorismo fascista». No habían muerto por una causa. No había heroísmo. Si vemos al mismo tiempo ambas inscripciones, las líneas entre el heroísmo y el victimismo ya no parecen tan claras. Es como si la insensata violencia de la década de 1980 reverberara sobre la pasada violencia, igualmente insensata, de los años de la guerra, e incluso los partisanos empiezan a parecer menos héroes y más mártires.

En los últimos años, se han producido cambios incluso mayores en la identidad de la ciudad. Las viejas certidumbres de la vida política boloñesa hace tiempo ya que se desmoronaron: el comunismo murió aquí, igual que en toda Europa, con el final de la Guerra Fría. Desde el cambio de siglo, ha habido poca continuidad entre el pasado bélico de la ciudad y su presente: en términos generales, los comunistas han dado paso a los socialdemócratas, más moderados. Las mareas de la globalización también son visibles, no solo en su universidad, que siempre ha acogido a estudiantes de toda Italia y del mundo, sino también en la población en general. Más del 10 % de las personas que hoy en día viven en Bolonia proceden de otros países, y este porcentaje no deja de crecer.

En un mundo como este, los 2.000 retratos de la Plaza de Neptuno ya no tienen la fuerza que en su día tuvieron. Pertenecen obviamente a una era pasada. Sus rostros parecen rígidos, formales –nada que ver con los selfis sonrientes que las generaciones actuales publican de forma habitual en los medios sociales. ¿Por qué deberían seguir teniendo relevancia hoy estos

viejos retratos? ¿Por qué la ciudad tiene que seguir siendo prisionera de la historia de estas personas y de *sus* ideas?

Y, sin embargo, siguen dominando los muros de esta plaza medieval. Los políticos locales tienen que pasar por delante de ellas todos los días al entrar y salir del Ayuntamiento. Los alumnos que se reúnen en los escalones de la biblioteca pública se sientan a su sombra. Como las fotografías de tíos y tías fallecidos hace tiempo colgadas en innumerables hogares por toda Bolonia, miran a los habitantes de esta ciudad de izquierdas, recordándoles silenciosamente quiénes son y de dónde vienen.

---

* En 1946, Reep pintó un cuadro de este santuario que ganaría un premio y consagraría su carrera como artista. Actualmente forma parte de la colección permanente del Museo Nacional de Arte Americano de Washington D. C.

Coda: el fin del heroísmo

Los héroes son como los arcoíris: solo pueden apreciarse bien desde cierta distancia. En cuanto nos acercamos demasiado, las cualidades que les hacen brillar tienden a desaparecer.

Ninguno de los monumentos que he descrito hasta ahora refleja los matices de la realidad histórica. La grandeza de la madre patria rusa siempre estuvo construida sobre cimientos bastante inestables. La devoción de Estados Unidos por su bandera, por muy gloriosa que sea para los estadounidenses, siempre ha resultado un tanto sospechosa para todos los demás. Gran Bretaña necesitaba su famoso tesón no solo para ganar la guerra, sino para capear las decepciones que vendrían después. Y los movimientos de resistencia –no solo en Bolonia, sino también en toda Europa y Asia– en general consiguieron mucho más con sus muertes que con sus actos de resistencia propiamente dichos. Pero nada de esto importa en realidad, porque el propósito de estos monumentos nunca fue expresar la realidad histórica. Son representaciones de nuestra idea mitológica de lo que significa ser un héroe, nada más. Constituyen expresiones tanto de identidad como de historia.

En algunos aspectos, nuestros monumentos a los héroes de la Segunda Guerra Mundial parecen bastante atemporales. Los valores que expresan –fortaleza, estoicismo, fraternidad, virtud– no son diferentes de los valores que todas las sociedades han venido ensalzando desde la Antigüedad. Pero, en otros aspectos, resultan completamente anticuados: de hecho, algunos de ellos, como el Monumento al Mando de Bombarderos de Londres, parecía pasado de moda desde el mismo momento en que se inauguró. No es una

coincidencia que todos los monumentos que he mencionado en esta sección sean estatuas convencionales, o fotografías, o estatuas basadas en fotografías. Esta es la manera en que se representa a los héroes en el mundo entero. Comparados con algunos monumentos que describiré más adelante, son bastante poco innovadores.

Los héroes representan nuestros ideales. Deben ser valientes pero amables, firmes pero flexibles, fuertes pero tolerantes; deben ser siempre virtuosos, siempre impecables, estar siempre dispuestos a la acción; y, como campeones de nuestra comunidad que son, deben representarnos a todos y en todo momento. Es imposible que ningún individuo esté a la altura de tales expectativas. Ni tampoco ningún grupo.

Y, sin embargo, algunas naciones han recibido este legado de responsabilidades de manos de la historia. Como vencedor indiscutible de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha sido llamado a actuar como un héroe desde entonces. En un grado algo menor, el Reino Unido y Francia también se han sentido obligados a desempeñar un papel protagonista en los asuntos internacionales, especialmente en lo tocante a sus excolonias. Incluso Rusia se ha sentido a veces obligada a cumplir con las expectativas de su estatus de gran potencia. No siempre se aprecian los esfuerzos de estos países, y no cabe extrañarse: ninguno de los que ejercen hoy como guardianes internacionales puede estar a la altura del ideal de la Segunda Guerra Mundial.

Los tiempos cambian. Los valores, incluso los más atemporales, tan pronto están vigentes como pasan de moda: ¿quién celebra hoy en día cualidades como la obstinación, la inflexibilidad o la voluntad de resistir en silencio? Inevitablemente, algunos de los héroes que solíamos reverenciar parecen un tanto trágicos, o incluso ligeramente ridículos, para las sensibilidades actuales. Las comunidades también cambian. Se supone que nuestros héroes representan lo que creemos que somos o, al menos, lo que nos gustaría imaginar que somos, pero cuando comenzamos a adoptar nuevas opiniones políticas, o cuando nuestras comunidades absorben a personas de diferentes clases, religiones o etnias, la identificación con los viejos héroes se hace más difícil.

Todo esto pone de relieve una extraña paradoja: nuestros héroes, que en nuestras mentes parecen tan fuertes e indestructibles, son en realidad las figuras más vulnerables del panteón histórico. No cuesta mucho derribarlos de sus pedestales.

Existen también otros motivos, más sólidos. Como ya he apuntado antes, muchos grupos tienden a retratarse más como mártires que como héroes. En la mayoría de los casos, los grupos en cuestión poco pueden hacer al respecto: todos somos prisioneros de nuestra historia, y estos son los papeles que los trágicos acontecimientos del pasado les han legado. No obstante, como veremos más adelante, el martirio acaba creando una identidad mucho más fuerte que el heroísmo. Los héroes vienen y van. Pero un mártir es para siempre.

Segunda parte

MÁRTIRES

En 1945, todas las naciones se creían naciones de héroes. Sin embargo, a nadie se le escapa el hecho de que, en casi todas partes, la Segunda Guerra Mundial no fue gloriosa: fue brutal. Poblaciones enteras habían sido bombardeadas, matadas de hambre, esclavizadas y humilladas. Millones de personas habían muerto en escenarios nada heroicos –es decir, no en el campo de batalla, sino en sus casas, cámaras de gas o escondidos en refugios antiaéreos–. Cientos de miles de mujeres habían sido violadas. Ciento de miles de niños habían quedado huérfanos. Estas personas no eran héroes: eran víctimas.

Los monumentos en memoria de las víctimas de la guerra son algunos de los lugares de recuerdo más importantes que tenemos. La mayoría ha sido construida por muy buenas razones. El sufrimiento debe ser reconocido. Un monumento conmemorativo bien diseñado puede proporcionar un lugar al que la gente vaya a lamentar lo que han perdido, y a recordar a los que han muerto. Puede unir a una nación dividida en un duelo compartido. Y puede ofrecer a una población humillada al menos un espacio donde perdonarse a sí misma: no todo el mundo puede ser un héroe, especialmente cuando fuerzas mucho más poderosas y fuera de su control le han dejado impotente.

Sin embargo, estos monumentos conmemorativos también tienen un lado más oscuro que rara vez se aborda. Por un lado, nos ofrecen la oportunidad de asumir nuestro doloroso pasado y superarlo; por otro, nos invitan a regodearnos en el pasado hasta que nuestras almas quedan encadenadas a él. Nos pueden permitir tomar posesión de nuestro

sufrimiento y, de este modo, controlarlo, o pueden hacer que nos rindamos a él, que no asumamos ninguna responsabilidad y busquemos a otros a quienes culpar. Recordar el pasado de esta manera puede tener consecuencias peligrosas. En lugar de inspirar unidad, puede promover la división. En lugar de proporcionarnos paz, puede despertar nuestra ira.

En las últimas décadas se ha producido un cambio en la cultura conmemorativa. Donde una vez se erigieron monumentos a los héroes de nuestra Segunda Guerra Mundial, hoy estamos mucho más dispuestos a erigir monumentos a nuestras víctimas y mártires. Existen razones claramente políticas para ello. Los mártires, al igual que los héroes, inspiran lealtad. Pero mientras que una nación de héroes está obligada a asumir la responsabilidad de su lugar en el mundo, una nación de mártires es libre de ser todo lo egoísta que quiera. A los mártires no se les puede criticar. Sus defectos deben perdonarse siempre. Su sufrimiento pasado es como una tarjeta perpetua para «salir de la cárcel» típica de algunos juegos de mesa: sirve para absolverlos de todos sus pecados.

Desgraciadamente, esta aparente libertad es un tanto ilusoria. Como veremos en los siguientes capítulos, esta forma de pensar tiene sus costes, aparte de sus beneficios. Las naciones que se consideran mártires no dejan de ser esclavas de su historia, como todas las demás.

AND HOTEL K

7

Países Bajos: Monumento Nacional, Ámsterdam

La población de los Países Bajos sufrió mucho durante la Segunda Guerra Mundial. En 1940, su país fue invadido por una fuerza gigantesca, imparable, que causó unos daños inmensos, especialmente en ciudades como Róterdam, que quedó completamente arrasada por los bombardeos. Durante los cinco años siguientes, padecieron de lleno las consecuencias de la ocupación nazi: la privación de su soberanía, el acorralamiento de los judíos y otros «indeseables», la explotación del pueblo holandés y la brutal represión de la disidencia. Cuando hacia el final de la guerra la actividad de la resistencia aumentó, los nazis se vengaron bloqueando todos los envíos de alimento y combustible a la parte oeste del país. La hambruna no tardó en llegar: se cree que en torno a 18.000 personas murieron en lo que pronto se conocería como el «invierno del hambre», y cientos de miles más sufrieron una malnutrición severa. Para cuando fueron finalmente liberados en mayo de 1945, los Países Bajos estaban totalmente sojuzgados.

Posteriormente al terrible conflicto, el nuevo Gobierno neerlandés encargó la construcción de un monumento para garantizar que la población no olvidara nunca la humillación y el sufrimiento que había tenido que soportar. Desde el primer momento, el Monumento Nacional se concibió para que fuera el más importante del país. Debía construirse en el centro histórico de Ámsterdam, en la Plaza Dam. El tema central sería el martirio holandés.

El primer elemento del monumento se construyó ya en 1946. Era un muro curvo, en el que había una serie de nichos, cada uno de los cuales contenía una urna. Cada urna estaba llena de tierra de algún lugar donde el

pueblo neerlandés hubiera sido torturado y ejecutado. Originalmente, hubo once urnas en total –una de cada provincia– para que fuera verdaderamente un monumento nacional. Pocos años después se añadió una duodécima urna con tierra de las Indias Orientales Neerlandesas (la actual Indonesia), en reconocimiento al sufrimiento que los ciudadanos neerlandeses también habían experimentado a manos de los japoneses.

Pocos años más tarde se construyó una columna de piedra delante de este muro curvo. Medía veintidós metros de alto, y estaba adornada con esculturas creadas por John Rädecker, uno de los más destacados artistas de los Países Bajos. El diseño de Rädecker dice mucho de cómo los neerlandeses se veían a sí mismos después de la guerra. La imagen principal, situada delante de la columna, es la de cuatro hombres encadenados, uno de los cuales tiene los brazos extendidos como un Cristo crucificado. A cada lado de esta escultura hay dos estatuas que representan la resistencia: una figura con barba a la izquierda, que simboliza la resistencia de los intelectuales, y otra musculada a la derecha, que representa la resistencia de los trabajadores. A sus pies aparecen tres perros aullando, que simbolizan la fidelidad. Sobre la imagen central se yergue una mujer con un niño en brazos, que representa la nueva vida que el final de la guerra hacía posible. Por encima de su cabeza hay una corona de flores, símbolo de la victoria. Por último, en la parte trasera de la columna, una hilera de palomas vuela hacia el cielo, encarnando la paz.

El Monumento Nacional en 1958, dos años después de su inauguración.

El monumento, por tanto, transmite varios mensajes a la vez. Los neerlandeses resistieron la opresión. Estuvieron unidos en su sufrimiento. Fueron fieles a un ideal. Y al final, su sufrimiento mereció la pena: fueron recompensados con la victoria, la paz y la oportunidad de vivir un renacimiento.

En términos generales, es un monumento muy bien pensado. Sus imágenes centrales son de una naturaleza básicamente religiosa. Las palomas evocan el símbolo cristiano del Espíritu Santo; la mujer y el niño recuerdan a la imagen clásica de una madona; y, lo más importante, la figura similar a Cristo representa el martirio del pueblo –torturado, encadenado y sacrificado, en la fe de que el final de la guerra le traerá la resurrección. Es imposible para un cristiano contemplar este monumento

sin sentir el mismo tipo de sobrecogimiento religioso que sentiría en una iglesia. Es una visión trascendente de los Países Bajos durante la guerra: es la nación como mesías.

Solo hay un problema. No todos en los Países Bajos eran cristianos, ni siquiera en 1945. Y no todos los que fueron perseguidos por los nazis murieron en suelo neerlandés. Al retratar a la nación de este modo, el monumento excluye a varios grupos que no encajan en la definición de Rädecker de lo que era ser neerlandés. El más importante de estos grupos fue precisamente el sector de la población que más sufrió: los judíos.

Si buscamos una imagen que represente el martirio durante la Segunda Guerra Mundial, ninguna puede hacerlo mejor que la de los judíos de Europa. En los Países Bajos solo constituían el 1,5% de la población; y, sin embargo, para el final de la guerra, representaban la mitad de todas las víctimas holandesas. A los judíos se los señaló como a ningún otro colectivo del país. Fueron capturados sin piedad, deportados en trenes y enviados a campos de concentración donde se los asesinó nada más llegar o se los forzó a trabajar hasta morir. Unos 110.000 fueron deportados de esta manera y solo unos 5.000 regresaron.

Hoy en día parece evidente que cualquier monumento para recordar a los muertos no solo debería incluir a estas personas, sino asignarles un lugar de honor. Entonces, ¿por qué el Monumento Nacional de los Países Bajos los ignora? ¿Fueron deliberadamente excluidos? ¿Se trató meramente de un lamentable error de omisión? ¿O estaba pasando algo más?

Para hacerse una idea de cómo pudo llegar a ocurrir esto, merece la pena pararse a considerar las historias de algunos de los 5.000 supervivientes del Holocausto que regresaron a los Países Bajos en 1945. Al final del siglo XX, el historiador neerlandés Dienke Hondius entrevistó a docenas de estas personas sobre su experiencia a su regreso a casa, y descubrió que sus relatos eran en general bastante similares. Casi todos ellos se sintieron ignorados en 1945. Casi todos se sintieron de algún modo presionados para no hablar de lo que habían sufrido. Y, aún peor, muchos se

encontraron con que eran objeto de una perversa y equivocada forma de envidia. «Tuvisteis suerte», le dijo a un superviviente judío un conocido suyo en 1945. «¡Menuda hambre pasamos nosotros!». A otro, su jefe le negó un adelanto basándose en que, en Auschwitz, «¡tuvisteis un techo y comida todo el tiempo!».

Siendo benévolos, esta falta de sensibilidad puede excusarse en gran parte porque provenía de la ignorancia. A diferencia de la Europa del Este, donde el Holocausto tuvo lugar delante de los ojos de todo el mundo, en los Países Bajos apenas se tenía un somero conocimiento de lo que les había ocurrido a los judíos a partir de su deportación. Muchos neerlandeses no reconocían el sufrimiento judío porque apenas habían sido conscientes de él. Es bastante posible que su ignorancia se extendiera al caso del Monumento Nacional, a cuyos creadores simplemente no se les ocurrió incluir el sufrimiento judío, cuya representación merecía una categoría aparte.

Existen, por supuesto, posibilidades más oscuras. El antisemitismo ya estaba bastante extendido en los Países Bajos antes incluso de la guerra, pero los años de propaganda nazi iban a tener además algún efecto en el país y en su población. Si nadie se molestó en pensar en qué les había pasado a los judíos durante la guerra fue en parte porque no les interesó. Cabe pensar que una de las razones por las que los judíos quedaron fuera del Monumento Nacional fue porque no se los consideró merecedores de ello. Al menos a un nivel inconsciente, es posible que sencillamente no se los tuviera por verdaderos neerlandeses.

Sin embargo, varios documentos contemporáneos apuntan a otra explicación, de un cariz más político, de por qué la experiencia de los judíos fue pasada por alto. En 1945 se hizo un gran esfuerzo para volver a unir una nación que estaba dividida. Se alimentó el mito de que el pueblo neerlandés había sufrido unido –como un solo pueblo, unido en su martirio–. Este es el mensaje más importante del Monumento Nacional, con sus imágenes cristianas y sus muestras de tierra tomadas de escenarios de atrocidades localizados en cada una de las provincias de los Países Bajos. Este mito encajó bien con casi todos, desde los antiguos colaboracionistas que

buscaban una oportunidad para volver al redil, hasta una población exhausta que solo deseaba dejar la guerra atrás.

Desgraciadamente, sin embargo, los judíos no encajaban en este cómodo mito –de hecho, cualquier reconocimiento de lo que les había ocurrido, automáticamente, era motivo de burla–. En el fondo, todos sabían que el de los judíos había sido un caso singular durante la guerra, y que habían sufrido de forma distinta a la de todos los demás. Es más, se sentían avergonzados de no haber salido en ayuda de los judíos. Pero, en lugar de reconocer estas incómodas verdades, era mucho más fácil correr un tupido velo sobre el tema en general. Y así, a nivel nacional al menos, los judíos neerlandeses de repente se hicieron invisibles.

Cualesquiera que fueran las razones para su exclusión del Monumento Nacional, poco podían hacer los judíos de los Países Bajos al respecto. Incluso en Ámsterdam, que en tiempos había sido un pujante centro judío, quedaban para entonces tan pocos que no estaban en situación de armar mucho ruido. En general, se limitaban a tratar de pasar desapercibidos y reconstruir sus vidas en silencio. Después de todo lo que habían pasado, la mayoría de los judíos no deseaban llamar la atención. Estaban resignados a ser invisibles.

Esto fue años antes de que el destino de los judíos se reconociera debidamente en los Países Bajos, ya que luego las cosas cambiaron. Todo empezó con la publicación del *Diario de Ana Frank* en 1947. Esta adolescente judía se había visto obligada a pasar escondida, junto con su familia, más de dos años. Vivían en las habitaciones traseras del edificio donde el padre de Ana había tenido su negocio, a las que accedieron a través de una puerta secreta, oculta tras una estantería. La familia fue finalmente descubierta en agosto de 1944 y deportada a campos de concentración de Alemania y de la Polonia ocupada. Ana Frank murió en Belsen a comienzos de 1945, pero el diario sobrevivió, y acabaría convirtiéndose en un éxito internacional de ventas.

Si a los supervivientes judíos de Ámsterdam se los silenció y marginó después de la guerra, este libro, al menos, les dio algo de voz. A finales de la década de 1950, el padre de Ana, Otto Frank, el único superviviente de la familia, compró la casa donde habían vivido escondidos durante la guerra y la convirtió en un museo. Se inauguró en 1960 y desde entonces ha ido cobrando cada vez más importancia. Hoy en día atrae a más de un millón de visitantes al año y es uno de los museos más visitados del país.

A partir de esta fueron haciéndose finalmente otras conmemoraciones de la experiencia judía de la guerra. En 1962, se inauguró un nuevo monumento a las víctimas judías en el Hollandsche Schouwburg, un antiguo teatro de Ámsterdam que había sido utilizado como centro de deportación durante la guerra. Se erigió un muro de conmemoración con los apellidos de los 104.000 judíos holandeses que habían sido asesinados. La inscripción que se grabó en el muro deja claro que no eran personas que «murieron por la patria», sino que se las llevaron para ser asesinadas. No eran héroes, sino víctimas.

En 1977, en el cementerio de Ooster se construyó un monumento a los judíos que habían muerto en Auschwitz. Más adelante, en 1993, este fue trasladado al Wertheimpark, en el Barrio Judío, y agrandado notablemente. Se compone de una serie de espejos rotos colocados sobre una urna que contiene cenizas traídas del campo de concentración de Auschwitz. Conscientemente o no, viene a paliar la ausencia de una urna similar en el muro conmemorativo del Monumento Nacional de la Plaza Dam.

La conmemoración del sufrimiento de los judíos en Ámsterdam continúa en nuestro siglo. Desde mediados de la década de los 2000, los *Stolpersteine* se han convertido en un elemento presente en muchas calles de Ámsterdam, y también de otras muchas ciudades de toda Europa. Se trata de pequeños adoquines de latón colocados en el suelo junto a las fachadas de las casas donde vivieron los judíos que fueron deportados durante el Holocausto. En ellos están grabados los nombres de los judíos que las habitaron, la fecha de su detención y cuál fue su final. Hoy en día hay más de cuatrocientos repartidos por todo Ámsterdam.

Por último, en una fecha tan cercana como 2016, se inauguró en Ámsterdam un Museo Nacional del Holocausto, también en el antiguo Barrio Judío. El sufrimiento que un día fue ignorado aquí, se conmemora ahora más que ningún otro.

Ningún monumento conmemorativo existe aisladamente. En la posguerra, el Gobierno neerlandés construyó un monumento único con la intención de expresar las características unificadoras del sufrimiento holandés durante la Segunda Guerra Mundial. Se equivocaron. Pero en los años transcurridos desde entonces, Ámsterdam ha ido poco a poco reparando sus exclusiones y omisiones. Hoy en día la ciudad cuenta con una rica cultura conmemorativa que incluye a muchas de las víctimas que fueron ignoradas en la época inmediatamente posterior a la guerra. Por ejemplo, Ámsterdam fue la primera ciudad del mundo en construir un monumento público a los gitanos perseguidos por los nazis durante la guerra. Se inauguró en 1978, y se encuentra en la Museumplein, o Plaza de los Museos. Ámsterdam fue también la primera ciudad en construir un *Homomonument* en 1987: un monumento a los perseguidos por los nazis a causa de su sexualidad.

Cuando nos paramos hoy en la Plaza Dam, merece la pena recordar que el Monumento Nacional, con su dramática imaginería cristiana, es solo el titular: el resto de Ámsterdam contiene toda una red de subtextos. La ciudad, como muchas otras en Europa, es de hecho una ciudad de mártires; pero estos mártires adoptan una gran diversidad de tamaños y formas.

Escultura de una madre y su hijo muerto, en la entrada al Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín, obra de Wu Weishan.

8

China: Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín

¿Cuándo comenzó la Segunda Guerra Mundial? La respuesta a esta pregunta depende mucho de a quién se le dirija. Para los americanos, la guerra empezó en diciembre de 1941, con el bombardeo de Pearl Harbor. Para los europeos comenzó antes, en septiembre de 1939, con la invasión de Polonia por parte de Hitler. Pero para los chinos, el comienzo fue anterior aún, en julio de 1937, cuando las tropas japonesas y chinas se tirotearon en el puente de Marco Polo, justo a las afueras de Pekín. A diferencia de incidentes anteriores, que normalmente habían terminado con una embarazosa capitulación china, este hizo que Chiang Kai-shek, el líder nacionalista chino, lanzara un ataque a gran escala contra las tropas japonesas en todas partes del país. Así empezaron más de ocho años de conflicto que costaría millones de vidas y dejaría a una gran parte de la China oriental en ruinas.

Hoy en día, los recuerdos de los chinos sobre la guerra están dominados por lo que ocurrió en los primeros meses. Fue el periodo en el que tuvieron lugar varias de las batallas más importantes, y en el que las tropas chinas infligieron daños más graves a Japón: hay muchas historias de heroísmo de las que los chinos se sienten orgullosos. Chiang empleó todos los recursos a su alcance al comienzo de la guerra, con la esperanza de conseguir al menos dar un buen escarmiento a los japoneses y, tal vez, incluso ganarse el apoyo de la comunidad internacional. Sin embargo, en esta fase de la contienda sus tropas no estaban a la altura de la fuerza y la superioridad técnica de Japón, y no pasó mucho tiempo antes de que este heroico relato chino desembocara en tragedia.

Un episodio en particular destaca sobre todos los demás. En noviembre de 1937, a los pocos meses de haberse iniciado el conflicto, las fuerzas chinas fueron empujadas hasta su capital, Nanking (el actual Nankín). A principios de diciembre, los japoneses empezaron a rodear la ciudad. Tras una feroz lucha en torno a las murallas de la ciudad, Chiang decidió abandonar su posición. Decenas de miles de soldados chinos se vieron obligados a escapar cruzando el río Yangtsé. Los que no pudieron huir siguieron luchando, o se rindieron, siendo igualmente masacrados en una serie de ejecuciones masivas a lo largo de la orilla del río. Otros trataron de ocultarse entre la población, vistiéndose con ropas civiles, pero fueron implacablemente perseguidos por los soldados japoneses, que iban inspeccionando a todos los hombres con los que se cruzaban. A todo el que se le adivinaba alguna «actitud militar» se le sacaba de la multitud, como por ejemplo hombres con callos en las manos o rozaduras de zapatos en los pies; también a cualquiera con marcas de correas en los hombros, ya que se suponía que eran de haber llevado una mochila o rifle al hombro. Naturalmente, hubo multitud de civiles de a pie que se resistieron a las inspecciones y fueron por ello conducidos a la muerte.

Pero las masacres no se limitaban a los sospechosos de ser militares. Tras la batalla, los soldados japoneses se saltaron cualquier tipo de disciplina y se dedicaron a saquear la ciudad. Mujeres de todas las edades fueron violadas y asesinadas, así como niños e incluso bebés. Numerosos testigos relataron casos de mujeres embarazadas a las que rajaron en dos con la bayoneta, y existen pruebas fotográficas que respaldan sus testimonios. Algunos soldados japoneses llegaron a tomar sus propias fotografías, no como prueba, sino como recuerdo.

Obviamente, el caos cundió rápidamente por toda la ciudad. Desesperados, los civiles empezaron a entrar por oleadas en la zona internacional de la ciudad con la esperanza de encontrar alguna protección entre los residentes europeos de Nankín. Un pequeño grupo de unos veinte maestros de escuela y misioneros hicieron lo que pudieron por ayudar. Negociaron con los japoneses para que les permitieran establecer una «zona de seguridad» para los refugiados. Cuando los soldados japoneses fueron

buscando mujeres, se interpusieron entre los soldados y sus presas. Indudablemente, los japoneses eran más cautelosos con los europeos –no querían provocar ningún incidente con Occidente en aquel momento–. No obstante, las salvajadas continuaron incluso en la zona de seguridad internacional durante varias semanas desde la derrota de la ciudad. Los testimonios de europeos neutrales, que pudieron tomar fotografías e incluso filmar las masacres, constituyen una de las evidencias más convincentes de las atrocidades que allí ocurrieron.

No se sabe con exactitud cuántas personas fueron asesinadas durante aquellas trágicas semanas de diciembre de 1937 y enero de 1938, pero lo que es seguro es que fueron decenas, si no cientos de miles. Según el tribunal que juzgó los crímenes de guerra tras la contienda, unas 200.000 personas fueron masacradas, y al menos 20.000 mujeres violadas. La cifra oficial china hoy es de 300.000 muertos. Algunos expertos japoneses cuestionan las cifras más altas, pero nadie –o, al menos, nadie con credibilidad académica– niega que la masacre tuviera lugar. Lo que ha dado en llamarse la «Violación de Nankín» constituye uno de los episodios más vergonzosos de la historia de la guerra en China.

La institución china que ostenta el primer puesto en la conmemoración de estos hechos recibe el nombre de Salón del Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín a Manos de los Invasores Japoneses. Su tamaño es verdaderamente enorme. El enclave consta de un museo, dos fosas comunes, un instituto académico, una serie de plazas conmemorativas y un parque de la paz. En él se hallan docenas de estatuas y esculturas conmemorativas, algunas de dimensiones bastante épicas: la más alta mide unos treinta metros de alto, y la más larga, treinta metros de longitud. En total, el solar del monumento ocupa más de 28.000 metros cuadrados de tierra, cerca del centro de la ciudad, y atrae el considerable número de ocho millones de visitantes cada año.

Lo primero que uno se encuentra, antes incluso de haber entrado al complejo, es la estatua de una madre con las ropas rasgadas, portando el

cuerpo sin vida de su hijo. La madre echa la cabeza atrás en actitud de angustia, su boca se abre en un lamento silencioso. La estatua, esculpida por el artista chino Wu Weishan, mide al menos diez metros de altura, y domina la entrada al recinto dedicado a Nankín en la concurrida calle Shuiximen. Hay algo visceral en la angustia que expresa esta escultura. Los hombros de la mujer caídos en gesto de abatimiento, la vulnerabilidad de su cuello largo y desnudo, y la figura inerte de su hijo, que ella ya no tiene fuerzas para sostener, todo ello constituye una declaración de lo que nos espera dentro del recinto conmemorativo.

Una vez que dejamos atrás esta estatua, siguiendo a la multitud de visitantes, llegamos a otra serie de estatuas, obra del mismo artista, que representan a los refugiados abandonando la ciudad en 1937. Sus rostros están contraídos por el terror. Algunas de las esculturas son de personas que arrastran o transportan a sus seres queridos, heridos o moribundos. Algunas son de cadáveres de mujeres o niños.

Todo el lugar está lleno de estatuas estremecedoras. Una de ellas es un brazo gigante que sale del suelo, con la mano, casi inerte, agarrada a las piedras que la rodean. Cerca, una enorme cabeza cortada yace junto a un muro agujereado por las balas. Una cruz de piedra de dieciséis metros de alto se alza imponente en una de las plazas, como una lápida, en la que están inscritas las fechas de la masacre. Una estatua de una madre sola en medio de un campo de piedras busca los cuerpos de su familia muerta. En otras partes, sobre un pavimento de bronce, están marcadas las huellas de los pies de 222 testigos de la masacre.

Todo aquí respira victimismo. Para que no queden dudas, el número oficial de víctimas aparece varias veces en letras de un metro de alto. Dentro del museo, este número –300.000– está fraguado en bronce e iluminado desde arriba en una sala que, de otra forma, estaría a oscuras. En la plaza de este complejo monumental se muestra escrito en once idiomas distintos en una pared de granito. También está grabado en piedra en una de las gigantescas escaleras del recinto; y escrito con pintura negra en el lateral de una de las numerosas esculturas. Se repite como un mantra por todo el recinto, como si nos desafiara a cuestionar su autoridad.

Como ocurre con todo este tipo de cifras, el dato tiene algo de engañoso. La cifra de 300.000 es suficientemente alta para horrorizarnos, lo bastante redonda para que sea fácil de recordar y aceptablemente baja para ser plausible, pero en realidad nadie sabe cuántas personas fueron masacradas en Nankín a finales de 1937. Para los chinos, el número 300.000 es un símbolo en el que pueden volcar su energía emocional a la vez que les da un respiro en la contemplación de la angustiosa realidad de los detalles individuales de asesinatos y mutilaciones. Para los japoneses, especialmente para los negacionistas de derechas de la masacre, el número les ofrece una excusa para el debate. ¿Cómo se llegó exactamente a ese número? ¿Incluye tanto a las víctimas militares como a las civiles? ¿Engloba a las personas de la región o solo a las del centro de la ciudad de Nankín? ¿Cómo es posible que se asesinara a tanta gente si la población oficial de Nankín en aquel momento se situaba en torno a los 190.000 habitantes, o es que se incluyó también a los refugiados en ese recuento? Todos estos interrogantes son válidos, pero también sirven de útil distracción para eludir el horror de lo que los soldados japoneses realmente hicieron.

Este icónico número se reproduce repetidas veces en todo el recinto.

En el centro del recinto hay un museo que contiene más de mil recuerdos y fotografías de la masacre. La parte más importante de este museo contiene pruebas fotográficas de la atrocidad. Una de ellas muestra a una mujer embarazada de diecinueve años que fue violada y apuñalada treinta veces en la cara, el vientre y los muslos –milagrosamente vivió para contarlo, pero perdió a su bebé–. También hay objetos y restos encontrados en las fosas comunes que hay por toda la ciudad. Hay incluso una fosa común allí mismo, dentro del museo: un pozo oscuro que contiene veintitrés esqueletos y que fue descubierto durante las obras de ampliación del edificio en 2007.

En un edificio independiente del museo hay una segunda fosa común que alberga los restos de 208 cadáveres. Tras ver sus esqueletos, se invita a los visitantes a entrar en una sala de meditación, donde pueden reflexionar sobre todo el horror de lo que acaban de ver y meditar sobre los nombres de algunos de los cientos de víctimas a las que allí se recuerda.

La experiencia general de visitar este lugar es bastante sobrecogedora, incluso para los extranjeros que no tienen ninguna conexión con Nankín. Para aquellos que tienen en esta ciudad su hogar, o cuyos padres y abuelos vivieron estos hechos, debe de resultar casi insoportable. Los diseñadores del museo, obviamente conscientes de ello, hicieron lo que pudieron para aliviar a los visitantes de tan perturbadoras imágenes y, tras pasar por la sala de meditación, estos salen a un luminoso y bello «jardín de la paz» rodeado de grandes árboles mecidos por la brisa, que amortiguan el sonido del tráfico exterior. Un gran estanque rodeado de flores amarillas refleja los colores del cielo; y en el extremo opuesto del jardín, una estatua de la diosa de la paz se eleva sobre la ciudad.

No obstante, es difícil abandonar este lugar sin sentirse profundamente traumatizado. No es la Estatua de la Paz la que uno recuerda al volver a casa, sino la de la madre desolada que se encuentra a la entrada del museo, y cuyo grito silencioso parece una metáfora de la angustia de toda una ciudad.

La primera vez que visité el Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín fue en abril de 2019. Había sido invitado por su comisario, Zhang Jianjun, que quería que presentara parte de mi obra a sus colegas. Mientras estaba allí se ofreció a enseñarme el lugar con la ayuda de uno de sus guías.

Cada vez que me encuentro con un especialista chino en la historia del siglo XX, le pregunto lo mismo: ¿por qué tardó China cuarenta años en decidirse a conmemorar los hechos de la Segunda Guerra Mundial? En realidad, hasta la década de 1980 no se emprendió ningún proyecto de memoria pública. El monumento de Nankín es un ejemplo perfecto: no se inauguró hasta 1985. ¿Qué hizo que tardaran tanto?

A lo largo de los años, algunas de las respuestas que he recibido a esta pregunta han sido bastante prosaicas. Unos pocos historiadores me han expresado sin rodeos que China ya había tenido bastante que arrostrar durante aquellas cuatro décadas, incluida una guerra civil, la guerra de Corea, el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural: sencillamente no

había habido tiempo ni energías para analizar los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial con un mínimo grado de reflexión. Otros han hecho caso omiso a mi pregunta con el comentario de que China no es tan diferente de muchos países occidentales: pocos de los grandes museos y monumentos del Holocausto del mundo existían antes de la década de 1980. Para que cualquier nación asimile sus traumas del pasado se necesita tiempo.

Algunos de los eruditos que conocí en Nankín enfocaron mi pregunta desde un punto de vista más político: me dijeron que mientras el Partido Comunista Chino estuviera tan centrado en la guerra de clases, los recuerdos de una guerra nacionalista contra Japón no se consideraban políticamente útiles ni interesantes. Es bien conocido que el presidente Mao agradeció a los japoneses haber invadido China porque, al final, eso le ayudó a él a hacerse con el control del país. Hasta después de la muerte de Mao no fue posible volver a ocuparse de los traumas de 1937; y, hasta la década de 1980, los líderes comunistas tampoco fueron conscientes del potencial del sufrimiento chino durante la guerra como instrumento para conseguir una mayor unión de la nación.

Cuando le pregunté a Zhang Jianjun por qué creía que se había producido tanto retraso en la conmemoración de los hechos de 1937, la respuesta que me dio no fue completamente inesperada, pero sí inquietante. Con anterioridad a 1982, explicó, nadie había tenido ganas de reabrir viejas heridas. Pero aquel año, según Zhang, el Ministerio de Educación japonés cometió un acto de provocación aparentemente deliberado: alteraron los libros de texto escolares de Historia para restar importancia a la responsabilidad japonesa en la guerra. «A la gente lo que le gustaría es olvidar estos desgraciados acontecimientos», me dijo. «Personalmente, creo que si el Gobierno japonés nunca hubiera revisado sus libros de texto negando la masacre, probablemente nunca habríamos tenido un museo conmemorativo, porque no habría sido necesario».

Los comentarios de Zhang, si bien sinceros en su intención, pasaban por alto una historia que en realidad tenía más matices. De hecho, se produjo una gran controversia internacional sobre los libros de texto japoneses en

1982, pero basada en un malentendido: las revisiones a las que se refería Zhang en realidad nunca tuvieron lugar. Tenía razón en que los libros de texto japoneses tendían a restar importancia a la invasión, pero en la década de 1980 este fenómeno no era nuevo. Las revisiones y omisiones más clamorosas habían tenido lugar décadas antes: el típico libro de texto japonés de las décadas de 1950 y 1960 apenas hacía mención a la masacre de Nankín y, en todo caso, se refería a ella en los términos más anodinos. En pocas palabras, en 1982 no se produjo ninguna revisión, porque no había mucho que revisar.

Lo que llevó a las autoridades chinas a reaccionar en 1982 no fue al enfoque japonés imperante, que de hecho entonces estaba empezando a cambiar a favor de los chinos, sino más bien al cuestionamiento radical de ese punto de vista. Como Zhang me indicó, los nacionalistas de derechas de Japón empezaron a armar mucho más ruido en la década de 1980, y algunos de ellos eran también muy violentos. Enviaban amenazas de muerte a quienes hablaban sobre la culpa japonesa y, en ocasiones, cumplían sus amenazas. Pero la razón para su violencia era lo incontestablemente que habían perdido la discusión sobre la historia de la guerra de Japón. Para el final de esa década, la inmensa mayoría de los académicos japoneses había rechazado la retórica de derechas y aceptado la culpa colectiva de Japón por la guerra: y, en efecto, desde entonces, la mayoría de los libros de texto japoneses han sido revisados para *incluir* la masacre de Nankín.

El monumento de Nankín, por tanto, parece haber surgido de varios impulsos simultáneos. Primero, vino a cubrir la necesidad académica de una mayor comprensión –y documentación pública– de un momento importante de la historia china. En segundo lugar, proporcionó un reconocimiento público muy necesario de un trauma que había dejado marcada a toda una comunidad. Por último, desempeñó también un papel político en una nueva rivalidad entre Japón y China que había comenzado a emerger en la década de 1980 y que se estaba expresando a través del simbolismo de la Segunda Guerra Mundial. Para bien o para mal, el monumento de Nankín se ha convertido en un aspecto más de esta rivalidad, en la que Japón y China compiten por los recuerdos de su pasado colectivo.

Durante las pasadas tres décadas, China ha experimentado una explosión de conciencia histórica, especialmente en relación con la memoria pública de la Segunda Guerra Mundial. La masacre de Nankín ha ocupado el centro mismo de esta revolución: se ha convertido en el símbolo nacional del martirio chino. Durante los últimos treinta años, miles de libros han versado sobre esta atrocidad, así como miles de películas, programas y documentales de televisión. Hoy, las empresas de televisión chinas producen unos doscientos programas al año sobre la guerra de 1937-1945, en su inmensa mayoría con la masacre de Nankín como tema central. La razón por la que el monumento de Nankín es tan enorme –y la razón por la que recibe un número tan impresionante de visitantes cada año– es que no se limita a ser una institución local, sino nacional. Nankín encarna todas las atrocidades que tuvieron lugar durante la guerra, en cualquier lugar de China. A partir de 2014, el aniversario de la masacre de Nankín ha sido fiesta nacional.

En Japón, por contra, el ritmo del cambio ha sido mucho más lento y errático. Algunos individuos, especialmente dentro del espectro de la derecha política, han sido reacios a reconocer los hechos más oscuros de su historia. No es que nieguen en términos generales que estos crímenes ocurrieron, sino que han comenzado a cuestionar si la escala de dichos crímenes fue tan grande como los chinos afirman. También se han vuelto extremadamente recelosos respecto a los motivos chinos para sacar continuamente a la luz el pasado. Como apuntan algunos políticos japoneses, ha habido muchas peticiones de perdón por parte de los japoneses a lo largo de los años –de individuos, instituciones y del propio Gobierno– y sin embargo los chinos nunca parecen satisfechos. En los últimos años, el revisionismo de derechas ha empezado a ganar terreno de nuevo, especialmente en los medios sociales. El monumento de Nankín ha sido acusado, de forma bastante injusta, de ser una institución cuya única función es señalar con dedo recriminatorio a Japón.

Aquí radica uno de los grandes problemas de nuestra época. La única forma de apaciguar el sentimiento de martirologio chino es mediante una petición de perdón tras otra, y en cada ocasión de una forma absolutamente

inequívoca. Alemania ha conseguido hacerlo con sus vecinos de Europa; ¿por qué Japón no puede hacer lo mismo? De momento parece que no es lo que la mayor parte de la opinión japonesa, y no digamos la de la derecha japonesa, estén dispuestas a hacer.

En ausencia de este reconocimiento incondicional por parte de Japón, los sentimientos en China no harán sino enconarse cada vez más. Es, sencillamente, la naturaleza humana: las víctimas no pueden superar su pasado cuando los que las agraviaron insisten en poner en tela de juicio sus recuerdos más traumáticos. Lo único que pueden hacer en este caso es reafirmar su propio relato con más fuerza y vehemencia cada vez. Y cuanto más fuerte clamen los chinos, más a la defensiva se pondrán los japoneses. Entretanto, la historia objetiva se verá cada vez más asfixiada por un ciclo aparentemente interminable de acusaciones y negaciones.

Dada la envenenada historia entre estos dos países, sería fácil mostrarse pesimista sobre sus relaciones futuras; pero en realidad solo hay motivos para la esperanza, especialmente a nivel local. El monumento de Nankín comporta una gran cantidad de trabajo de reconciliación con sus socios en Japón; y miles de japoneses acuden allí cada año a presentar sus respetos. Las relaciones entre los encargados de esta institución y sus homólogos en Japón son en general muy buenas.

En muchos otros lugares también encontramos pruebas de este espíritu de cooperación. Durante mi visita a Nankín, conocí a un historiador local, un hombre tranquilo y muy atento, llamado Liu Xiaoping, cuyo conocimiento de su ciudad natal era verdaderamente enciclopédico. Liu se ofreció a mostrarme otro monumento dedicado a la masacre, fuera del recorrido habitual, y próximo a una carretera principal cercana al río. En este emplazamiento se había ejecutado a 9.800 soldados chinos durante la masacre. En 1985 se colocó allí una lápida conmemorativa para señalar el lugar, junto con una escultura abstracta en forma de trípode coronada por una guirnalda de flores esculpidas en piedra.

Hoy en día el monumento está bien cuidado, con unos setos bien recortados que lo preservan un tanto de la transitada carretera; pero treinta años atrás, poco después de ser erigido, cayó en el abandono. La gente del lugar le prestaba poca atención y lo utilizaba como vertedero.

Según Liu, la razón por la que hoy está tan bien cuidado es que un grupo de turistas japoneses fueron allí a presentar sus respetos y expresar su arrepentimiento. El estado en el que estaba les impresionó tanto que avisaron al Gobierno local para que adecentara el lugar. Fue la conciencia japonesa la que acudió en su rescate, y los funcionarios chinos locales trabajaron junto con ellos para asegurarse de que se respetara allí el recuerdo de la masacre.

Ni los chinos ni los japoneses podrán escapar a la historia de lo ocurrido en Nankín a finales de 1937. Pero pequeños gestos como estos son los que alimentan las mejores esperanzas para que la historia resulte un poco más soportable.

La Estatua de la Paz original se encuentra frente a la embajada japonesa de Seúl, pero existen docenas de réplicas como esta en parques y ciudades de todo el país.

9

Corea del Sur:
Estatua de la Paz, Seúl

Si la relación entre China y Japón de vez en cuando se tensiona, lo que ocurre entre Corea del Sur y Japón puede parecer a veces casi peor. Corea fue colonia japonesa entre 1910 y 1945, explotada sin compasión por los colonizadores, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial. Hoy, sin embargo, los políticos surcoreanos a menudo utilizan el pasado como arma para atacar al Japón actual. En años recientes, las protestas y contraprotestas entre ambos países han degenerado en otro ciclo aparentemente interminable de mutuas acusaciones.

En el centro de esta tormenta de indignación mutua se yerguen dos monumentos. En Japón, gran parte del sentimiento nacionalista sobre los años de la guerra se concentra en el santuario Yasukuni –un lugar que en Corea del Sur solamente provoca indignación; comentaré las diversas controversias en torno a esta institución más adelante, en el capítulo 14–. Para los coreanos, los dolorosos recuerdos del pasado se ven expresados en una estatua de bronce situada en el centro de Seúl, una estatua que muchos japoneses, especialmente los de derechas, han llegado a odiar.

A primera vista, es difícil ver qué podría tener de ofensivo una estatua de la paz. Es una escultura de bronce de una mujer joven –casi una niña, en realidad– sentada en una silla, con los puños apretados. Lleva puesto un vestido tradicional coreano. Sobre su hombro está posado un pajarito, en representación de la paz y la libertad. Está mirando fijamente al frente, con una expresión de determinación en el rostro. A su lado hay una segunda silla, vacía: una invitación a sentarse a su lado, quizás, o un símbolo de otra persona, ausente.

En principio, la estatua no debería tener nada de controvertido. La niña no parece especialmente enfadada o triste; no muestra el ceño fruncido, ni ningún gesto que pueda considerarse ofensivo. Incluso el título del monumento parece bastante inocuo: ¿qué podría tener de malo una «estatua de la paz»?

Es solo cuando se sabe a quién representa esta niña cuando uno empieza a comprender por qué provoca tales emociones. Ella es, en efecto, la representación de una «mujer de solaz» –el eufemismo japonés para una prostituta al servicio de los soldados japoneses durante la guerra–. Entre 1937 y 1945, decenas de miles de mujeres coreanas fueron engañadas para convertirse en «mujeres de solaz». A menudo les prometían buenos trabajos en fábricas lejos de su casa, para luego secuestrarlas y encerrarlas en burdeles como esclavas sexuales. En lugar de tomar medidas drásticas contra este tráfico, las autoridades japonesas hicieron la vista gorda. De hecho, al menos según algunos relatos, los militares japoneses no solo colaboraron con este extendido sistema de esclavitud sexual, sino que puede que incluso lo establecieran deliberadamente.

Lo que hace que esta estatua sea tan controvertida es que se encuentra justo enfrente de la embajada japonesa en Seúl. La cara de la chica puede no reflejar señal alguna de ira o de miedo, pero su mirada está fija en la sede diplomática y sus puños apretados lo dicen todo. Los coreanos la llaman Estatua de la Paz, pero es obviamente mucho más que eso.

En Corea siempre ha habido un fuerte trasfondo de sentimiento antijaponés. Con anterioridad al siglo XX, el país había estado frecuentemente en conflicto con su vecino, y a menudo tuvo que recurrir a China o Rusia para contrarrestar el poder japonés. A partir de 1905, sin embargo, cuando Japón ya había derrotado al último de sus rivales en la región, Corea entera cayó dentro de la esfera de influencia japonesa. El país fue oficialmente anexionado al Imperio japonés en 1910; y aquí comenzaron 35 años de explotación colonial.

El cénit de esta explotación se produjo durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el Gobierno japonés empezó a inmiscuirse en todos los aspectos de la vida coreana. Entre 1939 y 1945, unos 200.000 hombres coreanos fueron reclutados por el Ejército Imperial japonés, y al menos 1,5 millones más fueron obligados a trabajar en fábricas japonesas. Las mujeres también se vieron forzadas a realizar todo tipo de trabajos para los japoneses. Un edicto de 1941 obligó a todas las coreanas entre los catorce y los veinticinco años a dedicar treinta días de trabajo para el Gobierno –un sistema que solo parecía destinado a fomentar el abuso de las chicas jóvenes–. Hacia el final de la guerra, mujeres de todas las edades fueron reclutadas a la fuerza por los japoneses durante periodos mucho más largos. Una parte de ellas nunca llegaron a las fábricas, sino que fueron secuestradas y encerradas en los burdeles militares japoneses.

Lamentablemente, el final de la Segunda Guerra Mundial no puso fin a los problemas de Corea. A diferencia de la vecina China, o de otros países coloniales como Indonesia y Vietnam, los coreanos nunca tuvieron la satisfacción de tomar parte en su propia liberación. Los japoneses gobernaron hasta los últimos momentos de la guerra, y entonces fueron reemplazados por otras fuerzas extranjeras: los rusos en el norte y los americanos en el sur. Los coreanos parecían tener escaso control sobre su propio destino.

Durante los años siguientes, dos sistemas opuestos ejercieron su dominio sobre Corea, ambos de forma igualmente brutal y cada uno patrocinado por una superpotencia diferente. En el norte, los soviéticos instalaron al dictador comunista Kim Il-sung, cuya dinastía viene gobernando desde entonces. En el sur, los americanos patrocinaron una serie de salvajes dictaduras militares que duraron hasta la década de 1980. El conflicto entre los dos sistemas estalló violentamente en 1950 con el inicio de la guerra de Corea, que continuó hasta cobrarse la vida de al menos 1,2 millones de personas. Este derramamiento de sangre no resolvió nada y, hasta hoy, Corea sigue dividida en dos.

De ninguna de estas tragedias posteriores puede culparse a Japón; sin embargo, como suele apuntarse a menudo, nunca habrían ocurrido de no

haber sido por la forma en que Japón sojuzgó primero a Corea y más adelante implicó al país en la Segunda Guerra Mundial.

Pero pronto surgieron otras razones que explican el resentimiento de los coreanos. En las décadas de 1950, 1960 y 1970, mientras Corea aún seguía sufriendo los efectos de sus últimas sacudidas, su vecino experimentó un crecimiento económico sin precedentes. En poco tiempo, Japón volvió a ser el puntal de la región, lo que provocó no solo una notable envidia, sino que reavivó desagradables recuerdos del pasado.

Junto con el poder económico, llegó el poder político. En 1965, Japón ofreció al Gobierno surcoreano unos ochocientos millones de dólares en subvenciones y préstamos, como compensación por su brutal dominio antes y durante la Segunda Guerra Mundial. A cambio pedía una normalización de las relaciones y el fin definitivo de cualquier futura reclamación a Japón. La dictadura militar de Corea del Sur no tenía la autorización de los ciudadanos para firmar un tratado de este tipo, pero bajo la presión de Estados Unidos acabó haciéndolo de todas formas. Durante las semanas siguientes, una serie de manifestaciones antijaponesas estallaron en las calles de Seúl.

Para muchos surcoreanos, la renovada sumisión de su país a Japón y a Estados Unidos se vio simbolizada por una nueva y enorme industria sexual para consumo de turistas japoneses y soldados estadounidenses. Era como si las mujeres coreanas –y por extensión, la propia Corea– todavía no hubiera conseguido librarse de la explotación extranjera.

Dada esta historia, hoy parece obvio que la imagen de la «mujer de solaz» estaba destinada a convertirse en una especie de símbolo nacional en Corea del Sur. Esta imagen de una mujer que ha sido dominada, violada y esclavizada por extranjeros –pero que a pesar de todo ha conseguido de algún modo mantener su dignidad– es una metáfora perfecta del sufrimiento coreano en el siglo XX. Todo esto es lo que expresa la Estatua de la Paz de Seúl.

Pero me estoy adelantando: al principio de la década de 1980, nada era todavía tan evidente. De hecho, hasta el final de dicha década, muy pocas personas en el sur de Corea habían oído hablar nunca de las «mujeres de solaz». Pocas de estas mujeres coreanas se habían atrevido a contar su propia historia por miedo a la humillación que acarrearía a sus familias. Ni tampoco las autoridades surcoreanas las alentaron nunca a dar ese paso. Todo el asunto estaba oculto tras una cortina de vergüenza.

El silencio no se rompió hasta 1988, después de que el país hubiera iniciado el camino hacia la reforma democrática. Aquel año, un grupo de la Iglesia coreana organizó un congreso académico sobre turismo sexual, donde una experta llamada Yun Chung-ok presentó su investigación sobre el trato que las mujeres coreanas habían sufrido durante la Segunda Guerra Mundial. Su ponencia causó sensación. Durante la tormenta mediática que desencadenó, los gobiernos coreano y japonés se vieron de repente inundados con peticiones de más información.

En Japón, desafortunadamente, la reacción inicial fue negarlo todo. En 1990, el Ejecutivo japonés afirmó que el sistema de las «mujeres de solaz» en ningún momento había sido obra del Gobierno ni de los militares, sino solo de empresarios privados.

Entonces, una mujer que había formado parte de este sistema, llamada Kim Hak-sun, se decidió a contar su historia, y el tema de repente cobró una dimensión mucho más real. Kim fue violada por primera vez en 1941, a los diecisiete años, tras haber sido secuestrada por un soldado japonés. Se encontraba de viaje en Pekín con su padre adoptivo, para tratar de encontrar trabajo, cuando los dos fueron arrestados y separados el uno del otro. Durante los siguientes cuatro meses, a ella la encerraron en un burdel militar, antes de escapar con un vendedor ambulante coreano con quien más adelante se casó.

Durante los siguientes meses y años, cientos de otras mujeres de toda Asia se animaron a contar historias similares. A algunas, como la filipina Lola Rosa, las encarcelaron en burdeles como castigo por llevar a cabo actividades de resistencia. A otras, como la expatriada holandesa de raza blanca Jan Ruff O’Herne, las guardaron casi como trofeos militares para

grupos de oficiales japoneses. Pero la gran mayoría eran campesinas corrientes, trabajadoras de fábricas o colegialas que fueron o bien secuestradas por soldados o persuadidas para alejarlas de sus familias por hombres sin escrúpulos. Sus historias son todas terroríficas. El Consejo Coreano para las Mujeres Reclutadas para la Esclavitud Sexual Militar, una ONG con sede en Seúl, ha recogido docenas de testimonios no solo de violaciones reiteradas, sino también de otros casos más extremos de violencia física. Organizaciones similares de China, Indonesia y Filipinas también han recopilado historias de este tipo. Posteriormente, estos temas fueron abordados por la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, y la Comisión Internacional de Juristas de Ginebra llevó a cabo una investigación.

Los descubrimientos de todos estos grupos, junto con los de los académicos japoneses, fueron inequívocos: puede que los militares japoneses no reclutaran formalmente a mujeres coreanas como esclavas sexuales, pero lo cierto es que sí planificaron, construyeron y gestionaron una red de burdeles en los que tenían prisioneras a mujeres coreanas. Es más, quedó claro que figuras del más alto rango dentro del ejército eran conscientes de que muchas de estas mujeres estaban siendo reclutadas contra su voluntad.

A medida que estos hechos fueron poco a poco conociéndose en Corea del Sur a comienzos de la década de 1990, la indignación fue extendiéndose. En Seúl, activistas locales decidieron volcar esta ira en las calles. Cuando el primer ministro japonés, Kiichi Miyazawa, visitó el país en enero de 1992, se convocó una manifestación a las puertas de la embajada japonesa en la que los manifestantes portaban pancartas exigiendo una disculpa oficial e inequívoca.

No pasó mucho tiempo antes de que estas manifestaciones adquirieran una frecuencia semanal, con multitudes reuniéndose frente a la fachada de la embajada cada miércoles a mediodía. Estas manifestaciones se estuvieron celebrando cada semana durante más de veinticinco años –de hecho, mientras escribo esto, todavía se siguen celebrando–. Siempre que es posible, un grupo de ancianas, que en su día fueron «mujeres de solaz»,

ocupan un lugar de honor, sentadas al frente de la manifestación. A estas mujeres se las considera hoy símbolos vivientes del sufrimiento nacional de Corea. Colectivamente se las conoce como las «abuelas» del pueblo.

En este contexto se erigió la Estatua de la Paz. En 2011, los organizadores de las manifestaciones de los miércoles querían conmemorar el inminente aniversario de su protesta: el 14 de diciembre de aquel año se cumpliría el millar de manifestaciones frente a la embajada japonesa. Así que encargaron a una pareja de artistas, un matrimonio formado por Kim Seo-kyung y Kim Eun-sung, la creación de un monumento conmemorativo en el lugar donde los manifestantes se reunían siempre. Al principio se pensó que podrían diseñar una simple placa conmemorativa con alguna inscripción, pero cuando el Gobierno japonés empezó a protestar por la instalación de un objeto así frente a su embajada, los artistas reaccionaron proponiendo algo que destacara más: una estatua.

Si la estatua se hubiera erigido en un lugar distinto –junto a una iglesia o un edificio público, o en el emplazamiento de uno de aquellos burdeles militares–, quizás la interpretación habría sido algo más amable. Como expresión del sentimiento de las víctimas, podría haber proporcionado a los coreanos un lugar donde llorar, reflexionar sobre su turbulento pasado y curar sus antiguas heridas. Podría incluso haber contribuido al proceso que los escultores decían desear promover: la búsqueda de cierta paz. Pero desde el primer momento, la estatua estuvo pensada exclusivamente para *este* lugar. En consecuencia, no puede en ningún caso considerarse simplemente como una expresión del sentimiento de las víctimas o un símbolo de paz. También encarna una protesta de alto contenido emocional contra Japón.

El problema con una estatua de bronce, o para el caso, una placa de piedra, es que implica cierto tipo de permanencia. A diferencia de una manifestación semanal, incluso aunque se celebre durante años, un monumento conmemorativo no se vuelve a su casa el miércoles por la noche, ni se dispersa poco a poco con el tiempo. Permanece en la acera

frente a la embajada veinticuatro horas al día. Expresa una verdad única, aparentemente eterna, al margen de cualquier concesión política que pudiera hacerse por cualquiera de las partes: Corea del Sur siempre será la víctima, y Japón siempre será el agresor.

Los japoneses argumentan que esto es injusto. Dicen que a las repetidas reparaciones financieras se han sumado repetidas peticiones de perdón por todo lo malo que le hicieron a Corea antes y durante la guerra. Esto es cierto, no se puede negar. A mediados de la década de 1990 el Gobierno japonés ayudó al establecimiento del Fondo para las Mujeres de Asia, una organización cuyo objetivo es dar visibilidad al tema de las «mujeres de solaz» y compensar a las víctimas con «dinero de resarcimiento». En torno a la misma época, el primer ministro japonés, Tomiichi Murayama, pidió perdón en varias ocasiones, no solo durante sus visitas de Estado a Corea del Sur, sino también en cartas individuales dirigidas a las víctimas. Posteriormente, otros ministros japoneses han hecho lo mismo. Incluso Shinzo Abe, conocido por sus opiniones nacionalistas de derechas, dejó de lado su línea habitual en diciembre de 2015 y expresó «su más sinceras disculpas y arrepentimiento a todas las mujeres que tuvieron que pasar por experiencias tan indescriptibles y dolorosas, y que sufrieron unas heridas físicas y psicológicas tan incurables como las mujeres de solaz».

Sin embargo, como señalan los manifestantes coreanos, no basta con eso. En su opinión, algunas de las disculpas japonesas han sido, como mínimo, tibias, y a menudo se han visto empañadas por negaciones airadas y ofensivas por parte de nacionalistas japoneses en los medios de comunicación. Sí, se pagó dinero a las víctimas del sistema de las «mujeres de solaz» a través del Fondo para las Mujeres de Asia, pero debería haberlo pagado directamente el Gobierno japonés. Tomar esta ruta indirecta representaba solo otro ejemplo del intento del Ejecutivo japonés de eludir sus responsabilidades legales. Un nuevo fondo, creado de forma más directa por el Gobierno japonés en 2015, también ha sido rechazado.

El quid de la cuestión es que, si bien los japoneses parecen dispuestos a aceptar su responsabilidad moral por el pasado, nunca han aceptado una responsabilidad directa, legal. Esto es lo que los activistas surcoreanos

ansían por encima de todo. Quieren un reconocimiento oficial de que el Gobierno japonés planeó deliberadamente esclavizar a mujeres coreanas, estableció un sistema para hacerlo y supo, desde el primer momento y hasta el final, lo que estaba haciendo.

Lamentablemente, sin evidencias documentales concluyentes que lo demuestren a ciencia cierta, esto es algo que los japoneses no están dispuestos a hacer.

Mientras tanto, la Estatua de la Paz continuará instalada en la calle, en el centro de Seúl, mirando a la embajada japonesa como una silenciosa acusación. Desde 2011 se ha convertido en un elemento permanente de la ciudad.

Hoy en día, otras ciudades también se han hecho eco del mismo clamor. Según los escultores, ahora hay docenas de otras estatuas idénticas en parques y ciudades por toda Corea del Sur. En 2018, una de estas estatuas fue erigida frente al consulado japonés de Busán, en imitación directa de la protesta de Seúl. Y no solo eso: también han empezado a aparecer en otros países, incluidos Estados Unidos, Canadá, Australia y Alemania.

Se trata de utilizar el martirio como arma. Las víctimas de Corea del Sur saben que cuentan con la autoridad moral y que la protesta continuada –puede que incluso perpetua– es la mejor manera de asegurar que se escuchen sus historias.

Las mujeres que fueron repetidamente violadas entre 1937 y 1945 nunca podrán escapar a su historia. Lo máximo que pueden esperar es que, a través de monumentos como la Estatua de la Paz, Japón tampoco pueda escapar nunca de ella.

KATYŃ
1940

10

Estados Unidos y Polonia: Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn, Jersey City

En Jersey City, sobre el río Hudson, se yergue uno de los monumentos conmemorativos de la Segunda Guerra Mundial más dramáticos del mundo. Con sus diez metros de alto, sobre un pedestal de granito, se encuentra una estatua de bronce de un soldado atado y amordazado, al que le están clavando una bayoneta por la espalda. Parece a las puertas de la muerte. Su cuerpo se arquea de dolor y su cara está levantada hacia el cielo. La punta de la bayoneta emerge por su costado izquierdo, exactamente en el lugar donde está el corazón.

El monumento rememora una atrocidad cometida en 1940 por la policía secreta soviética: la masacre de miles de oficiales polacos en el bosque ruso de Katyn. Desde su instalación en 1991, ha dividido a la opinión local. Algunos residentes se quejan de que es feo y vulgar, y que su descripción de esa muerte violenta es, sencillamente, demasiado gráfica. Pero otros lo han defendido siempre como tenebrosamente bello. Los sentimientos de incomodidad que provoca, dicen, son exactamente las emociones que debe inspirar un buen monumento de guerra.

Sin embargo, en mayo de 2018, la estatua se convirtió de repente en el centro de una disputa que trascendía las sensibilidades locales. Comenzó cuando el alcalde de Jersey City, Steven Fulop, anunció sus planes de trasladar el monumento a otro lugar cerca de allí. El área estaba siendo reurbanizada, y aquel espacio se había asignado como localización de un nuevo parque público junto al río. Había que trasladar la estatua a otro sitio para que se pudiera llevar a cabo el nuevo proyecto.

Un grupo de estadounidenses de origen polaco protestaron inmediatamente por el traslado y presentaron una demanda contra el Ayuntamiento de la ciudad; era su monumento y, en su opinión, no se les había consultado como era debido. Los respaldaban además otros residentes locales, que se oponían al nuevo proyecto urbanístico en general.

En cuestión de días, el asunto había adquirido la dimensión de un conflicto internacional. El embajador polaco ante Estados Unidos se quejó en los medios de comunicación de la reubicación del monumento. Los políticos de Polonia acusaron a Jersey City de falta de respeto a los héroes polacos y calificaron sus planes como «realmente escandalosos». El alcalde Fulop contraatacó acusando a uno de esos políticos de ser un «conocido antisemita» y un «negacionista del Holocausto», lo que llevó al político en cuestión a emprender acciones legales. Los ánimos no tardaron en caldearse en todas partes. El constructor encargado del proyecto de renovación del área calificó el monumento como «morboso»; el artista que lo había diseñado llamó «imbécil» al constructor.

Para observadores neutrales, este indecoroso espectáculo suscita todo tipo de preguntas. ¿Por qué la población local se dio tan rápido por ofendida, cuando lo único que parecía estar pasando era que se iba a trasladar el monumento de un lugar a otro situado a solo unos cientos de metros de distancia? ¿Por qué tanto jaleo en ese momento, pasados ya más de setenta años del final de la Segunda Guerra Mundial? Y, más importante: para empezar, ¿qué pintaba esa estatua en Nueva Jersey? Los hechos que conmemora no implicaban a ciudadanos estadounidenses y habían tenido lugar a más de 7.000 kilómetros del territorio estadounidense. Así que, ¿por qué razón estaba allí?

Son tantos y tan diversos los temas que merecen atención aquí, de carácter local e internacional, que es difícil saber por dónde empezar. Pero el elemento que los une en este intrincado embrollo es la historia. No podríamos encontrar mejor demostración de hasta qué punto es imposible escapar a nuestra historia, especialmente cuando esta implica un elemento de victimización.

Merece la pena detenerse a considerar qué es lo que el monumento conmemora realmente, porque, como ocurre con muchos otros, no es tan evidente como parece.

Al principio de la Segunda Guerra Mundial, mientras Polonia se defendía de la invasión alemana, volvió a ser atacada, esta vez por los soviéticos, desde la retaguardia. En otras palabras, fue «apuñalada por la espalda».

En pocas semanas, el país quedó partido por la mitad: los nazis mandaban en el oeste y los soviéticos en el este. Los ocupantes soviéticos fueron exactamente igual de crueles que los nazis. Entre septiembre de 1939 y marzo de 1940, su policía secreta detuvo a cientos de miles de personas. Entre ellas, a cualquiera que pudiera representar una futura amenaza a su autoridad: propietarios de tierras, empresarios, sacerdotes, abogados, profesores y otros miembros de la *intelligentsia*. La mayoría fue deportada a Siberia y Kazajistán, y abandonada allí a su suerte. Decenas de miles murieron de hambre. Estos hechos se conmemoran en la parte trasera del pedestal con un relieve de bronce donde se muestra a una mujer y tres niños, descalzos y vestidos con harapos. Sobre ellos, puede leerse «1939, Siberia» y, debajo, hay una descripción de las diversas traiciones cometidas por la Unión Soviética que llevaron a su deportación.

Mientras se estaba deportando a estas personas, otros grupos sufrieron un destino mucho más cruel. Los soldados y policías polacos a menudo eran, simplemente, ejecutados. Los campos de la muerte más famosos se encontraban en el bosque ruso de Katyn, donde varios miles de oficiales del ejército polaco fueron asesinados y apiñados en fosas comunes. Estos terribles hechos están presentes, literalmente, en el monumento: en el interior de la base de granito se guardó tierra traída del bosque donde se cometieron estas atrocidades.

Durante el resto de la guerra, Polonia iba a sufrir otra serie de «puñaladas en la espalda». Por ejemplo, en la Conferencia de los Tres Grandes de Yalta, a principios de 1945, Stalin exigió que una extensa área del este de Polonia fuera incorporada a la Unión Soviética. A cambio, Polonia sería compensada con nuevas tierras tomadas a Alemania tras su

derrota. El trato se alcanzó sin que mediara ningún tipo de consulta con los polacos y sus consecuencias fueron enormes. Tras la guerra, en torno a 1,2 millones de polacos fueron obligados a abandonar las regiones orientales de Polonia y enviados al oeste. Algo más de otro millón que se hallaba fuera del país en 1945 se encontró con que no podía regresar a su tierra natal. Entre ellos se incluían cientos de miles de soldados y pilotos polacos que habían pasado la guerra luchando con los Aliados, y mano de obra esclava liberada de las fábricas y campos de trabajo alemanes. Estas personas se sintieron traicionadas no solo por los soviéticos que les habían quitado sus tierras, sino por los británicos y los estadounidenses, que no habían hecho nada para impedirlo.

El último insulto llegó con el sometimiento soviético de Polonia en 1945. Pese a las promesas de que el pueblo polaco sería libre de elegir su propia forma de gobierno, los soviéticos impusieron un Gobierno títere. Durante los siguientes 44 años, Polonia sería un Estado vasallo subordinado a los intereses de la Unión Soviética. No volvería a celebrar elecciones libres hasta la caída del comunismo en 1989.

El monumento conmemorativo de Jersey City recuerda todos estos hechos. Aunque esté aparentemente dedicado a las masacres de Katyn, la palabra *Katyn* en sí misma se ha convertido en el símbolo de todas las traiciones que los polacos tuvieron que sufrir durante la segunda mitad del siglo XX. El soldado al que le están clavando la bayoneta sobre el pedestal representa mucho más que los miles de oficiales polacos masacrados en Katyn en 1940. Representa a la propia Polonia y su trágico martirio.

Resulta tentador dejar el análisis aquí: el monumento es un símbolo nacional que representa el sufrimiento de la nación. Pero para las personas que lo erigieron, es mucho más que eso. Está íntimamente ligado no solo a la historia polaca, sino a la historia local de Jersey City, así como a la historia personal de los que llegaron allí tras la guerra.

En 1945 había más refugiados políticos procedentes de Polonia que de ningún otro país europeo. De los aproximadamente 200.000 que acabaron

en Estados Unidos, unos 10.000 se establecieron en Nueva Jersey, donde ya existía una próspera comunidad de inmigrantes polacos. Encontraron trabajo, se construyeron una nueva vida, aprendieron a hablar inglés y abrazaron la vida estadounidense. Pero nunca olvidaron sus orígenes. Muchos se unieron a grupos culturales y políticos polacoestadounidenses, como el Congreso Polaco Americano y el Sindicato Polaco Católico Romano de Estados Unidos. Para los inmigrantes, cuya vida había quedado tan fracturada por la Segunda Guerra Mundial, estas organizaciones les ofrecían la oportunidad de forjarse una nueva identidad por sí mismos. Les ayudaban a aprender a ser a la vez polacos y estadounidenses.

A principios de la década de 1980, un grupo de veteranos polacos se reunió para tratar sobre posibles formas de conmemorar las diversas tragedias por las que habían pasado, especialmente, la masacre de Katyn. En el grupo se encontraban hombres como Walter Sosulski y Ryszard Winowski, que habían luchado junto a los Aliados occidentales en Italia; y Stanisław Paszul, que no solo había luchado con la resistencia polaca contra los nazis, sino que también había pasado muchos años en gulags soviéticos de Siberia. Estos se unieron con otros polacoestadounidenses y trataron de aportar ideas para un monumento conmemorativo en el centro de su comunidad.

En 1986 formaron una asociación sin ánimo de lucro dedicada a recabar fondos. Contrataron al escultor Andrzej Pitynski para que diseñara algo espectacular, que transmitiera toda la fuerza de la emoción que ellos sentían. Tras persuadir a los miembros del consejo municipal de que les concediera el permiso de exhibición pública del monumento, les asignaron finalmente un espacio en Exchange Place, un lugar con vistas al Hudson, frente a Manhattan. El Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn fue finalmente inaugurado en junio de 1991.

Jersey City era un lugar muy distinto entonces. Una ciudad básicamente de clase obrera, cuyos residentes trabajaban en las muchas fábricas locales, terminales de carga y naves de almacenaje que bordean el río Hudson. Esto quedó reflejado en el grupo que había promovido el monumento, y que

incluía no solo a periodistas y profesores, sino también a carpinteros y trabajadores de las fundiciones.

En los años siguientes, sin embargo, empezaron a trasladarse allí nuevas empresas buscando inmuebles más baratos que los que había a la otra orilla del río, en Manhattan. Enseguida llegaron nuevos residentes: ejecutivos, hípsteres y administrativos del sector financiero. Estas personas no podían entender por qué tenía que haber una representación gráfica de una muerte violenta en el centro de su comunidad. La gentrificación comenzó a hacerse con la ciudad, subiendo los precios y obligando a marcharse a los residentes de más edad, en su mayoría de clase obrera. La remodelación de Exchange Place, donde se encuentra el Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn, fue el último ejemplo de esta gentrificación. Un factor importante de la protesta contra el traslado del monumento no tenía nada que ver con la identidad polaca ni con los recuerdos de la Segunda Guerra Mundial, sino con la identidad local y los recuerdos de una comunidad que iba desapareciendo rápidamente.

El monumento también tiene señales de esta identidad puramente local. En 2001, cuando dos aviones de pasajeros se estrellaron contra las Torres Gemelas en Manhattan, los visitantes del Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn se encontraron con una vista completa del desastre que se estaba desarrollando al otro lado del río. Tres años más tarde, se añadió una placa a la base del monumento, en recuerdo del 11 de septiembre. En ella se muestra un relieve en bronce de la línea del horizonte de Nueva York, con el humo saliendo de las torres tras el ataque al World Trade Center. «¡Nunca lo olvidaremos!», reza la inscripción que hay debajo. «Recemos por todas las víctimas y héroes inocentes que murieron en el ataque terrorista contra Estados Unidos, 11 de septiembre de 2001».

¿Qué tiene que ver esta placa con Katyn, o con Polonia, o con la Segunda Guerra Mundial? La respuesta es: absolutamente nada. En cambio, sí tiene todo que ver con los recuerdos locales de otra «puñalada en la espalda» más.

Historia internacional, historia nacional, historia local, historia personal: cada una de estas capas de la historia está representada en este monumento conmemorativo. Y cada capa está impregnada de traumas y profundos sentimientos de sufrimiento y traición. Este es uno de los monumentos conmemorativos con mayor carga emocional del mundo. ¿Cabe extrañarse entonces de que el inesperado anuncio de Steven Fulop de trasladar el monumento de la Exchange Place a otro lugar –motivado por una mera remodelación comercial– provocara tanta indignación?

Pocos días después de hacerse el anuncio, empezaron a suscitarse debates en los periódicos locales y nacionales, en los medios de comunicación, las redes sociales, el Ayuntamiento, la radio polaca, y entre diplomáticos polacos y estadounidenses. En el centro de esta tormenta de emociones estaba la comunidad polacoestadounidense, gran parte de la cual volvió a sentirse traicionada de nuevo. Lo que a los concejales les había parecido un detalle menor –el traslado de un monumento conmemorativo de un lugar destacado a otro– afectó a los polacoestadounidenses mucho más de lo que hubieran podido imaginar. Estos supervivientes de la guerra sabían lo que significaba ser despojados de sus raíces y trasladados contra su voluntad. La decisión de reubicar su monumento sin consultarles previamente fue solo otro recordatorio de una historia profundamente traumática.

Al otro lado del Atlántico, en Polonia, se entendían mucho mejor estas emociones, pero ni siquiera allí podían tener una visión completa del caso. Polonia adoptó el Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn como símbolo de la identidad polaca, cuando de hecho era algo ligeramente distinto, un símbolo de la identidad *polacoestadounidense*. Rememora un tipo concreto de pérdida, una clase específica de martirio, única y exclusiva de los polacos que se vieron obligados a exiliarse en 1945.

No es coincidencia que este monumento de Jersey City sea mucho más gráfico, y mucho más dramático, que cualquiera de los numerosos monumentos conmemorativos de la masacre de Katyn que existen en la propia Polonia. Las personas que lo construyeron no solo habían perdido familia y amigos, sino también su patria y su sentimiento de pertenencia.

Algunos de ellos nunca volvieron a ver Polonia a partir de 1945. Por tanto, su propia identidad como polacos estaba representada por este monumento de una forma que ninguna otra persona, ni siquiera otros polacos, podría nunca entender del todo.

Finalmente, la controversia tenía una dimensión local que solo los habitantes de Jersey City eran capaces de captar. Los viejos del lugar se sintieron traicionados por sus concejales, cuya apuesta por la gentrificación parecía poner las necesidades de los recién llegados y las grandes empresas por encima de las suyas. Para estas personas, el Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn era el símbolo de una identidad local que, irónicamente, estaba siendo apuñalada por la espalda.

Incluso algunos miembros del Ayuntamiento se vieron también arrastrados por estas emociones. Un concejal, Rich Boggiano, se manifestó con especial vehemencia a favor de dejar el monumento donde estaba. «Estoy harto de toda esta gente nueva que está viniendo», declaró al periódico local, «y que quiere cambiarlo todo en Jersey City».

Cuando la gente se sulfura, es difícil volver a calmarla. El Consistorio trató de rectificar su error y comenzó a consultar con líderes de la comunidad polacoestadounidense, pero ya era demasiado tarde. Prometieron trasladar el monumento solo una manzana más al sur, a York Street, pero quienes se oponían a ello, indignados, se negaron a negociar. Se mandaba callar a cualquiera que argumentara en favor del traslado. Cuando el presidente del Comité del Monumento conmemorativo de Katyn dijo en una conferencia de prensa que estaba dispuesto a aceptar la oferta del Consistorio, fue abucheado. Cuando el embajador polaco trató de apaciguar los ánimos y ofreció su apoyo, el concejal Boggiano le llamó «pedazo de mierda». El propio presidente polaco dio su visto bueno a la reubicación, pero los habitantes de Jersey City que estaban en contra le acusaron de ser un traidor a su causa: en mayo de 2018, cuando hizo una visita personal al monumento, los manifestantes le recibieron gritando: «¡Qué vergüenza!».

Las fuerzas que alimentaban este torbellino de protestas eran la memoria y el martirio, que, en la mente de los opositores, se combinaban formando una única entidad denominada *historia*. En las reuniones de

planificación del Consistorio acusaron a la ciudad de tratar de «borrar la historia». En sus manifestaciones públicas, desplegaron enormes pancartas en las que se leía: «Respetad nuestra historia». Esta historia era más importante para ellos que el progreso o la armonía o el compromiso o cualquier otra cosa; y cualquier amenaza para ella se consideraba una amenaza a su propia identidad.

Al final, tras varias acaloradas reuniones, dos demandas y la convocatoria de un referéndum público, el Consistorio dio marcha atrás. El tema del monumento sencillamente se había convertido en demasiado tóxico y amenazaba con interferir excesivamente en otros asuntos. En diciembre de 2018, siete meses después de que empezara la controversia, el pleno del Ayuntamiento votó unánimemente a favor de dejar la estatua donde estaba, «a perpetuidad».

Esta historia puede tener diferentes lecturas, dependiendo del punto de vista político de cada uno. Podría considerarse una victoria del ciudadano corriente, enfrentándose sin miedo contra las fuerzas del poder y del dinero. O podría verse como una derrota para las fuerzas del progreso, bajo el chantaje de una masa histérica. En todo caso, demuestra una verdad fundamental: en el funcionamiento diario de nuestras comunidades, todos somos prisioneros de nuestra historia. Cuando olvidamos esta verdad, o tratamos de ignorarla, inevitablemente se vuelve contra nosotros.

Para los opositores que ganaron esta batalla, a su monumento se le añade hoy otro significado más, y no relacionado con el sufrimiento, sino con el empoderamiento. Por una vez, el martirio se ha impuesto sobre todo lo demás. Las consecuencias psicológicas de su victoria son potencialmente profundas. Actualmente, los ciudadanos de Jersey City pueden identificarse no solo con el soldado con los ojos vendados, sino también, al menos a un nivel simbólico, con las manos invisibles que sostienen el rifle y su bayoneta.

En palabras de un residente, publicadas en un foro local de Internet: «Yo amo ese monumento. Bienvenido a Jersey City. No nos toque las narices».

A NÉMET MEGSZÁLLÁS ÁLDOZATAINAK EMLÉKMŰVE

11

Hungría: Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana, Budapest

Uno de los problemas con la Estatua de la Paz de Seúl es que centra en Japón toda la culpa de lo que ocurrió con las «mujeres de solaz» coreanas. Obviamente, la responsabilidad principal recaerá siempre sobre los militares japoneses; pero hubo muchos otros que contribuyeron también a esta tragedia. Según sus propios relatos, las mujeres coreanas a menudo fueron secuestradas no por soldados japoneses, sino por colaboradores o intermediarios coreanos. Tras la guerra, la vergüenza sufrida por estas mujeres se vio perpetuada por su propia sociedad. Y las reparaciones financieras que pudieran haber recibido del Gobierno japonés en 1965 se las quedó en realidad el Gobierno coreano para pagar proyectos de infraestructuras públicas. Ninguna de estas cosas se expresa en la Estatua de la Paz. Siempre es mucho más fácil para una nación culpar a los extranjeros que cuestionarse a sí misma.

Ese es uno de los problemas con los monumentos figurativos: con frecuencia simplifican demasiado la historia. En la búsqueda de un relato único y dramático sobre el pasado, pueden oscurecer otras historias, más matizadas. Por otra parte, esta ofuscación a veces va más allá de lo accidental. Algunos políticos, con su cinismo, a veces erigen monumentos que parecen deliberadamente diseñados para blanquear el pasado, y para ello suelen valerse sobre todo del tema de los mártires. Los mártires tienen poder moral. Los mártires son intocables. En el siglo XXI, casi todas las naciones quieren retratarse como mártires.

En este sentido, el monumento más controvertido de Europa probablemente sea el dedicado a las víctimas de la ocupación alemana de Budapest. Fue erigido en 2014 por el Gobierno del Fidesz-Unión Cívica Húngara con el fin de conmemorar el momento en que, setenta años antes, el ejército alemán tomó el control del país. Durante la ocupación alemana, cientos de miles de húngaros perdieron la vida: o fueron deportados a campos de concentración o murieron en el campo de batalla combatiendo bajo el mando alemán. Se supone que este monumento se erigió en memoria de todos ellos.

El diseño consiste en dos figuras principales situadas ante una columnata clásica. En primer plano está el arcángel Gabriel, un símbolo de Hungría, con los brazos extendidos. Tiene una de las alas rota, quedando solo el extremo ondeante de su túnica para indicar el lugar donde estuvo. Su rostro muestra una expresión de sereno sufrimiento, con los ojos cerrados. En su mano sujeta con cierto descuido un orbe dorado con una cruz doble –otro símbolo de Hungría–, aparentemente ignorante de que están a punto de arrebatárselo.

Sobre él, abalanzándose desde lo alto de la columnata, vemos la segunda figura de la alegoría: un águila que representa a Alemania. En contraste con el sereno e inocente ángel que tiene abajo, todo en el águila es agresivo. Sus desplegadas garras son afiladas; las plumas no tienen nada de suave, a diferencia de las de las alas del ángel, sino que más bien parecen cuchillas. Una anilla de metal rodea su tobillo, con una fecha grabada: 1944.

El mensaje de esta escultura no es difícil de adivinar. La serena y pacífica Hungría está siendo atacada por una despiadada y agresiva Alemania. Hungría queda retratada como una víctima inocente, un ángel herido. Alemania, y solo Alemania, es culpable de violencia.

Ha habido tantas objeciones a este monumento, de tantas personas diferentes, que una vez más es difícil saber por dónde empezar. Arquitectos, planificadores urbanísticos y geógrafos políticos criticaron su localización, que consideraban inadecuada para un monumento nacional. Se yergue sobre una estrecha franja de tierra en el extremo sur de la Szabadság Tér (Plaza de

la Libertad) de Budapest, delante de la cual pasa una estrecha carretera, que hace difícil verlo e imposible aproximarse a él. Los artistas criticaron su estética, que en su opinión era una extraña mezcla de barroco vienés y realismo social *kitsch*. El premiado escultor György Jovánovics lo calificó de «enrevesada pesadilla».

Pero las principales objeciones tenían más que ver con su erróneo simbolismo. Nadie negaba que marzo de 1944 fue sin duda un momento trágico para Hungría, pero lo que sí se cuestionaba era la forma en que el monumento retrataba los hechos. ¿Fue Hungría en ese momento un ángel tan inocente? ¿Y fue Alemania el único agresor? ¿No concurrieron por aquellas fechas otros acontecimientos que cuentan una historia muy distinta y mucho más incómoda?

Incluso antes de construirse el monumento, un grupo de eminentes historiadores húngaros escribieron una carta abierta a su Gobierno quejándose de que su simbolismo estaba «basado en una falsificación de la historia». A estos se unieron diferentes políticos, organizaciones internacionales y grupos judíos locales que también publicaron cartas abiertas en la prensa diciendo cosas similares. Asimismo, hubo protestas en el ámbito internacional. Diplomáticos de Estados Unidos e Israel expresaron su indignación por el diseño del monumento, y un grupo de senadores americanos escribieron una carta colectiva al Gobierno húngaro, instándole a consultar con representantes de la comunidad judía antes de seguir adelante con él. En el Parlamento Europeo, el monumento se convirtió en objeto de acalorado debate.

Como todos estos grupos señalaron, la historia de la ocupación era mucho más controvertida de lo que el monumento sugería. Querían recordarle al Gobierno húngaro que, lejos de ser una víctima de Alemania, Hungría había pasado la mayor parte de la guerra siendo su aliada. La ocupación alemana no había tenido lugar hasta 1944 porque Hitler había querido evitar la posibilidad de que los húngaros acordaran por su cuenta un tratado de paz con los Aliados y, cuando finalmente la ocupación se llevó a cabo, no constituyó un episodio especialmente violento. De hecho, los alemanes no encontraron oposición a su llegada y tomaron el poder sin

prácticamente ningún derramamiento de sangre. La resistencia al dominio alemán fue prácticamente inexistente.

Las verdaderas víctimas de la ocupación alemana no iban a quedar identificadas hasta más tarde. En contra de la impresión que transmite este monumento, la inmensa mayoría de las víctimas no fueron húngaros en general, sino, específicamente, húngaros de origen judío. Uno de los primeros dirigentes alemanes que llegaron a Budapest el 19 de marzo, el mismo día de la ocupación, fue Adolf Eichmann, el principal arquitecto del Holocausto. En cuatro meses, él y su equipo habían organizado ya la deportación de 438.000 judíos a Auschwitz. Según Saul Friedländer, historiador del Holocausto, el 90 % de estos judíos –unas 394.000 personas en total– fueron exterminados a su llegada. Posteriormente, 20.000 romaníes fueron también trasladados allí para matarlos, junto con un reducido número de «degenerados» y prisioneros políticos.

Contrariamente a la impresión que da el monumento, los alemanes no fueron los únicos perpetradores de estos crímenes. Es cierto que el Holocausto no comenzó en Hungría hasta después de la ocupación alemana, pero nunca se habría llevado a cabo tan rápidamente si los húngaros no hubieran colaborado de forma voluntaria. La verdad es que el trabajo preliminar para el Holocausto había quedado hecho hacía años. Las primeras leyes antisemitas ya se habían introducido en Hungría en la década de 1920, cuando el Gobierno de Miklós Horthy impuso estrictos límites legales sobre el número de alumnos judíos a los que se les permitía ir a las universidades. A partir de 1938, otras leyes antisemitas fueron sumándose. A los judíos húngaros se los definió, etiquetó y registró. Quedaron oficialmente excluidos de los puestos de gobierno, y sus oportunidades en los medios de comunicación y en las profesiones médica y legal quedaron muy restringidas. Se les negó el derecho al voto. A partir de 1941 se les prohibió casarse con personas no judías, así como tener relaciones sexuales con ellas. Incluso después de la ocupación, no fueron los alemanes los que acorralaron a los judíos, los golpearon, los metieron en trenes y luego repartieron sus propiedades: todas estas cosas las hicieron policías húngaros y funcionarios del Gobierno local.

Poco tiempo después, los fascistas húngaros también se implicaron más directamente en su aniquilación. En octubre de 1944, después de que Horthy fuera finalmente obligado a dejar el cargo, los alemanes pusieron a un fascista húngaro de primer ministro. Ferenc Szálasi era el líder del Partido de la Cruz Flechada, un popular grupo de extrema derecha que abogaba por una forma todavía más violenta de antisemitismo. Al mes de tomar el poder, los seguidores de Szálasi estaban deteniendo judíos y fusilándolos en las orillas del río Danubio. Las peores atrocidades ocurrieron justo a unos pocos metros del lugar donde hoy se encuentra el Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana, donde entre 10.000 y 15.000 judíos fueron asesinados y tirados al río (aquí se encuentra, por cierto, otro enclave conmemorativo, los Zapatos a la orilla del Danubio, sesenta pares de zapatos alineados junto al borde del río, para representar a las personas asesinadas).

A la luz de todo esto, ¿cómo podían los creadores del monumento justificar el retrato de Hungría como víctima inocente, un ángel herido, cuyo único pecado había sido no haber visto venir la ocupación? ¿Cómo podían justificar el hecho de agrupar a las víctimas del Holocausto con otras supuestas víctimas de la ocupación alemana, incluidos políticos que hasta 1944 habían colaborado voluntariamente con los nazis?

Otras objeciones al monumento tenían menos que ver con la historia que con la política del momento. Tan pronto se anunció su construcción, la gente empezó a cuestionarse su necesidad. No había habido una campaña popular para erigir un monumento conmemorativo a las víctimas de la ocupación. ¿Por qué ahora el Gobierno se mostraba tan deseoso de erigir uno? ¿Y por qué tanta prisa?

El monumento fue aprobado en primera instancia por un decreto gubernamental el 31 de diciembre de 2013, pero, en un principio, los funcionarios querían que se encargara, se construyera y se inaugurara coincidiendo con el setenta aniversario de la ocupación del 19 de marzo, solo once semanas más tarde. Los críticos afirmaron que la verdadera razón

para este plazo imposible no era en absoluto el aniversario, sino las próximas elecciones generales, que iban a celebrarse a principios de abril. El partido gobernante en aquel momento –el partido Fidesz de Viktor Orbán– ya contaba con una mayoría irreductible en el Parlamento, que todo el mundo creía que continuaría tras las elecciones. Sin embargo, Fidesz llevaba tiempo bajo la presión del partido radical de derechas Jobbik (Movimiento por una Hungría Mejor), que ya contaba con casi el 17 % del voto popular. La creación de un monumento al martirio húngaro era exactamente el tipo de gesto populista que podía servir para que Fidesz atrajera a algunos de estos votantes.

Había también algunas cuestiones importantes relativas a cómo se había encargado el monumento. Desde unos pocos años atrás, el Gobierno de Orbán había recibido repetidas acusaciones de autoritarismo por parte de otros políticos y candidatos, y el monumento parecía ser un caso ilustrativo. Nunca se había comentado ni debatido en el Parlamento. Tampoco se había presentado a los expertos húngaros ni se había hecho consulta pública alguna. El contrato para construir el monumento no se había sacado a concurso público: simplemente se había encargado sin más a una empresa constructora. Tampoco hubo ningún tipo de concurso para encontrar a un artista adecuado: el ministro a cargo sencillamente había puesto el proyecto en manos de Péter Párkányi Raab, un escultor que durante años venía siendo uno de los favoritos del partido Fidesz. Párkányi Raab apareció con un diseño a los pocos días, que fue rápidamente aprobado por un comité formado por solo cinco personas. En otras palabras, todo el proyecto fue resultado de una decisión tomada desde arriba, impulsado a toda prisa por un decreto del Gobierno e impuesto sobre el paisaje de la ciudad de Budapest sin ningún escrutinio público.

En este contexto, no resulta extraño que la gente empezara a protestar. Al principio las objeciones llegaron en forma de cartas particulares al Gobierno y de cartas abiertas en prensa. La fuerza del sentimiento público sobre el tema parecía haber tomado al Gobierno de Fidesz completamente

por sorpresa, y durante un tiempo, en marzo de 2014, este mandó parar temporalmente las obras del monumento. Pero no tardó mucho en cambiar de idea. Dos días después de su victoria en las elecciones de abril, decidió seguir adelante con ellas.

Frustrado por la negativa del Gobierno a tener en cuenta las preocupaciones de nadie, un grupo de artistas y activistas cívicos decidieron tomar las riendas del asunto. Dado que parecía que no podían influir en el aspecto que debería tener el monumento, decidieron construir uno por su cuenta. A diferencia del monumento oficial, el suyo no estaría hecho de piedra y metal, sino a base de fotografías, historias escritas a mano y recuerdos personales de 1944, todos los cuales serían donados por ciudadanos corrientes. Crearon un grupo de Facebook e invitaron a la gente a aportar «símbolos de sus almas». Pidieron específicamente que no enviaran solamente emblemas de su sufrimiento personal, sino también símbolos de arrepentimiento, de perdón por el pasado.

En poco tiempo, el grupo reunió cientos de objetos de este tipo, que colocaron frente al solar donde se iba a construir el monumento. Había libros de oraciones, zapatos, gafas y viejas y maltrechas maletas. También había estrellas amarillas de tela, como las que los judíos tuvieron que llevar durante la guerra. Cientos de personas llevaron piedras pequeñas, como habrían hecho si hubieran ido a una tumba judía, algunas de ellas con nombres y detalles inscritos de personas deportadas a Auschwitz. Otros llevaron flores, plantas y velas.

20 de julio de 2014: día en que el monumento quedó terminado.
El «contramonumento» se encuentra ante él, en el suelo y atado a la reja, junto a una pancarta donde se lee: «La falsificación de la historia es el equivalente moral al envenenamiento de un pozo».

Los organizadores llamaron a su contramonumento «Memorial Vivo», por la manera en que cambiaba y evolucionaba de un día a otro. En el centro de su instalación había dos sillas blancas, una enfrente de la otra. Con ellas se pretendía simbolizar la invitación a sentarse y a hablar del pasado y cómo este se representaba en el presente –exactamente el tipo de conversaciones que habían faltado cuando se encargó el monumento oficial–. Fiel a este simbolismo, el grupo comenzó a organizar debates públicos formales allí mismo. Artistas y críticos dieron charlas sobre diferentes monumentos de todo el mundo, comparándolos con el que se estaba construyendo en Budapest. También se celebraron recitales poéticos al aire libre junto al monumento. Se invitó a supervivientes del Holocausto y a sus familiares a que compartieran sus recuerdos; también se celebraron actos en memoria de las víctimas del genocidio romaní.

Para cuando los contratistas del Gobierno estaban ya terminando el monumento oficial, el contramonumento ya estaba bien asentado. Se

componía de cientos de objetos, extendidos a lo largo de más de treinta metros de arcén. Cientos, posiblemente incluso miles de habitantes locales ya habían ido a visitarlo.

Los últimos elementos de la grandiosa escultura del Fidesz se colocaron durante la noche del 20 de julio de 2014, pero para ese momento el Gobierno ya parecía estar perdiendo interés en el proyecto. Su monumento nunca fue inaugurado oficialmente, y hasta hoy nunca se ha celebrado allí ningún acto gubernamental de carácter oficial. Ha sido objeto de tantas críticas, no solamente en Hungría, sino en todo el mundo, que era difícil seguir defendiéndolo. Todavía hoy se siguen haciendo llamamientos a derribarlo. En 2018, el líder del Partido Socialista prometió echar abajo el monumento si salía elegido; y uno o dos candidatos de otros partidos hicieron lo mismo.

El Memorial Vivo, en cambio, parece haber ido cobrando cada vez más fuerza. Continúa creciendo y evolucionando hasta hoy; y varios grupos y activistas siguen celebrando actos allí regularmente. El repertorio de temas que se debaten en esas sillas junto al monumento se ha ampliado: ahora no solo es un foro para debatir la historia húngara, sino también para explorar un abanico de temas sociales, políticos y artísticos. Pero la clave sigue estando en la ligeramente caótica colección de recuerdos y fotografías personales que bordean la acera de enfrente del arcángel Gabriel, que se ha convertido en una especie de atracción turística local.

La historia de la Segunda Guerra Mundial sigue siendo aún un tema profundamente doloroso y controvertido en Hungría. El periodo de la ocupación alemana en 1944-1945 constituyó un episodio especialmente oscuro: fue una época en la que un Gobierno muy precario se vio obligado a tomar una serie de imposibles decisiones políticas y morales mientras veía cada vez más reducido su poder. No hay mucho de lo que los húngaros puedan enorgullecerse en este aspecto.

Como mi amigo Áron Máthé, del Comité para la Memoria Nacional de Hungría, me comentó en cierta ocasión, «no es posible construir una nación

sobre un sentimiento de culpa». Cuando el Gobierno del Fidesz encargó el Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana, estaba intentando correr un tupido velo sobre las complicaciones de la turbulenta historia de Hungría y encontrar una base común. Puede que tras todo esto se escondiera un propósito algo cínico, pero no me cabe duda de que también había muchas buenas intenciones detrás.

Sin embargo, si una nación no puede construirse sobre un sentimiento de culpa, tampoco puede hacerlo sobre la falsificación de su historia. No basta simplemente con autoproclamarse mártir; los hechos también tienen que encajar. Ni es bueno apropiarse del victimismo de alguien y proclamarlo como propio: eso es algo que las verdaderas víctimas nunca podrán soportar. El Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana se concibió originalmente como símbolo de martirio nacional –pero hoy, en parte porque el Memorial Vivo está justo enfrente, ha pasado a constituir poco más que un símbolo de hipocresía nacional.

Los hechos de 2014 en Budapest demuestran dos verdades fundamentales acerca de los monumentos. La primera es que da igual que construyas un monumento con un mensaje concreto en mente: es imposible predecir cómo lo utilizará y lo interpretará el público una vez sea erigido.

La segunda es que, si se construye un monumento con la intención de reescribir la historia, no funcionará. De una forma u otra, al final la historia siempre te alcanza.

La entrada de Auschwitz-Birkenau, desde dentro del campo.

12

Polonia: Auschwitz

De todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, y han sido numerosas, probablemente no haya un grupo que haya sufrido más que los judíos. Entre 1939 y 1945, en torno a dos terceras partes de los judíos de Europa fueron exterminados. Casi seis millones fueron asesinados por todo el continente, pero en particular en las «tierras de sangre» del este de Europa, en Polonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania.

En la actualidad hay cientos de monumentos conmemorativos que marcan sus lugares de ejecución, pero ninguno más famoso que el museo de Oświęcim, en Polonia. Hasta 1939, muy poca gente de fuera de Polonia había oído hablar de esta pequeña localidad; pero durante la ocupación alemana fue rebautizada como Auschwitz y albergó uno de los mayores campos de concentración de la historia. A consecuencia de ello, la palabra *Auschwitz* ha pasado desde entonces a ser sinónimo de horror y sufrimiento. Hoy es posiblemente el símbolo más conocido del mundo en lo que a víctimas se refiere.

Auschwitz no fue un solo campo de concentración, sino un complejo de campos. En su momento álgido, se extendía por más de cuarenta enclaves separados, la mayoría congregados en torno a fábricas y granjas, donde a los prisioneros, de muchas nacionalidades y religiones distintas, se los obligaba a trabajar en condiciones abyectas como mano de obra esclava. Sin embargo, a partir de 1942, Auschwitz también comenzó a utilizarse

para otro fin: se convirtió en un centro para el asesinato en masa de los judíos de Europa.

Cuando la mayoría de la gente piensa en Auschwitz hoy, lo que tiene en mente son los dos campos de concentración principales: Auschwitz I y Auschwitz II (también conocido como Birkenau). El campo original de Auschwitz se estableció en 1940, en el emplazamiento de unos viejos barracones del ejército. Al principio se utilizó como cárcel para prisioneros políticos polacos, pero con el tiempo también fue utilizado como campo de concentración para prisioneros de guerra rusos, judíos, gitanos y una docena de otros grupos étnicos y nacionalidades. Había un tribunal sumario, edificios de oficinas, talleres y almacenes donde debían trabajar los prisioneros.

El campamento se convirtió en un centro de asesinato en masa hacia finales de 1941. Hasta ese verano, los nazis habían llevado a cabo ejecuciones masivas mediante fusilamientos –no tanto en campos de concentración como en bosques, campos, canteras y otros lugares apartados por todo el este de Europa–. Sin embargo, el fusilamiento de gran número de personas llevaba mucho tiempo, era ineficiente y estresante para los ejecutores. De modo que los nazis empezaron a buscar otros métodos de matar.

En Auschwitz, los guardias de prisiones de las SS descubrieron que podía ejecutarse a grupos de prisioneros mucho más eficazmente agrupándolos en una sola habitación y gaseándolos con Zyklon B, el potente insecticida que se usaba para fumigar sus ropas. Los primeros experimentos se hicieron con prisioneros rusos y polacos, en las celdas de los sótanos del bloque 11, el de prisiones. Sin embargo, dado que era un lugar difícil de ventilar, y estaba muy lejos del crematorio del campo, se remodeló otro bloque a fin de utilizarlo específicamente para este propósito. Auschwitz ya tenía su primera cámara de gas.

A medida que la guerra iba avanzando, el campo fue expandiéndose rápidamente. Para aliviar la congestión, se construyó un segundo campo en una aldea cercana llamada Brzezinka –o Birkenau, como la denominaban los alemanes–. Este campo fue concebido en un principio para alojar a

prisioneros de guerra soviéticos, pero cuando en 1942 los nazis comenzaron a transportar allí un número ingente de judíos se dieron cuenta de que también podía utilizarse simultáneamente como lugar de exterminio de sus enemigos raciales. De modo que convirtieron dos granjas apartadas en cámaras de gas y construyeron *ex profeso* una serie de hornos crematorios con cámaras de gas adosadas. A los judíos a quienes no podían explotar como mano de obra esclava se los llevaba allí para matarlos.

Con el paso del tiempo, los nazis fueron perfeccionando el proceso de ejecución hasta convertirlo en un modelo de eficiencia. Las remesas de judíos a quienes se transportaba allí bajaban de trenes que los dejaban directamente en el campo y se los distribuía en grupos ya en el andén. A los que pensaban que eran aptos para trabajar se los llevaba a los atestados barracones del campo: allí pasaban los siguientes meses siendo explotados como esclavos hasta que se quedaban sin fuerzas. A los que no tenían valor económico –los niños, las madres embarazadas, los ancianos, los débiles– se los despojaba de sus posesiones, se los desnudaba y afeitaba para finalmente ser gaseados y cremados. Era como la línea de producción de una fábrica. Entre 1942 y 1944 se asesinó allí a más de un millón de personas. En su máximo apogeo, el verano de 1944, Auschwitz-Birkenau llegó a procesar miles de cadáveres al día.

Auschwitz continuó funcionando hasta finales de 1944, cuando el avance del Ejército Rojo soviético hizo que hubiera que evacuar el campo. Cuando los nazis finalmente se marcharon, en enero de 1945, trataron de destruir las pruebas de lo que habían hecho. Se trasladó a los reclusos a marcha forzada a otros campos de concentración más cercanos a Alemania. Se hicieron desaparecer o se destruyeron los documentos, se prendió fuego a los almacenes, y se desmantelaron o volaron las cámaras de gas y los crematorios. Sin embargo, en sus prisas por retirarse, los guardias del campo dejaron abundantes pruebas tras ellos, especialmente en el campo original de Auschwitz I, que quedó intacto en gran parte. Tampoco consiguieron matar a todos los testigos de sus crímenes. A diferencia de otros centros de exterminio de judíos, Auschwitz nunca fue exclusivamente un campo de exterminio, sino que también sirvió como campo de trabajo

esclavo. En consecuencia, miles de obreros que sobrevivieron a la guerra pudieron dar testimonio de las terribles escenas que habían visto allí.

A lo largo de las décadas posteriores, innumerables personas han aportado pruebas de las atrocidades que se llevaron a cabo en este infame lugar. En 1947, las autoridades polacas decidieron conservar lo que quedaba de él para las generaciones futuras. Auschwitz I se convirtió en un museo, bajo la asesoría de personas que habían vivido recluidas allí durante la guerra. El cercano Auschwitz II, que para entonces ya había sido desmantelado en su mayor parte, se mantuvo como un lugar de memoria.

En la actualidad, ambos representan el Holocausto en general. En 1979, el lugar fue declarado Patrimonio Mundial de la Unesco y actualmente está considerado como uno de los símbolos más importantes del martirio en todo el mundo.

Hoy, los visitantes que van a Oświęcim pueden ver por sí mismos las pruebas de lo que allí ocurrió. Durante el recorrido, pueden experimentar un ligero atisbo de lo que fue aquel horror. Pueden atravesar la tristemente famosa verja de hierro forjado de Auschwitz I, sobre la que se colocó el célebre y falaz lema *Arbeit macht frei* («El trabajo os hará libres»). En el museo pueden ver una montaña de zapatos robados a los que estaban a punto de morir. Hay habitaciones llenas de pertenencias personales arrebatadas a las víctimas –maletas desvencijadas, gafas, juguetes y ropas de niño, brochas de afeitar, utensilios de cocina–. También se exhiben otros objetos más siniestros –una cámara llena de cabello humano, un gran montón de piernas y brazos ortopédicos, un cúmulo de latas vacías de Zyklon B–. Los visitantes pueden entrar en el bloque de castigo, donde los prisioneros eran golpeados y torturados, y donde tuvieron lugar los primeros experimentos de asesinatos en masa. Pueden estar junto al muro donde se fusilaba a los prisioneros. Y, lo más perturbador de todo, pueden entrar en una reconstrucción de una de las cámaras de gas y colocarse en el mismo lugar donde miles de personas fueron asesinadas.

En el cercano Auschwitz II-Birkenau, se puede continuar el *tour* visitando el epicentro del sistema nazi de asesinato organizado. Se puede caminar junto a las vías del tren que llevaron a más de un millón de judíos a la muerte. Uno puede situarse sobre la misma rampa donde se realizaba la selección. Puede ver, a través de la alambrada de púas, las filas y filas de chimeneas que sobresalen del suelo como dedos levantados en gesto recriminatorio, los únicos restos de los cientos de barracones utilizados para alojar a decenas de miles de seres humanos. Las dimensiones del lugar son enormes. El tamaño es el de una ciudad pequeña, más de ochenta hectáreas de terreno dedicadas a la anulación y la muerte.

Es imposible entrar en este lugar sin sentir cómo el peso de la historia cae sobre nosotros. El crimen moral que se cometió no solo afecta a judíos, eslavos o gitanos, o a cualquiera de los otros grupos asesinados aquí: nos convierte en víctimas a todos. Es una afrenta a la humanidad misma: de hecho, debido a lugares como este, se acuñó un nuevo término legal a raíz de la guerra, el de «crímenes contra la humanidad».

Estas cosas están tan bien expresadas en Auschwitz que el lugar ha ido atrayendo un número cada vez mayor de visitantes. Pero este éxito no ha estado exento de problemas. En los últimos años, Auschwitz está empezando a colapsarse bajo las cifras de visitantes que recibe. Antes de 2007, recibía menos de un millón de visitantes al año; hoy el número se ha más que duplicado. Cada día, especialmente en verano, va llegando un autobús tras otro lleno de visitantes y son miles las personas que atraviesan la verja de entrada al museo. Actualmente no hay casi tiempo para pararse y captar el horror del lugar. Los guías turísticos hacen que sus grupos avancen a un ritmo constante porque tienen que dejar sitio a los grupos que vienen detrás. Irónicamente, este enorme éxito amenaza con socavar todo lo que el museo debería representar teóricamente.

Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que no todo el mundo se adentra en este lugar con el espíritu de profunda reflexión que merece. Cientos de grupos escolares llegan aquí en excursiones organizadas como parte de su educación, sobre todo desde Polonia –pero también desde Israel, Alemania, Reino Unido y otros países– y no todos se conducen con la

solemnidad apropiada. Los adolescentes son adolescentes, después de todo: están más preocupados por vivir la vida que por pasar demasiado tiempo en presencia de la muerte.

No hay muchos sitios donde comprar comida, de modo que los visitantes a veces llevan la suya y la comen en el aparcamiento o a la sombra de uno de los abedules que rodean el lugar. No tiene nada de extraño. El viaje desde Cracovia hasta Oświęcim lleva como mínimo una hora y media de ida y lo mismo de vuelta, y la gente necesita comer. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si no hay algo de irrespetuoso en disfrutar de un rico almuerzo en un lugar donde tantas personas murieron de hambre. La última vez que estuve allí vi a un grupo de hombres descansando al sol cerca de la entrada a Auschwitz I, bebiendo unas latas de cerveza.

Me da la impresión de que este tipo de cosas forman parte de algo más importante que ha ocurrido aquí. Hoy Auschwitz constituye una parada más dentro de los itinerarios de vacaciones, junto a palacios, galerías de arte, parques acuáticos y fiestas de la cerveza. Recibe tantos visitantes cada año como la galería de los Uffizi en Florencia. Este lugar de memoria hasta incluye en su publicidad que ahora es, con mucho, el museo más popular de Polonia. Si Auschwitz es prisionero de su historia, lo cierto es que también lo es del turismo.

Hay otros aspectos preocupantes en la popularidad de Auschwitz. Hace años, era sobre todo dominio de eruditos e historiadores del Holocausto, así como de personas que trataban de averiguar dónde habían muerto los miembros de su propia familia. En tales circunstancias, era mucho más fácil sumergirse en la amplia variedad de relatos de personas que habían sufrido allí. No había dos historias completamente iguales: la diversidad de experiencias era enorme.

Hoy en día los visitantes tienen mucho menos tiempo para penetrar en los entresijos de la vida en el campo de concentración. Las diferencias entre las diversas categorías de prisioneros se pierden. Es más difícil apreciar

hasta qué punto la vida podía ser distinta si uno estaba en la orquesta del campo, en el coro, en el hospital o en las unidades de experimentación médica, o en el *Sonderkommando* –los judíos a los que se obligaba a trabajar en las cámaras de gas y los crematorios para retirar los cadáveres–. Los visitantes que recorren a toda prisa el campo solo pueden captar, como mucho, los hechos básicos de lo que ocurrió, con lo que emerge inevitablemente una versión estandarizada de la historia: llegada, selección, muerte. La reducción de tanta experiencia humana a una narrativa tan limitada, ¿no resulta deshumanizadora en sí?

Hay muchas otras maneras en las que podría contarse esta historia, pero esto solo sería posible si uno pudiera pasar algo más de tiempo allí. Los judíos nunca fueron meras víctimas durante el Holocausto: muchos fueron también héroes. Hay muchos lugares en Europa del Este donde los judíos se defendieron y lucharon, y Auschwitz no fue diferente. Los judíos resistieron a los nazis en Auschwitz de varias maneras, desde simples actos de bondad humana a una confrontación violenta con los guardias del campo; en 1944, el *Sonderkommando* protagonizó una rebelión importante. En la década de 1950, estos fueron los tipos de historias que muchos de los propios judíos prefirieron contar. No querían que se los retratara solamente como las víctimas pasivas de un sistema inhumano: esta percepción resultaba demasiado dolorosa.

Entre los héroes también hubo personas que no fueron tan puras e inocentes como sugiere la actual versión aceptada de la historia. Algunos líderes judíos colaboraron en la deportación de judíos a Auschwitz. Otros fueron comprando tiempo para ellos y sus familias mediante la técnica de entregar a otros antes para mantener alimentada a la bestia. En Auschwitz había muchos reclusos que colaboraban con los guardias del campo e informaban de sus compañeros judíos a cambio de un mendrugo de pan. Hay que mencionar a estas personas, en ningún caso para culparlas, sino para enfatizar su falibilidad humana. A pesar de lo que los nazis sostuvieron siempre, nunca hubo nada particularmente especial en los judíos. En este sentido, no había ni hay ningún arquetipo. Los judíos son igual de humanos que cualquiera.

Cuando uno profundiza en las experiencias individuales del Holocausto puede encontrarse con las historias más sorprendentes, que resultan aún más conmovedoras en contraste con la versión estandarizada conocida por todos. Por ejemplo, en sus memorias del Holocausto, el historiador Otto Dov Kulka recuerda tardes en Auschwitz en las que miraba al cielo y se sentía abrumado por su belleza. Pese a todo por lo que estaba pasando allí, estos recuerdos son felices; pero siempre se ha preguntado a sí mismo si era moralmente permisible guardar recuerdos felices de este lugar.

Estos momentos individuales se pierden cuando nos vemos obligados a recorrer a toda prisa las vitrinas del museo de Auschwitz. En aras de la eficiencia, los actuales gestores del museo se ven forzados a introducir en el sistema a un número cada vez mayor de personas. Al mismo tiempo, es probable que esto les evoque perturbadores ecos del pasado.

Auschwitz se ha convertido en un símbolo global tan reconocido que actualmente lo tenemos grabado en la memoria colectiva más que ningún otro enclave conmemorativo. En un mundo de víctimas, esta es la capital indiscutible. Y ello también conlleva problemas, porque, lamentablemente, este estatus va acompañado de envidias.

Siempre ha habido mucha gente que ve el poder moral de un lugar como Auschwitz y quiere apropiarse de parte de él. El primer grupo que trató de reclamar la propiedad de Auschwitz tras la guerra fueron los comunistas polacos. Cuando se colocaron las primeras placas conmemorativas en Birkenau, no se hacía ninguna mención a los judíos: las placas se referían a los «cuatro millones de personas» que habían «sufrido y muerto aquí a manos de los asesinos nazis». Los guías del museo también solían hablar de «víctimas» y «personas», sin referirse a su etnia u orígenes religiosos. En el relato comunista de la guerra, el destino específico de los judíos era irrelevante. Por tanto, el campo de concentración se retrataba como un lugar donde los polacos corrientes, junto con sus hermanos y hermanas de otros países, habían sido explotados para exprimir hasta la última gota del valor

económico de sus cuerpos. Auschwitz era el máximo símbolo de la explotación capitalista.

En la década de 1970, los católicos polacos también trataron de apropiarse del lugar. Es cierto que decenas de miles de católicos murieron allí. Uno de ellos, un fraile franciscano llamado Maximilian Kolbe, fue incluso canonizado porque se había ofrecido voluntariamente a ocupar el lugar de un desconocido que había sido sentenciado a muerte. En 1972, el cardenal Karol Wojtyła, el futuro papa Juan Pablo II, celebró una importante misa allí en honor del padre Kolbe. Wojtyła regresó siete años más tarde, tras ser elegido papa, para dar otra misa aún más multitudinaria. Se erigió una cruz en la rampa donde en su día se seleccionaba a los judíos para vivir o morir, y el papa proclamó Auschwitz «el Gólgota de nuestra época». En 1984, un grupo de monjas carmelitas fueron más lejos aún y establecieron un convento justo al lado de la valla perimetral de Auschwitz I. Muchos judíos se sintieron profundamente incómodos por tener que verse obligados a competir con católicos sobre cuál de estas historias debía revestir más importancia y qué símbolos religiosos –si es que alguno– se permitía exhibir. Aquí, en el lugar donde los judíos habían sido exterminados, se les estaba arrebatando el propio carácter judío de su experiencia. No fue hasta mediados de 1990 cuando la Iglesia católica finalmente dio marcha atrás. La mayoría de las cruces que se había levantado alrededor del lugar fueron retiradas y el convento se trasladó a otro lugar.

Hoy en día Auschwitz es universalmente reconocido sobre todo por el sufrimiento judío, como debería ser. Una vez más, la verdad histórica ha acabado imponiéndose.

Pero eso no significa que las controversias hayan tocado a su fin. En años recientes, la gente ha empezado a cuestionar el estatus preminente de Auschwitz entre los monumentos a la Segunda Guerra Mundial en todo el mundo. ¿Por qué debería ser más importante este lugar que el monumento en memoria de las víctimas de la masacre de Nankín? ¿Por qué debería considerarse el sufrimiento de los judíos sustancialmente peor que el de las «mujeres de solaz» de Corea?

El debate va mucho más allá de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué hay del millón de armenios, aproximadamente, masacrados por los soldados turcos en fechas anteriores del mismo siglo? ¿Y de los seis millones de ucranianos que Stalin mató de hambre en la década de 1930? ¿Y de todos los que murieron en los campos de la muerte de Camboya en la década de 1970, o en los genocidios de Ruanda y Yugoslavia de la década de 1990? Cuando hay tantas otras víctimas en el mundo, ¿por qué deberíamos seguir considerando el Holocausto como algo especial?

Estas cuestiones surgen una y otra vez en las instituciones internacionales, y no existe una respuesta satisfactoria para ellas. Es inútil tratar de calibrar los traumas de una víctima en comparación con los de otra: el sufrimiento no puede medirse como si fueran granos de arroz. Los monumentos conmemorativos que he descrito en los seis capítulos anteriores no representan más que una mínima proporción de los monumentos a las víctimas que existen en el mundo. Grandes o pequeños, todos y cada uno de ellos merecen reconocimiento.

Y, no obstante, para bien o para mal, Auschwitz sigue teniendo algo que lo hace único. Durante mi investigación para este libro, visité fosas comunes, campos de exterminio y monumentos conmemorativos a víctimas de todo el mundo, pero Auschwitz es diferente a todos ellos.

En primer lugar, sus meras dimensiones: es difícil pensar en otro lugar donde se matara a tanta gente en una zona tan concentrada. Auschwitz-Birkenau es enorme, comprende unos 900.000 metros cuadrados en total. Y, sin embargo, cada metro cuadrado representa, como mínimo, una víctima.

Por otro lado, está el carácter único de la atrocidad que allí se cometió. No fue fruto de la furia militar, como la masacre de Nankín; ni solo de la conveniencia política, como el fusilamiento de oficiales polacos en el bosque de Katyn. El método principal de exterminio no fue aquí particularmente sanguinario, comparado con el empleado en otros lugares – de hecho, todo lo contrario: lo que caracterizó a Auschwitz no fue su

pasión, sino su frialdad–. Es la indiferencia mecanicista de este tipo de asesinato lo que lo hace tan insoportable de contemplar.

Posiblemente esta sea una de las razones por las que las víctimas judías del Holocausto se han convertido en un símbolo tan importante de nuestra época. No solo eran presa de hombres armados; también eran carne de cañón de un enorme sistema político e industrial que los había reducido a meras unidades que había que procesar y eliminar. En este sentido, fueron víctimas no solo de la guerra, sino de la modernidad. Si seguimos este hilo hasta su conclusión lógica, nos lleva hasta otros muchos tipos de víctimas de otros tiempos y lugares, desde el tráfico de esclavos del siglo XVIII hasta el comercio sexual en el siglo XX. Las víctimas del Holocausto representan un fenómeno de mucho más alcance, que nunca ha desaparecido del todo.

En 2005, las Naciones Unidas reconocieron la naturaleza universal de este simbolismo instituyendo un Día Internacional de Conmemoración del Holocausto. Actualmente se celebra cada año el 27 de enero –el aniversario de la liberación de Auschwitz–. Según el planteamiento de la ONU, las víctimas del Holocausto no son solamente víctimas judías, son víctimas arquetípicas. Representan a la humanidad en su conjunto, en toda su precariedad.

Me encantaría pensar que, en parte también por esto, Auschwitz es, en sí mismo, un símbolo tan global. Sería esperanzador creer que más de dos millones de personas vienen aquí cada año solo a presentar sus respetos a una víctima universal, y a comprometerse a que el sufrimiento por el que esas víctimas tuvieron que pasar nunca volverá a producirse. Pero sé que esto no es cierto del todo. Porque el ambiente que impera en el lugar no es de tristeza y duelo, sino de miedo. Esta es otra característica que hace a Auschwitz único. Es imposible caminar por allí sin sentir la presencia de un mal de dimensiones gigantescas, repulsivo a la vez que hechizante.

Muchas personas vienen aquí porque quieren experimentar esta presencia, y recordarse a sí mismos lo que se siente al estar vivo. Esta es una de las razones por las que tantos judíos acuden cada primavera a caminar desde Auschwitz I hasta Birkenau en una manifestación denominada la Marcha de los Vivos. No hay nada que más afirme la vida

que visitar un lugar de muerte como este y encontrarse en su mismo centro, vibrante y desafiantemente vivo.

Pero sospecho que hay también otras motivaciones más oscuras para querer experimentar la presencia del mal en este lugar. ¿Quién no quedaría impresionado por el poder de la muerte, especialmente de la muerte a tamaña escala? ¿No hay una parte de nosotros que secretamente desee apropiarse de siquiera una brizna de ese poder para sí mismo? Cada año se descubre a algunas personas tratando de robar botones o trozos de tela del museo de Auschwitz, que pretenden llevarse a casa como recuerdo. En 2010, un neofascista sueco llegó a robar el famoso cartel de hierro forjado del portón de Auschwitz para venderlo a un coleccionista de *souvenirs* macabros. Su delito acaparó titulares en los periódicos del mundo entero, pero no puedo evitar preguntarme si el significado subyacente de esto no es en realidad tan distinto a lo que cada visitante hace cuando viene aquí. Todos hacemos fotos. Yo mismo tengo cientos de fotos de Auschwitz en mi colección. ¿Qué es lo que me lleva a tener estos recuerdos?

Si Auschwitz nos convierte a todos en víctimas, también es cierto que nos convierte a todos en monstruos. Al venir aquí, necesariamente nos implicamos en ambas partes de esta repugnante historia. Dicho de otro modo, Auschwitz no es solamente un monumento a las víctimas del Holocausto, sino también a sus verdugos. Y esto, como abordaré más adelante, es una idea mucho más perturbadora.

Tercera parte

MONSTRUOS

¿Qué se necesita para ser un monstruo? Sin lugar a dudas, el diablo puede ser bastante seductor cuando le conviene. Hombres como Hitler y Stalin no consiguieron el poder solo con la fuerza: también fueron carismáticos, elocuentes y capaces de encandilar a millones de personas mediante el poder de su retórica. Ciertamente, ellos no se veían a sí mismos como malvados, sino como hombres de acción. Según su retorcida lógica, simplemente trataban de arrebatar el control a unas fuerzas globales siniestras –capitalistas, imperialistas, judíos– que según ellos habían hecho víctimas a sus pueblos. La realidad de lo que estaban haciendo, sin embargo, era demonizar a estos grupos y alimentar un odio genocida.

Y lo que resulta bastante alarmante, muchas de las cualidades de un monstruo son las mismas que buscamos en nuestros héroes y mártires: fuerza, astucia, determinación y una inquebrantable devoción a su causa. Pero en un verdadero héroe o mártir, estas cualidades van acompañadas de otras, como la compasión, la piedad y una voluntad de defender el Estado de derecho y las normas de moralidad universales. Un monstruo, en cambio, desprecia todo esto. Durante las décadas de 1930 y 1940, poderosos fanáticos persiguieron sus metas con una absoluta falta de consideración por los derechos, la dignidad y la vida de millones de personas. Mataban sin pararse a pensar y sin conciencia. Trataban a los seres humanos como objetos de usar y tirar; de hecho, muchas veces ni siquiera los trataban como seres humanos, sino como alimañas que había que exterminar. En estos hombres, la devoción obsesiva por una causa no es una cualidad que admirar. Se ha convertido en una enfermedad que

envuelve todas sus acciones en esa misma atmósfera oscura que resulta tan palpable en los campos de Auschwitz-Birkenau.

Nadie se pone a hacer, deliberadamente, un monumento a un monstruo. Algunos de los monumentos que aparecen en esta parte del libro se erigieron cuando a sus protagonistas todavía se los consideraba héroes, y no empezaron a suscitar dudas hasta años más tarde, una vez que se tuvo amplio conocimiento de sus crímenes. Algunos de ellos se convirtieron en monumentos casi por error, simplemente por las actitudes de aquellos que iban a visitarlos. Otros apenas pueden considerarse monumentos: santuarios, tumbas y otros lugares de memoria que han llegado a asociarse con los aspectos más oscuros de la guerra. Si los incluyo en este libro es con la esperanza de profundizar en nuestra comprensión de lo que, para empezar, constituye un monumento.

¿Es correcto visitar estos lugares? ¿Deberían ser evitados, e incluso borrados del mapa, de la misma manera que los hombres que nos traen a la memoria trataron de eliminar a sus propios enemigos? ¿Podremos escapar alguna vez de estos símbolos, o permaneceremos para siempre prisioneros de su recuerdo?

De todos los monumentos descritos en este libro, estos son los más problemáticos. Plantean dilemas que son imposibles de resolver. Pero al enfrentarnos a estos dilemas, espero que podamos al menos aprender algunas lecciones valiosas sobre lo que ocurre cuando las cualidades que tanto admiramos en nuestros héroes y mártires se llevan al extremo.

13

Eslovenia: Monumento a las Víctimas de Todas las Guerras, Liubliana

En el centro de la capital de Eslovenia, Liubliana, se encuentra uno de los monumentos conmemorativos más interesantes y polémicos con los que me he topado nunca. A diferencia de todos los demás monumentos comentados hasta aquí, este no trata de encerrar el pasado de la nación en una imagen figurativa. No hay estatuas ni representaciones de personas inmortalizadas en plena acción. De hecho, el monumento es completamente abstracto. Pero esto no lo hace menos controvertido.

El Monumento a las Víctimas de Todas las Guerras consiste en dos gigantescos bloques de piedra, colocados en un patio abierto. Los bloques están bastante cerca, pero no se tocan; son paralelos y, no obstante, están ligeramente oblicuos el uno respecto al otro. Un monolito es casi cuadrado, mide unos doce metros de alto y doce metros de ancho; el otro es más estrecho, rectangular, y está hecho de bloques mucho más gruesos. Sin embargo, sus diferencias quedan ampliamente superadas por sus similitudes: están construidos exactamente con la misma piedra; bajo el suelo, comparten los mismos cimientos; y, aunque tienen formas diferentes, su altura, su peso y su volumen son exactamente los mismos. Son como un par de hermanos en guerra perpetua, siempre independientes, siempre enfrentados y, sin embargo, inextricablemente unidos el uno al otro.

A diferencia de otros monumentos, este no se ha diseñado para llamar la atención. La última vez que lo visité, en noviembre de 2018, estuve contemplándolo durante un par de horas, y en todo ese tiempo ni una sola persona se paró a mirarlo. Nadie había quedado allí con ningún amigo junto al escalón en forma de cuña que forma su extremo sur. Nadie se paró a la

sombra de los grandes bloques de piedra a comerse un sándwich. El monumento domina un lateral de la Plaza del Congreso, justo en el centro de la ciudad; pero parece tener la cualidad de alejar la atención.

Esto no es casual. Políticamente hablando, la invisibilidad es uno de los grandes valores del monumento. Cuando uno se para a pensar lo que podría haberse instalado allí en su lugar, y la oscura historia que todavía atenaza a la nación eslovena, es fácil entender por qué se optó por este diseño tan particular.

Para mí fue una suerte estar presente en el nacimiento de este monumento. En mayo de 2015 me invitaron al Parlamento esloveno para presenciar la develación de la obra. Ocupé mi asiento en una gran sala junto con un grupo de periodistas y políticos que también habían sido convocados al acto, mientras el presidente, Borut Pahor, pronunciaba un discurso. En el centro de la sala había un modelo a escala del monumento. A continuación, nos invitaron a verlo más de cerca, tomar una copa de vino y estrechar la mano de los encargados de diseñarlo.

En mi ingenuidad, pensé que la recepción tendría un carácter más bien festivo, pero en realidad no fue así en absoluto. Se percibía cierta incomodidad en el ambiente, que yo, como observador externo, no era capaz de entender del todo. Cuando hablé con alguno de los miembros del Parlamento en la recepción, ninguno parecía muy contento con el diseño del monumento. Era demasiado insulso, me dijeron. No era *satisfactorio* como monumento conmemorativo. No decía nada sobre héroes ni villanos, ni sobre las víctimas de la guerra. Ninguno de ellos me supo explicar del todo qué era lo que no les gustaba de él, o qué habrían preferido en su lugar. Pero todos parecían compartir la misma sensación.

Fue entonces cuando un historiador esloveno que también estaba allí me llevó a un aparte. Mitja Ferenc, un catedrático de la Universidad de Liubliana, que fue quien me había invitado al acto. Tras hablar un rato conmigo, me vino a decir algo así como «le mostraré por qué a nadie le

gusta este diseño. Le llevaré a un sitio que explica por qué aquí solo podemos tener monumentos conmemorativos insulsos y abstractos».

Así que nos fuimos del Parlamento. Montamos en su coche y salimos de la ciudad, Ferenc, un amigo periodista, mi editor y yo. Viajamos hacia el este, atravesando la hermosa campiña de Eslovenia. A nuestra izquierda quedaban las ondulantes colinas, con la blancura de los Alpes resplandeciendo en la distancia; a nuestra derecha teníamos el río Sava.

Después de una hora o dos, salimos de la carretera principal y tomamos un estrecho camino a través del bosque. Finalmente llegamos a un sitio llamado Huda Jama, un lugar solitario junto a la ladera de una montaña. Allí, empotrada en la cara de la pendiente, había una gigantesca entrada de cemento con una puerta de hierro. Paramos el coche y nos bajamos.

El lugar había sido en tiempos una mina de carbón, explicó Ferenc, pero llevaba cerrada desde 1945. En los últimos días de la guerra, cuando el ejército alemán estaba huyendo de Yugoslavia, los partisanos bajo el mando del general Tito habían acorralado a decenas de miles de colaboradores fascistas y los habían masacrado. Esta mina era una de las varias docenas de fosas comunes que hay por toda Eslovenia. Allí llevaron a unas 2.500 personas a las que, tras obligarlas a desnudarse, dispararon y echaron a los pozos de la mina. Mitja Ferenc lo sabía todo sobre este lugar en concreto, porque había estado a cargo del equipo del Gobierno que había llevado a cabo la exhumación pocos años antes.

Ferenc llamó al encargado del lugar, que vino y nos abrió la puerta. Primero recorrimos un largo túnel que nos fue adentrando hasta el interior de la montaña –unos cuatrocientos metros en la oscuridad–. En un momento dado, Ferenc se paró y señaló un hueco en la pared del túnel. «Aquí es donde encontramos el primer cadáver», dijo. Al parecer, alguien había sobrevivido a la masacre y había tratado de escapar cavando un túnel con un fragmento de metal que había cogido de la vía férrea. Lamentablemente para él, los hombres de Tito eran extraordinariamente concienzudos: habían tapado el túnel no solo con toneladas de tierra y escombros, sino con una serie de paredes de ladrillo y cemento. Este superviviente solitario se

encontró con la primera barrera de cemento y tuvo que rendirse. Ese era el lugar donde había muerto, solo en la oscuridad.

Seguimos andando. Pronto llegamos a un pozo de la mina. Ferenc me hizo bajar por una escalera hasta el fondo para que estuviera donde habían tirado los cuerpos. «Llenaron este pozo hasta arriba de cadáveres», me gritó. «Sacamos 346 cuerpos, y probablemente todavía queden otros 1.500 bajo tus pies».

La sensación de encontrarse en el fondo de aquel pozo era especialmente perturbadora. Por un momento cruzó por mi mente la idea de que Ferenc y los demás podían dejarme abandonado allí, apagar las luces y cerrar la puerta, y nadie se habría enterado. Rápidamente subí la escalera.

A continuación, Ferenc me introdujo aún más en el túnel, donde se habían encontrado 432 cadáveres más. De nuevo, me explicó lo que había ocurrido allí. Primero, hicieron que esos hombres se desnudaran –Ferenc y su equipo encontraron un enorme montón con toda su ropa y zapatos, dentro del túnel–. Luego les obligaron a tenderse boca abajo en el suelo del túnel y los dispararon en la cabeza. Al siguiente grupo le dijeron que se tumbara encima de estos cuerpos para poder dispararlos de la misma manera. Y lo mismo al siguiente, y al otro, hasta que los cadáveres quedaron apilados en ocho alturas.

Apenas había tenido tiempo de asimilar esto cuando Ferenc me llevó a otra sección del túnel, donde había otra puerta de metal. La abrió y pasamos dentro. «Aquí están», dijo. Ante mí había cientos y cientos de cajas de plástico, apiladas en estanterías a lo largo de todo el túnel. Por fuera de las cajas sobresalían huesos, calaveras y mechones de cabello humano.

«Queríamos darles una sepultura digna», me explicó Ferenc, «pero ninguno de nuestros políticos estaba dispuesto a hacerlo». Estas personas fueron víctimas de los comunistas, pero dado que ellos habían sido fascistas, nadie quería hacerles un santuario. No era fácil determinar cómo habría que recordarlos. De modo que, al final, las autoridades se limitaron a cerrar las puertas y trataron de olvidarse de ellos. Según Ferenc, en los siete años anteriores, solo un pequeño grupo de personas se habían tomado la molestia de ir a ver en persona este lugar: un par de periodistas, el

embajador de Estados Unidos y, en ese momento, yo. Permanecía la memoria culpable: todo el mundo sabía lo que había allí, pero nadie quería reconocerlo.*

Aquella noche, en la habitación de mi hotel, me resultó difícil conciliar el sueño. No fue la imagen de todos aquellos cadáveres metidos en cajas lo que me mantuvo despierto. Había pasado años investigando atrocidades de la guerra, y estaba más que familiarizado con la historia de lo que ocurrió en sitios como la antigua Yugoslavia. Lo que realmente me perturbaba era la idea del hombre solo que había sobrevivido a la masacre y había intentado cavar una salida. No podía dejar de imaginar cómo debió de pasarlo, saliendo del pozo en la oscuridad, cogiendo un trozo de metal y tratando desesperadamente de escarbar la tierra y los escombros para salir de allí. Había algo de heroico en todo ello. Pero, al final, este hombre no fue un héroe, solo una víctima más. Y tal vez algo peor que una víctima: después de todo, había sido un colaborador fascista y un soldado –tal vez él también llevó a cabo sus propias atrocidades–. Yo, simplemente, no sabía cómo sentirme por él.

Esta fue la razón por la que Mitja Ferenc me llevó a Huda Jama. Me di cuenta entonces de que la desazón que yo sentía no era tan distinta de la que había sentido en esa sala llena de políticos: ¿cómo puede uno recordar un pasado como ese *sin* sentirse incómodo? También comencé a entender el rechazo que expresaron algunos de esos políticos hacia el diseño propuesto para su monumento a la guerra. ¿Qué decía este monumento tan anodino y abstracto de los horrores de los que yo acababa de tener constancia en persona? ¿Cómo puede uno aceptar un monumento construido en limpia piedra blanca cuando la realidad es mucho más sórdida y permanece oculta en el fondo de un oscuro pozo de las colinas de Eslovenia?

Para cualquiera que haya estudiado la guerra de Yugoslavia, este tipo de confusión moral es bastante habitual. Los historiadores británicos y estadounidenses a menudo describen la Segunda Guerra Mundial como un conflicto relativamente simple entre los Aliados, por un lado, y el Eje, por

el otro, pero en Yugoslavia las cosas nunca fueron tan sencillas. El país solo llevaba existiendo desde 1918, año en el que se constituyó, a partir de las ruinas de la Primera Guerra Mundial. Se extendía a través de las líneas divisorias existentes entre los restos de las tres grandes potencias del siglo XIX: Rusia, Austria-Hungría y el Imperio otomano. Era, por tanto, la encrucijada de tres grandes religiones: el cristianismo ortodoxo, el catolicismo y el islam (o en realidad cuatro, si incluimos a la minoría judía con la que la guerra casi había acabado). Más de media docena de amplias minorías nacionales y étnicas vivían allí, todas las cuales llevaban alimentando pequeñas rivalidades y recelos durante generaciones. Cuando los alemanes y los italianos invadieron el país en 1941, todas estas tensiones se desataron a la vez.

El país no tardó en sumergirse en el caos. Los croatas empezaron a masacrar a los serbios en nombre del catolicismo; los serbios empezaron a prender fuego a las aldeas musulmanas de Bosnia y las húngaras de Voivodina; los chetniks monárquicos comenzaron a emprender batallas campales contra los partisanos comunistas. A fin de ocultar sus crímenes, las milicias a veces se ponían deliberadamente los uniformes de sus rivales, por lo que no siempre resulta fácil para los historiadores averiguar quién estaba masacrando a quién. Como guinda de este pastel de conflictos violentos, estaban los alemanes, los italianos y otros ocupantes del país, no solo cometiendo sus propios crímenes de guerra, sino fomentando las luchas internas entre los diferentes grupos.

Tras años de guerra, los diversos grupos comenzaron a unirse en dos bandos principales. Por un lado, estaban el ejército alemán y sus colaboradores de cada uno de los diferentes grupos étnicos de Yugoslavia: la Ustacha croata y sus milicias, la Guardia Nacional Eslovena, el Cuerpo de Voluntarios Serbio, etcétera. Estos grupos ultranacionalistas nunca llegaron a confiar en realidad unos en otros, pero cada uno de ellos colaboró con los alemanes y, mientras estos últimos tuvieron el control, en la práctica todos lucharon en el mismo bando.

Frente a ellos estaba la resistencia. Para 1945, los partisanos comunistas de Tito ya habían derrotado al resto de grupos de la resistencia importantes

y asimilado a la mayoría de sus miembros. Este grupo ya no era la fuerza de *aficionados* que había sido en 1941, sino un ejército en toda regla, de unos 800.000 hombres. También contaba con el respaldo tanto de Londres como de Moscú, y estaba relativamente bien equipado. A diferencia de los fascistas eslovenos o croatas, Tito no tenía intención de permitir que se establecieran naciones separadas tras la guerra. Su mantra, y la frase que siempre utilizó en todos sus discursos al final de la guerra, fue «hermandad y unidad». Él quería restaurar un solo país llamado Yugoslavia, que comprendería a todas las distintas nacionalidades, unidas bajo el mandato comunista.

Dado todo lo que había ocurrido anteriormente, el enfrentamiento final entre estos dos grupos tenía visos de ser inevitablemente apocalíptico. En los últimos días de la guerra, cuando ya se hizo patente que los partisanos iban a ganar, el ejército alemán y sus diversos colaboradores fascistas huyeron hacia el norte. Su objetivo era retirarse a Austria, donde los británicos los estaban esperando. Pensaban que si podían rendirse al ejército británico serían tratados con un mínimo de clemencia. Sabían que de Tito no podían esperar ninguna.

Las primeras tropas eslovenas se abrieron paso hasta Austria el 14 de mayo, casi una semana después de que el ejército alemán y sus colaboradores supuestamente se hubieran rendido. Se entregaron a los británicos en la ciudad de Klagenfurt, justo al otro lado de la frontera austriaca. Un día más tarde, las primeras unidades croatas se abrieron paso también hasta la frontera austriaca, cerca de Bleiburg.

Desgraciadamente, los británicos no tenían intención de dar asilo a estos soldados y refugiados. No disponían de suficientes recursos para cuidar de tanta gente, y por otra parte estaban más interesados en mantener buenas relaciones con Tito, cuyo enorme ejército estaba ya a punto de traspasar el territorio británico. Así que las tropas británicas, o bien les hicieron darse la vuelta al llegar a la frontera, o los desarmaron y los entregaron a los partisanos.

Lo que ocurrió a continuación no fue otra cosa que un baño de sangre. La mayoría de las atrocidades cometidas durante las siguientes semanas

tuvieron lugar en la República Yugoslava de Eslovenia, situada en la frontera con Austria. En los campos y bosques cercanos a Máribor, unos 15.000 fascistas croatas fueron alineados a lo largo de una trinchera antitanque y fusilados. En Kočevje Rog, y más al oeste, cerca de la frontera con Italia, miles de eslovenos y croatas fueron arrojados a profundos barrancos, que luego se dinamitaron para cubrir los cadáveres. Y en Huda Jama, que visité en 2015, varios miles más fueron asesinados y sus cuerpos se escondieron en túneles y pozos mineros.

Resulta tentador caracterizar estas masacres como venganzas en caliente por la violencia desatada en Yugoslavia por los alemanes y sus colaboradores fascistas, pero la evidencia apunta a que no se trató solo de venganza. Los hombres que murieron en la mina de Huda Jama son un buen ejemplo: no fueron asesinados en el fragor de la batalla, sino que los tuvieron tres semanas en un campo de prisioneros de guerra antes de llevarlos a ser ejecutados. Durante todo este tiempo, se separó a los oficiales de la tropa, y los miembros más veteranos de la Guardia Nacional Eslovena fueron separados a su vez de los que habían sido reclutados en los últimos días de la guerra. Esto supone no solo un elemento de selección, sino también una gran organización. Las masacres, obviamente, tuvieron lugar siguiendo órdenes de arriba, y posiblemente, de lo más alto.

La realidad es que las masacres fueron llevadas a cabo por motivos cínicos, políticos. Matar a todas estas personas resolvía muchos problemas, al menos a corto plazo. Tito quería crear una Yugoslavia comunista, unificada, tras la guerra. Esto sería mucho más fácil de conseguir sin decenas de miles de croatas y eslovenos ultranacionalistas socavando su idea de «hermandad y unidad».

Años más tarde, la mano derecha de Tito, Milovan Djilas, volvió la vista a los tiempos de mayo de 1945 y admitió que las masacres se llevaron a cabo por razones puramente prácticas. «Yugoslavia vivía un estado de caos y destrucción», le dijo a un entrevistador británico en 1979. «Apenas existía administración civil. No había juzgados debidamente constituidos. No había forma de que los casos de estas personas, entre 20.000 y 30.000,

fueran investigados con las pertinentes garantías. De manera que la salida más fácil era fusilarlos a todos y solventar así el problema».

Estos fueron los sangrientos cimientos sobre los que se construyó la nueva Yugoslavia de Tito. Durante los siguientes cuarenta años, aproximadamente, se instaló en el país una paz tensa. Mientras vivió Tito, nadie se atrevió a cuestionar su visión de la hermandad y la unidad, pero, en realidad, nunca llegó a desaparecer del todo el fantasma de los sentimientos nacionalistas más oscuros. Tras la muerte de Tito en 1980, volvió a surgir una insana rivalidad entre diferentes repúblicas y grupos étnicos. El conflicto acabó eclosionando a principios de la década de 1990, cuando Yugoslavia volvió a precipitarse una vez más en una sangrienta guerra civil.

Eslovenia fue la primera república en separarse formalmente de la federación yugoslava, en 1991. De esta manera pudo escapar de lo peor de la violencia que devoró a Serbia, Croacia, Bosnia y Kosovo; no obstante, las tensiones entre los anteriores comunistas de Eslovenia, sus nuevos demócratas y los nacionalistas de línea dura siguió siendo muy alta. Entretanto, las cosas tan terribles que estaban teniendo lugar en otras partes de la región reavivaron dolorosos recuerdos del pasado.

La idea de un monumento a lo acaecido en la guerra se debatió por primera vez en el Parlamento esloveno en 2009. Desde el principio, se concibió como una forma de promover la reconciliación entre grupos de diferentes convicciones políticas, cuyos recuerdos del pasado colisionaban tan dolorosamente entre sí.

En 2013 se convocó un concurso y se recibieron 39 propuestas. El diseño ganador, de un grupo de arquitectos encabezado por Rok Žnidaršič, fue aquel cuya maqueta yo vi descubrir en 2015. El monumento se construyó dos años más tarde y se inauguró el 13 de junio de 2017.

La insipidez del monumento es probablemente su mayor ventaja. Ha sido diseñado con la intención de resultar delicado, es decir, para no ofender a nadie y evitar resucitar las pasiones destructivas de la guerra. Si no dice nada de héroes, mártires o perpetradores, es porque así se ha decidido.

Incluso su título es intencionadamente vago: pese al hecho de que todo el mundo sabe que es un monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial, está dedicado a las víctimas de *todas* las guerras.

La mayoría de los monumentos se han diseñado para estimular y dirigir los recuerdos nacionales; este, en cambio, parece hecho para dispersarlos. Lo que me llamó la atención la primera vez que lo vi es que no tiene nada que la vista o la mente pueda retener. No hay figuras, ni relieves, ni detalles de ningún tipo. Solo dos paredes lisas, vacías; su vacuidad es como la sábana que se tiende sobre la escena de un crimen: oculta algo que, sencillamente, a la mayoría de la gente le resultaría demasiado doloroso contemplar.

Sin embargo, si somos capaces de ver más allá de esto e ir retirando otras capas de ofuscación que envuelven el monumento, descubriremos que plantea preguntas muy difíciles. La más importante de ellas es también la más fundamental: ¿qué *dice* realmente el monumento?

La línea oficial, promovida tanto por los arquitectos que construyeron el monumento como por el presidente que lo defendió, es que simboliza al pueblo esloveno y las ideas por las que vive: aunque estén en bandos opuestos, todos están hechos del mismo material, y construidos sobre los mismos cimientos. Se supone que es un gesto de reconciliación. Pero si seguimos esta línea hasta su conclusión lógica, nos lleva a lugares peligrosos. Si cada uno de estos gigantescos bloques de piedra representa a un bando distinto de personas, ¿cuáles *son* los bandos opuestos? ¿El Estado contra el pueblo? ¿Los militares contra los civiles? ¿La izquierda contra la derecha?

Dado que es un monumento conmemorativo de guerra y está básicamente centrado en la Segunda Guerra Mundial, solo una interpretación tiene sentido. Los dos bloques principales que se enfrentaron allí en 1945 fueron los fascistas, por un lado (con sus colaboradores locales, como la Guardia Nacional Eslovena), y los partisanos comunistas, por otro. En otras palabras, los dos bloques de piedra no representan en absoluto a la mayoría de los eslovenos, sino a los situados en los extremos.

Si se trataba de representar verdaderamente al pueblo esloveno durante la guerra, debería haberse colocado algo entre los dos bloques –la víctima, oprimida desde ambos lados por dos vastas e implacables ideologías–. Por supuesto, los visitantes del monumento pueden, si lo desean, ponerse *ellos mismos* en esa posición. Hoy en día, cuando uno permanece de pie entre los dos monolitos puede sentir el peso de ambos a cada lado, y la sensación es bastante claustrofóbica. Pero si retrocedemos y contemplamos los bloques desde cualquier distancia, no nos dicen nada sobre las víctimas. Lo único que vemos son los monolitos en sí –el fascismo y el comunismo–. Una instalación supuestamente dedicada a las víctimas se ha convertido, sin querer, en un monumento a los perpetradores.

Esta es, en efecto, la conclusión a la que han llegado algunas personas en Liubliana. El verano siguiente a mi primera visita, unos vándalos atacaron el lugar donde estaba previsto construir el monumento. A mediados de julio, pintaron esvásticas con aerosoles. Una semana más tarde, aparecieron estrellas rojas comunistas. A los dos meses de esto, esparcieron trozos de cerdos muertos por todo el lugar junto con carteles impresos donde se decía: «Muerte al fascismo» y «Libertad para el pueblo». Uno de los grafitis parecía expresarlo todo: «*Nehajte že śe igrat partizane in domobrane*» («Dejen de jugar a partisanos y guardias nacionales»).

Pocos políticos o responsables municipales prestaron atención a estas protestas. Algunos expresaron su indignación ante estos actos vandálicos; otros, preocupación; y el presidente Borut Pahor, como siempre, trató de apaciguar los ánimos. Pero nadie estaba dispuesto a abordar el problema fundamental que subyacía a los ataques, o a formular las preguntas que seguían pendientes. ¿Qué necesitaba recordar la nación y qué debía tratar de olvidar? ¿Era aceptable reconocer la presencia de criminales de guerra entre las víctimas? ¿Cuál era el propósito del monumento: curar las heridas o simplemente reconocer que existían? Y, lo más importante de todo, ¿cómo podía Eslovenia liberarse de los capítulos más oscuros de su historia? Estas preguntas permanecían perdidas en la niebla de la emoción y la negación, del cálculo y las concesiones que envuelven la política eslovena.

Hoy en día, al monumento parece habérselo tragado una burbuja de invisibilidad. Ya ha pasado a formar parte del paisaje urbano –todo el mundo sabe que está ahí, pero casi nadie le presta atención–. Desde su inauguración en julio de 2017, se puede decir que nadie le hace caso, y no solo los activistas políticos, sino también la gente en general. Centenares de personas pasan delante de él cada mañana y cada tarde, de camino o de vuelta del trabajo, pero nadie lo mira siquiera. ¿Por qué iban a hacerlo? El monumento representa un aspecto doloroso de su historia. ¿Quién quiere interrumpir su día con pensamientos incómodos sobre el comunismo, el fascismo o las víctimas? Así que aprietan el paso. Como mucho, echarán una mirada de reojo, fijándose, pero sin fijarse del todo, recordando, pero sin recordar.

---

* Desde que visité Huda Jama, el Gobierno esloveno ya ha dado sepultura a los huesos. Los enterraron en octubre de 2017, en el parque conmemorativo de Dobrava, cerca de Máribor.

14

Japón: santuario Yasukuni, Tokio

Eslovenia no es el único lugar donde la línea entre héroes, mártires y monstruos resulta borrosa. Muchas naciones, incluida la mía, rehúyen prestar demasiada atención a algunos hechos de su pasado. Sencillamente, está en la naturaleza humana. Cuando resulta demasiado difícil dibujar una línea clara entre las acciones de las que nos sentimos culpables o inocentes, o cuando se corre el riesgo de que nos sintamos demasiado incómodos, cada nación trata de refugiarse en las zonas grises existentes entre lo que está bien y lo que está mal.

Estas zonas grises no están ahí por casualidad. Cumplen una función muy útil para la sociedad: nos permiten acercarnos a la idea de que hemos actuado mal, sin forzarnos a reconocer del todo nuestra culpa. Son, en realidad, como un cojín que amortigua nuestra caída.

Tomemos por ejemplo el legado del colonialismo británico. El pueblo británico sabe, en el fondo, que el sometimiento y la explotación de otros países era moralmente indefendible; pero descarga su conciencia con la idea de que el Imperio también proporcionó algún que otro beneficio a las colonias británicas, como el ferrocarril, el críquet y la educación de estilo occidental. «Es posible que hiciéramos mal», pueden decirse a sí mismos, «pero no fuimos unos *monstruos*».

Algunas naciones no pueden permitirse ese lujo. En 1945, Japón y Alemania sufrieron una derrota tan aplastante que no tuvieron la oportunidad de construir su propio relato sobre los crímenes que habían cometido durante la guerra. En los juicios de Núremberg y de Tokio, estos crímenes quedaron expuestos a la vista de todo el mundo. Entre ellos se

incluían algunos de los peores atentados contra la humanidad: esclavitud en masa, violación en masa, asesinato en masa, genocidio. Ambos regímenes obligaron a sus prisioneros a trabajar hasta la muerte. Ambos llevaron a cabo experimentos médicos con seres humanos vivos. No había forma de ocultar el hecho de que quienes habían cometido esos crímenes sí se habían comportado como monstruos.

¿Qué consecuencias tiene esto para un país? ¿Cómo llega uno a aceptar la idea de que pertenece a una nación de criminales? En este contexto, ¿es posible que uno llore a sus muertos? ¿Cómo puede honrarse el sacrificio militar sin excusar al mismo tiempo el crimen militar?

Estas son las preguntas a las que se enfrentó Japón en los años siguientes a 1945 y que le vienen atormentando desde entonces. Cómo recordar la guerra se ha convertido en uno de los temas más problemáticos en la sociedad japonesa. Algunas organizaciones han encarado la cuestión de frente: han asumido la culpa de Japón, han intentado reparar los daños, han pedido perdón. Pero una institución en particular ha seguido un camino distinto: el de la negación. El santuario Yasukuni de Tokio nunca ha aceptado la versión de la historia que los demás países aceptan. Rechaza los veredictos de los juicios de los crímenes de guerra; de hecho, parece rechazar cualquier distinción entre inocentes y culpables. Ha tratado reiteradamente de enturbiar las aguas en torno al tema, en un intento artificial por recrear aquellas áreas morales más o menos grises que a otras naciones sí se les permite disfrutar.

Por desgracia, las cosas no han salido del todo así. La historia es una prisión de la que no se puede escapar. Tratando de escabullirse de las responsabilidades del país respecto al pasado, los sacerdotes a cargo del santuario Yasukuni solamente han conseguido enojar a todos los vecinos cercanos de Japón, que ahora han empezado a considerarlo no como un lugar de duelo y respeto, sino más bien como un santuario dedicado a unos monstruos.

Son tantos los malentendidos en torno al santuario Yasukuni, especialmente en Occidente, que es importante aclarar algunos de ellos como punto de partida. En primer lugar, el santuario no está dedicado exclusivamente a los que murieron en la Segunda Guerra Mundial, como algunos dan por hecho, sino a todos los soldados japoneses caídos en batalla desde la Restauración meiji en 1868. Ya se había venerado a decenas de miles de almas en el santuario mucho antes de 1937: los que habían muerto en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, por ejemplo, o en la Primera Guerra Mundial, o en las diversas guerras contra los chinos, los taiwaneses o los coreanos. Si la Segunda Guerra Mundial es la que parece dominar, es solo porque esa guerra fue de una magnitud diferente. Como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, el número de almas a quienes se honraba aquí se multiplicó por *diecisiete*. Hoy en día existen más de 2.466.000 nombres en la lista del registro simbólico de deidades; el 94 % pertenecen a personas que murieron entre 1937 y 1945.

A diferencia de la mayoría de los demás lugares descritos en este libro, el santuario Yasukuni no es un monumento conmemorativo; estrictamente hablando, es un lugar sagrado, más similar a una iglesia o un templo. Los japoneses de a pie vienen aquí a presentar sus respetos a sus antepasados, de la misma manera que los estadounidenses pueden ir a honrar a sus padres en el cementerio de Arlington, o los británicos a sus abuelos en el Monumento de Thiepval en Francia. Sin embargo, aquí no hay nadie enterrado. Aquí se veneran los espíritus de los muertos: sus nombres y otros detalles están escritos a mano en rollos de papel que se guardan en un repositorio tras el santuario principal. Los visitantes que desean presentar sus respetos permanecen de pie frente al santuario, hacen una profunda reverencia, dan dos palmadas dos veces para llamar la atención de las deidades y rezan.

Para el turista que pasa por allí, debe de resultar difícil entender por qué este lugar es tan controvertido. El ambiente que reina allí no es de drama o conflicto, sino de tranquilidad, belleza y armonía. Si entras al recinto por el lado este, recorres un largo bulevar pavimentado y bordeado por árboles de gran tamaño. Hay exquisitas tallas en piedra de leones y monolitos

decorados con inscripciones grabadas. También hay una estatua del fundador del ejército japonés, sobre una columna, que se parece un poco a la columna de Nelson en Londres. Entre la puerta principal y el santuario hay docenas de cerezos, que cada mes de abril florecen de forma espectacular. Más allá del santuario encontramos un umbrío paseo peatonal salpicado por algunos monumentos y un jardín sagrado con un estanque, cuya superficie, como un espejo, solo rompe de vez en cuando el salto de alguna de las enormes carpas koi que nadan en su interior.

A primera vista, no hay nada ofensivo en este lugar. Todas las naciones tienen que llorar a sus caídos en guerra, y Japón no es una excepción. Es absolutamente correcto que a los japoneses se les permita honrar la memoria de quienes murieron por una gran causa, independientemente de si esa causa finalmente fue equivocada o no. En todo caso, debe reconocerse su sacrificio y este reducto de paz, en esta ciudad por otra parte tan arrolladora, parece un lugar adecuado para hacerlo.

Si este fuera el único mensaje del santuario Yasukuni, no habría controversia. Desgraciadamente, sin embargo, otros mensajes que se esconden entre los pinos y los cerezos no son tan obvios.

Tomemos, por ejemplo, los muchos monumentos que se extienden por este lugar. Pocas personas pondrían objeción a los dedicados a las viudas de guerra, o a los animales, o a las tripulaciones de lanchas patrulleras, e incluso a los pilotos kamikazes. Pero tras el santuario, se oculta un Monumento al Kenpeitai, la policía militar que aterrorizó a los civiles, no solo en los países conquistados por Japón, sino también dentro del propio Japón. Existe una amplia e incontestable literatura en la que se enumeran los abusos en materia de derechos humanos que llevó a cabo esta tan temida organización. Fue la responsable de gestionar los campos de concentración en los que cientos de miles de civiles y prisioneros de guerra murieron exhaustos por el trabajo o consumidos por el hambre. También fue la responsable de gestionar los burdeles militares donde decenas de miles de mujeres fueron forzadas a llevar una vida de esclavas sexuales. Fue responsable también de eliminar y aterrorizar a los ciudadanos japoneses que expresaban cualquier tipo de sentimiento antibelicista. Sus equivalentes

más próximos en Occidente serían las SS nazis o el NKVD soviético. ¿Cómo es posible, entonces, que se recuerde aquí con tanto respeto?

Hay otro monumento más prominente que destaca en el espacio abierto, al lado del santuario, y es el dedicado al doctor Radhabinod Pal, que participó como juez en los procesos de los crímenes de guerra de Tokio en 1946. Pal fue el único de los once jueces que insistió en que todos los acusados japoneses deberían haber sido declarados inocentes. Expuso algunos puntos importantes y válidos sobre la justicia de los vencedores, y también sobre el hecho de juzgar duramente a los líderes japoneses por actos que los Aliados también habían cometido. Sin embargo, todos los demás jueces estaban más o menos de acuerdo en que los líderes japoneses debían asumir su responsabilidad por la guerra. Por otra parte, el propio Gobierno japonés aceptó las sentencias de los tribunales de guerra cuando firmó el Tratado de San Francisco en 1951. Erigir un monumento a Pal, ignorando el criterio de la inmensa mayoría, no solamente es una distorsión de la historia, sino que envía un mensaje político muy claro: lo que las autoridades del santuario están diciendo es que Japón no hizo nada malo y no tiene que asumir ninguna responsabilidad por sus acciones.

Para enturbiar las aguas todavía más, el enclave incluye también un museo de guerra, cuya entrada queda a solo treinta o cuarenta metros del santuario en sí. Yo pasé varias horas dentro de este museo, decidido a verlo con una mente abierta, pero cuando me fui, me sentí profundamente asqueado. El museo culpaba a los chinos de la invasión japonesa de China. Culpaba a los americanos del ataque japonés a Pearl Harbor. Sugería que la única razón por la que Japón invadió el sudeste asiático fue un desinteresado deseo de liberar al pueblo asiático del dominio europeo, en lugar del interés egoísta por colonizar estos lugares para sí. He pasado gran parte del tiempo de mi carrera tratando de convencer a los europeos de que afronten las cosas terribles que han hecho en el pasado, incluyendo algunos de los crímenes cometidos en nombre del colonialismo, pero el grado de negación que encontré en este museo iba mucho más allá de todo lo que yo me había encontrado antes. No se veía ni un atisbo de aceptación de que Japón hubiera podido ser, siquiera en parte, responsable de la guerra.

Tal vez aún peores que estas distorsiones históricas eran las omisiones. En el vestíbulo del museo encontramos una locomotora que fue utilizada en el tristemente célebre Ferrocarril de Birmania. Yo he hablado personalmente con prisioneros de guerra que casi perecieron de hambre mientras construían esta línea férrea: se calcula que durante su construcción murieron unas 100.000 personas. Terminada la guerra, se sometió a juicio a más de cien militares japoneses por su brutalidad durante estas obras, y 32 fueron condenados a muerte. *Ninguno* de estos hechos se menciona en la exposición. En lo que al museo se refiere, esto es simplemente una locomotora –un símbolo de modernidad– construido con orgullo por una compañía japonesa, la Nippon Sharyo Ltd.

Pero esta solo era una omisión entre otras muchas. La masacre de Nankín (o «el incidente de Nankín», como eufemísticamente se lo denomina aquí) quedaba retratada como una operación directa que no conllevó la muerte de civiles, sino solo de soldados chinos que se ocultaban bajo ropas de civil. No se hacía mención a las «mujeres de solaz». No había habido experimentos médicos con civiles chinos ni tortura ni disidentes, ni gente que muriera de hambre en Indonesia, ni masacre de mujeres y niños en Manila. Estos hechos son bien conocidos en todo el mundo, y han quedado repetidamente demostrados no solo por historiadores extranjeros, sino también por historiadores japoneses. Pero están completamente ausentes del museo.

Todas estas cuestiones son problemáticas, pero no son la razón principal por la que el santuario Yasukuni se ha vuelto tan controvertido. No explican por qué un chino trató de prender fuego a las puertas del santuario en 2011. No explican por qué un surcoreano lanzó una botella de disolvente en el vestíbulo en 2013 o por qué otro puso una bomba en 2015. Estos ataques no iban dirigidos al museo, o a los monumentos, sino a algo mucho más fundamental: al santuario en sí y las propias ánimas que alberga.

Los vecinos de Japón odian el santuario Yasukuni porque no es meramente una institución que rinde homenaje a los japoneses de a pie que

murieron mientras cumplían con su deber: desde finales de la década de 1950, también ha sido una institución que honra, abierta y explícitamente, las almas de criminales de guerra condenados por la justicia.

El problema comenzó en 1959. Hasta ese momento, los criminales de guerra convictos siempre habían estado excluidos del santuario. Sin embargo, las familias de algunos criminales de guerra llevaban mucho tiempo presionando para que se venerara allí a sus deudos y, finalmente, consiguieron recabar el apoyo del ministro de Sanidad y Bienestar. En 1956, el ministro comenzó a proporcionar los nombres de criminales de guerra de clase B y C al santuario Yasukuni, y tres años después se inició la consagración de sus almas.

Entre abril de 1959 y octubre de 1967, se consagraron unos 984 criminales de guerra de clase B y C. Se trataba de hombres que habían estado personalmente implicados en el asesinato en masa, explotación y tortura de prisioneros y civiles inocentes por toda Asia. El proceso se desarrolló discretamente, sin ninguna fanfarria, en parte con el fin de evitar cualquier reacción pública violenta, pero también para evitar cualquier acusación de estar mezclando asuntos religiosos con gubernamentales –lo cual estaba prohibido por la Constitución japonesa–. Al parecer, el santuario ni siquiera solicitó permiso a las familias de los consagrados, algunas de las cuales se sentían profundamente avergonzadas por lo que sus familiares habían hecho y no querían que recibieran tal honor.

En 1969, el ministro de Sanidad y Bienestar y el santuario Yasukuni acordaron además un plan para consagrar a catorce criminales de guerra japoneses de clase A. Esta vez no se trataba de hombres que hubieran llevado a cabo las atrocidades personalmente, sino de sus altos mandos: los que habían organizado e iniciado una guerra de agresión. Desde el primer momento, el plan de consagrar a estas personas tuvo un propósito ideológico. Varios miembros del ministerio y sacerdotes del santuario eran exmilitares, y nunca habían aceptado los veredictos de los tribunales de Tokio. El proceso quedó detenido durante unos pocos años por la intervención del sacerdote principal, Tsukuba Fujimaro, pero tras su muerte, su sucesor, Matsudaira Nagayoshi, se encargó de acelerarlo todo. En una

ceremonia secreta celebrada el 17 de octubre de 1978, consagró a los catorce criminales de clase A.

Ninguna de estas medidas era necesaria. Durante las décadas de 1960 y 1970, fueron muchos más los japoneses que se opusieron a estas consagraciones que los que las apoyaron. Y no es de extrañar: estas personas habían quebrantado todos los códigos de la moralidad y habían traído la vergüenza a Japón. La razón por la que estos hechos se vieron envueltos en tanto secretismo es que el santuario Yasukuni quería evitar que la opinión pública se volviera en su contra.

Parece que el emperador tampoco aprobó esta consagración. Entre 1945 y 1975, visitó el santuario Yasukuni ocho veces, pero, tras ser consagrados los criminales de clase A, nunca volvió a visitarlo. Tras su muerte, su hijo siguió su ejemplo, y nunca ha visitado el santuario.

Sin embargo, los primeros ministros de Japón no han sido tan diplomáticos. En agosto de 1985, el primer ministro Yasuhiro Nakasone fue a presentar sus respetos al santuario como parte de los actos conmemorativos del cuarenta aniversario del final de la guerra. Su visita, que implicaba en cierta manera la aprobación oficial del santuario y todo lo que allí se había hecho, generó, por primera vez, un aluvión de críticas por parte de los chinos. En 2001, el primer ministro Junichiro Koizumi, en ese momento candidato a la presidencia del Partido Demócrata Liberal, prometió durante su campaña que visitaría el santuario cada año, por más críticas que ello le acarreara. Dijo que lo hacía en calidad de persona privada, pero el hecho de que hiciera esa promesa en la campaña electoral demuestra lo contrario. Una vez más, sus visitas provocaron la indignación en China y Corea del Sur. En 2013, el primer ministro Shinzo Abe también fue a presentar sus respetos al santuario, pese a saber que con ello solo causaría más daño a las relaciones internacionales.

Es difícil saber qué podría hacerse hoy para salvar esta situación. Algunas personas han sugerido «desconsagrar» las almas de los criminales de guerra japoneses o trasladarlos al menos a otro lugar, pero los sacerdotes y el santuario insisten en que esto es imposible por razones teológicas. Lo que se olvidan de mencionar es que iría también contra el *ethos* político que

las autoridades del santuario han practicado desde la década de 1950. A los sacerdotes les conviene que los culpables estén mezclados con los inocentes, al igual que también les conviene permitir que los monumentos a la policía secreta continúen estando presentes en sus terrenos, junto con un museo lleno de errores y negacionismo. Todo forma parte del mismo afán de enturbiar las aguas en lo referente a la responsabilidad de Japón durante la Segunda Guerra Mundial.

Los partidarios del santuario ponen de relieve que las instituciones británicas y estadounidenses a menudo son culpables de omisiones y ambigüedades morales similares, especialmente en relación con sus campañas de bombardeo y su historial colonial en el sudeste asiático. También señalan con dedo acusador a China, a quien le satisface mucho más quejarse de los crímenes de guerra japoneses que reconocer su propio y cuestionable historial en lo que respecta a los derechos humanos. Tienen algo de razón. ¿Por qué habría que aplicar a Japón una vara de medir distinta a la de todos los demás? Pero existe una diferencia cualitativa que todas estas personas no están teniendo en cuenta. Al menos, los países occidentales han ido avanzando en la dirección correcta: su negacionismo va debilitándose a medida que, año tras año, van tragándose un poco más su orgullo y admitiendo mayor responsabilidad. En cambio, el santuario Yasukuni está avanzando en la dirección opuesta, aumentando su negacionismo en lugar de disminuirlo.

Por el camino, ha causado gran cantidad de sufrimiento, no solo a las familias de los que murieron a manos de los japoneses durante la guerra, sino también al pueblo japonés. De no haber sido por las acciones emprendidas por las autoridades en el santuario, las familias japonesas habrían podido visitarlo en paz, sin tener siquiera que pensar en los actos de unos criminales de guerra. Podrían haber ido a presentar sus respetos a sus antepasados sin que los arengaran ultranacionalistas ondeando sus pancartas o gritándoles por altavoces, y sin tener que preocuparse por la posibilidad de ser víctimas de un incendio provocado o una bomba.

Los japoneses de a pie que visitan este lugar ya han tenido que acarrear sobre sus hombros la carga de la historia. Ahora, debido a este tóxico juego

de poder, cada acto de culto se ha convertido en un acto político que amenaza con emponzoñar el futuro tanto como el pasado.

15

Italia: tumba de Mussolini, Predappio

Es 28 de abril de 2018, y una larga procesión va avanzando hacia las afueras de la aldea de Predappio, en el centro de Italia. Hay varios centenares de personas allí, casi todas vestidas de negro, como si se tratara de un funeral. Caminan despacio, solemnemente, por la Viale della Libertà, en dirección a la iglesia de San Casiano y su cementerio. Muchos llevan extraños sombreros negros –a veces, un fez; otras, una boina, e incluso algún viejo casco militar adornado con plumas negras–. Algunos portan banderas italianas decoradas con águilas; otros, pancartas con los nombres de organizaciones militares y bandas de música. Uno lleva un cartel donde se lee *Gli hanno sparato, ma non sono riusciti a ucciderlo* («Le dispararon, pero no consiguieron matarle»).

A cualquiera que no esté familiarizado con Italia y su historia, podría perdonársele que pensara que los participantes fueran a asistir al entierro de una víctima de asesinato reciente, pero la realidad es que estaban allí para recordar a un hombre que murió hace 73 años. Benito Mussolini, el que fuera el dictador de la Italia fascista durante la guerra, nació en este pueblo y también está enterrado aquí. Su cuerpo yace en la cripta familiar, y estas personas han venido a rendir homenaje a su memoria. Lo hacen tres veces al año: en los aniversarios de su nacimiento (29 de julio) y muerte (28 de abril), y en el aniversario del día en que él y sus seguidores marcharon sobre Roma para hacerse con el poder (28 de octubre).

Hay algo que resulta ligeramente chocante en esta reunión. Muy pocas personas de las que allí se reúnen son de este pueblo, cuyos habitantes por lo general no ven con buenos ojos estas procesiones. Sus camisas negras

recuerdan a los uniformes que utilizaba la famosa milicia fascista de Mussolini, y también los eslóganes de sus pancartas: *Onore e fedeltà* («Honor y lealtad»), por ejemplo, o *Boia chi molla* («Muerte a los cobardes»). Los símbolos que llevan pertenecen a una era pasada: águilas, dagas, cruces celtas; y en todas partes, el símbolo de los fasces –un haz de varas unidas en torno a un hacha–. Estos símbolos, todavía tabús, son portados abierta y ostensiblemente.

Pero lo más inquietante de todo es el ambiente cuasi religioso que impera. Italia es un país donde procesiones como esta tienen lugar cada año en cada pueblo, pero normalmente se llevan a cabo en honor de una Virgen o santo local. En esta ocasión, se hace en honor de un hombre a la que la mayoría del mundo considera un monstruo. El peregrinaje que estas personas están realizando no es a la tumba de un santo o apóstol católico, sino de un dictador fascista.

Cuando la procesión llega al cementerio, Edda Negri Mussolini pronuncia un breve discurso desde los escalones. «Estamos aquí para conmemorar a mi abuelo», dice, «para presentarle nuestros respetos en este lugar sagrado». No queda del todo claro si considera que el lugar es sagrado porque está pegado a una iglesia o porque Mussolini está enterrado aquí.

Si el santuario Yasukuni difumina la línea entre los culpables y los inocentes, el santuario a Mussolini no difumina nada. Está de sobra claro lo que este lugar representa y no se piden disculpas al respecto.

Mussolini no surgió de la nada. En los primeros años de la década de 1920, él fue solo uno de los muchos que prometió poner fin a los meses de agitación y disturbios civiles que habían seguido a la Primera Guerra Mundial. La diferencia entre Mussolini y la mayoría de sus rivales consistió en que él no dudó en ejercer la violencia para conseguir sus objetivos. Sus seguidores reventaban huelgas y manifestaciones, y perseguían sin tregua a los líderes comunistas y los representantes sindicales. Estos métodos demostraron ser tan eficaces que en muy poco tiempo recabó un gran apoyo entre los empresarios, líderes militares y aristócratas italianos.

Lamentablemente, Mussolini no se paró en reventar las huelgas obreras. En octubre de 1922, 30.000 de sus partidarios marcharon sobre Roma y exigieron la dimisión del primer ministro. Temiendo un incremento de la violencia, el rey se limitó a entregar el poder a Mussolini. Durante los años siguientes, él y sus seguidores utilizaron este poder para aterrorizar a sus rivales políticos, asesinar a los que se interponían en su camino, privar a la gente del derecho a elegir a cualquier otro líder y establecer un Estado policial. Mussolini sirvió de modelo a otros dictadores, como Hitler y Franco. De modo que, aparte de todo lo demás, es culpable de haber allanado el camino a años de limpieza étnica, violencia política y, finalmente, a una guerra mundial.

Mussolini afirmó repetidas veces que su meta era devolver a Italia su antiguo esplendor imperial a través de la guerra y la conquista. En 1923 invadió Corfú, y se negó a retirar a sus tropas hasta que Grecia pagara un rescate. En 1935 invadió Etiopía, y dio a sus comandantes instrucciones escritas para utilizar gas venenoso contra poblaciones civiles, matar a todos los prisioneros y «aplicar sistemáticamente una política de terror y exterminio de los rebeldes y la población que fuera cómplice de ellos» –todos estos actos eran crímenes de guerra, incluso en aquel entonces–. En 1937 envió a miles de soldados a España para «aterrorizar Valencia y Barcelona» en apoyo de Franco. En 1939 invadió Albania, y en 1940 intentó invadir Grecia y Egipto. Todo esto se hizo con completa independencia de Hitler. Su apoyo a la Alemania nazi en sus campañas aún más asesinas no fue más que la guinda del pastel.

Existen docenas de mitos sobre Mussolini que han sobrevivido hasta hoy. El primero es que no fue racista, con el argumento de que su régimen no persiguió a los judíos como lo hicieron los nazis. Cualquiera que haya estudiado la limpieza étnica de Libia durante las décadas de 1920 y 1930 discreparía de esto. Mussolini dio personalmente orden al gobernador de Libia, Pietro Badoglio, de ilegalizar el matrimonio entre italianos y libias, por temor a que la raza italiana pudiera contaminarse de sangre extranjera. Aunque afirmó en reiteradas ocasiones que él no tenía nada contra los judíos o los musulmanes, sus obras demostraban la falsedad de sus palabras.

En 1938, cuando se encontraba en la cumbre de su poder, introdujo leyes raciales en Italia, apenas distintas de las Leyes de Núremberg aprobadas por Hitler.

Otro de estos argumentos es que, pese a sus fallos, Mussolini al menos consiguió que los trenes cumplieran sus horarios, como si la violencia institucional y la pérdida de libertades personales fueran un precio que mereciera la pena pagar por llegar puntual al trabajo. No hay más que leer los diarios de viaje de los periodistas en la década de 1930 para ver que los trenes seguían funcionando bastante mal durante el mandato del dictador. Según el periodista norteamericano Bergen Evans, que trabajó como corresponsal en Italia en 1930, el problema no era solo de unos cuantos trenes: «*La mayoría* de los trenes italianos», escribió, «no cumplían el horario, ni de lejos». En lo tocante a proyectos de infraestructuras públicas, Mussolini no alcanzó mayor éxito que muchos otros líderes europeos, incluso los que no sintieron la necesidad de despojar a sus ciudadanos de sus derechos.

Fue la Segunda Guerra Mundial la que causó la caída de Mussolini. A medida que una derrota iba sumándose a otra, su popularidad entre su propia gente empezó a declinar. Para 1943, hasta su propio Gobierno empezaba a estar ya harto de él. En julio de ese año, el Gran Consejo votó despojarle de sus poderes dictatoriales: fue arrestado y retenido en un complejo hotelero de lujo situado en los Abruzos, mientras su sucesor, Pietro Badoglio, hacía propuestas de paz a los Aliados.

Como es bien sabido, Mussolini fue rescatado ese otoño, no por su propia gente, sino por las fuerzas especiales alemanas. También fueron los alemanes los que le repusieron como líder títere en el norte del país. Los nacionalistas de extrema derecha italianos prefieren ignorar este hecho: entre 1943 y 1945, Mussolini no luchó por Italia, sino por Alemania.

Fue entonces cuando, finalmente, la crueldad que Mussolini había autorizado contra etíopes y libios se dirigió contra su propio pueblo. Con la ayuda alemana, organizó las ejecuciones de algunos de los miembros del Gobierno que se habían vuelto contra él, incluido su propio yerno, el conde Ciano. Con la ayuda alemana, sus seguidores aplastaron brutalmente

cualquier atisbo de resistencia entre la población italiana. Muchos de los retratos que se muestran en la Plaza de Neptuno de Bolonia (véase capítulo 6) son de personas que fueron torturadas y ejecutadas no por los alemanes, sino por sus compatriotas italianos.

Algunas de las más tristemente célebres atrocidades alemanas fueron llevadas a cabo con entusiasta colaboración italiana. En Sant'Anna di Stazzema, por ejemplo, unos 560 aldeanos fueron masacrados en represalia por la actividad de la resistencia en la zona. Entre las víctimas se contaban ancianos, mujeres embarazadas y alrededor de cien niños. Las SS alemanas fueron las responsables, pero contaron con la ayuda de la XXXVI Brigada Negra italiana. Conviene señalar que cada una de las brigadas negras recibía el nombre de un destacado líder fascista: esta unidad en concreto llevaba el nombre «Benito Mussolini».

Y este es el hombre al que las procesiones de Predappio honran tres veces al año. La crueldad que atenazó el norte de Italia en los últimos dos años de la guerra fue consecuencia directa de su ideología ultranacionalista, su glorificación de la fuerza bruta y su absoluto desprecio por el Estado de derecho –cualidades celebradas cada vez que uno de sus discípulos de hoy en día coloca una corona sobre su tumba.

Mussolini acabó finalmente cosechando lo que había sembrado. En la primavera de 1945, el control alemán del norte de Italia se desmoronó bajo la presión aliada y estalló una insurrección contra el Gobierno fascista que se extendió rápidamente. Mussolini fue capturado por los partisanos mientras trataba de huir del país. Él y su amante, Clara Petacci, fueron ejecutados al borde de la carretera y sus cuerpos llevados de vuelta a Milán y arrojados en medio de la Plaza Loreto –un lugar elegido a propósito, ya que el año anterior los fascistas habían ejecutado allí a quince partisanos–.

La presencia de los cadáveres hizo que pronto se congregara allí una gran multitud de personas, algunas de las cuales manifestaron su repulsión dándoles patadas y golpes. Una mujer trató de meter un ratón muerto en la boca de Mussolini; otros le pusieron un pedazo de pan negro barato, de baja

calidad, en las manos, como queriendo decir que él era ya tan pobre y despreciable como había obligado a ser a los demás. Se dice que otra mujer disparó contra su cuerpo varias veces, una por cada uno de sus hijos muertos. Al final, fueron los propios partisanos quienes intervinieron para evitar que continuaran las vejaciones contra los cadáveres. Para seguir mostrándolos a la multitud, como prueba de que el líder fascista estaba muerto, colgaron los cuerpos por los pies del tejado de una gasolinera. Por decoro, ataron la falda de Clara Petacci a sus piernas. Las fotografías que se tomaron aparecieron en los periódicos de todo el país.

Lo que ocurrió a continuación es a la vez extraño y bastante terrible. Mussolini fue enterrado en una tumba sin nombre de un cementerio milanés, pero aproximadamente un año más tarde, fue desenterrado por un periodista llamado Domenico Leccisi y otros dos antiguos fascistas. Durante varios meses trasladaron su cadáver de un lugar a otro, hasta que finalmente las autoridades lo localizaron en un monasterio situado a las afueras de Pavía, donde dos monjes franciscanos lo habían mantenido oculto.

Si el cuerpo hubiera sido incinerado o arrojado al mar, se habría acabado el problema, pero en lugar de ello, las autoridades se mostraron vacilantes. Durante más de diez años, los restos permanecieron escondidos en otro monasterio, en la pequeña localidad de Cerro Maggiore, mientras los varios gobiernos que se fueron sucediendo intentaban decidir qué hacer con él. Finalmente, en 1957, el recién nombrado primer ministro Adone Zoli accedió a que el cadáver fuera devuelto a la familia Mussolini y permitió su enterramiento en la cripta familiar de Predappio. Probablemente no fuera mera coincidencia que el minoritario Gobierno democristiano liderado por Zoli dependiera, para su vergüenza, de los votos neofascistas.

Finalmente, el cadáver de Mussolini volvió a recibir sepultura el 1 de septiembre de 1957, en un sepulcro de piedra decorado con símbolos fascistas. Sobre este, un busto suyo de mármol blanco, de grandes proporciones, reposa dentro de una hornacina excavada en la pared, con unos fasces esculpidos en piedra a cada lado. Todo el espacio está iluminado desde arriba, como si la luz de Dios brillara sobre él.

En todos estos años, el pueblo de Predappio se ha convertido en una especie de lugar de peregrinaje para fascistas del mundo entero. La casa en la que nació Mussolini ha sido un destino turístico desde hace mucho tiempo. En el centro de la localidad hay tiendas de recuerdos donde se venden desde camisetas y llaveros con eslóganes fascistas a banderas con esvásticas y bustos de tamaño natural del Duce. Técnicamente, estas tiendas infringen la ley –ya que desde 1952 es ilegal glorificar «exponentes, principios, hechos y métodos» del fascismo–, pero en esto las autoridades se limitan a hacer la vista gorda. Perseguir a los propietarios de las tiendas por vender baratijas para nostálgicos de extrema derecha no se considera una prioridad.

Para la mayoría de los visitantes neofascistas, sin embargo, el núcleo espiritual del lugar siempre ha sido la tumba de Mussolini, que, a lo largo de los años, se ha convertido en un verdadero objeto de veneración. Según el periódico italiano *Il Giornale*, a él acuden hasta 200.000 visitantes cada año, muchos de los cuales parecen haber desarrollado un sentimiento casi de culto a Mussolini. «Este lugar es nuestro Belén», comentó un visitante a un reportero del *Washington Post* en 2018, antes de confesarle que visitaba Predappio varias veces al año «para agradecerle lo que hizo por el mundo». No es el único que parece considerar a Mussolini una especie de salvador en el sentido religioso o mítico. El libro de visitas, situado en un altar frente a la tumba, contiene varios mensajes exhortando al antiguo dictador a «levantarse de nuevo y salvar a Italia».

La percepción de la historia es tan poderosa aquí que casi se puede palpar. Es imposible entrar en la cripta en la que está enterrado Mussolini sin que un escalofrío te recorra la espalda. Y, sin embargo, en un sentido académico, aquí no hay verdadera historia en absoluto. No hay una valoración del legado de Mussolini; ni una documentación que sirva para comparar sus logros con sus crímenes; ni una sola mención a las abrumadoras pruebas que lo inculpan como criminal de guerra. Esto es un santuario, no un museo; los recuerdos locales de este dictador fascista no

han sido catalogados, sino simplemente dejados al albur de la impúdica nostalgia de sus apologistas.

Cuando la visité por última vez, en 2018, las autoridades municipales estaban planeando llenar ese vacío construyendo un verdadero museo en el centro del municipio. Insistían en que era la única manera de recuperar su pueblo de quienes lo estaban desvirtuando. Predappio es prisionero de su historia, le guste o no: el único plan de actuación sensato es asumir esa historia y hacerse cargo de ella. Su esperanza es que un museo pueda al menos atraer turistas que estén interesados en saber lo que *realmente* ocurrió en el pasado de Italia, y no meros devotos que rinden culto a la personalidad de Mussolini.

Sin embargo, a los críticos con el plan les preocupaba que construir un museo de Mussolini pudiera afianzar la reputación que ya tenía el pueblo y hacerlo aún más atractivo para los neofascistas. Un grupo de historiadores se han opuesto al proyecto. Mientras yo estuve allí, la presidenta de la Asociación Nacional de Partisanos Italianos, Carla Nespolo, también expresó su preocupación de que cualquier museo que se construyera en Predappio se convirtiera sin más en otro «lugar de peregrinaje para fascistas». No hay respuestas fáciles a este problema.

Muchas personas de Predappio desearían que el cadáver de Mussolini no hubiera aparecido nunca. Dicen que si hubiera permanecido en su tumba anónima, lejos de allí, seguramente se habrían ahorrado las procesiones neofascistas que han hecho famoso su pueblo en toda Italia. Pero nada garantiza que la ausencia del cadáver de Mussolini hubiera mejorado las cosas, ni para Predappio ni para Italia en su conjunto. El problema con la ausencia es que puede por sí misma convertirse en una especie de presencia. O, por decirlo de otro modo, un cadáver que no está en ninguna parte está en todas partes.

En el siguiente capítulo me detendré en un país que nunca ha llegado a averiguar dónde está enterrado su dictador fascista. El tratamiento que dio Alemania a su pasado durante la guerra es, en muchos sentidos, un modelo de buenas prácticas. Sus prohibiciones de los símbolos nazis y de la glorificación de Hitler se aplican rigurosamente. En Alemania no hay nada

parecido a un santuario de Hitler, a diferencia de Predappio, que sí se ha convertido en un santuario de Mussolini, y la idea de que un lugar tolere cada año procesiones cuasi religiosas en honor a Hitler es absolutamente impensable.

Pero esto no significa que los alemanes puedan dormir tranquilos. Escapar a su historia es tan imposible como lo es en el caso de Italia. O quizás más, porque en algunas partes de Alemania, especialmente en Berlín, la historia te rodea por todas partes.

Cartel explicativo en el emplazamiento del búnker de Hitler.

La Topografía del Terror.

16

Alemania: el búnker de Hitler y la Topografía del Terror, Berlín

Adolf Hitler no tiene tumba. En los últimos días de la guerra, cuando Berlín estaba rodeado y bajo un bombardeo constante, Hitler se retiró al búnker situado bajo los jardines de la Cancillería del Reich. Ante la evidencia del fin de su mandato, este hombre –que ha acabado siendo conocido como el mayor monstruo del siglo XX– decidió quitarse la vida. Parece que tomó esta decisión en parte para negar a cualquier otro la satisfacción de matarle, pero, sobre todo, para poder controlar lo que ocurriría con su cadáver. Se había enterado de lo que había pasado con el cadáver de Mussolini en Milán y no quería sufrir las mismas vejaciones.

De modo que el 30 abril, dos días después de la muerte de Mussolini, Hitler se pegó un tiro. Su amante durante largo tiempo, y entonces ya esposa, Eva Braun, se suicidó al mismo tiempo mordiendo una cápsula de cianuro. Luego, siguiendo instrucciones escritas de Hitler, llevaron sus cuerpos hasta el cráter de una bomba que había en el exterior, los rociaron con gasolina y los quemaron. Una vez que quedaron consumidos, se procedió a cubrir el cráter con tierra y escombros.

Cuando pocos días después Berlín cayó en manos soviéticas, un equipo de agentes de contraespionaje del SMERSH fueron en busca del cuerpo de Hitler. Encontraron sus restos y los de Eva Braun en su poco profunda tumba, junto a los del ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, y su esposa (que poco después del suicidio de su líder habían matado a sus hijos y seguidamente se habían suicidado). Llevaron sus cuerpos a que les practicara un examen forense, y Hitler fue rápidamente identificado por su historial dental.

Las autoridades soviéticas se vieron entonces ante un problema: ¿qué hacer con los cuerpos? Al principio los enterraron en un bosque de Brandemburgo, pero el lugar no se consideró lo bastante seguro. Así que, pocos meses después, fueron exhumados y trasladados a una instalación del SMERSH en Magdeburgo. En 1970, para evitar cualquier posibilidad de que el lugar donde estuviera enterrado Hitler se convirtiera en un santuario, todos los cuerpos fueron exhumados para proceder a su cremación, y las cenizas se esparcieron en un río cercano para que acabaran desapareciendo en el mar.

Sin el cadáver, no podía haber tumba; pero seguía existiendo la preocupación de que, a falta de esta, el búnker de Hitler pudiera convertirse también en un santuario. Después de todo, era el lugar donde se había suicidado, lo que lo dotaba de un poder totémico. Y lo último que querían los soviéticos era que se convirtiera en un símbolo en torno al cual los neonazis pudieran reagruparse.

Por consiguiente, empezaron a destruir el enclave tan exhaustivamente como habían destruido el cuerpo de Hitler. No fue una tarea fácil. El búnker había sido construido para resistir hasta las bombas más potentes del arsenal de los Aliados. El techo estaba hecho de 3,5 metros de hormigón armado, y las paredes eran más gruesas todavía. Cuando los pioneros del Ejército Rojo trataron de volarlo en 1947, consiguieron destruir la entrada y las torres de ventilación, así como muchas de las paredes interiores, pero la estructura principal permaneció prácticamente intacta.

En 1959 lo volvieron a intentar. Se llevaron a cabo más voladuras, se taponaron las entradas y se colocó un montículo de tierra sobre el techo de hormigón armado. Pero todavía quedaban varios túneles, y la policía secreta de la Alemania del Este consiguió volver a abrir de nuevo el búnker en 1967 para fotografiarlo.

En la década de 1980, las autoridades de Berlín Este decidieron hacer desaparecer cualquier señal exterior de lo que había bajo tierra. Construyeron un complejo de viviendas justo en el lugar donde estuvo la

antigua Cancillería del Reich; mientras excavaban los cimientos, retiraron también el tejado de hormigón del búnker y llenaron toda la estructura con grava, arena y escombros. Se niveló toda el área y se proyectó un aparcamiento que cubriera toda la parte de arriba. No quedó a la vista ni un resquicio del búnker.

Hasta hoy sigue sin existir ningún santuario aquí. Tampoco un museo ni ningún tipo de atracción turística relacionada con el búnker de Hitler. Ni siquiera una placa ni una piedra que señale dónde se encontraba en su día el búnker; solo un anodino cartel informativo a un lado de la calzada con un texto en alemán y en inglés que describe la historia del edificio.

Yo he estado allí, pero solo una vez, y durante apenas diez minutos. No fue por ningún escrúpulo sobre «rendir homenaje» a Hitler, sino porque realmente no hay nada que ver. Esto es exactamente lo que se pretendía: no es un lugar para visitar si quieres sentir escalofríos o soñar despierto con el Führer y su legado. Ni siquiera hay un banco donde sentarse.

Y sin embargo, el lugar sigue teniendo algo ligeramente inquietante. El intento de borrar así todas las huellas de Hitler recuerda a algunas de las medidas totalitarias llevadas a cabo por los propios nazis: la aniquilación de Lídice, por ejemplo, o la destrucción de Varsovia. Tal vez sea lo apropiado. Sin embargo, parece un ejercicio de negación. Podría parecer que Berlín pretende que este lugar se limite a ser un bloque de viviendas corriente, con un aparcamiento corriente, pero no lo es, y nunca lo podrá ser. El búnker de Hitler siempre estará allí, justo bajo esa superficie.

Pasada la guerra, en Alemania había un tremendo deseo de que la nación dejara atrás su pasado. Los alemanes empezaron a llamar a 1945 «año cero», como si la guerra hubiera barrido todo lo que había pasado antes y todo el país tuviera la oportunidad de volver a empezar desde el principio. Para ello, se llevó a cabo una especie de purga. Se arrestó y sustituyó a los oficiales nazis. Se derogaron las leyes nazis. Se prohibieron los símbolos nazis, se derruyeron las estatuas de Hitler y se cambiaron los nombres de

las calles. Las vergüenzas del pasado se enterraron a toda prisa y todo el país trató de concentrar su atención en el futuro.

El búnker de Hitler no fue el único edificio históricamente significativo que se demolió tras la guerra. Cerca de allí, en el cruce de Wilhelmstrasse con Prinz Albrecht Strasse, se encontraba el cuartel general de las SS, la Oficina Central de Seguridad del Reich y otros importantes órganos del terrorismo de Estado. Estos edificios habían sido famosos durante la era nazi, especialmente la sede de la Gestapo, sita en el número 8 de Prinz Albrecht Strasse, donde se interrogó y torturó a «los enemigos del Estado». Pese a algunos daños causados por las bombas, no hay razón por la que este edificio no hubiera podido ser reconstruido después de la guerra. En cambio, algunas partes del mismo fueron derruidas a principios de la década de 1950 y el resto fue volado finalmente en 1956. Pero en ningún momento se tuvo intención de conmemorar lo que en su día había ocupado ese lugar.

De no haber sido por la Guerra Fría, es bastante posible que el lugar hubiera acabado de forma bastante parecida al búnker de Hitler –como solar para la edificación de anodinos bloques de viviendas durante la posguerra–. Pero en 1961 se construyó el Muro de Berlín atravesando justo esta área y el terreno quedó vacío.

Llegada la década de 1980, el ambiente en Berlín Oeste había cambiado considerablemente. Había un nuevo deseo de enfrentarse al pasado, reconocer su ineludible sombra y conmemorarlo. Cuando se proyectaron los planos para construir una calle nueva en este lugar en el que había tenido su sede la Gestapo, un grupo de arquitectos y organizaciones de derechos civiles occidentales protestaron. Lo que se hizo entonces en su lugar fue excavar parcialmente el emplazamiento. Se colocaron una serie de tableros informativos explicando lo que había habido allí antes. La apertura al público tuvo lugar en 1987, con motivo del 750 aniversario de Berlín, y finalmente se le dio el nombre de «Topografía del Terror».

Tras la reunificación de Alemania en 1990, el Parlamento de Berlín decidió convertirlo en un monumento conmemorativo permanente. Tras un par de comienzos en falso, a inicios del nuevo siglo se construyó finalmente

un centro de investigación en el solar donde en su día había estado el cuartel general de la Gestapo. Desde 2010 hay allí una exposición permanente en la que se documentan los crímenes del Estado nazi. Actualmente constituye uno de los enclaves para la memoria más populares de Berlín y a él acuden más de 1,3 millones de visitantes al año.

Y, sin embargo, en el corazón del proyecto se percibe aún cierto sentimiento de ausencia. Se trata de una ausencia mucho más positiva que la del búnker de Hitler, pero ausencia al fin y al cabo: «He aquí lo que Alemania fue un día», dice; pero añade: «Esto no es lo que somos hoy». Para que el mensaje quede bien claro, el resto del lugar se ha dejado deliberada y ostensiblemente vacío. Donde hubo unas oficinas dedicadas a aterrorizar a la población ahora solo hay un solar lleno de escombros. No se permite plantar allí nada; ni una sola planta ni una brizna de hierba: es un espacio completamente estéril. Ese es el legado del nazismo: muerte, vacío, nada.

Ambos lugares –el búnker de Hitler y la Topografía del Terror – constituyen excelentes metáforas del legado del nazismo en la Alemania de hoy.

El primero es un intento de liberar a Alemania de su historia. Las autoridades soviéticas de Berlín Este pensaron que podían enterrar el pasado, exactamente igual que habían enterrado el búnker de Hitler. También en Occidente existía la firme creencia de que si los alemanes se limitaban a concentrar todas sus energías en construir un nuevo y más brillante futuro, la vergüenza de su pasado reciente podía quedar atrás. Pero, por mucho que pensaran que estaba bien enterrada, su historia estuvo siempre bajo la superficie.

Desde entonces, cada dos años aparece en los periódicos un nuevo escándalo en el que el pasado atraviesa la fina capa superior del suelo. A veces, un jefe de la policía alemana, o el director de una empresa, o un galardonado con el Premio Nobel resulta tener un pasado nazi. En ocasiones, los historiadores intervienen para decir que los nazis no fueron tan malos, o que sus crímenes se originaron en otros lugares, o que solo

unos cuantos fueron verdaderamente culpables. O, como ocurre hoy, nace un nuevo grupo político que defiende ideas racistas o nacionalistas que todo el mundo creía muertas hace ya mucho tiempo. Y cada vez que esto pasa, la nación entera se conmociona, porque se había autoconvencido de que los monstruos del pasado habían sido vencidos. Parece que cada generación debe aprender por las malas que la historia no es meramente lo que le pasó a otra gente en otro tiempo, sino que sigue teniendo un irresistible poder sobre nosotros en la actualidad.

El segundo enclave, la Topografía del Terror, aborda la historia desde la dirección opuesta: es un intento por derrotar al pasado encarándolo de frente. En este caso, los crímenes del nazismo se ponen bajo el foco a fin de examinarlos con detalle forense. La negación es casi imposible. Como un animal asustado en el extenso solar de escombros del monumento, el pasado yace allí enteramente expuesto, y no hay lugar donde pueda esconderse.

La Topografía del Terror no es el único lugar de este tipo que existe en Berlín. Hay docenas de enclaves similares, todos a escasa distancia a pie: el Monumento Conmemorativo del Holocausto (véase capítulo 19), el Museo Judío, el monumento a los sintis y romaníes asesinados, el monumento a los homosexuales perseguidos, el Monumento de la Neue Wache, el monumento conmemorativo de la quema de libros en Bebelplatz, el monumento a la resistencia alemana, las *Stolpersteine* situadas justo fuera de las casas de los judíos a los que se llevaron… Son solo algunos ejemplos. Casi todos los edificios de Wilhelmstrasse tienen un cartel exterior junto a la fachada donde explican su historia y qué uso se le dio durante la Segunda Guerra Mundial. A veces da la impresión de que todo Berlín central es un museo al aire libre dedicado a su turbulento pasado durante la guerra y la Guerra Fría.

Esta apabullante cantidad de información y el sentimiento de culpa universal del que va acompañada pueden resultar agobiantes hasta para los visitantes. Cuando llevé por primera vez a mis hijos a visitar Berlín, su inicial entusiasmo por la historia de la ciudad fue paulatinamente decayendo bajo la cantidad de detalles deprimentes: sentían ganas de darse

la vuelta y concentrar sus esfuerzos en otros atractivos de Berlín más contemporáneos. Si esta es la experiencia de unos adolescentes ingleses respecto a la historia de Alemania, ¿cómo deben de sentirse los adolescentes alemanes, obligados a convivir con esa historia cada día?

Pero ¿cuál es la alternativa? Tanto si reconocemos nuestra historia como si no, no hay nada que podamos hacer para cambiarla.

Los alemanes, como todo el mundo, fluctúan entre estas dos posturas –el reconocimiento y la negación–, dependiendo de sus propias y cambiantes circunstancias y del ambiente político de los tiempos que viven. Cuando se sienten con valor, se enfrentan a su historia. Admiten con pesar que la mayoría de sus instituciones, corporaciones, edificios y familias tienen algún tipo de pasado nazi; y se aprestan a encarar la perenne batalla de evitar que el pasado se reproduzca en el presente. Hay un poco de Hitler, afirman, en todo lo que hacemos; y a veces lo olvidamos, con el consiguiente riesgo.

Pero, cada cierto tiempo, la implacable crudeza del pasado se les hace demasiado insoportable y entonces le dan la espalda. Empiezan a buscar excusas que los liberen de su carga histórica. En estas ocasiones, la omnipresencia de Hitler sirve en cierto modo de alivio. Si todos los males del nacionalsocialismo pudieran reunirse y ser achacados a Hitler, si este monstruo por sí solo puede cargar con toda la responsabilidad del pasado, todos los demás podrían volver a respirar de nuevo. En este sentido, Hitler se ha convertido en una especie de siniestro Mesías, cuya maligna presencia absuelve al resto de la sociedad de la culpa por sus pecados del pasado.

Probablemente esta sea la razón por la que la imagen de Hitler, aunque extirpada de la sociedad alemana en 1945, sea tan prevalente todavía en el país y aparezca en libros superventas de Joachim Fest o Volker Ullrich, y en documentales sobre historia realizados por Guido Knopp o Ullrich Kasten. También en películas premiadas como *El hundimiento*, de Oliver Hirschbiegel, en la que se recrean las escenas del búnker de Hitler mucho más vívidamente de lo que cualquier atracción turística podría llegar a lograr nunca. También resurge en debates entre periodistas y entre políticos. Y en todos los foros de Internet, según la ley de Godwin, es solamente

cuestión de tiempo que alguno de los participantes acabe haciendo referencia a él.

A veces me pregunto qué habrían pensado los victoriosos Aliados de 1945 de todo esto. Cuando derribaron las estatuas y los bustos de Hitler, y cambiaron los nombres de calles y plazas, debieron de imaginar que se habían deshecho de este belicoso monstruo para siempre. Cuando veían a la gente destruir a toda prisa los retratos de Hitler que tenían colgados en sus paredes, y quemar sus ejemplares del antes omnipresente *Mein Kampf (Mi lucha)*, debían de suponer que los alemanes estarían tan avergonzados de su historia que jamás volverían a invocar su recuerdo. La exhaustiva aniquilación de su cadáver pretendía simbolizar todo esto y marcar un final definitivo.

Sin embargo, hoy, en pleno siglo XXI, la memoria de Hitler parece más fuerte que nunca. Para volverle a la vida, apenas se necesita más que levantar el brazo o dibujar un flequillo peinado oblicuamente sobre un bigote negro. En 2012, cuando Timur Vermes publicó su exitosa novela *Er ist wieder da (Ha vuelto)*, no hubo necesidad de explicar quién «había vuelto». El mensaje central del libro, cuya presencia se mantiene viva y fuerte en Alemania, pareció encontrar eco en casi todos.

Esto no es algo con lo que uno se tope en el lugar donde estuvo el búnker o en la Topografía del Terror. La sensación de ausencia que se ha pretendido dar en ambos lugares solo se ha conseguido, como mucho, a medias.

Hitler no tiene tumba, pero lo cierto es que no la necesita. Incluso sin un cadáver físico o un santuario en su honor, su recuerdo continúa vivo entre nosotros, nos guste o no.

17

Lituania: Estatua de Stalin, parque Grūtas

Por mucho que lo deseemos, no hay manera de escapar de los monstruos de nuestro pasado. Podemos intentar ignorarlos, o enterrarlos, pero, antes o después, siempre logran volver a salir a la superficie. Podemos sentirnos tentados a rehabilitarlos o excusarlos, pero eso solo nos convertiría en cómplices de sus crímenes. O podemos querer aniquilarlos, pero entonces su propia ausencia se convertiría en una especie de presencia. Como demuestran los monumentos descritos en los últimos capítulos, los monstruos permanecen siempre, nos guste o no.

Nos queda también un último recurso posible: ridiculizarlos. Si no podemos escapar de nuestra historia, tal vez sí podamos mirarla con desprecio.

Recientemente asistí a una conferencia sobre monumentos públicos y una de las preguntas que surgió fue sobre el nombre de una sala de conferencias en Londres dedicada a Francis Galton. Algunos delegados insistieron en que, dado que Galton es el padre de la eugenesia, el nombre de la sala debería cambiarse de inmediato. Otros insistieron en que Galton no debería ser juzgado con los criterios de hoy en día y que el nombre debería mantenerse. Un tercer grupo era partidario de una solución de compromiso: el nombre podía mantenerse, pero añadiendo alguna placa o texto explicativo en el que se resumiera la parte tóxica del legado de Galton. El debate fue bastante acalorado y muy intenso por todas las partes.

Más tarde, en privado, una delegada me habló de una pintada que una vez había visto bajo una estatua de Galton; decía, simplemente: «Menudo

idiota». Me sugirió, medio en broma, que el edificio fuera rebautizado como sala de conferencias Francis «Menudo idiota» Galton.

Este no es el foro en el que debatir si Francis Galton merece o no ser denostado. Lo que yo quiero decir es que hay muchas formas de protestar contra quienes consideramos monstruos sin echar abajo sus monumentos. Y la burla tal vez sea nuestra mejor arma.

Antes de pasar a algunas de las escenas más apocalípticas que nos dejó la Segunda Guerra Mundial, quisiera describir un lugar que se ha convertido en uno de mis monumentos conmemorativos favoritos en toda Europa. El parque Grūtas de Lituania contiene una colección de monumentos dedicados a algunos de los mayores monstruos del siglo XX, incluida una estatua de Iósif Stalin. Es un lugar un tanto peculiar, que rompe casi todas las reglas que siguen los museos y monumentos convencionales. Lo que lo hace interesante –tal vez lo *único* que lo hace interesante– es la forma en que ridiculiza a sus personajes. De alguna forma, ha dado con una manera innovadora de asumir algunos de los rincones más oscuros de nuestra historia.

Lituania ha tenido un pasado muy convulso. Como muchos de sus vecinos bálticos, comenzó el siglo XX formando parte de Rusia, y no alcanzó su independencia hasta el caótico periodo posterior a la Primera Guerra Mundial. Veinte años más tarde, al principio de la Segunda Guerra Mundial, fue de nuevo invadida por tropas soviéticas. Luego llegaron los nazis, seguidos una vez más de los soviéticos, tres años después; y con cada invasión, llegaron también nuevas brutalidades.

En 1945 el país se vio de nuevo engullido por la Unión Soviética. Cualquiera que se negara a aceptar a los nuevos gobernantes estalinistas era arrestado, deportado a Siberia, encarcelado o ejecutado. Lituania sufrió terriblemente durante los años siguientes. Según el Museo de las Víctimas del Genocidio sito en Vilna, unos 300.000 lituanos fueron enviados a gulags soviéticos durante las décadas de 1940 y 1950. Entre una tercera parte y la mitad de ellos no volvieron nunca.

Dada esta historia, no sorprende que en Lituania se vean con horror los símbolos del poder soviético. Cuando el país volvió finalmente a recuperar su independencia en 1990, casi todos los monumentos a Lenin y al resto de las figuras comunistas fueron derribados. Innumerables estatuas fueron decapitadas, rotas en pedazos con sopletes o convertidas en escombros. Algunas incluso fueron dinamitadas. En un intento por salvar algunas de estas esculturas para la posteridad, el nuevo Gobierno lituano las guardó en almacenes de propiedad estatal, pero dado que nadie mostró interés por ellas, simplemente se quedaron allí, acumulando polvo.

Almacenar monumentos cuesta dinero. En 1998, el Gobierno decidió ahorrarse este gasto prestando unas cuarenta estatuas de las más conocidas. Se convocó un concurso y empezaron a llegar propuestas de museos municipales, como un Museo de la KGB en Vilna. Pero no estaba claro que el Gobierno fuera a ahorrar mucho dinero por esta vía: la mayoría de las propuestas insistían en exigir una financiación estatal para la exhibición de los monumentos.

Sin embargo, hubo una oferta que no exigía ninguna financiación estatal. Un empresario llamado Viliumas Malinauskas ofreció exhibir los monumentos en un parque de esculturas creado a tal efecto, que prometía construir en terrenos de su propiedad cercanos a Druskininkai, en el sur del país. Él pagaría todo el transporte y los costes de mantenimiento de su propio bolsillo. Correría incluso con los costes de restauración. No pedía nada más que las estatuas. Por todo ello, le adjudicaron el contrato.

Y aquí fue donde empezó la controversia. Malinauskas no era un historiador, ni un crítico de arte ni un profesional de los museos –de hecho, no tenía formación alguna en este ámbito–. En realidad, era un excampeón de lucha libre que se había ganado la vida con una granja de champiñones: actualmente tiene una empresa valorada en muchos millones de dólares que exporta champiñones a países de todo el mundo. Algunas de sus propuestas para el parque de esculturas fueron bastante extravagantes. Quería construir una línea especial de ferrocarril para que los turistas pudieran llegar allí desde Vilna en vagones de ganado, como si estuvieran siendo deportados a un gulag de la era soviética. Quería contratar a actores que hicieran de

soldados para conducir a los turistas hasta los trenes. Para que la experiencia del gulag fuera completa, el propio parque Grūtas estaría cercado por una alambrada de púas y torretas de vigilancia, y los monumentos se exhibirían como si formaran parte de un campo de prisioneros siberiano. No cabe extrañarse de que los críticos empezaran a llamar al proyecto de Malinauskas «parque temático de Stalin».

En poco tiempo, las quejas empezaron a llegar. Los políticos locales se opusieron a la construcción del parque. Los políticos nacionales se opusieron a la construcción de la línea de ferrocarril. Representantes de la Iglesia católica, ONG nacionales, prestigiosos académicos, catedráticos de arte y más de un millón de personas del mundo entero firmaron un escrito contra esta idea de parque escultórico. «Esa parte de la historia está llena de sufrimiento», dijo un miembro del Parlamento, Juozas Galdikas, en 2000. «No debería utilizarse para convertirla en un espectáculo».

También surgieron otras controversias. Una de las estatuas que iban a exhibirse era la de una maestra de escuela llamada Ona Sukackienė, una mártir local que supuestamente había muerto a manos de bandidos lituanos (el término *bandidos* era el que los soviéticos utilizaban siempre para describir a partisanos y luchadores por la libertad). En 1975 se erigió una estatua en su honor en la cercana localidad de Lazdijai. Tras la independencia, sin embargo, la apertura de los archivos reveló que en realidad la habían matado en un ataque orquestado por la KGB. Sus dos hijos querían que se destruyera el monumento, y les horrorizaba la idea de que fuera exhibido en el parque Grūtas como una atracción turística. En una carta al Parlamento, escribieron: «Nadie nos pidió permiso cuando crearon el monumento. Nadie nos pidió permiso cuando lo quitaron. Y ahora nadie nos pide permiso para reponerlo».

Tal vez la voz en contra del proyecto que se hizo oír con más fuerza fue la de las víctimas del régimen. Más de treinta grupos de antiguos partisanos y prisioneros políticos se unieron para protestar contra las esculturas que se iban a exponer. Acusaron a Malinauskas de tratar de sacar beneficio de su desgracia y describieron las estatuas como «monstruos de una película de terror». Algunos de ellos llegaron incluso a declararse en huelga de hambre.

«Imagínense que viven en un pueblo pequeño», dijo un combatiente por la independencia llamado Leonas Kerosierius, «y alguien viniera y atacara su pueblo, matara a su hermano y violara a su hija. ¿Permitirían que su vecino construyera un parque conmemorativo de estos asesinos y violadores, o que sacara dinero de estos crímenes?».

Los diputados promovieron que se llevara a cabo una votación en el Parlamento para retirar las estatuas y que permanecieran en manos del Estado, y la resolución fue aceptada por mayoría. Pero su victoria fue muy efímera, porque luego el Tribunal Constitucional anuló la votación: el Gobierno le había concedido el contrato a Malinauskas con todas las de la ley y el Parlamento no tenía derecho a revocárselo simplemente por una cuestión de gusto. Lo más que pudieron hacer fue crear un comité de vigilancia gubernamental para supervisar la construcción del parque escultórico.

La prensa internacional se hizo rápidamente eco de la controversia, y no solo en los países bálticos, sino también en otros lugares de Europa. Llegó incluso a los periódicos estadounidenses y de algunas partes de Asia y Australia. «¿Echan de menos la era soviética? Vengan a ver el mundo de Stalin», decía un titular del *Sydney Morning Herald*.

El parque Grūtas abrió oficialmente sus puertas al público en 2001, e inmediatamente fue un éxito de visitantes llegados de toda Lituania y de otros países. Antes incluso de la inauguración oficial ya había recibido unos 100.000 visitantes. Desde entonces, su colección se ha ampliado y ha pasado a convertirse en un destino turístico consolidado.

La primera vez que estuve allí fue una soleada tarde de septiembre de 2018. Desde el primer momento, me quedó claro que no era como ninguno de los demás monumentos conmemorativos que había visitado hasta entonces. La visión original de Malinauskas de crear una línea de ferrocarril *ex profeso*, con vagones de ganado para transportar a los turistas, nunca recibió el visto bueno, pero no obstante colocó un vagón de tren a la entrada del parque, como si estuviera llegando al gulag. Un poco más adelante

encontramos un espacio vallado con alambre de púas sobre el que se yerguen unas torretas de vigilancia. Dentro de las torres hay unos maniquíes vestidos con uniformes del ejército soviético, pero en ningún momento se pretende que los soldados tengan ningún viso de realismo, queda claro que son maniquíes como los de las tiendas. ¿Qué es lo que vigilan? A sus pies, dentro del espacio cercado, hay una hilera de pedestales que sostienen varios bustos enormes de Lenin y de otros destacados comunistas. El mensaje está muy claro: hoy no es a disidentes lituanos a quienes se ha enviado al gulag, sino a los propios arquitectos del gulag. Para más humillación, comparten este recinto con media docena de llamas.

El ambiente va haciéndose cada vez más extraño a medida que uno va internándose en el parque. Uno de los primeros sitios a los que se accede tras pagar la entrada es una zona infantil de juegos con columpios y toboganes de brillantes colores. Está rodeada de motores, vehículos blindados, piezas de artillería y un enorme monumento a los partisanos de la época de la guerra soviética. El día que yo estuve allí, los niños no parecían discriminar mucho entre las esculturas, los cañones y los toboganes; se limitaban a disfrutar subiéndose a todo lo que podían. Este animado ambiente se veía realzado por los enardecidos himnos de la era soviética sonando a todo volumen por los altavoces.

Este lugar parece no tener claro si es un museo o un parque para niños. En uno de los lados hay un conjunto de cabañas, construidas al estilo de los barracones de los gulags, que albergan una nostálgica colección de carteles y banderas soviéticos y ejemplares del *Tiesa*, el viejo periódico del Partido Comunista. En otro lado encontramos un zoo, con monos babuinos, emúes y un oso pardo un tanto maltrecho, con aspecto abatido. Docenas de especies de aves cantan desde los aviarios por los que vamos pasando.

Sin embargo, la verdadera atracción se encuentra más allá, en el bosque. Una pasarela de tablas de madera nos conduce, entre pinos y abedules, a un recorrido por el arte realista soviético. Aquí nos encontramos con representaciones alegóricas de la madre Rusia y vidrieras en las que aparecen soldados, obreros y campesinos. También hay estatuas de Lenin, bustos de Félix Dzerzhinski y representaciones de líderes comunistas

lituanos como Vincas Mickievičius-Kapsukas y Karolis Didžiulis, todos ellos ubicados entre los árboles, como si hubieran brotado aquí, igual que los champiñones que cultiva el propietario.

Cuando yo lo visité, en el parque había 86 monumentos, algunos enormes; entre ellos, un busto de Marx de cuatro metros de altura y una estatua de Lenin de seis metros de alto que en su momento estuvo en la plaza mayor de Vilna. Había una representación de una «madre» lituana de ocho metros de alto y de unas doce toneladas de peso; antes había estado colocada a un lado de una carretera, hasta que alguien trató de volarla por los aires poco después de la independencia. Mientras contemplan las esculturas, los visitantes nunca se alejan demasiado de las torres de vigilancia estilo Disney, de la ominosa alambrada de púas, ni de los altavoces que emiten estridente propaganda soviética.

Hay gente que todavía llama a veces a este lugar «Mundo Stalin», pero en realidad el parque solo tiene una estatua de Stalin de tamaño natural. Me encontré con él un poco más allá del zoo, asomando entre los árboles como una especie de trol de un cuento de hadas. (La comparación con un cuento de hadas no es casual; en un claro cercano a la zona infantil de juegos se encuentra un grupo de esculturas que representan a Blancanieves y los siete enanitos. La diferencia entre cuento popular y realidad no siempre se halla aquí claramente delimitada).

Esta estatua en concreto estuvo antes en el exterior de una estación de Vilna, hasta que la derribaron en 1960. Es una de los centenares de estatuas de Stalin, algunas de un tamaño realmente descomunal, que solían adornar las calles y plazas de todo el este y centro de Europa. Sin embargo, tras la muerte de Stalin en 1953, hasta los propios soviéticos empezaron a considerarle un monstruo. Durante los años siguientes se le censuró y desacreditó universalmente. Todas sus estatuas fueron derruidas y destruidas. Esta es una de las pocas que sobrevivieron.

Es fácil entender por qué le molestó a tanta gente el anuncio de la creación de este parque. Muchos disidentes habían pasado sus vidas

luchando contra el sistema soviético. En 1991 habían echado abajo estos iconos del poder soviético con gran alegría: verlos cuidadosamente restaurados y vueltos a colocar sobre sus pedestales debió de resultar profundamente doloroso.

La resurrección de la Estatua de Stalin fue quizás lo más doloroso de todo. Este hombre había sido el responsable de decenas de millones de muertes en toda Europa del Este, así como de la esclavización de cientos de miles de lituanos. Hacía décadas que no se había expuesto en público. Y, sin embargo, allí estaba, en medio de un claro soleado, esperando a que los turistas llegaran y se hicieran fotos con él. Los críticos apuntaban una preocupante tendencia por parte de la Rusia contemporánea a la rehabilitación de la memoria de Stalin, al que le estaban erigiendo nuevos monumentos en Pskov, Lipetsk, Novosibirsk y otros varios lugares. ¿Y si la tendencia acababa extendiéndose a Lituania e incluso más allá? ¿Y si el parque Grūtas también se convertía en un santuario del siglo XXI a este monstruoso dictador?

Si esta estatua, así como todas las demás, se le hubiera otorgado a otro postor, tal vez habría levantado menos controversia. Europos Parkas, en Vilna, quería exhibir las estatuas meramente como obras de arte, dentro de una colección de creaciones de vanguardia de artistas de todo el mundo. Aquí, tal vez, las cualidades estéticas de una estatua de Stalin podrían haberse desvinculado de su significado político.

El Museo de la KGB en Vilna también solicitó el contrato. Su intención era mostrar los monumentos en su patio y sala principal. Si la Estatua de Stalin se hubiera expuesto allí, se habría visto enmarcada en una extensa exposición dedicada a sus crímenes. Muchos de los que protestaron contra el parque Grūtas querían que el Museo de la KGB obtuviera el contrato precisamente porque habría situado las aparentemente inocuas estatuas de personajes como Stalin dentro de un contexto mucho, mucho más sombrío.

Pero hay algo en cómo el parque Grūtas expone sus estatuas que lo hace enormemente refrescante. Ver a Stalin con una ardilla sobre su cabeza aleja en parte el espeluznante poder que continúa ejerciendo sobre nosotros desde la ultratumba. Cuando los pájaros anidan en los dedos de Lenin, y los niños

trepan a los cañones que en un tiempo apuntaron a los partisanos lituanos, estos símbolos del poder del Estado ya no parecen tan terribles como lo fueron en su día.

Parece que esto es exactamente lo que Viliumas Malinauskas está tratando de conseguir. En una entrevista para *The Guardian* en 2000, el propietario expresó con toda franqueza su peculiar enfoque respecto a la turbulenta historia de Lituania. «La gente puede venir aquí y bromear sobre las esculturas», dijo. «Y eso significa que Lituania ya no tiene miedo al comunismo».

El parque Grūtas es una estrambótica mezcla de parque infantil, zoo y museo de las atrocidades. Trivializa el pasado de una forma pasmosa, especialmente con sus torres de vigilancia al estilo Disney y su alambrada de púas. Algunas de las piezas que se muestran en sus cabañas semejantes a barracones son más nostálgicas que críticas con el régimen, y su explotación comercial del doloroso pasado de Lituania es, como mínimo, cuestionable: yo me compré una taza y un llavero de Stalin en la tienda de regalos que hay a la salida. De hecho, hay tantos aspectos del parque Grūtas que podrían considerarse ofensivos que no sabría por dónde empezar; y, sin embargo, precisamente por su banalidad, están más cerca de liberarnos un poco de nuestra historia que cualquiera de los monumentos serios y destinados a hacernos reflexionar diseñados con todo esmero en otros lugares de Europa.

El ingrediente mágico es el ridículo. Yo no estoy seguro de hasta qué punto esto fue algo premeditado por el fundador y propietario del parque, o mero resultado de la estrambótica puesta en escena. Sin embargo, ahí está, y es un potente antídoto para la atmósfera de miedo que ha asolado este país durante años.

Iósif Stalin, ¿no? Menudo idiota.

Conclusión:
el valor de los monstruos

No existe una manera correcta de conmemorar a los criminales de la Segunda Guerra Mundial. Si los retratamos como demonios, les otorgamos mucho más poder sobre nosotros del que merecen. Si los ridiculizamos, nos arriesgamos a tomar a la ligera una historia que es insoportablemente dolorosa para gran número de personas. Si tratamos de matizar, si describimos la incontrovertible realidad histórica de que estos criminales eran simples seres humanos, probablemente no tan distintos de nosotros, perdemos todo poder moral. Cualquier monumento en su memoria que reconozca su condición humana abrirá la puerta a los apologistas, cuyo único deseo es rehabilitar a los criminales de guerra, negar sus crímenes y que parezca que nunca fueron monstruos, sino meramente héroes malentendidos.

Nuestra solución al problema es, en general, evitar conmemorarlos de ninguna forma. Cualquier tipo de conmemoración es un honor, y estos hombres no merecen ocupar un lugar en nuestros espacios públicos. Pero esto a la vez tiene sus consecuencias. El recuerdo de figuras como Hitler y Stalin ha permeado toda la sociedad: continúan influyendo en nuestra imaginación aunque ya no estén presentes. Esto ha afectado profundamente al paisaje de nuestra memoria. El recuerdo de nuestros criminales de la Segunda Guerra Mundial está mucho más extendido de lo que podríamos llegar a creer.

Y es nuestro recuerdo de estas personas –estos monstruos– lo que hace posible que existan los monumentos a nuestros héroes y mártires. Cuando homenajeamos a figuras como Churchill o Douglas MacArthur, estamos

también recordando el mal al que se enfrentaron y contra el que lucharon. Cuando lloramos a nuestros muertos y a nuestros afectados, también estamos recordando a los monstruos que los convirtieron en víctimas. Nuestros héroes son más heroicos y nuestros mártires más trágicos en contraste con estos monstruos. Sin los monstruos no serían ni la mitad de venerados.

Comencé este libro presentando una panorámica de los numerosos monumentos de todo el mundo que han sido derribados en los últimos años. ¿Por qué, preguntaba, nuestros monumentos de la Segunda Guerra Mundial debían ser inmunes a esta oleada de iconoclastia?

La respuesta radica en parte no en lo que estos monumentos representan, sino en a qué se oponen. La razón por la que Winston Churchill sigue siendo venerado como héroe no es su valor y determinación, sino que fue el hombre que paró los pies a Hitler. Si su adversario hubiera sido menos monstruoso, probablemente nos sentiríamos más inclinados a recordar los muchos, muchos defectos de Churchill –su pomposa pretenciosidad, por ejemplo, su permanente estado de ebriedad o sus actitudes victorianas respecto a la raza y el Imperio–. Fue Hitler quien hizo a Churchill.

Lo mismo que ocurre con nuestros héroes ocurre con nuestros mártires. Siempre se llorará a las víctimas de cualquier guerra; pero lo que hace que las víctimas de esta guerra sean tan trágicas, lo que las transforma en símbolos de tanta pureza e inocencia, es la naturaleza de las personas que las persiguieron. Para una mujer coreana, una cosa es que la violaran en tiempo de guerra y otra muy distinta que un sistema de esclavitud sexual organizado la convirtiera en objeto de consumo. La muerte de un oficial polaco en batalla no es lo mismo que la masacre indiscriminada de oficiales polacos después de que se hubieran rendido. La razón por la que estas víctimas ocupan un lugar tan importante en nuestra memoria común no es solo el hecho de que sufrieran, sino de que lo hicieran a manos de semejantes monstruos.

Esto pone de relieve otro importante hecho acerca de nuestros monumentos a la Segunda Guerra Mundial: nuestros recuerdos de nuestros

héroes, mártires y monstruos no están aislados unos de otros, sino que se refuerzan entre sí. Los monumentos que hemos creado en memoria de estas personas forman parte de un marco conmemorativo mucho mayor. No se trata solamente de historia, sino de mitología. No solo hemos construido un relato de guerra y sufrimiento, sino también de una lucha épica entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal.

Para esto precisamente es para lo que están nuestros monumentos. Transforman las historias corrientes, cotidianas, en arquetipos atemporales que nos hablan de importantes verdades sobre la condición humana.

En la parte siguiente, exploraré otra categoría de monumentos a la Segunda Guerra Mundial que también tiene que ver con nuestra necesidad de expresar nuestra memoria en términos mitológicos. Solo que, en este caso, no se transforma en figura legendaria a la gente que luchó en la guerra, sino a la guerra en sí.

Cuarta parte

APOCALIPSIS

Si la Segunda Guerra Mundial fue una lucha titánica entre el bien y el mal, entonces podríamos estar satisfechos de que, al final, ganara el bien. Pero ¿a qué coste?

En Estados Unidos, la guerra se recuerda en general como un acontecimiento glorioso que transformó la nación en una superpotencia global y en un adalid de la paz y la democracia en todo el mundo. En Gran Bretaña también se recuerda con frecuencia con las palabras de Winston Churchill de *our finest hour* («nuestro momento más grandioso»). Pero en otros lugares del mundo otros recuerdos muy distintos tienen prioridad. La destrucción a gran escala de ciudades como Manila, Varsovia, Tokio o Berlín dejó poco lugar a la glorificación y la guerra se recuerda solo como algo destructivo: un Armagedón del siglo XX.

En los capítulos siguientes describiré algunos de los monumentos más conmovedores del mundo erigidos a la devastación causada tanto por monstruos como por héroes. Cada uno de ellos tiene el mismo lema, que en algunos casos se encuentra inscrito en los propios monumentos: «Nunca más».

18

Francia: Oradour-sur-Glane

En la Francia centro-occidental, a unos veinte kilómetros al noroeste de Limoges, hay un pueblo que no se parece a ningún otro de Europa. Desde la distancia parece una típica villa francesa, rodeada de árboles y campos, pero, a medida que uno se acerca, descubre que ninguna de las casas tiene tejados. Los edificios tampoco tienen puertas, y las ventanas son espacios vacíos a través de los que el viento corre libremente. Nada se mueve en las calles. El único vehículo es un coche viejo y desvencijado que yace abandonado junto a un mercado desierto: por su marca y modelo, parece que llevara aparcado allí tres cuartos de siglo y no lo hubiera movido nadie desde entonces. En el extremo oeste de la ciudad, no muy lejos de la oficina de correos abandonada y el vacío ayuntamiento, hay una estación de tranvía; pero, a la vista del oxidado estado de las vías que discurren por el centro de la calle principal, parece bastante claro que hace varias décadas que no ha pasado por allí ningún tranvía.

Es evidente que este fue antaño un lugar muy concurrido, rebosante de vida rural. En todas las casas y las fachadas de las tiendas de la calle principal hay placas con los nombres y profesiones de la gente que vivió y trabajó allí. Si metemos la cabeza por cualquiera de las ventanas, aún podemos ver pequeños indicios de sus vidas: los restos de una vieja bicicleta, cacerolas y sartenes colgadas de las paredes, una herrumbrosa máquina de coser bajo el alféizar de una ventana.

Todo el pueblo transmite la sensación de haber sido abandonado a toda prisa en respuesta a un desastre natural: es como una Pompeya moderna. En cierto sentido, esto es exactamente lo que ocurrió, si bien el desastre que

asoló este lugar no tuvo nada de natural. En una iglesia abandonada en la zona sureste del pueblo encontramos una pista de lo que pasó. Junto al altar están los restos de un cochecito de bebé, y detrás de él, una pared de piedra llena de agujeros de bala.

La vida en la pequeña ciudad de Oradour-sur-Glane tocó a su fin, de forma bastante repentina, la tarde del 10 de junio de 1944. Era sábado y el pueblo estaba lleno de gente ocupada en sus actividades diarias. Algunos de los hombres se habían tomado un descanso de sus labores en las granjas y los campos –el sábado era el día que les distribuían sus raciones de tabaco–. También era día de escuela. Los padres de las aldeas vecinas habían hecho un esfuerzo especial por llevar a sus hijos a la escuela debido a que por la tarde estaba previsto que les hicieran una revisión médica.

La calma de este día perfectamente normal se quebró sobre las dos del mediodía, cuando un regimiento de la tristemente célebre división Das Reich de las Waffen-SS irrumpió de repente en el pueblo. Los residentes de Oradour no eran conscientes del ánimo vengativo con el que venían los soldados. Como consecuencia de los desembarcos de Normandía, la actividad de la resistencia había experimentado un rebrote en toda Francia, particularmente en esta región: los alemanes iban a tomar represalias.

Los soldados rodearon rápidamente el pueblo y a continuación fueron yendo casa por casa, instando a todo el mundo a congregarse en la plaza del mercado. Creyendo que solo iban a pedirles los documentos de identidad, la mayoría de los residentes de Oradour se prestaron a hacerlo. Unos cuantos jóvenes se escondieron en sótanos o buhardillas, temiendo que los alemanes pudieran reclutarlos como trabajadores forzosos. Un alumno de ocho años, Roger Godfrin, salió por la puerta trasera de la escuela y corrió en dirección al río. Fue el único escolar de Oradour que sobreviviría a aquella tarde.

Una vez que estuvo todo el mundo congregado, las tropas de las SS separaron a las mujeres y los niños de los hombres y los metieron a todos dentro de la iglesia. Luego, un oficial alemán se adelantó para dirigirse a los hombres. Hablando a través de un intérprete, les dijo que sabía que había un

alijo de armas escondido en el pueblo, y ordenó que todos los que poseyeran armas de fuego dieran un paso al frente. Al no responder nadie, se volvió hacia el alcalde y le instó a que seleccionara a un grupo de rehenes entre los hombres del pueblo. El alcalde se negó, ofreciéndose a sí mismo y a sus hijos como rehenes en su lugar. Tras una breve pausa y algo más de discusión, el oficial pareció cambiar de opinión sobre la toma de rehenes y anunció que lo que iba a hacer era registrar el pueblo. Se dividió a los hombres en seis grupos y se los condujo a varios graneros y cocheras de los alrededores de la plaza.

Lo que ocurrió a continuación transformaría la villa de Oradour-sur-Glane para siempre. Mientras se agrupaba a los hombres en el interior de los graneros, los soldados ya estaban montando las metralletas fuera. A la señal del oficial, abrieron fuego. En solo unos momentos, dispararon a más de doscientos habitantes de la villa. Varios soldados alemanes se adelantaron para rematar la faena: fueron caminando entre los cuerpos matando a quien encontraban todavía vivo, para luego cubrirlos a todos con paja y combustible y prenderlos fuego junto con los edificios donde se hallaban.

Los únicos que sobrevivieron a la masacre fueron seis varones jóvenes de uno de los grupos más numerosos, que habían caído al suelo durante la ronda inicial de disparos y quedaron enterrados bajo los cuerpos de otros 56 hombres. Mientras el humo y las llamas se extendían por el granero donde se encontraban, fueron reptando hacia el exterior entre los cuerpos de sus amigos y vecinos, logrando escabullirse por una puerta trasera. Cinco de ellos lograron ponerse a salvo como pudieron en los jardines de la parte de atrás del pueblo, pero el sexto fue descubierto y asesinado por uno de los soldados alemanes.

Una vez que mataron a todos los hombres, las SS fueron a ocuparse de las mujeres y los niños del pueblo, que seguían agazapados, aterrorizados, en la iglesia. A eso de las cinco de la tarde, dos soldados entraron en la iglesia y, tras poner una caja grande sobre el altar, colocaron una mecha larga, la prendieron y cerraron la puerta. Una enorme explosión llenó la iglesia de humo y ruido; a continuación, los soldados abrieron de golpe las

puertas y tirotearon a las mujeres y los niños que habían sobrevivido al estallido de la bomba. Luego fueron amontonando los bancos de la iglesia en torno a los cuerpos y los prendieron fuego. La única mujer que sobrevivió fue Marguerite Rouffanche, de 47 años, que se había escondido en la sacristía mientras los soldados disparaban. Mientras la iglesia ardía en llamas, encontró una banqueta y trepó a una de las ventanas que habían quedado abiertas por la explosión. Mientras ella saltaba al suelo, una mujer y su bebé fueron ametrallados cuando trataban de seguirla.

Durante las horas siguientes, los soldados de las SS peinaron el resto de la villa para saquear casas y tiendas, disparando a todo aquel con quien se encontraban e incendiándolo todo de forma sistemática. A cualquiera que saliera de la humareda le disparaban inmediatamente. Varios cuerpos fueron tirados a un pozo.

Para cuando terminaron, las Waffen-SS habían incendiado 123 casas, cuatro escuelas, 22 almacenes, 26 talleres, 19 garajes, 40 graneros, 35 cobertizos agrícolas, 58 hangares y una estación de tranvía. Estas son las ruinas que quedan en la desierta localidad de Oradour-sur-Glane hoy en día. Amontonados sobre esas ruinas, tanto individualmente como en grandes grupos, estuvieron los cuerpos de 642 personas.

Oradour-sur-Glane fue solo una de las muchas villas de Francia que sufrieron este tipo de atrocidades hacia el final de la ocupación alemana. Once días después de que prendieran fuego a Oradour, Mouleydier, en la Dordoña, vivió un destino similar, si bien con menos muertes. A esta localidad le siguió un mes después la de Dortan, cerca de la frontera con Suiza; y un mes después de esta, las tropas de las SS rodearon la villa de Maillé, en la Tourena, y masacraron a 124 hombres, mujeres y niños con metralletas y granadas de mano. Una de las masacres más espantosas tuvo lugar en la ciudad de Tulle, a unos cien kilómetros de Oradour, donde una guarnición alemana había sido atacada por miembros de la resistencia. En represalia, las Waffen-SS apresaron a 99 hombres de la ciudad y los colgaron de balcones, árboles y puentes a lo largo de la calle principal.

Otras naciones tienen historias semejantes que contar. En Checoslovaquia, el pueblo de Lídice fue literalmente arrasado en represalia por el asesinato de Reinhard Heydrich en la cercana Praga. Sus hombres fueron masacrados, y sus mujeres y niños encarcelados o trasladados para ser asesinados en otro lugar. En Noruega, la villa costera de Telavåg fue destruida en represalia por el asesinato de dos oficiales alemanes de la Gestapo. En Italia, 770 personas fueron masacradas en Marzabotto en venganza por la actividad de la resistencia local. En Grecia, la infame masacre de más de doscientos civiles en el pueblo de Distomo tuvo lugar el 10 de junio de 1944, exactamente el mismo día que la de Oradour-sur-Glane. Tal vez la destrucción más masiva de todas la sufrió Varsovia, la capital de Polonia, que fue sistemáticamente arrasada por soldados alemanes a finales de 1944. Pertrechados de explosivos y lanzallamas, estos fueron casa por casa tratando de borrar la ciudad entera de la faz de la Tierra.

Algunos de estos lugares fueron reconstruidos después de la guerra, mientras la población local trataba de salir adelante y dejar atrás el pasado. Oradour-sur-Glane es el único caso en el que el pueblo entero se ha conservado como ruina, tal y como quedó al día siguiente a la masacre.

La decisión de convertir las ruinas de Oradour en un monumento nacional se tomó en una fase muy temprana. En octubre de 1944, solo cuatro meses después de que ardiera la ciudad, varios notables de la zona ya estaban haciendo planes. Eran conscientes de que Oradour simbolizaba algo de enorme importancia no solo para la comunidad local, sino para toda Francia. Este punto de vista contó con el respaldo del presidente Charles de Gaulle cuando visitó la villa en marzo de 1945. «Oradour es el símbolo de lo que le ocurrió al propio país», explicó en un breve discurso. «Este lugar representa algo que todos compartimos. Nunca más; nunca más debe ocurrir algo así en ningún lugar de Francia».

Durante los siguientes meses, las ruinas se convertirían en un monumento oficial, pero ¿un monumento a qué? En el triunfante ambiente

de 1945, resultaba tentador presentarlas como un monumento a la resistencia –después de todo, el pueblo había sido destruido en represalia por la actividad de la resistencia en aquella zona–. Los periódicos como *Ce Soir* a menudo incluían a las gentes de Oradour en la lista de héroes de la resistencia, y otros hablaban con orgullo del «halo de gloria» de la villa. Pero esto comportaba algunas preguntas incómodas: si la resistencia había sido tan activa en esta tranquila área rural de Francia, ¿no cabía achacarle a esta al menos parte de la responsabilidad por las represalias que se tomaron aquí?

Otros querían poner el énfasis en la pureza y la inocencia de los que habían muerto en el pueblo, especialmente los niños. Muchos de los supervivientes han negado siempre que hubiera una actividad real de resistencia en Oradour en 1944 –no había necesidad de resistir, dado que nadie había visto nunca a ningún soldado alemán en las cercanías del pueblo hasta aquel trágico día de junio–. Para esas personas, el pueblo fue y será siempre el más puro símbolo del martirio francés.

Luego estaban los que vieron en Oradour un monumento al mal infligido a Francia por una nación de monstruos. Para Pierre Masfrand, impulsor de la creación del monumento, su propósito era «simbolizar la atroz barbarie nazi». Según Pierre Pacquet, el arquitecto encargado de conservar las ruinas en 1945, Oradour era un «lugar sagrado», dedicado no solo a las víctimas, sino al «salvajismo de la raza alemana».

Sin embargo, durante los años siguientes, esta consoladora historia del martirio francés y la atrocidad alemana resultó no estar tan clara como todo el mundo quería creer. Cuando en 1953 se celebró un juicio por crímenes de guerra, no solo comparecieron ciudadanos alemanes. Catorce de los veintiún hombres que se sentaron en el banquillo de los acusados eran de Alsacia, una región fronteriza de Francia. Alsacia había sido anexionada a Alemania durante la guerra, y los jóvenes de la región fueron reclutados por el ejército alemán, la mayoría de ellos contra su voluntad. Sin embargo, estos hombres –estos hombres *franceses*– habían estado en Oradour y habían tomado parte en la masacre. Su juicio constituyó un doloroso

recordatorio de las divisiones existentes dentro de la propia Francia, y del amargo legado de la colaboración francesa con los nazis durante la guerra.

Al final, las ruinas de Oradour-sur-Glane no acabaron siendo un simple monumento a unos héroes, o a unos mártires, o a unos monstruos, porque recordaban a todos a la vez. Por encima de todo, se convirtieron en un símbolo de la negación. El apocalipsis que tuvo lugar aquí en junio de 1944 no fue más que la punta de un iceberg de dimensiones mucho mayores: la vieja Francia, una nación que nunca había estado contaminada por el colaboracionismo, segura de su fuerza, su pureza y su virtud, había dejado de existir.

Todos somos prisioneros de nuestra historia de alguna manera, pero Oradour-sur-Glane lo es más que la mayoría. Cada uno de los lugares que hasta ahora he mencionado en este libro han quedado atrapados en una visión de su pasado. Algunos han tratado de estar a la altura de un ideal de la pasada grandeza; otros han luchado por asumir el sufrimiento o expiar los pecados del pasado; y, en todos los casos, la historia de la Segunda Guerra Mundial amenaza con envenenar tanto el presente como el futuro. Pero Oradour no tiene presente ni tampoco futuro: el pueblo entero quedó congelado en el momento exacto de su destrucción. Existe en un estado de perpetuo apocalipsis.

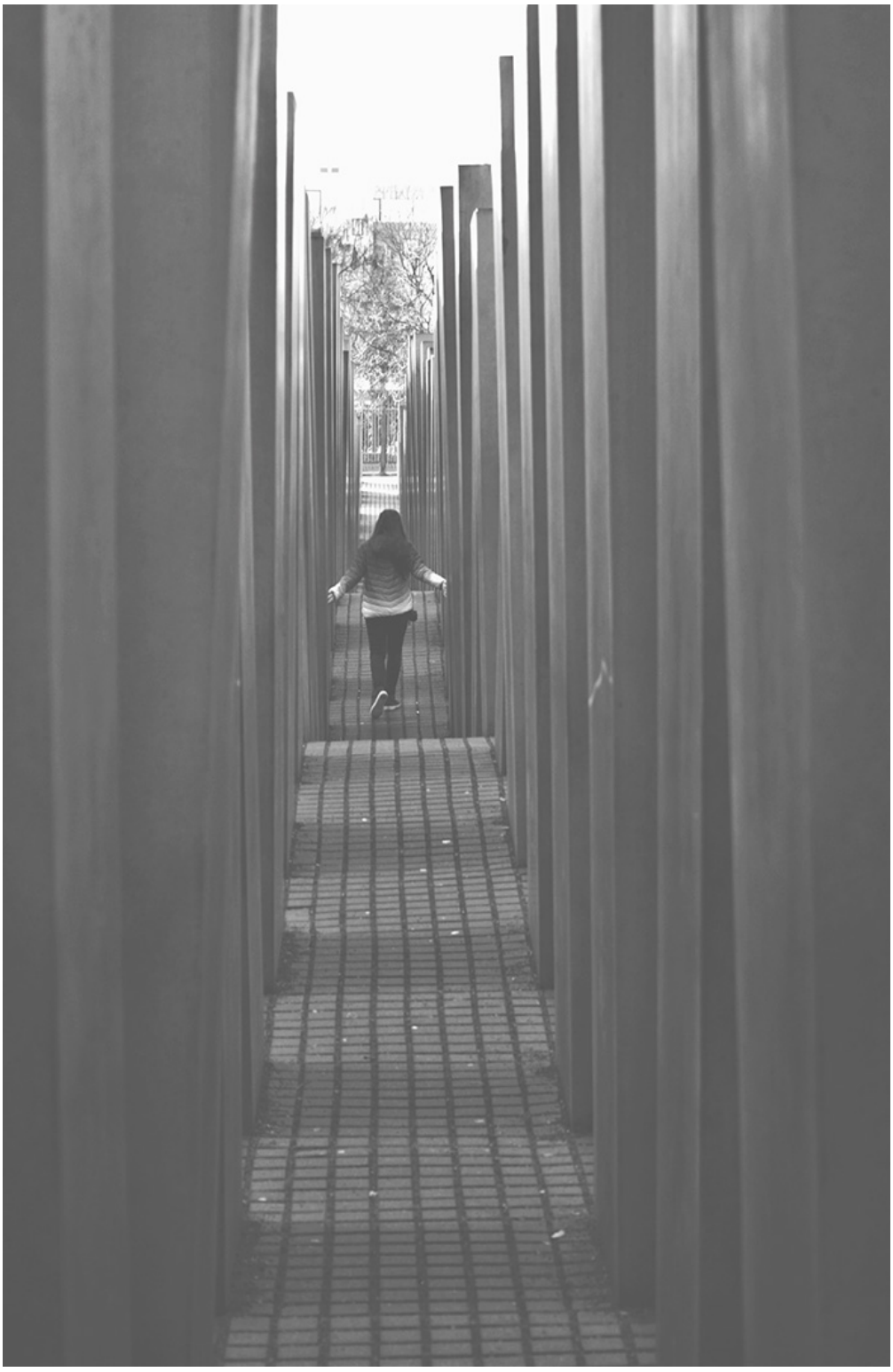
A diferencia de Oradour, otros lugares de Europa se negaron a aceptar la devastación que sufrieron. Todas las ciudades europeas que, por centenares, quedaron reducidas a escombros por los bombardeos han sido reconstruidas desde entonces: desde Glasgow hasta Odesa, desde Leningrado hasta Marsella, todas han conseguido prosperar de nuevo. El centro de Varsovia ha sido reconstruido con tanto esmero que es prácticamente idéntico a como era antes de la guerra. Lo mismo puede decirse del centro de Dresde. Pero Oradour no. Esta devastada villa francesa representa lo que ningún otro de estos lugares está dispuesto a afrontar: que la Segunda Guerra Mundial destruyó todo un mundo que ninguna reconstrucción podrá nunca devolver a la vida.

Nadie entiende esto mejor que los supervivientes de la propia masacre. Tras la guerra, muchos de ellos se establecieron en una ciudad completamente nueva que se construyó justo al lado de la vieja y a la que se dio el mismo nombre. Vivir ahí suponía, inevitablemente, una comodidad y una maldición. Por un lado, tener delante la vista de las ruinas hacía más fácil llevar el duelo; por otro, la ciudad vieja proyectaba una sombra constante sobre la nueva.

Durante años, el luto fue obligatorio, especialmente durante el mes de junio. Por ejemplo, cuando en 1952 se inauguró un nuevo hotel en la ciudad, su propietario quiso celebrar un baile con tal motivo, pero un grupo de familias se presentó con rifles para impedirlo: este tipo de celebraciones no podían permitirse en una ciudad tan volcada en el luto. En su excelente libro sobre el legado de Oradour, *Martyred Village*, Sarah Farmer describe lo triste que era para los adolescentes crecer en un lugar donde solo estaba permitido vestirse de colores oscuros. El aniversario era siempre un momento especialmente sombrío. Hasta 1988 la asociación formada por las familias de los mártires no levantó la prohibición de celebrar bodas en junio.

Incluso hoy, el recuerdo de lo que ocurrió en junio de 1944 hace que, para los residentes de Oradour, sea difícil seguir adelante. Especialmente en el caso de los propios supervivientes de la masacre. «Siempre me resulta duro venir aquí», afirmó en una entrevista en 2013 Robert Hébras, uno de los hombres que sobrevivieron al fusilamiento en masa del granero, al caer bajo los cuerpos de sus vecinos. «Revivo el pueblo en mi cabeza», dijo, «oigo sus antiguos sonidos, pongo rostros a las ruinas».

Pero del viejo pueblo que guarda su memoria ya no queda nada; solamente las ruinas.



19

Alemania: Monumento a los Judíos de Europa Asesinados, Berlín

¿Y si el apocalipsis no fuera algo que afectara a toda la comunidad de una nación, sino solamente a una parte de esa comunidad? ¿Y si existiera un tipo de apocalipsis muy selectivo?

Al igual que el monumento nacional de Oradour-sur-Glane, la mayoría de los monumentos dedicados a la apocalíptica destrucción de la guerra destacan su naturaleza aleatoria, indiscriminada: una violencia que se cernió sobre todos y contra todo, sin distinción. Pero el genocidio de los judíos fue distinto. No tuvo nada de indiscriminado: se dirigió a un grupo específico de personas, arrancándolas de sus comunidades y concentrándolas en grandes grupos, lejos de su hogar, para poder matarlas de forma más eficiente. En algunos lugares, barriendo del mapa a pueblos enteros. En otros, podían ser solo un puñado de personas –las suficientemente pocas para que los no judíos pudieran decirse a sí mismos que no había ocurrido nada fuera de lo normal–. Pero, no nos engañemos: el Holocausto fue completamente extraordinario. Colectivamente, añadió a la guerra una catástrofe mucho mayor que ninguna otra: un verdadero apocalipsis.

Actualmente existen monumentos a este genocidio arquetípico en todo el mundo, pero tal vez el más importante sea el que se encuentra en el centro de Berlín. El Monumento a los Judíos de Europa Asesinados no tiene nada de discreto ni de retirado. Muy probablemente, es el monumento construido *ex profeso* más grande de los que mencionamos en este libro. Con un área de 19.000 metros cuadrados, es cien veces mayor que el Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina de Washington, D. C., y tiene veinte veces el tamaño del Monumento al Mando de Bombarderos de

Londres. Incluso el Monumento Nacional a la Segunda Guerra Mundial de Estados Unidos es menos de la mitad de grande.

La enorme extensión de tierra que ocupa el monumento no se encuentra en un lugar recóndito de la Alemania rural, sino justo en el centro de Berlín, a menos de dos minutos andando de la Puerta de Brandemburgo. El valor monetario del terreno alcanza varios cientos de millones de euros. El valor histórico tal vez sea mayor aún. Durante la Segunda Guerra Mundial este lugar estaba ocupado por las oficinas y ministerios donde se planeó la guerra en general y el Holocausto en particular. El búnker de Goebbels se encuentra directamente debajo. Durante la Guerra Fría estuvo en la tierra de nadie entre el comunista Berlín Oriental y el demócrata Berlín Occidental –de hecho, el único motivo por el que seguía estando vacío al final del siglo XX era que el propio Muro de Berlín pasaba exactamente por allí–. Durante décadas, esta área no solo se encontraba en el centro de Berlín, sino en el centro de los acontecimientos mundiales.

Sacrificar un terreno de semejante tamaño e importancia demuestra hasta qué punto Alemania estaba decidida a expiar sus pecados del pasado. Representa el mayor de todos los grandes gestos simbólicos, un acto de contrición nacional. Pero desde que fue inaugurado, en mayo de 2005, siempre he pensado que hay algo que falla en este monumento. Como ocurre con muchos otros de los monumentos de este libro, las intenciones de este tampoco no son honestas del todo.

El Monumento a los Judíos de Europa Asesinados fue diseñado a finales de la década de 1990 por el arquitecto estadounidense Peter Eisenman. Está formado por 2.711 bloques rectangulares de hormigón colocados siguiendo el patrón de una cuadrícula que cubre todo el solar. Todos los bloques son idénticos de ancho y de largo, pero varían ligeramente en altura: los de los extremos miden menos de un metro, mientras que los de en medio son mucho más altos –algunos sobrepasan los cinco metros–.

El propio diseñador no asignó un significado especial a los bloques; solo dijo que representaban la deshumanización que tiene lugar cuando un

sistema rígido se impone sin más sobre el paisaje. El número de bloques no significa nada, ni los bloques en sí tampoco. De hecho, no hay nada simbólico en el monumento.

Visto desde fuera, el juego de luces y sombras sobre el inmenso campo de bloques en forma de cubo es bastante bonito. Parece un enorme molde perfectamente geométrico. Muchas personas han comentado que, al menos desde el exterior, el monumento se asemeja a un gigantesco campo de tumbas rectangulares. Eisenman niega rotundamente que esa fuera en ningún momento su intención. Deliberadamente no quiso añadir nombres ni símbolos a ninguno de los bloques, como se hace en los cementerios. Sin embargo, mi impresión fue también la misma cuando vi este monumento por primera vez: parece como si esta importante parcela del centro de Berlín se hubiera convertido en un inmenso cementerio simbólico de los judíos de Europa.

No obstante, cuando entramos en el monumento y caminamos entre los bloques, emerge una perspectiva distinta. A medida que el terreno desciende y los bloques se hacen más altos, nos sentimos inmersos en una serie de claustrofóbicos desfiladeros de hormigón, desde los que apenas alcanzamos a ver los árboles y edificios que hay más allá. Puede resultar bastante desorientador. Estar rodeado por todas partes de superficies de hormigón idénticas produce la sensación de encontrarse dentro de una especie de laberinto: giras por una de las avenidas, luego por otra, y por otra, pero todas parecen iguales y enseguida pierdes por completo la conciencia de dónde estás. Cada vez que vengo aquí con alguien, siempre le pierdo en pocos minutos. A veces no nos volvemos a encontrar hasta media hora después, en el extremo opuesto del monumento.

Se perciben aquí ecos perturbadores. La aridez, la claustrofobia y la mortecina luz de este recinto evocan cierta experiencia oscura de nuestra memoria común. Pero, dado que esa memoria nunca se expresa de manera explícita, merece la pena que recordemos, por un momento, lo que les pasó exactamente a los judíos durante la guerra en Europa, y cómo, finalmente, el mundo supo de su genocidio.

El Holocausto no fue algo ideado hacia la mitad de la Segunda Guerra Mundial; estuvo implícito desde el momento en que Alemania comenzó a ver la existencia de los judíos como un problema. Antes incluso de que empezara la guerra, los nazis habían señalado a los judíos y los habían aislado y expulsado de la vida pública. Tras la invasión de Polonia, cuando Alemania se encontró con que tenía bajo su control a la mayor población de judíos de cualquier otro lugar del mundo, el «problema» se hizo mucho mayor. Para que el aislamiento de los judíos fuera más eficaz, se los confinó en guetos. También se habló mucho de sacarlos directamente de Europa, enviándolos a Siberia o a Madagascar. Pero como esto fue siempre imposible, solo había una solución lógica final: había que matarlos a todos.

Las primeras masacres a gran escala tuvieron lugar poco después de la invasión de la Unión Soviética en 1941. La masacre de Oradour resulta insignificante en comparación. En Babi Yar, un profundo barranco de Ucrania central, unos 33.000 judíos de las proximidades de Kiev fueron fusilados en una orgía de muerte que duró dos días. Había tantos cadáveres que sus asesinos tuvieron que dinamitar las laderas del barranco para enterrarlos a todos.

Durante el año siguiente, los *Einsatzgruppen* (los escuadrones de la muerte de las SS) asesinaron a más de un millón de judíos por todo el este de Europa, la mayoría mediante fusilamientos masivos. Barrancos y canteras se llenaron de cadáveres. Campos inmensos y bosques enteros se convirtieron en cementerios masivos. Finalmente, los nazis establecieron centros especializados de exterminio en lugares como Treblinka, Sobibor, Belzec y Auschwitz, donde la carnicería podía industrializarse. Para finales de la guerra, habían asesinado a casi seis millones de judíos y hecho que cientos de miles más tuvieran que huir de su país natal.

Aunque los Aliados habían recibido informes de lo que estaba ocurriendo en Europa, la magnitud del genocidio no se conoció hasta que los ejércitos aliados comenzaron a conquistar los territorios de los alemanes. A medida que el Ejército Rojo fue avanzando por Ucrania y Polonia, también descubrió, una tras otra, localidades cuya población había sido completamente aniquilada. El periodista soviético Vasili Grossman

describió su angustia al pasar por estas comunidades desiertas. «No hay judíos en Ucrania», escribió en *Einikeit*, el periódico del Comité Antifascista Judío de la Unión Soviética:

> En ninguna parte –Poltava, Járkov, Kremenchuk, Borispol, Yagutin–, en ninguna de las ciudades, cientos de pueblos o miles de aldeas, verás los ojos negros, llenos de lágrimas, de las niñas pequeñas; ni oirás la dolorida voz de una anciana; ni verás el oscurecido rostro de un bebé hambriento. Todo es silencio. Todo está quedo. Un pueblo entero ha sido brutalmente asesinado.

Cuando el Ejército Rojo invadió el campo de concentración de Majdanek en julio de 1944, descubrió el primero de una serie de enormes almacenes llenos de cientos de miles de pares de zapatos robados a los muertos. En Treblinka, donde llegaron poco después, capturaron a exguardias del campo que lo describieron como un «infierno» donde 900.000 judíos habían sido quemados en hornos «parecidos a volcanes gigantes». El campo de concentración más grande, en Auschwitz, fue descubierto seis meses después.

En Europa occidental, británicos y estadounidenses pronto comenzaron a descubrir escenas similares en otros campos de concentración. Los investigadores de crímenes de guerra que entraron en Buchenwald, Dachau, Mauthausen y Bergen-Belsen encontraron pruebas de la misma atrocidad repetida una y otra vez. Cuando yo entrevisté por primera vez a uno de estos investigadores, llamado Ben Ferencz, en 2016, me dijo que esta repetición en sí era lo más difícil de asimilar. «Todo era básicamente similar», afirmó, «cadáveres esparcidos por los patios del campo, montones de piel y huesos, cuerpos apilados como si fueran leña ante los hornos crematorios, esqueletos desvalidos con diarrea, disentería, tifus, tuberculosis, neumonía y otras enfermedades, retorciéndose en sus literas llenas de piojos o en el suelo, implorando ayuda solo con su desolada mirada».

Estas escenas fueron captadas por cámaras y exhibidas en los noticiarios de los cines de todo el mundo. Especialmente en Europa occidental, estas imágenes han conformado nuestra memoria colectiva de 1945 como una visión del infierno. Pero a las comunidades judías de todo el continente,

aquello, más que un mero infierno, les pareció el fin del mundo. Siglos de tradición, aprendizaje y trabajo artesanal judíos habían sido borrados en un instante. El yidis, la única lengua de los judíos en Europa del Este, estaba prácticamente muerta. Toda una cultura parecía haber sido erradicada.

Las estadísticas al final de la guerra no son una lectura grata. De 140.000 judíos holandeses, solo unos 20.000 sobrevivieron a la guerra: en la mayoría de las zonas de los Países Bajos, esto puso fin a más de ochocientos años de historia judía. En Grecia solo quedaban 12.000 judíos en 1945: una cultura que había sobrevivido allí durante más de 2.000 años estaba entonces al borde de la completa extinción. Y Polonia y Ucrania, antes hogar de la comunidad judía más grande del mundo, habían quedado convertidas en un erial. Tres millones de judíos polacos fueron asesinados durante el Holocausto. La gran mayoría de los que sobrevivieron huyeron del país en los años siguientes –en parte, porque ya no se sentían seguros, y, en parte, porque no les quedaba nada por lo que permanecer allí–. Todo lo que habían conocido antes de la guerra había desaparecido.

Esta historia contada por una judía habla por sí sola. Celina Lieberman, de once años, fue la única superviviente de su familia. En la Ucrania de 1942, fue acogida por una mujer cristiana que prometió protegerla. Rápidamente se acostumbró a ir a la iglesia como una buena católica; pero, cada dos por tres, en privado, ella rezaba a su Dios judío. Años más tarde, cuando la entrevistaron en el Centro de Educación del Holocausto en Vancouver, confesó que aquella era su manera de pedir perdón a todos los demás judíos que habían muerto. «Yo tenía catorce años cuando acabó la guerra», dijo, «y creía que era la única superviviente judía que quedaba en la Tierra».

Se supone que el Monumento a los Judíos de Europa Asesinados está destinado a conmemorar este apocalipsis. El rígido sentido del orden que transmite la extensión de bloques de hormigón pretende evocar la rigidez del sistema nazi. El sentimiento de alienación que experimentamos al entrar

en este lugar tiene como fin recordarnos la sensación de aislamiento que experimentaron los judíos como Celina Lieberman al final de la guerra.

Siempre que estoy en Berlín visito este monumento; sin embargo, aunque valoro este espacio tan especial, no puedo evitar percibir una sensación claramente extraña. Si pretende ser un monumento en memoria de los judíos, lo cierto es que consigue ocultar este hecho. Nada aquí nos trae a la mente los fusilamientos en masa de Babi Yar ni las cámaras de gas de Auschwitz. No hay urnas que guarden cenizas o tierra de los lugares del Holocausto. Ni tampoco ninguna sensación de nostalgia o lamentación por los mundos judíos que se perdieron (según quien lo diseñó, esto es deliberado: insistía en que la nostalgia era precisamente la emoción que había tratado de evitar). No hay símbolos del judaísmo aquí, ni de personas judías concretas ni del régimen que organizó su genocidio. De hecho, ni siquiera hay un cartel con el nombre del monumento. Cuando llevé allí por primera vez a mi hija de doce años, ella no tenía ni idea de qué era aquel lugar. Lo primero que pensó fue que debía de ser una especie de parque infantil gigantesco: estuvo a punto de trepar a uno de los bloques y empezar a saltar de uno a otro cuando, para su frustración, le expliqué que eso no debía hacerse.

Entonces, ¿de qué se trata en realidad? ¿Por qué este monumento parece no querer invitarnos a *recordar* nada en concreto? Y, si se supone que es un monumento en memoria de los judíos, ¿por qué no hace ninguna referencia a ellos?

¿Es esto un cementerio? ¿O un parque de juegos infantil? Sin la orientación de su diseñador, los visitantes son libres de interpretar lo que ellos quieran.

Según Peter Eisenman, tras este diseño existe una cierta lógica. Los monumentos tradicionales a menudo toman una visión única de la historia y tratan de congelarla para siempre en piedra, y esto es precisamente lo que Eisenman trató de evitar. «La enormidad y el horror del Holocausto son de tal magnitud que cualquier intento de representarlo por medios tradicionales es, inevitablemente, inadecuado», explicó en su propuesta original. «En este monumento no hay un objetivo, no hay fin, no hay manera de encontrar un camino de entrada o de salida». Al hacer este monumento completamente abstracto y dejar todo absolutamente abierto a la interpretación, lo que quería era dar a los visitantes espacio para que sus recuerdos brotaran espontáneamente. Eisenman no quiere decirnos qué tenemos que recordar. Eso nos lo deja a nosotros.

La propuesta encierra un sentimiento noble, pero en el mundo real se topa con un problema detrás de otro. Para empezar, ¿es realmente posible

crear un monumento que la gente pueda observar sin ideas preconcebidas? Cualquiera que esté familiarizado con los hechos del Holocausto llegará aquí con ciertas imágenes ya en mente. Y cualquiera que esté familiarizado con el lenguaje de los monumentos conmemorativos hallará de inmediato paralelismos con otros lugares similares que haya visto: tal vez esta es la razón por la que tantas personas que visitan Berlín encuentran este curioso monumento semejante a un enorme cementerio. Yo mismo no pude evitar percibir las similitudes entre este lugar de memoria y el del cercano Museo Judío, llamado el «Jardín del Exilio», que también consiste en grandes bloques de cemento sobre un terreno en cuesta. Ningún monumento es completamente abstracto, a sabiendas o no, los espectadores siempre lo revestirán del lenguaje de conmemoración que han aprendido en otros lugares menos esotéricos.

Para aquellos que no saben mucho de monumentos, y menos aún del Holocausto, existe el problema opuesto. Dado que no hay símbolos ni letreros, este paisaje de bloques podría significar prácticamente cualquier cosa. Quizás los bloques de hormigón hagan referencia a temas medioambientales. Quizás el patrón en forma de cuadrícula sea un símbolo de nuestras cuadriculadas ciudades modernas y la alienación que sentimos cuando caminamos por dicha cuadrícula sea símbolo a su vez del aislamiento social. O tal vez no sea en absoluto alienante. Puede incluso resultar alegre, como un espacio para jugar al escondite o un gigantesco patio de juegos infantiles. Al no dar el diseñador ninguna orientación, cualquiera de estas cosas podría ser cierta: ¿quién diría que se trata de un monumento al Holocausto?

Los primeros en señalar estos problemas fueron los miembros del Gobierno alemán, que no estaban del todo de acuerdo con las abstracciones de Eisenman. Fueron bastante claros sobre el tipo de monumento que esperaban en esta destacada localización en el centro de la capital: debía honrar a los muertos y mantener viva «la memoria de estos inconcebibles hechos de la historia alemana». Cuando votaron si aprobar o no el monumento, especificaron que su motivo principal era «que sirviera de advertencia a las futuras generaciones para no volver a violar nunca los

derechos humanos […] y resistirse a cualquier forma de dictadura y de regímenes basados en la violencia».

No era suficiente con que el monumento connotara rigidez y un orden inflexible; lo que el Gobierno quería eran hechos puros y duros sobre los males del nazismo. Por tanto, insistieron en que el abstracto monumento de Eisenman debía tener un centro de información, con una exposición permanente sobre los hechos del Holocausto.

Al principio, Eisenman se opuso con fuerza a esta idea. ¿Qué sentido tenía construir un monumento abstracto, diseñado para dejar libre la mente, si luego se añadía un centro de información donde se dijera a los visitantes qué era exactamente lo que tenían que recordar y cómo sentirse al respecto? Al final, sin embargo, se vio obligado a ceder. Se construyó un búnker subterráneo bajo el monumento que contiene una cronología del genocidio, una exposición que detalla las historias de quince familias concretas y una sala de los Nombres, donde se leen en voz alta los detalles de todos los que constan como asesinados, uno por uno, en un ciclo que dura unos seis años y medio. El único consuelo para el diseñador fue que se le permitió que la entrada al centro no llamara la atención (de hecho, pasa tan desapercibida que en un estudio realizado al poco de inaugurarse, en 2005, muchos encuestados afirmaron que ni siquiera se habían enterado de que allí hubiera un museo).

El siguiente grupo en criticar el monumento fue la población judía alemana, así como judíos de otros países. Se quejaron de que, como símbolo del apocalipsis, era absolutamente inadecuado. Allí no había nada que les recordara el mundo que había sido destruido o el sufrimiento que se habían visto obligados a soportar. Dijeron que el monumento no tenía nada que ver con ellos: era un monumento para los alemanes, y no para los judíos. Stephan Kramer, secretario general del Consejo Central de los Judíos en Alemania, fue especialmente contundente: «No lo pedimos. No lo necesitamos». Otros críticos afirmaron que el monumento no era más que una ostentosa exhibición de la virtud alemana, un intento de Alemania de «lavarse las manos» respecto al pasado.

Lo cierto es que, aunque suene duro, cuando uno se para a considerar los demás monumentos que rodean a este –monumentos que he descrito en el capítulo 16– resulta difícil negar que tienen cierta razón. La verdadera intención de la mayoría de los monumentos a la Segunda Guerra Mundial que encontramos en Berlín es recordarnos no que todos los judíos han desaparecido, sino que todos los nazis han desaparecido. No deja de ser algo que celebrar, desde luego. Pero tal vez no en *este* monumento, que supuestamente conmemora algo muy diferente y mucho, mucho más siniestro.

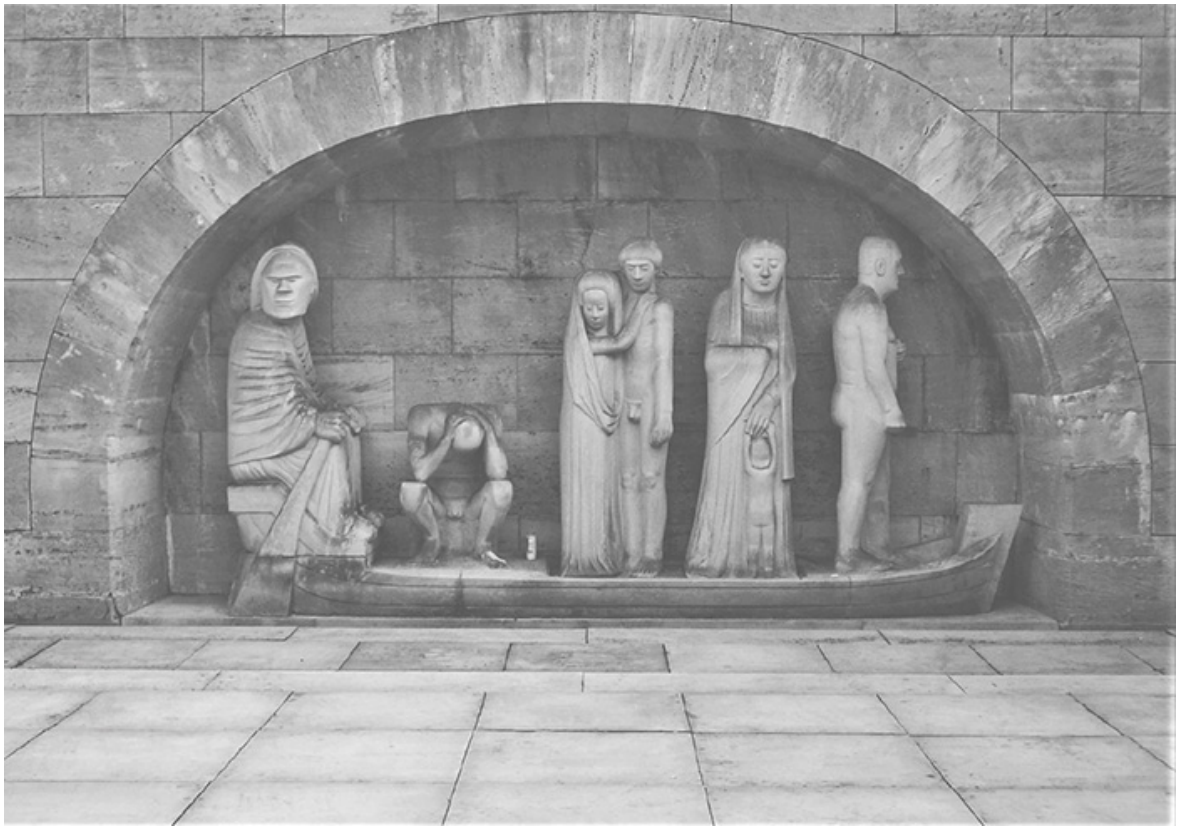
De la controversia que rodeó el monumento de Peter Eisenman podemos aprender un par de lecciones. La primera es que, pese a las ventajas de un diseño abstracto, algunas áreas de la historia son demasiado delicadas como para dejarlas abiertas a la interpretación. Las sociedades desarrollan ritos por una razón, y los ritos en torno a la muerte son especialmente sagrados. ¿Qué es un monumento, sino un rito esculpido en piedra?

A lo largo de décadas se ha ido elaborando un determinado lenguaje sobre el Holocausto. Los principales museos del Holocausto del mundo tienden a seguir los mismos patrones básicos a la hora de contar su historia; y los monumentos al Holocausto han desarrollado también ciertas convenciones. A menudo llevan los nombres de pueblos, ciudades o comunidades nacionales que fueron borrados del mapa. Con frecuencia incluyen estadísticas sobre el número de judíos asesinados. Y también suelen contener tierra o cenizas procedentes de Auschwitz u otros grandes centros de exterminio; y casi siempre muestran inscripciones de símbolos judíos, como estrellas o *menorás*. Hay montones de obeliscos y monolitos, montones de restos de paredes y suelos, y de imágenes de alambradas de púas, o vagones de ganado, o chimeneas. Con el paso de los años, los judíos se han ido familiarizando con este tipo de símbolos. A veces pueden parecer demasiado reiterativos y un tanto agobiantes, pero, al menos, se encuentra un cierto consuelo en lo que tienen de rituales. De modo que, cuando Peter

Eisenman prescindió completamente de ellos para este monumento, no es de extrañar que tanta gente detestara su idea.

Los alemanes, por su parte, también son prisioneros de su historia, aunque en este caso el énfasis no se pone en los crímenes sufridos, sino en los cometidos. Los niños alemanes van en excursiones escolares a visitar lo que antes fueron campos de concentración para aprender de los pecados de sus abuelos y bisabuelos. Hay monumentos de este tipo por todas partes, desde adoquines de latón ubicados en las aceras frente a las casas de donde se llevaron a judíos, hasta placas y estatuas dedicadas a crímenes de dimensiones mayores, de carácter más comunal. El Monumento a los Judíos de Europa Asesinados de Berlín no es más que un elemento dentro de todo un paisaje de culpa. Como demostraré en el siguiente capítulo, en Alemania, hasta los monumentos de la Segunda Guerra Mundial que no tienen nada que ver con el Holocausto están teñidos por él. Les guste o no, los alemanes y los judíos no pueden escapar a esta historia, ni pueden escapar unos de otros. El Holocausto los ha unido en un abrazo infinito.

Una unión que ni el más abstracto de los monumentos podría romper nunca.



20

Alemania: Monumento a las Víctimas del Bombardeo, Hamburgo

Uno de los monumentos que más me han fascinado a lo largo de los años se encuentra en el cementerio de Ohlsdorf, en la ciudad alemana de Hamburgo. A diferencia de la mayoría de los monumentos de este libro, este no es particularmente controvertido, pero es de una belleza extraña, sobrenatural, que me resulta sumamente cautivadora. De cada monumento que he visitado a lo largo de los últimos veinte años, este es el que más me llama a volver; y cada vez que lo visito, encuentro en él nuevos significados.

La primera vez que recorrí este lugar fue en 2005, mientras investigaba para un libro sobre los bombardeos aliados sobre la ciudad. Acababa de pasar una semana entrevistando a supervivientes de los mismos y buscando testimonios de testigos en varios archivos de historia locales. El esfuerzo de enfrentarme a un sinfín de documentos en alemán, idioma que ni mucho menos domino, había sido agotador, y algunos de los relatos que había encontrado eran desgarradores; de modo que fui al cementerio para darme un descanso. Aquí era donde estaban enterradas la mayoría de las víctimas del bombardeo y parecía un buen lugar para pararme a ordenar mis pensamientos.

El Monumento a las Víctimas del Bombardeo se encuentra en el centro de cuatro enormes fosas comunes, en el extremo este del cementerio. Solo se puede llegar hasta él pasando antes entre estas fosas comunes, que albergan los cuerpos de 36.918 personas. A intervalos regulares, un listón de madera de roble atraviesa cada fosa, marcado con el nombre de uno de los barrios que quedaron completamente destruidos por el bombardeo.

Rothenburgsort, Veddel, Horn, Hamm, Hammerbrook... Dieciocho distritos de Hamburgo aparecen nombrados aquí.

Desde cierta distancia, el monumento en sí parece un mausoleo –rectangular, austero, formado por grandes bloques de arenisca–. Según nos vamos acercando, sin embargo, podemos ver que no tiene tejado: son, de hecho, cuatro paredes de piedra que demarcan el contorno de un patio asfaltado. Una verja de hierro forjado en la pared frontal invita a entrar y mirar dentro. A través de la verja podemos ver una escultura insertada en una de las paredes interiores: es una escena de la mitología griega que representa al dios Caronte transportando en su barca las almas de los muertos al inframundo.

Esta escultura constituye el elemento más importante del monumento. Se titula *Fahrt über den Styx (Viaje por el Estigia)*. Lo primero que me sorprendió de esta escultura cuando finalmente estuve frente a ella aquella tarde de abril fue que no traslucía el más mínimo signo de emoción. Llevaba toda la semana descubriendo historias de una violencia y terror increíbles, pero allí no se percibía nada de eso. Los personajes de la barca parecían afligidos, pero nada en ellos sugería el miedo que las víctimas debieron de sentir en el momento de su muerte; ni la pena y la angustia sufrida por aquellos que dejaron atrás, en una ciudad destrozada. Mi impresión fue que este monumento había sido diseñado para aliviar, no para evocar.

Aparte de Caronte, el barquero de la muerte, hay otros cuatro grupos de personajes aquí. En la proa de la barca hay un hombre anciano: es el único que se enfrenta a su destino con aparente resignación. Tras él se encuentra una madre con gesto sombrío tranquilizando a un niño que parece demasiado asustado para contemplar la realidad de lo que está ocurriendo. A continuación, hay una joven pareja que se sostiene y apoya mutuamente; y en la popa, junto al propio Caronte, vemos a un hombre en la flor de la vida.

Todos los personajes están muy esquematizados, y claramente no representan a personas reales, sino a arquetipos. Dicho de otro modo, las figuras representan todos los tipos de individuos que murieron en el

bombardeo. Cualquiera que venga al cementerio a llorar a un ser querido podría encontrar aquí una representación de él o de ella en la escultura.

Para los deudos esto puede resultar consolador, pero también hay algo terriblemente lúgubre en esta idea. La escultura del anciano no representa a un solo anciano, sino a miles de ellos. La madre no representa a una sola madre, sino a miles de madres. En 1943 se destruyó una comunidad entera: jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, casados y solteros, todos desaparecieron.

Mientras yo estaba a las puertas del monumento, y en mis oídos seguían resonando los relatos de los testigos del bombardeo, de repente tomé conciencia de la magnitud de lo que allí se describía. No eran un grupo de individuos a los que Caronte llevaba en barca al inframundo, sino todo Hamburgo. Esta escultura no es meramente un retrato de la muerte y del duelo; es un retrato del Armagedón.

Lo que ocurrió en Hamburgo a finales de julio de 1943 fue diferente a cualquier cosa que el mundo hubiera vivido antes. Los expertos militares llevaban mucho tiempo especulando sobre la destrucción de grandes ciudades mediante bombardeos, pero esta fue la primera vez que se llevó a cabo a gran escala. Aún hoy sigue siendo la serie de bombardeos más destructiva de la historia de Europa.

La Operación Gomorra, como se la llamó acertadamente, fue un ataque combinado de las fuerzas aéreas británica y norteamericana: la RAF bombardeaba Hamburgo por la noche, y la Fuerza Aérea del Ejército de Estados Unidos atacaba objetivos específicos en los muelles de Hamburgo durante el día. En solo una semana y media lanzaron 9.785 toneladas métricas de bombas sobre la ciudad; el equivalente a casi una cuarta parte de *todas* las bombas lanzadas sobre Gran Bretaña durante todo el *Blitz*.

Uno de estos ataques en concreto llegó a hacerse especial y tristemente famoso. La noche del 27 de julio, 722 bombarderos de la RAF sobrevolaron la ciudad y lanzaron sus bombas sobre los barrios de clase obrera situados al este del centro. La mayoría de estas bombas eran incendiarias. En pocos

minutos, habían originado decenas de miles de fuegos; unos fuegos que se unieron formando un único incendio de más de diez kilómetros cuadrados de extensión.

Lo que ocurrió a continuación fue tan terrorífico que incluso aquellos que estaban acostumbrados a tratar con grandes incendios no llegaron a comprenderlo del todo. Parece que el fuego fue tan intenso que provocó una especie de reacción en cadena. A medida que el aire sobrecalentado se elevaba rápidamente por encima de la ciudad, más aire era succionado desde las áreas colindantes para llenar el vacío. Este aire portaba oxígeno fresco, lo que a su vez hizo que los fuegos ardieran con más fuerza aún. A medida que el aire se calentaba cada vez más, los vientos se hacían a su vez más y más fuertes, hasta que toda la ciudad se convirtió en un horno dentro del cual soplaba un viento de fuerza huracanada. Había nacido un nuevo fenómeno: la «tormenta de fuego».

Según el registro cronológico que llevó a cabo el ingeniero jefe de la estación principal de bomberos aquella noche, la tormenta de fuego de Hamburgo prendió antes incluso de que hubiera terminado el bombardeo. En una hora, el huracán era tan tremendo que los bomberos que salieron de la estación solo podían avanzar andando a cuatro patas, por la fuerza del viento. Los que conseguían llegar a la calle no podían hacer nada contra el viento y las llamas, y muchos se vieron obligados a abandonar sus vehículos y refugiarse en cráteres de bombas.

Uno de los bomberos informó de que no se veía «humo en las calles, solamente llamas y el aire lleno de chispas, tan grandes como los copos en una tormenta de nieve». Otros testigos presenciales también afirmaron que el huracán era «un aluvión de chispas» que prendían fuego en el pelo y la ropa de la gente que intentaba escapar. Muchos solo sobrevivieron gracias a lanzarse a los canales, o tratando de llegar a los espacios abiertos de los parques de la ciudad. Existen innumerables relatos de testigos que vieron a personas que empezaban a arder en llamas mientras corrían, o niños arrastrados hacia el fuego por el viento, y de gente que huía por carretera y que se quedaba pegada en el ardiente asfalto, derretido por el intenso calor, «como moscas en la cera caliente de una vela». A los que se quedaron en

sus sótanos y refugios no les fue mucho mejor. Según un informe del jefe de policía de Hamburgo, muchos de los que estaban demasiado asustados para huir murieron asados como en un horno, o intoxicados por la inhalación de humo y monóxido de carbono.

Es imposible decir con exactitud cuántas personas murieron durante la catástrofe, pero la mejor estimación, a través de los diversos informes policiales, datos del censo y estudios sobre el bombardeo realizados en la posguerra, sugiere que más de 30.000 personas sucumbieron en aquella única noche, y entre 37.000 y 45.000 en total, durante toda la secuencia de bombardeos. En solamente diez días, toda la zona este de la ciudad había quedado completamente destruida, así como gran parte de la zona oeste. Aproximadamente un 61 % de la totalidad de las viviendas de Hamburgo –más de 40.000 edificios residenciales– fueron arrasados. Durante los siguientes días, en torno a un millón de refugiados huyeron de la ciudad. A todos los efectos, Hamburgo había dejado de existir.

Los que se aventuraron a volver a la ciudad en los meses siguientes, describieron una escena de absoluta devastación. Una testigo ocular dijo que no había visto nada más que «ruinas por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista. Escombros en las calles, fachadas derrumbadas en el suelo, piedras en los bordillos, árboles carbonizados y jardines arrasados… Uno se quedaba sin palabras al verlo». Al novelista Hans Erich Nossack le impresionó tanto ver las ruinas que no podía creer que aquello fuera Hamburgo. «Lo que nos rodeaba no nos recordaba en nada lo que habíamos perdido», escribió. «No tenía nada que ver con ello. Era otra cosa, algo absolutamente extraño, era lo esencialmente imposible». Tituló su recuerdo de la destrucción *Der Untergang –El hundimiento–* como si lo que estuviera presenciando fuera el apocalipsis mismo.

Aunque solo fuera por la magnitud de lo que ocurrió en Hamburgo, cabría esperar que esto se conmemorara de forma espectacular, con monumentos grandes y ambiciosos como los de Berlín, Hiroshima y Oradour-sur-Glane. Pero aquí no hay ningún «parque de la paz», ni monumentos gigantescos

que ocupen varias manzanas del centro de la ciudad. Durante décadas, no existió nada más que esta pequeña y discreta escultura en un tranquilo rincón del cementerio, oculta dentro de un patio cerrado, casi como si sintiera vergüenza.

Merece la pena recodar que hasta pasados nueve años de que la «tormenta de fuego» arrasara la ciudad, no existió aquí ningún monumento. Los nazis no construyeron uno en 1943 porque ya estaban en una situación muy apurada; por otra parte, no resultaba nada motivador llamar la atención sobre lo mal que les estaba yendo en la guerra a esas alturas. Cuando los británicos tomaron la ciudad en 1945, tampoco construyeron ningún monumento; de nuevo, los recursos escaseaban, y tampoco querían que la población local ahondara mucho en los traumas del pasado (especialmente teniendo en cuenta que los propios británicos eran en gran medida los responsables de dichos traumas). El monumento de Ohlsdorf no se proyectó hasta después de 1949, cuando la población local recuperó la titularidad del poder democrático. Pero los alemanes trataban de mirar hacia adelante, no hacia atrás. Nadie quería un monumento enorme, grandioso. El pasado era algo que casi todos deseaban olvidar.

Hoy, a la gente le resulta difícil captar realmente el sentimiento de vergüenza que envolvió a Alemania tras la guerra. El apocalipsis en el que se sumió el país no fue solo físico, sino también espiritual. Los alemanes estaban avergonzados de haber perdido la guerra; estaban avergonzados de tener que postrarse a los pies de los que los habían derrotado; pero, sobre todo, estaban avergonzados de lo que los nazis habían hecho en su nombre. Sabían que, en lo que a otras naciones se refiere, ellos eran ahora los parias.

Peor aún, eran también parias a sus propios ojos. Tras la guerra, el pueblo alemán se vio obligado a cuestionar casi cada aspecto de su sociedad. Se demostró que todas sus instituciones eran corruptas y explotadoras –no solo el Gobierno, que estaba podrido por completo, sino también el ejército, la judicatura, las grandes empresas e incluso la profesión médica, que, como también se reveló en los juicios de Núremberg, había estado implicada en los crímenes del Holocausto. El nazismo parecía haberlo impregnado todo. Incluso las fosas comunes de

Ohlsdorf habían sido excavadas y llenadas por trabajadores forzosos de los campos de concentración locales. Ya nada parecía sagrado, ni siquiera el enterramiento de los muertos.

En el propio monumento se perciben indicios de este sentimiento de vergüenza. Siempre me he preguntado por qué no expresa para nada la indignación que sí he visto en otros monumentos del mundo. Aquí no se transmite tampoco una idea de martirio, como sí ocurre en lugares como Oradour o Hiroshima. No hay ira, como encontramos en el monumento a Katyn de Nueva Jersey o en la estatua de la «mujer de solaz» de Seúl. Los personajes aquí descritos no protestan por nada: parecen estar yendo voluntariamente a encontrarse con la muerte. ¿No es escalofriante?

Tal vez exista aquí un reconocimiento tácito de que la violencia y la destrucción sufridas al final de la guerra fueron simplemente el precio que Alemania tuvo que pagar por sus crímenes; tal vez incluso sugiera que, dado que la violencia condujo en última instancia a la derrota de los nazis, fue un precio que *mereció la pena* pagar. El propio artista que creó el monumento, Gerhard Marcks, fue un ferviente antinazi. Antes de la guerra, le incluyeron en las listas negras por oponerse al régimen, y calificaron sus esculturas de «arte degenerado». Tal vez esta fuera su manera de mostrarle a la gente de Hamburgo que, conforme a una especie de justicia divina, ellos solamente habían recogido lo que habían sembrado.

Este fue el mensaje principal de la ceremonia de inauguración del monumento en agosto de 1952. En un discurso al público allí congregado, el primer alcalde del Hamburgo de la posguerra, Max Brauer, pidió a los deudos que hicieran un ejercicio de introspección. «¡Tened el valor de ver la verdadera razón que trajo la muerte de vuestros padres, madres, hermanos y hermanas!», dijo. «Ellos no tenían que ser sacrificados. Fue solo porque se pusieron en manos de violentos criminales por lo que la violencia asoló a nuestras familias y nuestras pacíficas ciudades».

Teniendo esto en mente, vale la pena echar una última mirada al monumento del cementerio de Ohlsdorf. En los últimos años se le criticó por no condenar abiertamente a los nazis y sus crímenes. Monumentos posteriores a la tormenta de fuego han sido, ciertamente, mucho más

explícitos. La derruida iglesia de San Nicolás, en el centro de Hamburgo, convertida en un espacio para el recuerdo en las décadas de 1970 y 1980, alberga ahora en su solar una escultura dedicada a las víctimas de un cercano campo de concentración. Y en el monumento a las víctimas de la tormenta de fuego situado en Hamburger Strasse, en el barrio de Barmbek, al noreste de la ciudad, se puede leer: «No más fascismo» y «No más guerra» inscrito en su base. Pero cualquiera que piense que estos sentimientos no están expresados en el monumento de Ohlsdorf debería volver a verlo.

La escultura de Gerhard Marcks muestra una serie de personajes arquetípicos camino del inframundo. Cada uno es emblemático de una virtud concreta: el anciano representa la sabiduría, la mujer representa la maternidad y la femineidad, la pareja joven representa el amor y la lealtad. En otros tiempos, estas virtudes se consideraban sagradas, pero, durante la guerra, también fueron distorsionadas al servicio del régimen. La sabiduría fue sustituida por la propaganda. Las madres debían producir soldados para el Reich. El régimen se apropió incluso de conceptos como la lealtad, y los explotó. La perturbadora consecuencia de todo ello es que estas virtudes, tan mancilladas por el pasado, han perdido ahora sus atributos sagrados: el inframundo es el mejor lugar donde pueden estar.

Tal vez el personaje más fascinante en este sentido es el que está sentado en la parte de atrás de la barca de Caronte: el hombre en la flor de la vida. De todas las virtudes veneradas por la Alemania nazi durante la guerra, las que representa esta figura –la fuerza, la virilidad, el poder– eran las más apreciadas de todas. Y, sin embargo, él no está de pie como el resto de los pasajeros; está sentado con la cabeza entre las manos, en actitud de absoluta desesperación. En esto ha quedado convertida la gloria militar de los años de la guerra. Él, al igual que el Reich de los mil años que le habían prometido al pueblo alemán, va camino del olvido.

El apocalipsis despojó de todo a la gente de Hamburgo. Mató a sus familias y a sus amigos. Destruyó sus casas y negocios, y devastó la ciudad. Pero aún peor que todo esto, les arrebató su orgullo de lo que eran. Si el monumento del cementerio de Ohlsdorf es tan discreto, es porque los

ciudadanos de Hamburgo no querían nada más ostentoso. Estaban hartos del pasado y sus problemas.

En esto no eran tan diferentes de los habitantes de Dresde y de Berlín, de Hiroshima y Nagasaki, o de las incontables poblaciones del resto de ciudades del mundo que se vieron afectadas por la guerra. Tras aquellos años de destrucción y muerte, ya no tenían interés en construir monumentos dedicados al apocalipsis. Estaban más interesados en construir algo que celebrara las posibilidades del futuro.

Cúpula de la Bomba Atómica, Hiroshima.

21

Japón: Cúpula de la Bomba Atómica, Hiroshima, y Estatua de la Paz, Nagasaki

Inmediatamente después de la guerra, la necesidad de duelo tuvo que competir, en todas partes, con la necesidad de olvidar. En algunos lugares, como Hamburgo, trataron de dejar atrás la guerra lo antes posible. En otros, como Oradour, el proceso de asimilar el pasado les resultó desgarradoramente doloroso. Pero hay una o dos localidades, como Hiroshima y Nagasaki, que parecen haber asumido la devastación que sufrieron y trataron de aprovecharla como una oportunidad para el cambio.

De todos los cataclismos descritos en este libro, ninguno fue tan apocalíptico o total como el que golpeó a Japón a principios de agosto de 1945. La corriente de aire extremadamente caliente que barrió la ciudad de Hiroshima el 6 de agosto no se parecía a nada que el mundo hubiera visto hasta entonces. Fue el resultado de una única explosión, que se produjo a unos seiscientos metros de altura sobre el centro de la ciudad. En unos momentos, el 90 % de la urbe quedó arrasado, y decenas de miles de personas murieron. La destrucción fue tan total, tan repentina, que los testigos no podían explicarla de una forma racional. «Yo pensé que podría ser algo que no tuviera nada que ver con la guerra», escribió la novelista Ota Yoko, que sobrevivió al bombardeo, «el colapso de la Tierra, que se dijo que ocurriría en el fin del mundo». Otros supervivientes dijeron que «fue como si el sol se hubiera caído del cielo», o que de repente se habían visto transportados a un mundo paralelo, «el mundo de los muertos».

Tres días después, a las 11:02 de la mañana del 9 de agosto, una segunda explosión atómica destruyó Nagasaki. De nuevo, los testigos no encontraban explicación a lo que les estaba ocurriendo. En el hospital

universitario, los médicos, agazapados en el interior del destrozado edificio, se preguntaban unos a otros si había explotado el sol. Una de sus colegas, la enfermera Hashimoto, se describió caminando por las calles y viendo los cuerpos desnudos tendidos por todas partes, rodeada de grandes árboles arrancados de raíz: dijo que, durante un rato, creyó que ella era «la única persona que quedaba viva en la Tierra».

A diferencia de todos los demás acontecimientos que he descrito hasta ahora, estos atisbos de apocalipsis no solo los percibieron quienes experimentaron directamente la violencia: rápidamente se extendieron por todo el mundo. Gente de todas partes comenzó a especular sobre cómo serían las futuras guerras si cualquier país tuviera acceso a estas armas. «Uno se olvida del efecto en Japón…», publicó el *New York Herald Tribune* inmediatamente después de la bomba de Hiroshima, «cuando uno siente que se tambalean los cimientos de nuestro universo». Según la revista *Time*, la guerra en sí de repente pasó a ser algo de una «importancia menor»; comparada con la revelación de la energía atómica, la perspectiva de la victoria no era más que «el grito de un niño en la calle». El filósofo francés Jean-Paul Sartre denominó a la bomba atómica «la negación del hombre»; mientras que Albert Einstein consideró la nueva situación como «el peligro más terrible ante el que el ser humano se ha visto nunca». De la noche a la mañana, la aniquilación no fue meramente algo que pudiera cernirse sobre una sola localidad o un solo pueblo. Comparada con otros acontecimientos apocalípticos, la devastación de Hiroshima y Nagasaki tenía implicaciones para el futuro de la humanidad en general.

¿Cómo es posible conmemorar hechos como este? En el periodo inmediatamente posterior a las explosiones, el pueblo japonés ni siquiera lo intentó. Algunos supervivientes colocaron lápidas para marcar el lugar donde sus familiares habían muerto. En Nagasaki se erigió un único monolito entre los escombros para señalar el hipocentro –el punto directamente bajo el cual había explotado la bomba–. Pero no se hizo

mucho más. Ambas ciudades, todavía en estado de *shock*, estaban demasiado ocupadas en sobrevivir.

En ausencia de un monumento oficial, las propias ruinas empezaron a adquirir un significado especial. En Hiroshima, donde prácticamente todos los edificios fueron barridos por la explosión, los restos carbonizados del Pabellón para la Promoción Industrial de la Prefectura de Hiroshima se convirtieron en un símbolo del apocalipsis que tan súbitamente se había cernido sobre la ciudad. Su cúpula, ahora reducida a un esqueleto, era la estructura más alta en varios kilómetros a la redonda y todo lo que quedaba alrededor de ella eran cenizas.

Ambas ciudades lucharon durante años por volver a ponerse en pie. Pero fue en 1949, año en el que la Dieta Nacional de Japón aprobó unas leyes específicas para su reconstrucción, cuando los habitantes de Hiroshima y Nagasaki se sintieron capaces de ponerse a pensar en cómo conmemorar aquello por lo que habían pasado.

En Hiroshima se elaboró un proyecto nuevo que incluía un destacado espacio conmemorativo en el que fuera distrito de Nakajima, centro comercial de la ciudad. Debía haber un museo dedicado a la historia del bombardeo: un «parque de la paz» para la serena contemplación del apocalipsis que había tenido lugar; y monumentos a la destrucción, a los muertos y a las esperanzas de renacimiento. Se convocó un concurso y, de las 145 propuestas presentadas, la ciudad eligió la del arquitecto modernista Kenzo Tange.

Desde el primer momento, las ruinas del Pabellón para la Promoción Industrial –ahora conocido como la Cúpula de la Bomba Atómica– fueron clave para el diseño de Tange. Su parque conmemorativo de la paz se configuró deliberadamente con un museo en uno de los extremos, la Cúpula de la Bomba Atómica en el otro y un cenotafio en medio. Dondequiera que nos situemos a lo largo de este eje central que une los tres puntos, la cúpula siempre queda delante de nosotros. Es más, si nos situamos frente al cenotafio para rezar por los muertos, como los representantes de la ciudad hacen cada mes de agosto en su Ceremonia de la Paz anual, automáticamente nos encontraremos mirando directamente a través del arco

hacia la Cúpula de la Bomba Atómica, que constituye el foco principal de este espacio conmemorativo.

Como a menudo señalan los diseñadores e historiadores japoneses, el efecto global es similar al de un santuario sintoísta. La entrada principal del extremo sur del parque conmemorativo de la paz se hace a través del museo, que está construido sobre pilares o pilotes: pasamos por debajo de él, al igual que se pasa bajo la entrada ceremonial de un santuario. El camino central que atraviesa el parque es como el camino ceremonial de un santuario. Conduce hasta el cenotafio, que es como el oratorio, o *haiden*, donde los devotos van a rezar. Más allá, la Cúpula de la Bomba Atómica se yergue como el edificio más sagrado del santuario, el *honden*. Al construir el parque de esta manera, Tange hizo que la cúpula pasara de ser una simple ruina a objeto de significado sagrado: es como si todas las almas de las 140.000 víctimas de la bomba atómica de Hiroshima estuvieran consagradas allí.

Incluso aquellos que desconocen por completo la arquitectura sintoísta encuentran algo misterioso e impactante en este edificio. Mientras el resto del centro de Hiroshima ha sido rediseñado y reconstruido desde cero, la cúpula continúa ahí para recordarnos la ciudad que existió antes del apocalipsis. El hecho de que siga allí es una especie de milagro. Está a solo 160 metros del hipocentro, por lo que toda la fuerza de la explosión cayó sobre ella. Al igual que las reliquias que se conservan en el museo –los relojes derretidos y los triciclos infantiles carbonizados– el edificio ha quedado marcado para siempre por la fuerza divina que arrasó con casi todo lo demás.

Durante veinte años a partir del final de la guerra, muchos de los residentes de la ciudad quisieron demoler la Cúpula de la Bomba Atómica. Su presencia constituía un recordatorio constante del horror que habían sufrido y que querían dejar atrás. Pero, entretanto, unos escolares del Club de Origami de la ciudad no dejaban de pedir al Ayuntamiento que convirtiera las ruinas en un monumento oficial, y en 1966 por fin lo consiguieron: el pleno del Consistorio votó unánimemente a favor de conservar las ruinas «para siempre». Empezaron a llegar contribuciones

para pagar los trabajos de reforzamiento de la estructura, que quedaron terminados al año siguiente. Treinta años más tarde, en 1996, la cúpula fue declarada Patrimonio Mundial de la Humanidad por la Unesco, pasando a convertirse en un destino de peregrinaje mundial: más de un millón de turistas van a verla cada año. Aunque la gran mayoría solo se detiene junto a las ruinas unos momentos para tomar fotos y hacerse selfis, no por ello deja de percibirse un aire de solemnidad casi religiosa. La mayoría de la gente parece haber aceptado el mensaje esencial del monumento, escrito en una placa colocada ante las ruinas, de que sirva como «lección para la humanidad».

En Nagasaki, la conmemoración de la bomba que destruyó la ciudad ha adoptado una forma distinta. En los meses inmediatamente posteriores a la guerra, las ruinas se convirtieron en un símbolo, como las de Hiroshima, e incluso tal vez más. La catedral de Urakami, al igual que la Cúpula de la Bomba Atómica, también estaba muy cerca del hipocentro, y sufrió daños extremadamente graves. La población cristiana de Nagasaki, empezó a considerar las ruinas como el símbolo del enorme sacrificio que la ciudad había tenido que sufrir. Sin embargo, a diferencia de la Cúpula de la Bomba Atómica, la catedral fue reconstruida tras la guerra, y solamente se conservaron algunos fragmentos del original. En cambio, la ciudad invirtió su energía emocional en un nuevo monumento construido al efecto: la Estatua de la Paz.

La estatua ocupa un espacio propio, bastante separado de la ciudad. A diferencia de Hiroshima, el monumento conmemorativo de Nagasaki no se encuentra en el área central, en el núcleo de la ciudad, sino en el barrio de Urakami, unos kilómetros al norte del puerto principal. Se distribuye en tres enclaves diferentes. Primero están el Museo de la Bomba Atómica y el Salón Nacional de la Paz, que se encuentran el uno junto al otro, comunicados por un pasillo subterráneo. El segundo, a escasa distancia a pie, es el hipocentro de la bomba atómica, actualmente ocupado por un pequeño parque en el que se encuentran esparcidos varios monumentos y

restos de la explosión. Más allá, y fuera de la vista de los dos enclaves anteriores, está el Parque de la Paz. Es aquí, en el extremo norte del parque, donde se halla la Estatua de la Paz.

Este es seguramente el monumento más importante de Nagasaki al bombardeo. En la base de la estatua hay una caja de mármol negro que contiene los nombres de las víctimas de la bomba atómica. Al igual que los representantes de la ciudad de Hiroshima celebran su Ceremonia de la Paz frente al cenotafio que está delante de la Cúpula de la Bomba Atómica, los de Nagasaki se reúnen cada año ante esta estatua. Al igual que la cúpula, la estatua es, simbólicamente, un santuario dedicado a los muertos.

La Estatua de la Paz fue diseñada por el escultor Seibo Kitamura e inaugurada por la ciudad de Nagasaki en el décimo aniversario del bombardeo, en agosto de 1955. Muestra una figura viril, como de un dios, de diez metros de alto, sentada sobre una roca. Una de sus piernas, enorme, musculada, permanece doblada sobre sí misma, en señal de serena meditación, pero la otra pisa firmemente el suelo, lista para dar un salto si es necesario, en auxilio de la humanidad. Con la mano derecha apunta al cielo, señalando la amenaza de las armas nucleares. Sin embargo, la izquierda, que está estirada, simboliza la tranquilidad y la paz mundial. Tiene los ojos cerrados «en solemne oración por las víctimas de la guerra». Según el artista, la estatua quiere simbolizar un deseo de armonía global y el rechazo a la guerra.

Aquí acuden muchos menos visitantes que al más grande y más céntrico Parque de la Paz de Hiroshima; pero se percibe la misma atmósfera de piadoso peregrinaje. La primera vez que visité este lugar fue una lluviosa tarde de un lunes de marzo y, no obstante, encontré docenas de visitantes de pie frente a la estatua, en actitud solemne, con los paraguas en la mano. Algunos hablaban chino, otros, coreano, y otros, inglés –aunque este monumento no sea Patrimonio Mundial de la Unesco, no por ello deja de atraer visitantes de todas partes del mundo–.

Estatua de la Paz, Nagasaki.

Hay que decir que la estatua no es del gusto de todos los residentes locales. Un profesor de Lengua la ha calificado como «una torpe

aproximación a una deidad grecorromana», que rinde tributo «a la civilización que deliberadamente lanzó bombas atómicas sobre dos ciudades pobladas mayoritariamente por no combatientes». Otros han llamado la atención sobre su simbolismo budista –no muy apropiado, afirman, teniendo en cuenta que la comunidad más devastada por la bomba fue la minoría cristiana de Nagasaki, perseguida por largo tiempo–. En una entrevista para el *Japan Times*, el historiador local Shigeyuki Anan señaló que la estatua fue construida en un momento en el que el Gobierno japonés debería haber atendido otras prioridades. «Construirla costó cuarenta millones de yenes, en un momento en el que los *hibakusha* [supervivientes de la bomba atómica] ni siquiera contaban con ningún tipo de protección legal». Todas estas personas lamentan el hecho de que Nagasaki no conservara las ruinas de la catedral de Urakami como principal monumento conmemorativo de la destrucción de la ciudad.

Según el propio escultor, sin embargo, estas críticas son equivocadas. Seibo Kitamura combinó deliberadamente los estilos oriental y occidental con el fin de evocar «las cualidades tanto de Buda como de Dios». Su intención siempre fue trascender las barreras de la raza y la religión, y tratar de crear una sensación de armonía entre las dos culturas que habían pasado tantos años luchando la una contra la otra. Quería que el monumento fuera algo más que un lamento por lo que se había perdido. «Tras experimentar la pesadilla de la guerra, esa carnicería sangrienta, ese horror insoportable», escribió, «¿quién podría pasar de largo sin rezar por la paz?».

Hoy, cuando visitamos los diversos monumentos de Hiroshima y Nagasaki, es posible identificar algunos temas comunes en esta conmemoración; el primero y más importante es exactamente el que Kitamura subrayaba: «Rezar por la paz» es el *leitmotif* que predomina en los monumentos conmemorativos de ambas ciudades.

En Hiroshima, la Cúpula de la Bomba Atómica se encuentra entre docenas de otros monumentos, casi todos ellos dedicados a la idea de la Paz. Por ejemplo, hay un Monumento de los Niños a la Paz, un Túmulo a la

Paz, una Llama de la Paz, una Campana de la Paz, una Torre del Reloj de la Paz y un Estanque de la Paz. Hay incluso una estatua que representa directamente una oración por la paz. Hacia la mitad del parque hay un monumento conmemorativo de la paz que contiene los nombres, las fotografías y las historias de las víctimas de la bomba atómica. Más allá del Museo de la Paz hay una instalación llamada las Puertas de la Paz. Por si el mensaje no hubiera quedado suficientemente claro, la carretera principal que conecta el parque con el resto de la ciudad lleva el nombre de Bulevar de la Paz. La Cúpula de la Bomba Atómica preside todo el panorama como escalofriante ejemplo de lo que le espera a cualquier nación que abandone la senda de la paz.

En Nagasaki, la Estatua de la Paz representa algo similar. También se encuentra dentro del Parque de la Paz, cerca de una Fuente de la Paz, un Monumento de la Paz, varias Grullas de la Paz y muchas otras esculturas dedicadas a los conceptos de *paz*, *amor*, *amistad* y *vida*.

Todo ello resulta significativo. Todavía hoy, Japón cuenta con uno de los movimientos por la paz más importantes del mundo –de hecho, la Constitución japonesa recoge un compromiso con la paz–. La experiencia de la guerra y la descomunal destrucción que supuso para Japón, y especialmente para Hiroshima y Nagasaki, le enseñó una lección que no ha podido olvidar.

El segundo tema más importante que surge del destino de las dos ciudades es un mensaje de victimismo. Hiroshima y Nagasaki hicieron que Japón quedara señalada como una víctima más que como un perpetrador de la guerra. Hoy en día, el Gobierno y los periódicos japoneses describen rutinariamente a Japón como «la única nación sobre la que se ha lanzado una bomba atómica» y llevan haciéndolo así al menos desde la década de 1970. En concreto, la Cúpula de la Bomba Atómica desempeña un papel importante en este sentimiento de victimismo: es el máximo símbolo del martirio atómico de Japón.

La idea ha indignado a muchos de los antiguos enemigos de Japón porque implica automáticamente una especie de absolución para el país en su conjunto. Actualmente, el pueblo japonés no asume la responsabilidad de

su pasado, en parte porque no siente la necesidad de hacerlo: consideran que con Hiroshima y Nagasaki ya han pagado lo que debían.

Es fácil indignarse ante esto, pero esta idea de victimismo tiene otra cara bastante más encomiable: al menos los monumentos conmemorativos de Hiroshima y Nagasaki no hacen ninguna acusación.

Las ruinas de la Cúpula de la Bomba Atómica no se han conservado, a diferencia de las de Oradour, para mostrar la barbarie del enemigo. De hecho, prácticamente no se hace mención al enemigo. La placa que hay frente a la cúpula solo menciona «la bomba» que convirtió la ciudad «en cenizas» –no dice nada de los pilotos estadounidenses que dejaron caer esa bomba–. El museo cercano hace exactamente lo mismo: está dedicado a «los horrores y la naturaleza inhumana de las armas nucleares», no a vilipendiar a los gobernantes estadounidenses que se atrevieron a usarla.

Igualmente, en la Estatua de la Paz de Nagasaki, los únicos enemigos a los que se menciona son «la bomba atómica» y «la guerra» como concepto abstracto. Mientras uno pasea por el parque, no encontrará referencias a Estados Unidos, o al presidente Truman, o a las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Por otra parte, como ha señalado Hiroko Okuda, de la Universidad de Nanzan, la palabra japonesa para significar «víctima», utilizada en las conmemoraciones de Nagasaki, no es *higaisha*, que denota una víctima que ha sufrido a manos de otra persona, sino *giseisha*, que simplemente hace referencia a alguien que sufre. Es casi como si la bomba atómica no hubiera sido obra de un enemigo, sino más bien el resultado de un desastre natural, como un terremoto o un tsunami.

De este modo, Japón no solo evade su propia responsabilidad sobre la guerra, sino que permite que sus anteriores enemigos evadan sus responsabilidades también. No es exactamente lo mismo que el perdón y la reconciliación, pero constituye la base de una nueva amistad que desde 1945 viene siendo muy fructífera para Japón y Estados Unidos.

El último tema de gran importancia que se muestra en Hiroshima y Nagasaki es ligeramente más sutil. Implica la idea de un resurgimiento

nacional.

En el Parque de la Paz de Nagasaki, a escasa distancia de la colosal Estatua de la Paz, se encuentra la Zona de Símbolos de la Paz Mundial. Fue instaurada en 1978 por las autoridades municipales, que invitaron a otras naciones del mundo a donar monumentos. Aquí encontramos esculturas procedentes de varios países europeos, así como de China, la Unión Soviética, Argentina, Brasil, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y otros muchos. Si cada escultura representa a una nación distinta, esto plantea una cuestión: ¿a qué nación representa la Estatua de la Paz *principal*? ¿Es posible que, después de todo, no simbolice la armonía internacional, como postulaba su escultor? ¿Representa, tal vez, al propio Japón?

Tras la guerra, Japón sabía que tenía que cambiar sus métodos, y lo hizo rápidamente. Menos de dos semanas después de su histórica rendición, antes de que los estadounidenses hubieran tenido siquiera ocasión de ocupar el país, el jefe de la Oficina de Información del Gobierno japonés estaba vendiendo la experiencia de la bomba atómica como la clave para cambiar la imagen de Japón en el mundo. En un artículo en uno de los periódicos nacionales de Japón, *Asahi Shimbun*, anunció que la mejor manera de mostrar «arrepentimiento» era abrazar sin reservas el concepto de *paz*. Sugirió que, si jugaban un papel protagonista en un movimiento para prohibir el futuro uso de armas nucleares, los japoneses conseguirían pasar de ser «perdedores de la guerra» a «vencedores de la paz».

Cuando contemplo la colosal Estatua de la Paz de Nagasaki, no puedo evitar recordar estas palabras. Mi impresión es que esta gigantesca y musculada figura no representa en ciertos aspectos la «paz», sino más bien el poder de la nación. Es obvio que el poder físico parece reflejar las virtudes marciales por las que Japón ha luchado siempre, antes y durante la guerra. Cuando la estatua fue inaugurada, el país ya estaba en la senda de recuperar su anterior bienestar económico y nacional. A medida que la nación fue ganando fuerzas, durante las décadas de 1950 y 1960, las estatuas como esta fueron una forma eficaz de convencer a los vecinos de Japón de que no había razones para temer a esta nueva potencia. Y

posiblemente no solo a los vecinos de Japón, sino también a la población del propio país. Mientras los monumentos de la guerra más icónicos se dedicaran a la idea de la paz y no de la gloria militar, no había motivos para que Japón sintiera miedo de su propia fuerza.

Incluso la Cúpula de la Bomba Atómica alude en cierto modo a esta idea. El contraste entre las ruinas y los flamantes nuevos edificios que se han levantado sobre las cenizas de una ciudad ha sido siempre parte del poder emocional de la cúpula. Solo si recordamos hasta qué punto la ciudad quedó absolutamente destruida podemos apreciar el milagro del resurgimiento de Hiroshima. La Cúpula de la Bomba Atómica es una vara de medir que permite a la gente de Japón –y de hecho al mundo– ver lo lejos que ha llegado la nación en los años transcurridos desde 1945.

Hiroshima y Nagasaki siempre estarán ligadas a los hechos de agosto de 1945. Con razón o sin ella, muchas personas han llegado a considerarlas como el sacrificio que Japón tuvo que hacer para poner fin a la guerra. Incluso algunos japoneses se refieren en ocasiones a ellas de esta manera. Uno de los más famosos *hibakushas* de Nagasaki, Takashi Nagai, definió a esta ciudad como «una ofrenda consumida por completo por el fuego en el altar del sacrificio para expiar los pecados de las naciones durante la Segunda Guerra Mundial».

Desde entonces, el ejemplo de Hiroshima y Nagasaki ha servido de lección al resto de Japón, para modernizarse, reinventarse y hacer las paces con sus antiguos enemigos. Al igual que muchos otros lugares que he descrito hasta ahora, estas dos ciudades se han convertido en prisioneras de su historia. Pero, durante este proceso, hasta cierto punto, también han liberado a su país.

Hoy en día, la Cúpula de la Bomba Atómica de Hiroshima y la Estatua de la Paz de Nagasaki son símbolos no solo en Japón, sino en toda la escena mundial. Representan un nuevo peligro que por primera vez supuso una amenaza para el mundo a partir de 1945 –la amenaza de la guerra nuclear–. Pero también representan algo más esperanzador: una nueva era y un nuevo

orden mundial nacido de las cenizas de la guerra. En este sentido, tal vez no sean en absoluto símbolos del apocalipsis, sino más bien de un renacimiento no solo a escala nacional, sino también internacional.

Este es el concepto que analizaré en la última parte de este libro.

Quinta parte

RENACIMIENTO

El final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, desencadenó una ola de esperanza en todo el mundo. Tras años de conflicto y destrucción, la posibilidad de una paz duradera parecía finalmente alcanzable. Ya no se arrojarían más bombas. Ya no habría más matanzas. Y los hombres y las mujeres que habían dedicado sus vidas a luchar podían ya volver a casa.

El ambiente de esperanza que trajo consigo el final de las hostilidades era universal, y se extendía incluso a lugares que no habían sufrido violencia, o apenas, durante la guerra. La retórica de la libertad, que había inspirado al mundo a luchar contra las fuerzas del fascismo, ahora le llevaba a liberarse de otras formas de opresión. En Sudamérica, por ejemplo, los años comprendidos entre 1945 y 1948 asistieron al derrocamiento de los dictadores de varias naciones a una velocidad sin precedentes: una nueva era de democracia parecía estar amaneciendo. Del mismo modo, líderes nacionales de África y Asia comenzaron a hablar de una nueva era de autodeterminación: era hora de que los pueblos de las colonias se sacudieran el yugo del imperialismo y comenzaran a ser ellos los que gestionaran sus propios asuntos. En Europa, donde la guerra había destruido tantas infraestructuras físicas e institucionales, gente de todas partes vio la oportunidad de construir una sociedad más humana y más justa, libre de las viejas tradiciones que la habían llevado a la guerra: 1945 asistió al nacimiento de la seguridad social, de los proyectos de viviendas sociales y los sistemas de salud en todo el continente.

Algunos de los monumentos a la Segunda Guerra Mundial más conmovedores celebran no la guerra en sí, sino el amanecer de esta nueva

era de esperanza y paz. Merecen mencionarse muchos monumentos tradicionales. La Fuente de la Alegría de la Vida, en Rostock, Alemania, y el Monumento del Árbol de la Vida, en Birmingham, Reino Unido, describen el resurgir de una nueva vida entre las ruinas de las ciudades destruidas por los bombardeos durante la guerra. Numerosas estatuas de todo el mundo representan a padres y madres de la guerra con sus bebés en brazos, un símbolo que se replicaría en la vida real, dado el *baby boom* que tuvo lugar a raíz del fin de la guerra. En el Parque de la Paz de Hiroshima, por ejemplo, hay una estatua de una madre y su bebé de pie frente a una luna creciente: el bebé toca una trompeta para significar el comienzo de una era nueva y más pacífica. Incluso algunos de los monumentos dedicados a la tragedia y la destrucción hacen hueco a una idea de renacimiento similar. En el jardín del monumento en memoria de las víctimas de la masacre de Nankín, encontramos una diosa de la paz sobre una alta columna. Ella también sostiene a un niño sonriente.

Estas estatuas pueden resultar muy emotivas, pero, en aras de la variedad, me gustaría una vez más ampliar nuestro entendimiento de lo que constituye un monumento. En los últimos capítulos exploraré algunos de nuestros espacios conmemorativos menos tradicionales. Entre ellos se encuentran un cuadro, un balcón, una iglesia y una ruta de senderismo. A veces, algunos monumentos pueden ser aún más impactantes debido al hecho de que se nos muestran bajo formas inesperadas.

Salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Nueva York.

22

Naciones Unidas: mural del salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Nueva York

En Nueva York se encuentra uno de los mayores iconos del mundo de la posguerra: la sede central de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Este complejo de edificios fue creado por arquitectos procedentes de todas partes del mundo que trabajaron en colaboración. Se construyó con cemento, acero y cristal, los materiales de la nueva era. Al igual que muchos otros edificios construidos en los años siguientes a 1945, fue diseñado para simbolizar todo lo que se había conseguido a raíz de la guerra: libertad, esperanza, modernidad, cooperación internacional y, sobre todo, renacimiento.

Si hoy nos damos una vuelta alrededor de la sede de la ONU, encontraremos muchas obras de arte monumentales que representan el final de la guerra y el nacimiento de una nueva era de paz. Hay una escultura gigantesca de una espada que está siendo convertida en un arado a golpe de mazo, y otra de una pistola con el cañón atado en forma de nudo. En frente del edificio de la Secretaría General encontramos una escultura de san Jorge venciendo a un dragón, titulada *El bien triunfa sobre el mal*: el dragón está hecho de fragmentos desguazados de misiles nucleares.

Sin embargo, tal vez la expresión más elocuente de lo que se supone que representa la ONU no se encuentra en la arquitectura, o en las muchas esculturas expuestas en sus instalaciones, sino en la decoración de la sala más importante de la organización. En la parte trasera del complejo de la ONU, en el Edificio de Conferencias, hay una gran sala reservada a las reuniones del órgano más poderoso de la organización, el Consejo de Seguridad. Es aquí donde las primeras potencias mundiales se reúnen para

debatir sobre la paz y la seguridad mundial. En la pared que preside la mesa de conferencias circular hay un enorme mural, de unos nueve metros de ancho y cinco metros de alto, que domina completamente la sala. Fue pintado por el artista noruego Per Krohg en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, y describe un mundo que vuelve a la vida tras años de conflicto. Si buscas una sola obra de arte que represente lo que es la ONU, sin duda, es esta.

El mural consta de dos partes. La de abajo está pintada con colores oscuros, sombríos, y muestra un paisaje devastado, lleno de socavones de bombas y armas abandonadas. Este mundo está muy en primer plano. En el centro, enroscado en los pilares de un búnker subterráneo, un dragón se clava una espada en su propio cuerpo. A cada lado de esta bestia moribunda, vemos figuras humanas que se encuentran en desesperadas circunstancias: algunas se esconden en cuevas, otras luchan por salir de un oscuro abismo, otras están encadenadas y se tambalean, como zombis.

Una vista más de cerca del mural de Per Krohg.

La parte superior de la pintura describe el mundo al que todas estas figuras se dirigen. Este mundo está pintado en colores luminosos y lleno de gente feliz, con buen aspecto, que viven en un entorno de orden y abundancia. Algunos de los personajes tratan de acercarse a ayudar a los que, desde la parte inferior, luchan por llegar arriba. A la izquierda, por ejemplo, un hombre ha tendido una cuerda a una mujer para que pueda trepar y salir del abismo. A la derecha, un hombre asiático y una mujer occidental tienden sus brazos para ayudar a subir a algunos de los esclavos encadenados.

Todo en este mundo luminoso expresa libertad, felicidad y paz. A la izquierda, una mujer abre de par en par una ventana para que entre la luz. Más hacia el centro, dentro de un par de paneles rectangulares, se celebra un festival comunitario: niños de distintas razas juegan, tocan el tambor y lanzan flores mientras sus padres bailan tras ellos en fila. Uno de los bailarines sostiene una bandera de la ONU. A todo lo largo de la parte de arriba del mural se ven escenas de pacífica actividad: a la izquierda, unas personas están pesando grano; a la derecha, unos científicos miran a través de telescopios y microscopios, y entre ellos hay varios pintores, arquitectos y músicos.

En el centro de la pintura puede verse la figura de un ave fénix elevándose desde el caos del viejo y agonizante mundo que tiene debajo. Tras este clásico símbolo de renacimiento hay un panel en forma de almendra donde se describen los ideales que todas las naciones se esfuerzan por alcanzar: una vida pacífica, de amor y bondad. En la pintura religiosa cristiana, especialmente en los frescos de las iglesias, las imágenes más sagradas siempre se enmarcan dentro de un panel exactamente como este, llamado «mandorla». Para Per Krohg, muy influido por el arte religioso cristiano, esta es la parte más importante de su obra: en ella muestra una imagen idealizada de una amorosa familia. Un hombre y una mujer, arrodillados uno frente al otro y rodeados de sus hijos, se cogen el brazo en gesto de compañerismo. Uno de los hijos se cuelga de un árbol para ofrecer una pieza de fruta a su hermana, como símbolo de caridad, mientras el más

pequeño, reclinado a los pies de sus padres, sostiene contra su pecho una paloma de la paz.

Estas importantes imágenes centrales quedan directamente detrás de la silla que ocupa el presidente del Consejo de Seguridad. Describen todo aquello por lo que se supone que el consejo debe velar: el renacimiento, la caridad, la prosperidad, la hermandad entre los pueblos, y, sobre todo, la paz.

Mientras la Segunda Guerra Mundial entraba en sus últimas fases en 1944 y 1945, estas eran las imágenes que el mundo entero estaba pidiendo a gritos. La creación de una organización dedicada a promover la paz mundial parecía la respuesta más adecuada a todos aquellos años de penalidades y violencia. En una conferencia en Dumbarton Oaks, en Washington, D. C., representantes de Gran Bretaña, China, Estados Unidos y la Unión Soviética consiguieron sacar adelante un proyecto para una organización exactamente así. Quizás, el mejor resumen del espíritu de su misión sea el que hizo el jefe de la delegación china, el doctor Wellington Koo. «El establecimiento de una eficaz organización internacional de paz», afirmó, «es la común esperanza y aspiración de todos los pueblos amantes de la libertad que tan heroicos sacrificios han hecho entregando su esfuerzo, su sangre y su vida. Por ellos, y por toda la humanidad, debemos subordinar cualquier tipo de consideración al objetivo de alcanzar nuestra meta común».

Seis meses después, en abril de 1945, delegados de cincuenta naciones se reunieron en San Francisco con el fin de llevar a buen puerto esta misión. A lo largo de las siguientes nueve semanas, trabajaron juntos en la elaboración de un borrador del documento fundacional de las Naciones Unidas, la Carta de la ONU. Su logro fue recibido con universal entusiasmo. Periódicos de todo el mundo lo calificaron de «gran ley histórica» (la *Gazette de Lausanne*), «gran coalición por la paz» (el *Times of India*), e incluso «jardín utópico» (*Straits Times*). «Nunca antes», declaró el candidato nigeriano Eyo Ita en el *West African Pilot*, «la raza humana ha

tenido una mayor y mejor oportunidad para crear una comunidad mundial de pueblos libres e iguales».

Algunos de los más importantes adalides de la ONU procedían de una nación que hasta entonces siempre se había mantenido al margen de los asuntos mundiales: Estados Unidos. Los políticos estadounidenses de ambos partidos parecían competir en alabanzas. El senador Tom Connally, un demócrata de Texas, calificó la Carta de la ONU como «el documento más importante de la diplomacia mundial». El congresista republicano Charles Eaton afirmó que conduciría a «una edad de oro de la libertad, la justicia, la paz y el bienestar social». El público en general parecía estar de acuerdo: en una encuesta de Gallup llevada a cabo en julio de 1945, los que estaban a favor de la Carta de las Naciones Unidas superaban a los que estaban en contra en una proporción de veinte a uno. El mundo entero parecía estar imaginando las mismas escenas que Per Krohg pronto pintaría en la pared del salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Sería fácil desechar todo esto como mera retórica, pero en un mundo que todavía seguía hecho pedazos por la guerra, la perspectiva de una futura paz y armonía despertaba unos deseos muy profundos que hoy en día resulta difícil imaginar. Algunos eran de una intensidad casi religiosa. Una historia que contó un soldado francés demuestra exactamente hasta qué punto la gente estaba desesperada por tener una organización como las Naciones Unidas. Jean Richardot estaba en un campo de batalla del norte de Francia cuando escuchó hablar por primera vez de las Naciones Unidas. Estaba refugiado en una trinchera cuando vio pasar volando un trozo embarrado de periódico. Lo cogió para leerlo y tratar de evadirse de la difícil situación en la que se encontraba. En él se decía que los Aliados estaban tratando de establecer una organización mundial cuyo objetivo era «erradicar para siempre la guerra de la faz de la Tierra». La noticia, como confesó posteriormente en sus memorias, «me impactó tremendamente – como si fuera un mensaje enviado por Dios. Justo en ese momento recé por la paz y el éxito de esta empresa, y me prometí solemnemente, en mi trinchera, que haría todo lo posible para unirme a esta organización si salía vivo de la guerra». Acabada la guerra, fiel a su palabra, Richardot solicitó

un puesto de trabajo en la ONU: fue uno de los 20.000 solicitantes que lo hicieron.

Por desgracia, la ONU nunca logró estar a la altura de estos ideales. Al margen de sus aspiraciones, sencillamente no está establecida sobre unas bases que promuevan la paz y la armonía.

Para empezar, la organización reprodujo en gran medida el modelo de su predecesora, la Liga de las Naciones de la preguerra. Dado que la Liga fue un estrepitoso fracaso a la hora de prevenir la guerra en la década de 1930, no estaba claro por qué había que creer que la ONU lo iba a hacer mejor.

El órgano más poderoso de la ONU era el que pronto se reuniría bajo el mural de Per Krohg: el Consejo de Seguridad. Este era en realidad el corazón y el cerebro de la organización. Era el único organismo con el poder de tomar decisiones vinculantes que todos los Estados miembros estarían obligados a cumplir. Pero no era un consejo de iguales. Cinco miembros iban a tener unos privilegios y responsabilidades especiales: Gran Bretaña, China, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética. A diferencia del resto de los miembros del consejo, los Cinco Grandes no serían elegidos cada dos años, sino que su sitio en la mesa sería permanente, le gustara o no al resto del mundo. Además, dado que la Carta de la ONU establece que todas las decisiones del Consejo de Seguridad deben ser unánimes, cada una de estas cinco naciones tendrían *de facto* un derecho de veto permanente sobre cualquier propuesta con la que no estuvieran de acuerdo.

En 1945, con la Segunda Guerra Mundial todavía activa, esto tenía cierto sentido. Estas cinco naciones eran las que estaban librando la mayoría de los combates en la guerra; y también las que más probablemente iban a acabar desempeñando el papel de guardianes del mundo una vez que terminara. Por tanto, parecía justo que tuvieran más capacidad de decisión que otras naciones en cómo desplegar sus efectivos militares y sus recursos. Sin embargo, esta estructuración del Consejo de Seguridad también significaba que el poder quedaba bien afianzado en manos de las mismas

naciones que tenían más capacidad de amenazar la paz mundial. Como varias naciones no tan poderosas señalaron entonces, estaba muy bien nombrar a los Cinco Grandes como guardianes, pero ¿quién iba a vigilar a los Cinco Grandes?

Para cuando se develó el mural de Per Krohg, en agosto de 1952, el Consejo de Seguridad de la ONU ya estaba fracasando en su labor. En los siete años anteriores presidió todo un catálogo de decepciones, en gran medida debido a que el poder de veto de los Cinco Grandes había dejado a la organización impotente para actuar. En la década de 1940 se quedó de brazos cruzados mientras la Unión Soviética sojuzgaba gran parte de Europa del Este y central. Permitió que Francia reimpusiera su dominio colonial en Argelia e Indochina, lo que acarrearía desastrosas consecuencias a ambos países en años posteriores. Permaneció en silencio mientras Gran Bretaña llevaba a cabo su catastrófica política de partición de la India en 1947 y, en la misma línea, permitió la limpieza étnica de alemanes y otras minorías en Europa oriental. La única vez que tuvo una actuación decisiva fue cuando intervino en la guerra de Corea en 1950. Pero ni siquiera esto fue un gran motivo de celebración: la guerra había sido un baño de sangre y para el verano de 1952 ya parecía que iba a terminar en un callejón sin salida.

Lo peor de todo es que el Consejo de Seguridad no logró acabar con la división, cada vez más profunda, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Las dos superpotencias no estaban de acuerdo en casi nada. Para cuando se inauguró el mural de Per Krohg, la Unión Soviética había ejercido su veto nada menos que 47 veces, y el Consejo de Seguridad estaba prácticamente paralizado. Una nueva Guerra Fría había comenzado, alimentada por la creciente paranoia de ambas partes, y fomentada por las armas nucleares (la proliferación nuclear resultó ser otra situación peligrosa que la ONU no fue capaz de evitar).

Todo esto había tenido lugar *antes* de que Per Krohg pintara su mural. Si contemplamos la pintura con esto en mente, empieza a adquirir un significado completamente diferente. Ya no parece una descripción del nuevo y luminoso mundo que nació de la Segunda Guerra Mundial, porque

era evidente que ese mundo no existía. El propio Krohg nunca sostuvo que fuera un retrato del mundo de la posguerra: se limitó a decir que deseaba representar un ideal alcanzable en algún momento del futuro. «El trabajo de la ONU y el Consejo de Seguridad [debe] proporcionar las semillas para una vida nueva y más valiosa», escribió; y, confiaba en que su gran mural pudiera inspirarlos.

Si tenemos esto presente, resulta especialmente significativo que el presidente del Consejo de Seguridad se siente siempre con el mural de Krogh a su espalda. Tal vez sea porque el mundo lleno de luz y armonía descrito en la mitad superior de la pintura está literalmente fuera del alcance de cualquiera de los presentes en esa sala. Si los delegados echaran un vistazo a sus espaldas, se encontrarían sentados entre las desoladas criaturas de la parte de abajo del mural. En el verano de 1952, el primer plano seguía siendo un lugar de oscuridad y dificultades.

Es fácil tener una actitud cínica respecto a las Naciones Unidas desde la distancia; pero el cinismo no es algo que las propias Naciones Unidas puedan permitirse. Para los delegados que cruzaron las puertas de la sede de la organización en Nueva York a principios de la década de 1950, las expectativas eran muy grandes, y las decepciones que vinieron después, mayores aún. Estas personas necesitaban ideales por los que luchar, ¿de dónde si no iban a sacar energías para sus esfuerzos en pro del compromiso y el consenso?

Partiendo de esta base, no es de extrañar que el idealismo parezca estar presente dondequiera que miremos. Incluso para los turistas que llegan aquí en el siglo XXI, el ambiente de idealismo resulta palpable. Está presente en el arte y en la arquitectura, y, sin duda, también en el mural de Per Krohg. Aunque no sea fácil de explicar a quien nunca haya estado allí en persona, el ambiente de esperanza es tan tangible aquí como en la nueva catedral de Coventry (véase capítulo 24) y el sentimiento de compromiso tan fuerte como en el Parque de la Paz de Hiroshima. Pero también se percibe la sensación de que, a diferencia de esos otros lugares, aquí existe una

auténtica oportunidad para un cambio real, si los diversos delegados lograran aunarse en una misma voluntad política.

Pero si la ONU quiere dar pasos en pos de la paz mundial, primero debe darlos para reformarse a sí misma. La primera vez que visité el salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, lo que más me sorprendió fue lo anticuado que parecía. Con esas sillas de cuero rojo y esa iluminación tan teatral, parecía en realidad una cápsula del tiempo dejada allí en la década de 1950. El mural de Krohg, que domina el extremo este de la sala, resulta totalmente obsoleto. No solo tiene que ver con la ropa, los sombreros o los peinados, todos al estilo de las décadas de 1940 y 1950, sino los propios colores, tan brillantes, que hoy en día nos recuerdan a los dibujos animados. Parte de la imaginería también parece pertenecer a épocas ya pasadas. Por ejemplo, la tosquedad del telescopio y el microscopio que se ven en la esquina superior derecha hacen que ya no parezcan nada futuristas; y en una era dominada por las redes sociales, la anticuada idea de comunidad que aquí se retrata ya no parece tan real. Si bien una reforma radical de la cámara es impensable, ¿no podrían añadirse al menos algunos toques más modernos a lo que ya hay? Un lugar de tal importancia simbólica tiene que resultar coherente con lo que son nuestras vidas hoy.

Las propias Naciones Unidas también han quedado anticuadas, y ningún órgano tanto como el que se reúne en esta sala en concreto. Las cinco grandes potencias que todavía siguen formando el núcleo del Consejo de Seguridad ya no son tan poderosas como en su día lo fueron. Gran Bretaña y Francia ya no dirigen imperios –hoy en día no son más grandes que otra docena de naciones de tamaño similar del mundo–. La Unión Soviética ya no existe; y aunque Rusia sigue manteniendo el mismo puesto que ocupó en su día la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad, apenas es una mera sombra de su predecesora. Las únicas dos naciones que continúan dominando los asuntos mundiales son Estados Unidos y China. Entretanto, naciones que han crecido en influencia desde 1945, como Alemania, Japón y la India, no tienen más voz en los temas de la ONU que otras de una

importancia tan menor en términos relativos como Liechtenstein o Micronesia.

Pese a los numerosos intentos de reforma, el Consejo de Seguridad ha continuado en gran medida igual desde su formación en 1945. Los que actualmente ostentan el poder no están dispuestos a renunciar a él, al margen de su posición real en los asuntos mundiales; y nadie es capaz de ponerse de acuerdo en si, o en cómo, compartir el poder con las naciones emergentes. Al igual que el mural de Per Krohg, el consejo parece estar congelado en el tiempo.

Curiosamente, el mural sigue siendo muy simbólico, aunque quizás no de la forma en que Per Krohg pretendía. La oscuridad del primer plano sigue percibiéndose peligrosamente cercana. La visión de Utopía al fondo parece más inalcanzable que nunca. Y todo ello está envuelto en una atmósfera de parálisis que nos mantiene, como a los personajes de la pintura, prisioneros de la historia.

23

Israel: balcón de Yad Vashem, Jerusalén

No todos los monumentos son estatuas u obras de arte. No todos tienen placas que expliquen lo que representan. A veces nuestros lugares de la memoria pueden adoptar formas sorprendentes. Un puente, una puerta de entrada, un búnker, unas ruinas o un muro; incluso el elemento arquitectónico más simple puede transmitir un significado, si se interpreta dentro del contexto correcto.

Este capítulo trata sobre uno de estos elementos, el balcón que se encuentra en un extremo del Museo del Holocausto de Yad Vashem en Jerusalén. A diferencia de cualquier otro elemento arquitectónico de los que he descrito hasta ahora, este nunca ha sido el enclave de ningún hecho histórico en particular; de hecho, no fue construido hasta 2005. Pese a ello, sigue teniendo una enorme carga de significado histórico. Es un poderoso símbolo de renacimiento –no solo de un pueblo, sino de un Estado político– y como tal resulta tan controvertido como cualquiera de los monumentos de este libro.

Yad Vashem es una organización inusual. Fue fundada en 1953, cuando la Knéset israelí votó unánimemente la creación de un lugar conmemorativo para las víctimas del Holocausto. Durante las siguientes décadas fue desarrollándose de diferentes maneras. Abrió un instituto de investigación, una biblioteca, una editorial y la Escuela Internacional para el Estudio del Holocausto. Supervisó la creación de un conjunto de espacios conmemorativos que se reparten por sus instalaciones, e inauguró un museo

para el público general. Actualmente, Yad Vashem es uno de los espacios conmemorativos más importantes del mundo: en palabras del laureado con el Premio Nobel de la Paz Elie Wiesel, es «el corazón y el alma de la memoria judía».

Para el aproximadamente millón de personas que lo visitan cada año, el Museo de Historia del Holocausto constituye, de lejos, la atracción principal. Se abrió en 2005 sustituyendo un museo más antiguo, de la década de 1960, y su arquitectura es uno de sus elementos más importantes. El edificio del museo es una estructura larga y estrecha, con forma de prisma triangular, que atraviesa el monte Herzl de un lado al otro. La mayor parte del edificio se halla enterrado dentro de la ladera de la montaña, pero sus dos extremos sobresalen al aire libre. Uno de ellos está cerrado, como la caja de una chocolatina de Toblerone. Pero el otro termina en una amplia balconada que se abre sobre un valle boscoso.

Cuando se entra en el museo, el balcón es una de las primeras cosas que se ven. Está al final de un oscuro, austero, pasadizo que constituye el eje central del museo: es, literalmente, la luz que se ve al final de un largo túnel. El instinto nos lleva automáticamente a ir hacia esa luz, pero no se puede. El pasadizo queda bloqueado, repetidamente, por las alambradas y zanjas abiertas en el suelo de hormigón. No hay ningún atajo para llegar al balcón; solo se puede ir zigzagueando hacia adelante y hacia atrás a través de una serie de salas oscuras que hay a cada lado del pasillo central.

Estas salas contienen una historia que va haciéndose cada vez más desgarradora sobre el intento de exterminio de los judíos en Europa. La exposición comienza con una conmovedora descripción de la vida de los judíos antes del Holocausto, y continúa con la persecución, la detención, la masacre, el aislamiento en guetos, la resistencia heroica y el horror de los campos de concentración, hasta llegar a la liberación final. Cada vez que se cruza el pasillo central, la vista se dirige hacia el balcón que se ve en el extremo, pero que queda fuera de nuestro alcance.

Las salas van siendo cada vez más oscuras y claustrofóbicas a medida que avanzamos. Vídeos, fotos y tableros informativos se hallan desplegados sobre las paredes de hormigón, grises y sin decorar, del museo. Hasta que uno se encuentra ya cerca del final de la exposición, donde se muestra el éxodo judío desde Europa a Israel tras la guerra, las salas no vuelven a abrirse.

La última es la Sala de los Nombres: una bóveda circular donde se almacenan los detalles biográficos de los millones de víctimas.

Solo cuando salimos de esta última sala podemos por fin recorrer una empinada cuesta de hormigón que conduce al balcón que se halla en el extremo del museo. Cuando atravesamos las puertas y la luz nos inunda, nos encontramos ante el paisaje panorámico de las colinas de Judea. El efecto es muy reparador. Después de la oscuridad, las paredes de cemento, los espacios cerrados y la terrible, terrible historia, estar allí durante un rato viendo cómo brilla el sol sobre las copas de los árboles que hay abajo constituye un alivio enorme.

La arquitectura del museo transforma una experiencia educativa en otra profundamente emocional. Nos lleva en un viaje que va de la oscuridad hacia la luz, de los horrores de Europa a la liberación en Israel, del apocalipsis a un renacimiento. Esta es la recompensa que recibieron los supervivientes del Holocausto como consuelo por su sufrimiento: la tierra de Israel, donde al fin podían encontrar un hogar seguro.

El mensaje que transmite el balcón es en gran medida similar al mensaje de Yad Vashem en general. La propia existencia de este enclave conmemorativo es un símbolo de renacimiento y redención. Yad Vashem fue construido en 1953 por el Gobierno israelí, pero la mitad de su financiación procedió de la Conferencia sobre Reclamaciones Materiales Judías contra Alemania. En otras palabras, los pagos en concepto de indemnización por parte del experseguidor de los judíos se utilizaron, acertadamente, para crear un monumento permanente en memoria de dicha

persecución. La Conferencia sobre Reclamaciones ha continuado financiando Yad Vashem desde entonces.

Yad Vashem se construyó sobre el monte Herzl, un enclave que también era altamente simbólico. A diferencia de muchos otros lugares del interior y los alrededores de Jerusalén, el monte Herzl no está relacionado con ningún aspecto de la historia antigua o de la Biblia. Dicho de otro modo, la localización no podía asociarse con una larga historia de muerte y destrucción, a diferencia del otro museo del Holocausto en Jerusalén, la Cámara del Holocausto; este arrancaba de cero. En realidad, lo que querían decir los fundadores del monumento conmemorativo es que este era el lugar donde la persecución de los judíos terminaría definitivamente y sería sustituida finalmente por algo nuevo.

Pero esto no es todo. El monte Herzl es también un símbolo de nacionalismo israelí. Debe su nombre a Theodor Herzl, uno de los fundadores del sionismo y el «padre espiritual del Estado judío». El cadáver del propio Herzl fue trasladado desde su tumba en Viena para ser reinhumado aquí en 1949. Esta es la colina donde Israel entierra a sus líderes nacionales, así como a sus soldados muertos en acto de servicio. Para cuando Yad Vashem fue instalado aquí, estas tradiciones ya estaban bien asentadas.

Hoy en día, Yad Vashem está íntimamente conectado con los enclaves cercanos que pertenecen al Estado israelí. Existe incluso una senda conmemorativa que los une a todos. En caso de que el mensaje no estuviera lo bastante claro, un tablero informativo lo detalla explícitamente. La senda une Yad Vashem con el cementerio nacional militar, el de los líderes nacionales y la tumba de Herzl. Como reza el cartel: «Recorrerla es un viaje simbólico en el tiempo, de la catástrofe al renacimiento. Representa el viaje de la Diáspora hasta el hogar del pueblo judío, desde el exilio y la destrucción a una vida de esfuerzo y esperanza en el Estado de Israel».

Este es el mensaje oficial que Israel quiere dar hoy. El Holocausto fue una especie de apocalipsis, pero también una senda hacia un renacimiento. Sin el Holocausto, el Estado de Israel tal vez nunca hubiera llegado a existir.

Quizás sea esta la razón por la que a los dignatarios que visitan Israel siempre se les lleva a hacer un recorrido por Yad Vashem antes de que se embarquen en los asuntos oficiales. Los líderes extranjeros visitan primero el Museo del Holocausto y luego depositan una corona en la cercana Sala del Recuerdo. Estas visitas son obligatorias: según una veterana diplomática israelí, Talya Lador-Fresher, a cualquier líder extranjero que no quiera hacerlas se le dice educadamente que no debería ir a Israel. «Yad Vashem es una parte importante de nuestra historia», declaró al *Times of Israel* en 2012. «No se puede entender Israel, ni siquiera hoy, sin entender el Holocausto».

De modo que se lleva regularmente a presidentes y primeros ministros de otros países a recorrer esta construcción alargada en forma de prisma que atraviesa la montaña de las afueras de Jerusalén. Deben seguir la ruta por esta serie de salas oscuras y claustrofóbicas y luego experimentar el alivio de salir al balcón con sus vistas sobre las colinas de Judea. Deben ver la historia que los judíos ven. Y deben sentirla como los judíos la sienten. Yad Vashem y su balcón son una importante herramienta diplomática.

Como todas las naciones, Israel es cautiva de su historia. Y, como todas las naciones, Israel se esfuerza al máximo por rendir homenaje a los aspectos de su historia que ilustran un mensaje político positivo y evitar aquellos que no son tan atractivos. Es lo que Israel ignora, y lo que Yad Vashem omite, lo que hace este mensaje oficial de salvación y renacimiento tan controvertido.

En primer lugar, dibuja una versión demasiado edulcorada de cómo se trató a los supervivientes del Holocausto cuando llegaron a Israel (o Palestina, como se llamó hasta 1948) después de la guerra. Muchos de los judíos europeos, empobrecidos y andrajosos, que desembarcaron en Haifa recibieron una más que fría bienvenida por parte de los judíos nacidos en Palestina (o *sabras*, como se los llamaba). Pocos sabras entendían de verdad hasta qué punto había llegado a ser desesperada la situación de los judíos en Europa durante la guerra. Algunos consideraban que los judíos europeos eran gente débil y sumisa que se había dejado llevar «como corderos al

matadero». En consecuencia, aunque los supervivientes del Holocausto apreciaron el hecho de tener un nuevo lugar donde ir fuera de Europa, al llegar allí, muchas veces no se sintieron como en casa. No fue hasta la década de 1960 cuando los sabras y los judíos europeos empezaron por fin a integrarse más a fondo y a aceptarse unos a otros como hermanos y hermanas en el Estado de Israel.

En segundo lugar, la idea de que el nuevo Estado de Israel fue un refugio seguro para los judíos también es absolutamente idealista. En Yad Vashem, no muy lejos del edificio del museo, se halla el Monumento en Memoria del Último Familiar: está dedicado a los supervivientes del Holocausto que llegaron a Israel siendo los únicos miembros vivos de sus familias y, no obstante, lucharon hasta la muerte por el nuevo Estado. Esto indica lo peligrosa que era Palestina en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En 1947, el país ya se hallaba inmerso en una guerra civil entre judíos y árabes. Al año siguiente, cuando Israel declaró su independencia, fue invadido por varios Estados vecinos. A quienes pudieron estar en el balcón de Yad Vashem en 1948, la vista que los recibió no debió de ser en absoluto de paz y tranquilidad. Israel estaba en guerra; y volvería a estarlo una y otra vez durante el resto del siglo.

La última cuestión tal vez sea la más polémica de todas. La historia que se muestra en Yad Vashem es, específicamente, historia *judía*. Como los museos nacionales de todo el mundo, filtra los aspectos de la historia que no son relevantes para su narrativa reciente. En este caso, el silencio más clamoroso es el que se refiere a la historia de los árabes palestinos. No es mi intención criticar a Yad Vashem por esto: cualquier museo debe mantener su foco de interés, y el propósito de este en particular es describir los horrores del Holocausto, no la historia de las relaciones árabe-judías. No obstante, se percibe algo ligeramente falso en la forma en que la arquitectura nos presenta la tierra de Israel como una especie de regalo divino para aliviar el sufrimiento de los supervivientes del Holocausto. Israel no era un territorio vacío que estaba esperando a ser colonizado en 1948. Ni tampoco una especie de sanatorio reservado para la rehabilitación

de un pueblo traumatizado. Era un territorio con una historia propia, larga y rica, gran parte de la cual no tenía nada que ver con los judíos.

Sin duda, los judíos tienen unos estrechos lazos espirituales e históricos con este paisaje, pero en la década de 1940, eso por sí solo no lo convertía en un territorio judío. Durante los 1.500 años anteriores, la gran mayoría de la población estaba formada por palestinos árabes, beduinos y cristianos. En todo ese tiempo, la región fue gobernada por romanos, persas, califas musulmanes, sultanes mamelucos, emperadores otomanos y, a partir de 1918, por los británicos. Los judíos vivieron junto a todos estos pueblos a lo largo de los siglos, pero no en un número significativo. Solo hacia el final del siglo XIX, cuando empezaron a llegar inmigrantes desde Europa, la población judía empezó a crecer de nuevo. Sucesivas oleadas de judíos europeos continuaron trasladándose aquí en la década de 1920 y 1930, a menudo huyendo de la persecución a la que eran sometidos en otros lugares, pero, en ningún momento hasta 1945, llegaron a constituir más de un tercio de la población. Palestina seguía siendo entonces una tierra abrumadoramente árabe.

En los primeros días de la inmigración sionista, judíos y árabes vivieron en general unos junto a otros sin demasiados problemas. Pero, como era inevitable, hubo árabes que empezaron a ver la llegada de tantos extranjeros con resentimiento, especialmente cuando supieron que los judíos pretendían no solo convertir esa tierra en su patria, sino también controlarla políticamente. A principios de la década de 1920, empezaron a estallar revueltas en Jerusalén y en Jaffa, y docenas de judíos fueron asesinados. Pocos años después, tras otra revuelta, una multitud de árabes masacró a 67 judíos indefensos en Hebrón, entre los que había mujeres y niños. Se había establecido un precedente peligroso.

En represalia, los judíos formaron sus propias milicias. La mayoría de estos grupos paramilitares se centraron básicamente en proteger las aldeas judías de ataques, pero algunas, incluida la tristemente célebre Irgún, estaban decididas a emplear tácticas mucho más agresivas. En venganza por esta violencia contra los judíos, empezaron a aterrorizar a los civiles árabes. Atacaron a personas en lugares públicos, como autobuses, cafeterías y

mercados. En varias ocasiones lanzaron granadas de mano contra multitudes árabes, a fin de causar el mayor terror posible. Con ello se estableció otro precedente peligroso.

Tras la Segunda Guerra Mundial, las tensiones entre los dos bandos aumentaron aún más; y ambos también culparon a los británicos de no haber controlado esta violencia. Las organizaciones judías de línea dura, como Irgún, creían que la única manera de protegerse debidamente era expulsar a los británicos de Palestina y hacerse con el control del país. Para ello lanzaron una serie de ataques terroristas contra los británicos, incluido el bombardeo de su cuartel general en el hotel Rey David de Jerusalén. Finalmente, cansados de mediar entre ambos bandos, los británicos pusieron el problema en manos de las Naciones Unidas.

Lo que ocurrió a continuación ha sido objeto de polémica desde entonces. Cuando la ONU votó a favor de dividir Palestina en dos partes –una para los judíos y otra para los árabes–, los líderes árabes se negaron a aceptar su decisión. Los ataques contra los judíos aumentaron por todo el país. En un esfuerzo por zanjar de una vez por todas y cuanto antes el problema, las tropas judías se apoderaron sin más del territorio que ya consideraban suyo, y expulsaron a los árabes que vivían allí. La única forma de proteger a las comunidades judías era expulsar al mayor número de árabes posible, tanto a los inocentes como a los culpables.

Según la versión oficial de este violento capítulo de los primeros momentos de la historia de Israel, los árabes nunca fueron formalmente expulsados, sino que ellos huyeron por voluntad propia. Pero incluso los soldados judíos que tomaron parte en estas operaciones reconocen que hicieron que los árabes se fueran a propósito, y que el ambiente de violencia extrema los impulsó a irse. Cientos de pueblos fueron evacuados de esta manera.

Inevitablemente, se cometieron atrocidades. La más famosa ocurrió en la aldea de Deir Yassin, cercana a Jerusalén. En abril de 1948, solo un mes antes de que Israel declarara formalmente su independencia, fuerzas paramilitares judías irrumpieron en la aldea y mataron a la mayoría de sus habitantes con pistolas y granadas. Una vez más, el Irgún desempeñó un

papel clave en esta acción. Al menos un centenar de personas fueron masacradas, entre ellas mujeres y niños. Así como la masacre de Hebrón en 1929 se había convertido en un símbolo de la violencia árabe contra los judíos, la masacre de Deir Yassin pronto se convertiría en un símbolo de la violencia de los judíos contra los árabes.

Un mes más tarde, se declaró la creación del Estado de Israel. Tras una breve pero decisiva guerra contra sus vecinos árabes, que intentaron destruir el nuevo país antes incluso de que tuviera ocasión de establecerse, se instaló una paz inestable que continúa desde entonces.

Nada de ello se menciona siquiera en la exposición de Yad Vashem. Ni debería hacerse: eso corresponde a otra institución, no a un lugar dedicado a la memoria del Holocausto. Pero los líderes extranjeros a los que se lleva al museo por razones políticas deberían recordar que, junto al relato que aquí se presenta, existen otras historias sobre el pasado de Israel. El balcón en el que termina la exposición y sus vistas sobre las colinas de Judea no son un final tan feliz como parece.

Los árabes tienen sus propias organizaciones dedicadas a asegurar que el pasado no se olvide. A muchas de ellas les gusta señalar que cuando uno se encuentra en el balcón de Yad Vashem y mira hacia el norte, puede ver la cumbre de la colina donde antes estaba la aldea de Deir Yassin.

Hay que reconocer el mérito de ciertas organizaciones judías que también luchan por recordar este pasado. Una de ellas, llamada Deir Yassin Remembered (Deir Yassin en la Memoria), dice esto acerca de Yad Vashem:

> El Museo del Holocausto es bonito, y el mensaje «nunca olvidemos la crueldad del hombre hacia el hombre» es atemporal. El Museo de los Niños es especialmente desgarrador; en una sala oscura llena de velas y espejos, se leen los nombres de los niños judíos que murieron en el Holocausto junto con sus lugares de nacimiento. Ni la persona más insensible puede contener las lágrimas aquí. Al salir de esta parte del museo, el visitante queda orientado al norte, directamente frente a Deir Yassin. Sin embargo, nada lo indica, ninguna placa ni monumento conmemorativo, ni ninguna mención por parte de ningún guía turístico. Pero para los que saben lo que tienen delante de su vista, la ironía resulta pasmosa.

Los israelíes no pueden huir de su historia, ni tampoco de los hechos acaecidos durante la Segunda Guerra Mundial. El renacimiento del pueblo judío en Israel fue de hecho algo conmovedor y hermoso, pero ni mucho menos tan sencillo como el icónico balcón de Yad Vashem quiere dar a entender. Fue un asunto complicado, violento, con vencedores y vencidos.

Si los israelíes realmente quieren asumir su pasado, deben recordarse a sí mismos de vez en cuando que, pese al terrible poder que el Holocausto sigue ejerciendo sobre la memoria israelí, no fue el único hecho doloroso que precedió al nacimiento de su nación.

Ruinas de la catedral de Coventry.

24

Reino Unido: la catedral de Coventry y la Cruz de Clavos

De todas las ciudades que fueron bombardeadas en Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, una ha destacado siempre sobre las demás. Coventry es una ciudad que se hizo internacionalmente famosa tras ser atacada en 1940: en términos simbólicos, es lo más parecido que tiene Gran Bretaña a Dresde, en Alemania, o Hiroshima, en Japón.

En el centro de Coventry hay un monumento a esta gran tragedia. Las ruinas de la catedral de Coventry constituyen probablemente el hito más famoso de la ciudad y un recordatorio permanente de los efectos de la Segunda Guerra Mundial. Los restos de los muros de arenisca roja sobresalen de la tierra como dientes de sierra. Las ventanas góticas están vacías, hace mucho tiempo que sus antiguos cristales quedaron hechos pedazos o se retiraron. El espacio ocupado en su día por el presbiterio, la nave central y las laterales, está ahora abierto a los elementos, con matas de hierba brotando entre las losas de lo que era el suelo de la iglesia. Los fragmentos de las columnas rotas forman una avenida que llega hasta el centro y, ligeramente a un lado, los restos de una escalera de piedra señalan el lugar donde antes estaba el púlpito que, como el resto de la iglesia, quedó consumido por las llamas.

El lugar pudo acabar siendo un símbolo de terror y apocalipsis, muy parecido al de las ruinas de Oradour-sur-Glane en Francia. Pero, en realidad, este no es su principal mensaje: otros sentimientos, de carácter más religioso, han prevalecido aquí. Las ruinas de la catedral de Coventry constituyen un monumento mucho más rico y esperanzador que casi cualquier otro de los que he tratado en este libro hasta ahora.

Para entender cómo llegó a producirse esta transformación, es necesario analizar con mucho más detalle la catástrofe que ocurrió aquí durante la guerra y el tremendo impacto que ha tenido en la historia de Coventry a partir de entonces.

El bombardeo que sufrió esta ciudad la noche del 14 de noviembre de 1940 fue seguramente el más prolongado que se llevó a cabo sobre Gran Bretaña hasta aquel momento de la guerra. Comenzó poco después de las siete de la tarde, y continuó toda la noche. Para cuando impactaron las últimas bombas, unas diez horas más tarde, más de cuatrocientos aviones alemanes habían dejado caer ya más de quinientas toneladas de explosivos y bombas incendiarias sobre la ciudad. Aunque dicha cantidad representara solamente una fracción de la cantidad que más adelante caería en ciudades como Hamburgo y Dresde, no obstante fue enorme para los estándares hasta ese momento.

Los bombarderos se orientaban hacia sus objetivos mediante un revolucionario sistema de haces de luz emitidos por radar, pero, según todos los testigos, la mayoría de ellos no los necesitaron: en un breve espacio de tiempo, la ciudad ardía en llamas, que podían verse a kilómetros de distancia. «Yo nunca he visto tal concentración de fuego durante un bombardeo, ni siquiera sobre Londres», afirmó Günter Unger, uno de los pilotos alemanes que sobrevolaron la ciudad aquella noche. «Normalmente en nuestras ciudades objetivo, el área de los incendios estaba dispersa, pero esta vez no. No había posibilidad de errar en el blanco».

Los alemanes tenían buenas razones para bombardear Coventry: la ciudad albergaba uno de los complejos industriales más grandes e importantes del país. Había fábricas que producían motores de avión, coches blindados, globos de protección, equipos eléctricos, maquinaria, radios VHF y muchos otros productos esenciales para la guerra. Pero esta no era la única razón para bombardear la ciudad. Según la propaganda alemana, el ataque se había llevado a cabo en represalia por un bombardeo británico anterior sobre Múnich. Dicho de otro modo, fue simplemente la

última víctima de un ciclo de represalias y contrarrepresalias que llevaba teniendo lugar desde el momento que comenzó la guerra de bombardeos.

Varias de las fábricas de Coventry quedaron gravemente dañadas por las bombas alemanas, incluidas las fábricas de motores de Triumph y de cableado de General Electric, que quedaron completamente devastadas. Pero junto con esos objetivos militares, también se destruyeron miles de edificios civiles. La biblioteca pública de Coventry fue consumida por las llamas, así como unos grandes almacenes nuevos, un colegio y un hospital. Montones de tiendas, edificios públicos y oficinas fueron destruidos, así como 2.500 viviendas civiles. Otras 20.000 casas sufrieron daños tan graves que se consideraron inhabitables.

En medio de toda esta destrucción estaba la catedral. El deán, Richard Howard, hizo todo lo que pudo para salvarla de las llamas. Él y otros tres voluntarios se enfrentaron al terror de aquella noche para vigilar y prevenir las bombas incendiarias, pero estas empezaron a caer tan rápida y masivamente que pronto los cuatro se vieron sobrepasados. La brigada de bomberos llegó después de que los fuegos se desataran y, cuando el suministro de agua se agotó, ya no pudieron hacer nada por salvar el edificio. Al final, los bomberos y los clérigos de la catedral no tuvieron otra opción que presenciar cómo la catedral, al igual que el resto del centro de Coventry, se convertía en cenizas.

En los días que siguieron, las maquinarias de propaganda de ambos bandos trataron de sacar partido de estos hechos. Los nazis enseguida presentaron su bombardeo como un símbolo de fortaleza. La ciudad, dijo una emisora de radio, había sido «aplastada completamente». Otra emisora afirmó que las fábricas de Coventry habían sufrido daños tan graves que jamás volverían a ser operativas: «Ha sido la destrucción total, no parcial, de Coventry». La maquinaria de propaganda de Hitler acuñó incluso una nueva palabra –*coventrieren*, «coventriar»–, con lo que quería dar a entender que esta acción podía repetirse una y otra vez a voluntad y sugerir con ello que

Gran Bretaña haría bien en capitular antes o después, porque Alemania iba a ganar la guerra al final.

Los periódicos británicos, mientras tanto, utilizaron Coventry como un poderoso emblema de la brutalidad nazi. En un editorial fechado el 16 de noviembre, *The Times* se refirió a Coventry como «una ciudad martirizada», descripción que la definiría para el resto de la guerra. Casi todos los periódicos publicaron fotografías de la catedral en ruinas, en parte porque despertaban más emoción que las de los destrozos de cualquier fábrica, pero también porque hacían que el bombardeo alemán resultara mucho más ilegítimo y bárbaro.

Cuando estas imágenes cruzaron el Atlántico, se convirtieron en una útil herramienta para conseguir el apoyo estadounidense a Gran Bretaña. Un reportaje del *New York Herald Tribune* decía, de forma muy representativa: «Las desoladoras ruinas de la catedral de St. Michael de Coventry nos miran desde las fotos», declaraba, «como símbolo mudo de la barbarie demencial e incomprensible que se ha desatado sobre la civilización occidental. Estados Unidos no debería regatear ningún medio de defensa que pueda poner en manos británicas».

Las fotografías también constituyeron una especie de grito de guerra para unir a los británicos que deseaban venganza. La primera página del *Sunday Express* el 17 de noviembre tampoco pudo ser más elocuente. Mostraba una fotografía de la catedral en ruinas y sobre ella, en un titular a toda página, decía: «Por favor, Dios, tú has de vengar lo que nos hicieron esa noche».

Ambas partes trataron de utilizar Coventry como símbolo de sus respectivas causas. Sin embargo, junto a la propaganda de guerra, otras voces apelaron a un tipo de simbolismo muy distinto. En el propio Coventry, algunas de las personas más influyentes de la ciudad reivindicaron en cambio una serie de valores más espirituales inspirados en la tradición cristiana.

La mañana después del bombardeo, el deán de la catedral, Richard Howard, hizo una declaración solemne a su congregación. «La catedral volverá a levantarse», dijo, «se reconstruirá y las generaciones futuras se

sentirán tan orgullosas de ella como se sintieron las pasadas». Para los seglares, esto pudo sonar como una frase simplemente desafiante: pese a la destrucción de su catedral, se negaba a admitir la derrota. Sin embargo, era más que eso. Howard estaba expresando una visión de la doctrina que es clave para la cristiandad: la resurrección. Estaba utilizando la catedral como una metáfora de Cristo mismo. Volvería a levantarse de entre los muertos.

Seis semanas después, el deán Howard dio un paso más. En un mensaje de Navidad a la nación emitido por radio desde las ruinas de la catedral, explicó con todo detalle su visión de cómo debería ser el futuro. «Lo que queremos decirle al mundo es esto: que con Cristo nacido hoy de nuevo en nuestro corazón, vamos a intentar, por duro que sea, alejar de nosotros todo pensamiento de venganza […]. Vamos a intentar hacer un mundo más amable, más sencillo, un mundo más a imagen de Cristo […] cuando este conflicto haya pasado».

En Coventry, muchos otros siguieron el ejemplo de Howard. En las semanas siguientes al bombardeo, el cantero de la catedral, Jock Forbes, reunió algunas de las piedras más grandes que había entre los escombros y construyó un altar temporal para que pudieran continuar celebrándose los servicios en la iglesia en ruinas. Más adelante cogió dos vigas de roble chamuscadas de lo que había sido el tejado de la iglesia y las unió formando una cruz. Esta cruz chamuscada se ha conservado y hoy sigue expuesta dentro de la iglesia.

Entretanto, un clérigo local llamado Arthur Wales hizo otra cruz con tres clavos del tejado medieval que encontró rebuscando entre los escombros. En un primer momento solo los unió con un cable, pero posteriormente los hizo soldar y cromar. Esta Cruz de Clavos se colocó sobre el altar. Desde entonces viene siendo un poderoso símbolo de la catedral y de todo lo que representa.

Por último, después de la guerra, en la mampostería del santuario se inscribieron las palabras: «Padre, perdona». Estas palabras pueden verse todavía hoy, escritas en la pared con letras de oro.

Lamentablemente, en 1940 el mundo todavía no estaba listo para este mensaje de perdón. Aún había una guerra que ganar. A lo largo de los siguientes meses los bombardeos se intensificaron: al final, Coventry fue solo uno más de los objetivos de una larga lista de ciudades británicas gravemente dañadas por el *Blitz*. A su vez, la RAF llevó a cabo devastadores ataques sobre Lübeck, Rostock, Colonia, Hamburgo, Dresde y un centenar de otros pueblos y ciudades alemanas. La Segunda Guerra Mundial dejó ciudades en ruinas por toda Europa.

La guerra terminó por fin en 1945, y hasta entonces la gente no pudo centrarse verdaderamente en la reconstrucción. En muchos lugares se tardaron años solo en retirar los escombros. Los de la catedral de Coventry, por ejemplo, no se terminaron de recoger hasta 1947, casi siete años después de su destrucción.

Por toda Europa se entablaron debates sobre cómo debía llevarse a cabo la reconstrucción. Muchos simplemente querían que sus ciudades volvieran a ser como habían sido antes de la guerra; pero otros vieron esta destrucción como una oportunidad para construir algo nuevo, mejor y más acorde con las necesidades del periodo de la posguerra. Una de estas personas fue Donald Gibson, el responsable de urbanismo de la ciudad de Coventry. Suya fue la famosa descripción del bombardeo como «una bendición encubierta»: los alemanes habían «dejado despejado el centro de la ciudad», dijo, «y ahora podemos comenzar a construir otro desde cero».

Durante los años posteriores, Coventry sería considerada una pionera en la planificación urbanística moderna en Gran Bretaña. Sería también la primera ciudad británica que haría completamente peatonal el centro de la ciudad: en lugar de llegar conduciendo hasta el centro, los automovilistas dejarían sus coches en aparcamientos nuevos construidos al efecto y harían su recorrido por las tiendas a pie. Con el nuevo plan urbanístico de Gibson para la ciudad, las viejas e históricas calles destruidas por la guerra fueron barridas y sustituidas por un moderno centro comercial con amplias avenidas y plazas, libres de ruido y contaminación.

Pronto la ciudad comenzó a adoptar un nuevo símbolo: el fénix. Cuando en 1946 se celebró la ceremonia de colocación de la primera piedra en el

centro de Coventry para señalar el comienzo de la reconstrucción de la ciudad, se talló en ella la imagen de un fénix. También se añadieron fénix al escudo de armas de la ciudad y al logo de la Politécnica de Lanchester, actualmente, Universidad de Coventry. A comienzos de la década de 1960, se encargó al escultor local George Wagstaffe que erigiera una estatua de un fénix en el centro de Market Way. Hoy en día, la mítica ave se encuentra por toda la ciudad.

Tal vez el mayor fénix de todos fuera la catedral misma. Aunque los planes para reconstruir el histórico edificio empezaron a hacerse desde que el deán Howard pronunció su famosa declaración en la mañana siguiente al bombardeo, se había avanzado poco debido a la escasez de recursos durante y después de la guerra. La cuestión de cómo debía reconstruirse la catedral fue objeto de continuo e intenso debate, pero finalmente se tomó la decisión de abrirlo a concurso público. En 1950, se invitó a arquitectos de todo el país a presentar sus proyectos. Según sus informes, no había motivo para mantener la mayor parte de las ruinas de la vieja catedral, salvo la torre y su cúspide, que habían sobrevivido al bombardeo. Por tanto, la inmensa mayoría de los participantes proponían, bien incorporar las ruinas a un nuevo edificio, bien eliminarlas del todo.

El proyecto ganador, el de Basil Spence, era uno de los pocos que dejaban las ruinas del edificio como estaban. La idea de Spence era construir una catedral completamente nueva junto a las ruinas, con un gigantesco pórtico que uniera los dos espacios. En sus propias palabras, construir algo «que representara el triunfo de la resurrección», es decir, dar una forma concreta a la imagen religiosa de Cristo resucitando de entre los muertos. En términos más laicos, estaba expresando lo mismo que los urbanistas de la ciudad estaban haciendo en el resto de ella, que la ciudad de Coventry resurgiera como un fénix de sus cenizas.

Y así comenzó la construcción de la catedral. La reina Isabel II colocó la primera piedra en 1956. Seis años más tarde finalizó la construcción del edificio, una obra maestra modernista de arenisca roja, mármol pulido, hormigón reforzado y multitud de pequeñas vidrieras. Hasta el día de hoy, la Cruz de Clavos original se encuentra frente al altar como recordatorio de

la destrucción de 1940 y de la resurrección que ha tenido lugar desde entonces.

Mientras tenía lugar la planificación y la reconstrucción, el deán Howard también continuó tratando de cumplir la promesa que hizo en tiempo de guerra de crear un mundo más amable, «un mundo más a imagen de Cristo». Ahora que la guerra ya había terminado, por fin era libre de ir en pos de su proyecto de perdón y reconciliación entre las naciones. Ya en 1946, celebró un servicio en el que también participó el obispo de Hamburgo a través de la radio. Al año siguiente estableció un fuerte vínculo con Kiel, en el norte de Alemania, y envió una Cruz de Clavos a la ciudad como símbolo de reconciliación. Durante los meses siguientes, se enviaron más cruces a Dresde, Berlín y otras ciudades alemanas que habían sufrido los bombardeos británicos.

La nueva catedral se yergue junto a las ruinas de la vieja.
Ambas están unidas por un enorme pórtico de hormigón.

Con el paso de los años, Howard y sus sucesores fueron formando una comunidad de compañeros en el sufrimiento con otras iglesias en ruinas y reconstruidas de toda Alemania. Entre ellas, la iglesia en memoria del káiser Guillermo en Berlín, que, de forma muy parecida a la catedral de Coventry, se conservó como ruina, añadiendo una nueva iglesia modernista a su lado. También estaban en la lista las ruinas de la iglesia de San Nicolás (Nicolaikirche) en Hamburgo, que se ha conservado en recuerdo de la tormenta de fuego; y la iglesia de Santa Catalina, en la misma ciudad, que fue reconstruida. Tal vez lo más significativo sea la inclusión de la iglesia de Nuestra Señora (Frauenkirche) de Dresde. Esta y la catedral de Coventry intercambian periódicamente visitas, especialmente en los aniversarios de sus respectivos bombardeos.

Aún hoy, la idea de reconciliación se halla en el núcleo de todo lo que hace la catedral de Coventry. Cuando uno camina entre las ruinas de la vieja catedral, no son los símbolos de destrucción los que predominan, sino los de renacimiento y reconciliación. En la esquina noroeste se encuentra una escultura donada por la Frauenkirche de Dresde, que representa a los supervivientes del bombardeo, y cerca de ella, otra estatua titulada Reconciliación, que tiene una pareja idéntica en el Parque de la Paz de Hiroshima. El cartel informativo que hay en el extremo sur de la nave describe brevemente la destrucción de 1940, antes de presentar otra descripción mucho más larga de la labor de reconciliación llevada a cabo por la catedral en todo el mundo. Desde 1945, la catedral ha establecido vínculos con más de 180 organizaciones de inspiración similar en todo el continente, dedicadas a la idea de reconciliación entre los pueblos. En reconocimiento a sus orígenes en Coventry, esta asociación de alcance mundial recibe el nombre de Comunidad de la Cruz de Clavos.

Coventry, como ciudad, ha acometido el mismo trabajo. Se define oficialmente como la «ciudad de la paz y la reconciliación», y se ha hermanado con muchas otras ciudades martirizadas de todo el mundo, incluidas varias ya mencionadas en este libro: Volgograd, Varsovia, Dresde e Hiroshima. El nombre elegido para su sala de teatro más importante fue Teatro de Belgrado en honor a la ciudad yugoslava destruida

por los bombarderos alemanes en 1941. Tiene calles que recibieron el nombre de Lídice, arrasado por completo por los nazis en 1942, y de Meschede, localidad alemana destruida por las fuerzas áreas de Estados Unidos en 1945.

Me gustaría mucho poder escribir que, gracias a esta labor en pro de la reconciliación, Coventry ha conseguido trascender las tragedias del pasado, pero, obviamente, las cosas nunca son tan sencillas. La historia es una prisión de la que nadie puede escapar.

No importa cuántos símbolos de reconciliación y renacimiento salpiquen los alrededores de la catedral de Coventry: el testimonio más elocuente son las propias ruinas de la catedral. Si la nueva catedral que se ha construido al lado es un símbolo de resurrección, las ruinas entonces representan la pura destrucción. Su serrada silueta recortada contra el cielo constituye un recordatorio permanente del martirio de Coventry en noviembre de 1940.

Coventry es hoy el equivalente más cercano que tiene Gran Bretaña a Dresde en Alemania, o a Hiroshima en Japón, y todavía se la sigue mencionando frecuentemente en el mismo contexto que estas otras ciudades. No es porque la destrucción fuera aquí ni mucho menos tan grande –en el bombardeo de Dresde murieron cuarenta veces más personas, y unas 250 veces más en el caso de Hiroshima–, sino porque el de Coventry ocurrió primero, lo que la convirtió en precursora de la devastación que había de venir. En el imaginario popular británico y estadounidense, la destrucción de Coventry y su famosa catedral han venido a representar un modelo a pequeña escala de toda la guerra de bombardeos.

La resurrección que tuvo lugar en esta ciudad también es en parte un mito. El renacimiento de Coventry nunca fue tan glorioso como prometían los folletos y postales de las décadas de 1950 y 1960. El centro de la ciudad experimentó un gran *boom* durante esos años, pero en las siguientes décadas su aspecto empezó a resultar cansado y gris. En la década de 1990 se reformó en parte y, todavía hoy, mientras escribo estas líneas, está

pasando por una nueva fase de regeneración. Pero ninguna planificación urbanística moderna, por grande que sea, podrá sustituir nunca la pintoresca ciudad medieval que quedó destruida tanto por los bombardeos alemanes como por los propios urbanistas británicos de las décadas de 1930, 1940 y 1950. Las ruinas de la catedral son un recordatorio de exactamente lo que se ha perdido.

La ciudad ya no es el próspero lugar que fue durante los años del *boom* de mediados del siglo XX. Las docenas de fábricas que en su día atrajeron la ira de la Luftwaffe hace tiempo que desaparecieron, al igual que muchas otras por toda Gran Bretaña. En la década de 1980 alcanzó uno de los índices de desempleo más altos del país, e incluso hoy en día el desempleo es mucho más alto allí que la media del Reino Unido. Por muy a menudo que las instituciones civiles y religiosas de la ciudad aboguen por la idea de renacimiento, sigue percibiéndose la sensación de que la Segunda Guerra Mundial se cobró un precio muy alto en la ciudad y de que el consenso europeo de la posguerra defraudó al pueblo de Coventry. Esta desilusión se reflejó en el referéndum de 2016 sobre el Brexit, en el que la mayoría de los votantes de Coventry votaron a favor de salir de la Unión Europea.

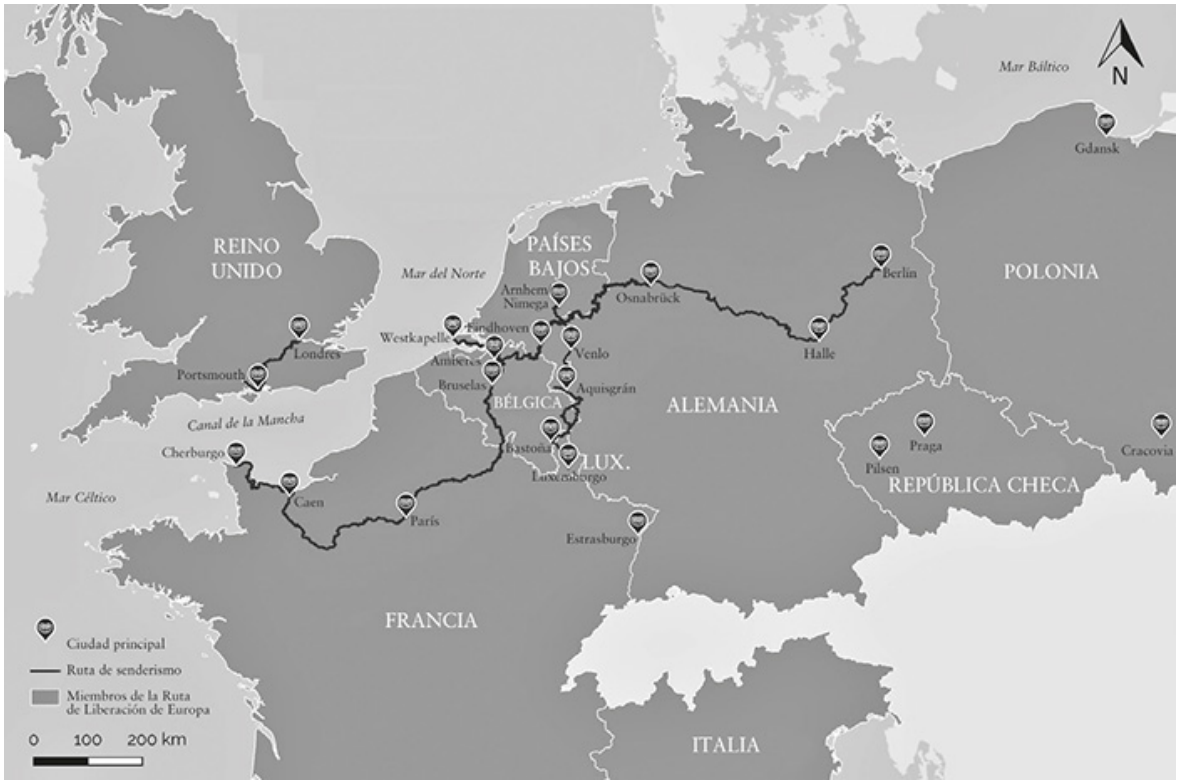
Cruz de Clavos.

Cuando uno se encuentra entre las ruinas de la vieja catedral, es difícil no darse cuenta de estas cosas, así como de la historia de renacimiento hacia la que las autoridades eclesiásticas nos quieren dirigir con tanto empeño. Pero la historia de la destrucción necesariamente precede a la historia de la reconciliación.

Al igual que muchos otros lugares que se tratan en este libro, Coventry y su catedral siempre quedarán definidos por su historia en la Segunda Guerra Mundial. No obstante, Coventry se ha acercado más que la mayoría de los demás lugares a trascender dicha historia. La ciudad sigue soñando con renacer, aunque resulte difícil. La catedral continúa perseverando en su obra de reconciliación, tanto localmente como a escala mundial, con independencia de los incontables retos que ello plantea.

Sus habitantes continúan haciéndolo, como desde hace más de ochenta años, apoyándose en la energía emocional que todavía ejercen en el corazón

de su comunidad las ruinas de la catedral, que todavía hoy constituyen uno de los monumentos más ricos en complejidad del mundo.



Ruta de la Liberación de Europa.

25

Unión Europea:
Ruta de la Liberación de Europa

Los monumentos pueden adoptar todo tipo de formas y tamaños. A lo largo de este libro he explorado los significados y motivaciones que existen tras una amplia serie de monumentos conmemorativos –no solo estatuas convencionales, sino también esculturas abstractas, murales, elementos arquitectónicos, museos y parques, edificios y pueblos en ruinas, campos de concentración, tumbas y santuarios–. Todos ellos se han convertido en depositarios de nuestros recuerdos de la Segunda Guerra Mundial. Se utilizan para transmitir esos recuerdos a las sucesivas generaciones, para que incluso cuando ya no queden veteranos de la guerra vivos, continuemos recordando lo que presenciaron durante los acontecimientos más trágicos y dramáticos del siglo pasado.

El último monumento que quisiera describir es, una vez más, diferente. Es una senda que se extiende a lo largo de 2.000 kilómetros y atraviesa varios países siguiendo la ruta que los Aliados occidentales recorrieron durante la liberación de Europa en 1944-1945. Como monumento transnacional, es de lejos el de más tamaño de este libro. También es el más nuevo –de hecho, en el momento de escribir estas líneas, ni siquiera existe todavía–. Iba a ser inaugurado en mayo de 2020, el mismo mes en que se cumplía el 75 aniversario de la rendición de Alemania y el final de la guerra en Europa.

La Ruta de la Liberación de Europa se presenta a sí misma como una ruta de senderismo, pero en realidad es una senda de la memoria que une los principales enclaves de la liberación de Europa occidental. Comienza en Londres en las salas del gabinete de guerra de Churchill, donde por primera

vez se barajó la idea una invasión de Europa; y termina en Berlín, donde el nazismo llegó a su amargo final. El camino va pasando por Normandía, París, Bruselas, Arnhem y los parajes donde tuvo lugar la batalla de las Ardenas, antes de cruzar a Alemania. En rigor, no se trata de una sola ruta, sino de varias, con numerosas derivaciones a otros puntos donde tuvieron lugar las principales batallas.

Los que recorran la senda estarán siguiendo los pasos de los inmensos ejércitos que lucharon para ir abriéndose camino a través del continente entre 1944 y 1945. Su viaje, por tanto, será una especie de homenaje a otro viaje, mucho más duro, que tuvo lugar hace muchas décadas. La ruta incorpora en su camino cientos de enclaves para el recuerdo. Los viajeros podrán visitar los principales monumentos conmemorativos, cementerios y museos, repartidos a lo largo de la ruta. Caminarán por los campos de batalla en los que decenas de miles de personas sacrificaron sus vidas. Y, durante todo el trayecto, irán recopilando historias no solo sobre lo que aconteció en cada lugar, sino sobre muchos de los individuos que tomaron parte en ellos.

Entre los aspectos más importantes de la ruta estarían el sitio web y la aplicación móvil que la acompaña para que, incluso en las partes más remotas de la misma, los que la recorren puedan descargar textos y descripciones de los hechos que tuvieron lugar exactamente allí donde se encuentren. Dicho de otro modo, este es un monumento que existe tanto en el mundo digital y virtual como en el mundo físico.

Según Rémi Praud, el director de la Ruta de la Liberación de Europa, la organización que creó esta senda, el aspecto digital del proyecto es esencial. «Es una forma nueva de hacer las cosas», me explicó. «No existe ningún monumento transnacional como este, con diferentes localizaciones, etcétera. Nosotros queremos hacerlo un poco más moderno, un poco más atractivo para generaciones jóvenes y todo tipo de público, como senderistas, turistas, familias… No solo para las personas que todos los años suelen venir a las conmemoraciones».

Para los que no tienen tiempo para hacer la ruta completa, el viaje también estará disponible en línea. No obstante, la verdadera fuerza

emocional de la ruta reside en la experiencia de visitar las localizaciones físicas de los hechos históricos de la guerra.

Para que quede claro que esta es una ruta de senderismo con un único mensaje y propósito, que reúne todos los hechos y relatos, el trayecto estará marcado con señalizaciones que compartirán un modelo común. Diseñadas especialmente por el arquitecto Daniel Libeskind, cada una de ellas consiste en una espiral de metal y hormigón que encierra una aleta triangular llamada «vector». Algunas se colocarán en el suelo y otras sobre muros; y en algunos lugares importantes del recorrido habrá versiones más grandes, que constituirán un monumento de por sí.

El mensaje de estos vectores es claro. Las versiones más pequeñas consisten en puntas de metal afiladas. Las más grandes, las monumentales, son como una cuchilla de metal que se eleva desde el suelo, y tanto las grandes como las pequeñas apuntarán hacia Berlín. Hay un sentido inherente de amenaza en estos objetos de metal. Pero también una singularidad de propósito: todas apuntan al mismo lugar. Los ejércitos que pasaron por esta ruta en 1944-1945 no iban en viaje de placer: iban abriendo una punta de lanza a través del continente, hacia el corazón de la bestia que llevaba años aterrorizando a los ciudadanos de Europa.

En junio de 2019, entrevisté a Daniel Libeskind acerca del significado de estos vectores y lo que se suponía que representaban. Me dijo que su apariencia de hoja afilada era un aspecto importante del diseño: «Sí, tienen una forma afilada, en efecto, porque van cortando todos los males de la historia en dirección hacia algo bueno». Pero más importante aún era el hecho de que todos los marcadores apuntan en la misma dirección. «Todos son de tamaños diferentes; y desempeñan funciones distintas… Pero todos están unidos en el objetivo de mostrar la *dirección* de la liberación».

En ciertos sentidos, el tramo más interesante de la ruta es el viaje a través de Alemania. Si este fuera un monumento nacionalista, como tantos de los otros que he descrito hasta aquí, Alemania podría quedar retratada como un monstruo, y los alemanes como el enemigo. Pero este es un monumento transnacional que atraviesa Alemania a lo largo de más de seiscientos kilómetros e incluye a Alemania en su relato de liberación.

Dicho de otro modo, Alemania tuvo que ser liberada del nazismo junto con todos los demás países implicados en la guerra.

Diseño hipotético de un monumento del Vector en Normandía, uno de los puntos claves de la Ruta de la Liberación.

El propósito de este monumento es retratar la liberación como el momento clave del siglo XX. Este hecho fue el que finalmente puso fin al terror y a la violencia, y significó el renacer de toda Europa occidental, incluida Alemania, a una nueva era de paz y prosperidad.

Como todos los monumentos de este libro, la Ruta de la Liberación de Europa dice tanto sobre el mundo en el que hoy vivimos como de la historia. Hay un mensaje político –o, al menos, un punto de vista político– tras la ruta de senderismo que acompaña su mensaje histórico.

Me topé por primera vez con la Ruta de la Liberación de Europa como organización en 2014, cuando me pidieron que diera un discurso en un evento que habían organizado en el Parlamento Europeo de Bruselas. Estaban inaugurando una nueva exposición a escala europea, cuyo propósito era describir la liberación no desde un punto de vista nacional concreto, sino desde una perspectiva multinacional. Otro de los que dieron

un discurso con motivo de esta inauguración fue Martin Schultz, entonces presidente del Parlamento Europeo. Schultz era, y sigue siendo, uno de los defensores más activos de la Ruta de la Liberación de Europa.

Desde 2014, la organización ha crecido y se ha desarrollado. Ha forjado vínculos con muchos museos, monumentos conmemorativos y enclaves turísticos por todo el continente, y se ha convertido en una especie de grupo paraguas que ayuda a dichos museos y monumentos conmemorativos a comunicarse e interactuar unos con otros. La ruta de senderismo es la culminación de este trabajo: es un camino físico que une entre sí a todas las diversas instituciones y enclaves dedicados a la memoria. La senda de Londres a Berlín es solo la primera etapa de un proyecto que probablemente tarde en realizarse muchos más años, y que un día podrá incorporar muchas otras rutas desde el norte, este y centro de Europa, que igualmente culminen en Berlín.

No es casualidad que el Parlamento Europeo quisiera prestar su respaldo a esta organización, o que el anterior presidente del Parlamento fuera uno de sus grandes adalides. En abril de 2019, el Consejo de Europa también apoyó formalmente la Ruta de la Liberación de Europa certificándola como ruta cultural europea oficial. La senda preconiza muchos de los valores fundamentales que estas instituciones consideran sagrados. Constituye un vínculo físico entre diferentes países de Europa. Y cuenta un relato de libertad, de triunfo de la democracia y, sobre todo, de la importancia de la unidad. Es la Unión Europea a pequeña escala.

La Unión Europea siempre ha mitificado la Segunda Guerra Mundial como el fuego en el que se forjó. Sus padres fundadores eran personas que habían experimentado de primera mano la miseria y el caos provocados por la guerra y que vieron la creación de lo que Churchill denominó «una especie de Estados Unidos de Europa» como el único remedio a largo plazo. Este es también el espíritu que infunde la Ruta de la Liberación. La historia que conmemora es una historia de cooperación internacional. Habla de un tiempo en el que los Aliados occidentales llegaron a las playas de Normandía no para liberar unos países concretos, sino todo el continente. La liberación, nos recuerda, no la llevó a cabo una única fuerza nacional,

sino una alianza de estadounidenses, británicos, canadienses, polacos, checos, las fuerzas de la Francia libre y una docena de otras nacionalidades. Fue un auténtico modelo de cooperación internacional.

Según Daniel Libeskind, este es el verdadero mensaje que hay detrás de la Ruta de la Liberación. «Después de la liberación se creó un nuevo sentido de Europa, y un nuevo sentido de lo que significaba *estar* en Europa […]. Una unidad de perspectiva de los seres humanos respecto a la paz y hacia el pasado –y también una mirada esperanzada hacia el futuro– trajo consigo una nueva idea de lo que significa la libertad. Esto es, en esencia, lo que significa la ruta. No se trata solo de mirar hacia atrás, a lo que ocurrió, sino al regalo que Europa recibió como resultado de este conflicto».

Uno de los propósitos de cualquier monumento es no limitarse solo a conmemorar los hechos del pasado, sino transformarlos en mito. En mis conversaciones con Rémi Praud y Daniel Libeskind, ambos se refirieron a la ruta como un «peregrinaje»; Libeskind comparó incluso sus vectores con el tipo de indicadores de rutas primitivas que Ulises pudo haberse encontrado en el camino en la Antigüedad. La Ruta de la Liberación es un intento por crear un espacio mitológico en algún punto situado entre la historia y la memoria, donde las personas que hacen el camino pueden empezar a sentirse parte de algo mucho más importante que su mero entorno inmediato. Uno no necesita recorrer el camino entero para sentir una conexión emocional con la inmensa tarea que culminó en la liberación de Europa.

Este es un mensaje de esperanza y redención al que es difícil resistirse: el final feliz de la guerra es lo que hace que todo el sufrimiento y el heroísmo valgan la pena. El único problema con este tipo de mitología es que debe competir con otras mitologías creadas por grupos nacionales o locales que están más interesados en conmemorar las cosas que les hacen únicos que las cosas que tienen en común. Una comunidad que en su momento tomó parte en un triunfo local sobre los nazis puede no querer compartir esa gloria con el mundo, más amplio, de los Aliados. Una

comunidad que ha sufrido puede no querer dejar a un lado su martirio en pro de una historia de redención y renacimiento de más alcance.

La inauguración de la Ruta de la Liberación en 2020 coincide con un periodo de una tensión sin precedentes entre estas dos visiones enfrentadas del pasado. El éxito de esta monumental ruta, como el de la propia Unión Europea, dependerá de su capacidad de navegar por las procelosas aguas que median entre los valores internacionalistas que vienen apuntalando el continente desde 1945, y los relatos nacionalistas que también formaron parte de la guerra y que constituyen un elemento importante de nuestra herencia actual.

La razón por la que soy optimista sobre el futuro de este monumento en concreto es que su escala le proporciona la oportunidad de rendir homenaje a ambas visiones de la historia al mismo tiempo. De hecho, es lo suficientemente grande para incorporar todas las ideas que yo he explorado en este libro. La ruta atraviesa enclaves de heroísmo, así como de martirio y de imperdonables atrocidades. Abarca historias de triunfos locales y glorias nacionales en su narrativa global de liberación continental. Como ningún otro monumento del presente libro, tiene potencial para los matices y la diversidad.

Pero, sobre todo, está anclado en unos sólidos cimientos de datos históricos. Su larga odisea a través de un año de conflicto y 2.000 kilómetros de territorio –aunque sea mitológica– está basada en cada punto de la ruta en unos hechos históricos que tuvieron lugar en cada localización.

Los creadores de la Ruta de la Liberación se han dado cuenta de que, para que sobreviva a largo plazo, no tienen más elección que hacerla de esta manera. Los viejos monumentos, esculpidos en metal y piedra, a menudo son derribados porque pierden su relevancia para generaciones posteriores. La historia cambia, y si sus monumentos no se acompasan con esos cambios, a veces tienen que desaparecer.

Tal vez la mejor manera de evitar futuras oleadas de iconoclastia sea aceptar los matices y mantenerse lo más fiel posible a los hechos históricos. Porque los monumentos, al igual que los pueblos, siempre serán prisioneros de la historia.

Conclusión

Vivimos en una era en la que la gente cuestiona, cada vez con más frecuencia, los símbolos del pasado. Los monumentos que representan ideas ya no nos resultan tan atractivos, y los que parecen demasiado obsoletos o disonantes para las sensibilidades modernas a menudo se retiran. Yo he asistido a la retirada de algunos de estos monumentos en los últimos años –en Estados Unidos, Sudáfrica y Europa del Este– y debo confesar que, aunque entiendo las intensas emociones que los monumentos pueden suscitar a veces, y de hecho yo mismo comparto algunas de ellas, no puedo evitar lamentar su pérdida cuando desaparecen. Nuestros monumentos son documentos con valor histórico: expresan con elocuencia los valores de nuestros antepasados, tanto los positivos como los negativos. Son curiosidades con el poder de inspirar y provocar todo tipo de debates. A menudo son también grandes obras de arte, que revelan un trabajo y una imaginación asombrosos. Echar todo esto abajo en aras de la política contemporánea me parece lamentable.

Los monumentos pueden ejercer un poder opresor sobre nuestros espacios públicos; pero espero haber demostrado aquí que hay otras formas de abordar el problema sin tener que tirarlos abajo. Podemos crear contramonumentos, como los habitantes de Budapest han hecho en protesta ante los símbolos del victimismo húngaro patrocinados por su Gobierno. Podemos construir nuevos monumentos cerca del que nos ofende, como han hecho en Ámsterdam, donde el Monumento Nacional ahora representa solo una capa más dentro de un paisaje de memoria rico y lleno de matices. En el peor de los casos, podemos trasladar los monumentos que nos resultan

ofensivos a museos y parques escultóricos, para que las generaciones futuras puedan al menos ir a contemplar su mérito artístico, aunque estén en desacuerdo con su mensaje político. En el supuesto de que hayamos llegado a odiar nuestros monumentos, siempre podremos reconvertirlos en objetos de mofa. Nada socava más la solemnidad de una estatua que colocarla en un recinto rodeada de un rebaño de llamas.

Destruir monumentos no resuelve nuestra historia; simplemente la mete bajo tierra. Mientras un monumento sigue en pie, siempre tendrá que ser confrontado, debatido. De esta forma, nuestros monumentos nos obligan a rendir cuentas. Son objetos que hacen que nunca podamos olvidar nuestra deuda con la historia –o que somos esclavos de ella–.

Hasta ahora, la mayoría de los monumentos que hemos levantado en memoria de la Segunda Guerra Mundial parecen haber resistido esta oleada de iconoclastia. A diferencia de ciertos monumentos de eras anteriores, la mayoría de los erigidos en memoria de la Segunda Guerra Mundial aún se ven con mucho respeto. Esto se debe en parte a que la guerra todavía está relativamente reciente –es difícil justificar la demolición de un monumento cuando algunas de las personas a las que rinde homenaje siguen vivas–.

Sin embargo, en general, nuestros monumentos conmemorativos de la guerra han sobrevivido porque continúan contando algo importante acerca de quiénes somos –o, al menos, de quiénes nos gustaría creer que somos–. Interpelan tanto a nuestros deseos del presente como a nuestros recuerdos del pasado. Responden a una necesidad que no está siendo cubierta por el mundo contemporáneo.

En este libro he descrito cinco categorías diferentes de monumentos de guerra, cada una de las cuales sigue siendo importante para nosotros de distintas formas. Nuestros héroes ofrecen una visión de lealtad, valentía o fortaleza moral que parece escasear en nuestro día a día: así es como nos gustaría ser. Nuestros mártires nos ofrecen algo igualmente valioso: nos recuerdan sacrificios y traumas del pasado que nos han dejado marcados y que a la vez nos han hecho ser quienes somos hoy. Nuestros monstruos nos

recuerdan todo lo que debemos rechazar en la sociedad, y de lo que en un momento dado nos tuvimos que defender hasta la muerte. Nuestra visión del apocalipsis nos recuerda la inmensa destrucción que sufrimos entonces; y nuestra imagen de renacimiento celebra nuestros esfuerzos por restablecer el orden tras el caos de la guerra.

Ninguna de estas categorías existe aisladamente. Otra razón importante por la que nuestros monumentos de guerra han demostrado una solidez mayor que los de otras épocas es que estas cinco categorías de la memoria no solo se apoyan unas en otras, sino que se amplifican entre sí. La idea del apocalipsis proporciona el telón de fondo perfecto para nuestra memoria popular de la guerra como una lucha titánica por el alma de la humanidad. Nuestros héroes lo son más si cabe por contraposición a la imagen del mal absoluto contra el que lucharon; y nuestros monstruos son más monstruosos en comparación con la inocencia de los mártires a los que torturaron. Todas estas imágenes juntas dan como resultado la idea final: nuestra fe en un mundo nuevo, nacido de las cenizas del viejo. Este es el galardón que concedemos a nuestros héroes y mártires. Esto es lo que ennoblece sus sacrificios y hace que parezca que el sufrimiento ha valido la pena. Sin la resurrección, ¿qué sentido hubiera tenido todo este heroísmo?

Estas cinco ideas forman el marco mitológico que sostiene nuestra memoria colectiva de la Segunda Guerra Mundial. A escala local, nos permiten lamentar los traumas pasados sin que estos nos abatan, porque las fuerzas de las que fuimos víctimas en su día finalmente fueron derrotadas y reemplazadas por algo nuevo. A escala nacional nos permiten enorgullecernos de nuestros valores comunes que, al final, nos condujeron a la victoria. Y a un nivel internacional nos han dado fe en nuestras nuevas instituciones internacionales e inspirado esperanza en un futuro libre de la plaga de la guerra. Estas ideas forman los cimientos sobre los que está construido nuestro sistema internacional.

Pero el mero hecho de que este marco mitológico haya sido tan sólido hasta ahora no significa que lo siga siendo en el futuro. Las grietas ya están empezando a asomar. En Europa del Este han empezado a derribarse monumentos a los héroes de la guerra; es fácil desestimar el heroísmo de la

Unión Soviética cuando sus soldados llegaron no solo como liberadores, sino también como conquistadores. Las actitudes hacia los otros grandes aliados de 1945 también están comenzando a cambiar. Los británicos y los estadounidenses ya no infunden la gratitud ni el respeto de antes: otras naciones prefieren ahora erigir monumentos a sus propios héroes. Tal vez llegue un día en que los monumentos conmemorativos a héroes estadounidenses –hombres como Douglas MacArthur, con grandes defectos y grandes cualidades– también tengan que ser derribados.

Todo tipo de cambios políticos también constituyen una amenaza para nuestros monumentos a los héroes de la Segunda Guerra Mundial. Algunos de estos monumentos fueron erigidos por personas con un punto de vista político muy concreto. El Monumento al Mando de Bombarderos de Londres, por ejemplo, se construyó con un aplastante apoyo de la derecha política, mientras que el Monumento a los Caídos de Bolonia lo fue con el de la izquierda. Si el ambiente político cambia sustancialmente en cualquiera de estos lugares, ambos monumentos podrían verse como un problema. Por otra parte, dado que monumentos como el del Mando de Bombarderos fueron erigidos sin haber abordado adecuadamente las controversias del pasado, es más que posible que un día vuelvan a ser objeto de las mismas controversias.

Lo mismo que ocurre con nuestros héroes pasa con nuestros mártires y nuestros monstruos. He escrito largo y tendido sobre cómo nuestros monumentos a personas consideradas como monstruos han sido destruidos casi en su totalidad. Esto ha creado un vacío en nuestra memoria pública que se ha rellenado con algo mucho más nebuloso y difícil de destruir. No obstante, nuestra tendencia a eliminar cualquier monumento al fascismo y al estalinismo aún persiste. Puede que nunca seamos capaces de destruir el espíritu que subyace a estos monumentos, pero podemos al menos tratar de evitar que ese espíritu encuentre jamás un hogar físico.

A primera vista, los monumentos a los mártires de nuestra Segunda Guerra Mundial parecen mucho más sólidos: ¿qué Gobierno o institución se atrevería nunca a derribar un monumento al sufrimiento nacional? Pero ni siquiera estos monumentos son inmunes a las presiones de un mundo en

constante cambio. Las ruinas de Oradour-sur-Glane no pueden conservarse para siempre exactamente igual que estaban en 1945 –en algún momento se desmoronarán o tendrán que ser reforzadas e incluso reconstruidas–. El monumento a Katyn, en Jersey City, se libró de la reubicación en 2018, pero ¿quién dice que las presiones comerciales que lo amenazaron no llegarán a ser irresistibles un día?

Como nuestros monumentos a los héroes, nuestros monumentos a los mártires pueden ser vulnerables a las consideraciones políticas. Por ejemplo, la estatua a la «mujer de solaz» de Seúl fue erigida en parte como un símbolo del sentimiento antijaponés, motivo por el que los japoneses reclaman su retirada desde entonces. Si sus esfuerzos diplomáticos llegan a fructificar en algún momento, o si se inicia una nueva era de amistad entre ambos países alguna vez, cabe pensar que esta estatua podría ser demolida. En Budapest, donde se cuestiona vehementemente el estatus de Hungría como víctima de los alemanes, siempre ha existido una fuerte y viva oposición a su monumento al martirio nacional.

Quizás los más vulnerables de todos sean nuestros monumentos al renacimiento de 1945. Aquí, la amenaza más importante es la desilusión. El nuevo mundo feliz que parecía estar al alcance tras la Segunda Guerra Mundial nunca llegó a materializarse de la forma en que ciudadanos del mundo entero esperaban que lo haría. ¿Qué pasó con el puerto seguro y a salvo de todo que Yad Vashem prometía a los judíos? ¿Qué ocurrió con la imagen de paz y armonía mundial prometida por el mural de Per Krohg que preside el salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, o con la idea de reconciliación que preconizaba la Cruz de Clavos de la catedral de Coventry? ¿Por qué deberíamos conmemorar un renacimiento que en realidad nunca tuvo lugar? La mayoría de estos monumentos son bastante inofensivos y no parece probable que los derriben; pero, aunque permanezcan en pie, nada garantiza que la gente continúe yendo a visitarlos.

Una vez más, los cambios en la atmósfera política también pueden representar una amenaza para estos monumentos, incluso para aquellos que parecen relativamente inocuos. Algunos fueron construidos por

instituciones internacionales como las Naciones Unidas o la Unión Europea, y esto podría acabar siendo su perdición. Los nacionalistas siempre se han mostrado suspicaces con estas instituciones. En Europa especialmente, los políticos nacionalistas ahan llegado a considerar a la Unión Europea como una amenaza para su propia soberanía. Esta es la razón por la que el primer monumento transnacional del continente, la Ruta de la Liberación de Europa, trata de evitar cualquier conexión clara con la propia institución que la financia y respalda. En lugar de ello, se afana por incorporar historias nacionalistas a su mensaje de cooperación y unidad. Cualquier monumento que no lo haga así, será siempre vulnerable al sentimiento nacionalista.

Pese a estas amenazas, nuestros monumentos conmemorativos de la Segunda Guerra Mundial continúan multiplicándose. Casi un tercio de los monumentos descritos en este libro fueron creados a partir de 2000, y cada año se inauguran más. Nuestra fascinación por la guerra parece ir aumentando, en vez de disminuir.

Mientras escribo estas líneas, solo en Gran Bretaña están en proyecto varios monumentos conmemorativos. Un nuevo gran memorial y museo del Holocausto tiene prevista su inauguración para 2021 en el centro de Londres, junto al Palacio de Westminster. También se están llevando a cabo campañas para erigir nuevos monumentos en Liverpool (a los marinos que murieron durante la guerra del Atlántico), en Staffordshire (al personal militar caribeño que luchó en la guerra) y otro más en Londres (a los sijs que combatieron por Gran Bretaña durante la guerra). En otros países también se están levantando monumentos. Por ejemplo, se va a construir un importante monumento conmemorativo del Holocausto en la capital de Croacia, Zagreb; y en Alemania hay en marcha una campaña para construir en Berlín uno nuevo en memoria de las víctimas polacas de la guerra.

Si la historia es la base de nuestra identidad, entonces *esta* historia parece definirnos más que ninguna otra. La Segunda Guerra Mundial es la pantalla en la que nos gusta proyectar todos nuestros sentimientos

nacionales. Nuestros monumentos son las imágenes que aparecen en esa pantalla.

Lo que ocurrirá con estos monumentos en años futuros es algo que nadie puede saber. Los construimos con granito y bronce porque esperábamos que duraran para siempre. Pero, en realidad, solo los monumentos que tienen la capacidad de cambiar con los tiempos sobrevivirán, porque la historia y la memoria tienen la costumbre de evolucionar de formas absolutamente impredecibles.

Bibliografía

La mayor parte de la información de este libro ha sido recopilada a partir de visitas a los propios monumentos, museos y centros de información asociados con ellos.

Sobre las actuales controversias que rodean a estos monumentos, he consultado una amplia variedad de periódicos y páginas web, demasiado numerosa para citarla aquí. Por ejemplo, las protestas de 2018 sobre el Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn de Jersey City apareció en los titulares de varios periódicos norteamericanos y polacos, recibió una cobertura más detallada en el *Jersey Journal* y su página web, www.nj.com, así como otra más apasionada y humorística en la página web de la comunidad, http://jclist.com. Asimismo, la historia del Monumento a los Cuatro Durmientes de Varsovia fue comentada en los periódicos tanto de Polonia como de Rusia, especialmente en la *Gazeta Wyborcza* de Varsovia. Las controversias en relación con el Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana de Budapest recibieron una exhaustiva cobertura por parte de la prensa internacional, pero la trayectoria de su contramonumento, el Memorial Vivo, puede seguirse en tiempo real en su página de Facebook, https://facebook.com/groups/elevenemlekmu.

La bibliografía que presento a continuación solamente recoge, por tanto, obras con una cantidad sustancial de material sobre los monumentos recogidos en este libro, o cuya lectura podría resultar útil para los lectores que quieran profundizar más.

ARTÍCULOS DE PRENSA Y TESIS

CANT, Katrin van, «Historical Memory in Post-Communist Polonia: Warsaw's Monuments after 1989», disponible en la página web del Departamento de Lenguas Eslavas de la Universidad de Pittsburgh: https://www.pitt.edu/~slavic/sisc/SISC8/docs/vancant.pdf.

CHIN, Sharon; FRANKE, Fabian, y HALPERN, Sheri, «A Self-Serving Admission of Guilt: An Examination of the Intentions and Effects of Germany's Memorial to the Murdered Jews of Europe», disponible en línea: https://www.humanityinaction.org/knowledgebase/225-a-self-serving-admission-of-guilt-an-examination-of-the-intentions-and-effects-of-Germany-s-memorial-to-the-murdered-jews-of-europe.

CLARK, Benjamin, «Memory in Ruins: Remembering War in the Ruins of Coventry Cathedral», tesis de máster (21 de septiembre de 2015), Bartlett School of Architecture, University College,

Londres.
ELLICK, Adam B., «A Home for the Vilified», *World Sculpture News* (otoño de 2001), pp. 24-29.
GLAMBEK, Ingeborg, «The Council Chambers in the UN Building in New York», *Scandinavian Journal of Design History*, vol. 15 (2005), pp. 8-39.
KUMAGAI, Naoko, «The Background to the Japan-Republic of Korea Agreement: Compromises Concerning the Understanding of the Comfort Women Issue», *Asia- Pacific Review*, vol. 23, nº 1 (2016), pp. 65-99.
KIM, Mikyoung, «Memorializing Comfort Women: Memory and Human Rights in Korea-Japan Relations», *Asian Politics and Policy*, vol. 6, nº 1 (2014).
OKUDA, Hiroko, «Remembering the Atomic Bombing of Hiroshima and Nagasaki: Collective memory of post-war Japan», *Acta Orientalia Vilnensia*, vol. 12, nº 1 (2011), pp. 11-28.
PETILLO, Carol M., «Douglas MacArthur and Manuel Quezon: A Note on an Imperial Bond», *Pacific Historical Review*, vol. 48, nº 1, febrero de 1979.
VARGA, Aniko, «National Bodies: The "Comfort Women" Discourse and Its controversies in South Korea», *Studies in Ethnicity and Nationalism*, vol. 9, nº 2 (2009).
YOSHINOBU, Higurashi, «Yasukuni and the Enshrinement of War Criminals», 11 de agosto de 2013; traducción inglesa de 25 de noviembre de 2013 disponible en línea: https://www.nippon.com/en/in-depth/a02404/.
Yad Vashem, publicación trimestral, especialmente números 31 (otoño de 2003) y 37 (primavera de 2005).

PÁGINAS WEB ÚTILES

http://auschwitz.org/en
http://parridigit.istitutoparri.eu
http://www.comune.bologna.it
www.nj.com
http://www.museodellaresistenzadibologna.it
http://www.straginazifasciste.it
https://facebook.com/groups/elevenemlekmu
https://liberationroute.com
https://www.4en5mei.nl
https://www.bibliotecasalaborsa.it
https://www.gedenkstaetten-in-hamburg.de
www.yadvashem.org
https://www.medprostor.si/en/projects/project-victims-of-all-warsmemorial
https://www.oradour.info
www.stiftung-denkmal.de
https://www.storiaememoriadibologna.it

https://www.topographie.de

LIBROS GENERALES SOBRE MEMORIA COLECTIVA

BEVERNAGE, Berber, y WOUTERS, Nico (eds.), *Palgrave Handbook of State Sponsored History After 1945*, Palgrave Macmillan, 2018.

HALBWACHS, Maurice, *On Collective Memory*, University of Chicago Press, 1992 [ed. española: *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004].

MROZIK, Agnieszka, y HOLUBEK, Stanislav (eds.), *Historical Memory of Central and East European Communism*, Routledge, 2018.

NORA, Pierre (ed.), *Realms of Memory: Rethinking the French Past*, Columbia University Press, 1996.

WINTER, Jay, *War Beyond Words: Languages of Remembrance from the Great War to the Present*, Cambridge University Press, 2017.

YANG, Daqing, y MOCHIZUKI, Mike (eds.), *Memory, Identity, and Commemorations of World War II: Anniversary Politics in Asia Pacific*, Lexington Books, 2018.

LIBROS SOBRE ASPECTOS CONCRETOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

BEEVOR, Antony, *The Second Word War*, Weidenfeld y Nicolson, 2012 [ed. española: *La Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Pasado y Presente, 2014].

BURUMA, Ian, *Wages of Guilt*, Farrar, Straus & Giroux, 1994 [ed. española: *El precio de la culpa*, Barcelona, Duomo, 2011].

CONSTANTINO, Renato, y CONSTANTINO, Letizia R., *The Philippines: The Continuing Past*, Foundation for Nationalist Studies, 1978.

DOWER, John W., *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Pantheon, 1986.

—*Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*, WW Norton, 2000.

DUGGAN, Christopher, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italia*, Bodley Head, 2012.

FARMER, Sarah, *Martyred Village*, University of California Press, 2000.

FRIEDLÄNDER, Saul, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews 1939-1945*, Weidenfeld y Nicolson, 2007 [ed. española: *El Tercer Reich y los judíos. Los años del exterminio (1939-1945)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009].

HAM, Paul, *Hiroshima Nagasaki*, Doubleday, 2011.

HASTINGS, Max, *All Hell Let Loose*, HarperCollins, 2011 [ed. española: *Se desataron todos los infiernos. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2013].

HIBBERT, Christopher, *Mussolini: The Rise and Fall of Il Duce*, Palgrave Macmillan, 2008.

HONDIUS, Dienke, *Return: Holocaust Survivors and Dutch Anti-Semitism*, Praeger, 2003.

INMAN, Nick, y STAINES, Joe, *Travel the Liberation Route Europe*, Rough Guides, 2019.

JAGER, Sheila Miyoshi, *Brothers at War: The Unending Conflict in Korea*, WW Norton, 2013.

KENNEDY, Paul, *The Parliament of Man*, Allen Lane, 2006 [ed. española*: El Parlamento de la humanidad. La historia de las Naciones Unidas*, Barcelona, Debate, 2007].

KERSHAW, Ian, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Allen Lane, 2000 [ed. española: *Hitler, 1936-1945*, Barcelona, Península, 2007].

LANDSTRA, Menno, y SPRUIJT, Desmond, *Het Nationaal Monument op de Dam*, Landstra y Spruijt, 1998.

LOWE, Keith, *Inferno: The Devastation of Hamburg, 1943*, Viking, 2006.

—*Savage Continent: Europe in the Aftermath of World War II*, Viking, 2012 [ed. española: *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015].

—*The Fear and the Freedom*, Viking, 2017 [ed. española: *El miedo y la libertad. Cómo nos cambió la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017].

MACARTHUR, Douglas, *A Soldier Speaks*, Praeger, 1965.

MANCHESTER, William, *American Caesar: Douglas MacArthur 1880-1964*, Hutchinson, 1979.

MAZOWER, Mark, *The Balkans*, Weidenfeld & Nicolson, 2000 [ed. española: *Los Balcanes*, Barcelona, Random House, 2001].

MCCALLUS, Joseph P., *The MacArthur Highway and Other Relics of American Empire in the Philippines*, Potomac Books, 2010.

MILZA, Pierre, *Gli ultimi giorni di Mussolini*, Longanesi, 2011 [ed. española: *Los últimos días de Mussolini*, Buenos Aires, El Ateneo, 2014].

MORGAN, Philip, *The Fall of Mussolini*, Oxford University Press, 2007.

MOSELEY, Ray, *Mussolini: The Last 600 Days*, Taylor Trade, 2004.

PAVLOWITCH, Stefan K., *Hitler's New Disorder: The Second World War in Yugoslavia*, Hurst & Co., 2008.

REEP, Edward, *A Combat Artist in World War II*, University Press of Kentucky, 1987.

ROBERTS, Andrew, *The Storm of War*, Allen Lane, 2009 [ed. española: *La tormenta de la guerra*, Madrid, Siglo XXI, 2012].

TAYLOR, Frederick, *Coventry*, Bloomsbury, 2015.

TOMASEVICH, Jozo, *War and Revolution in Yugoslavia*, Stanford University Press, 2001.

VINOGRADOV, V. K., POGONYI, J. F., y TEPTZOV, N. V., *Hitler's Death: Rusia's Last Great Secret from the Files of the KGB*, Chaucer Press, 2005.

YOSHIAKI, Yoshimi, *Comfort Women*, Columbia University Press, 2002.

XIANWEN, Zhang, y JIANJUN, Zhang (eds.), *Human Memory: Solid Evidence of the Nankin Massacre*, Nankín, 2017.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la ayuda y el apoyo de todas las instituciones mencionadas en el texto, cuyo entregado y experto personal me prestó en todos los casos su colaboración. Algunos de ellos, sin embargo, fueron más allá de su cometido a fin de ayudarme y merecen mi más profunda gratitud; entre ellos se cuentan: Enrico Cavalieri; Luca Pastore, del Instituto Parri; Otelo Sangiorgi, del Museo Risorgimento; Máthé Áron, del Comité para la Memoria Nacional, en Budapest; Rémi Praud, de la Ruta de la Liberación de Europa, y el arquitecto Daniel Libeskind.

La hospitalidad de la que fui objeto en mis diversos viajes a China y Japón fue verdaderamente increíble. Debo una gratitud especial a mi amigo y traductor Hans Lu y a mi editor chino, Dong Fengyun; así como a Zou Dehuai, Liu Xiaoping, Wang Hao y Tang Kai, que me mostraron Nankín con una infinita paciencia. También estoy sumamente agradecido a Xue Gang, subdirector del Museo Privado de la Guerra Antijaponesa en Nankín; y a Zhang Jianjun, director del Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín. Jarl y Tomoko Smidt-Olsen fueron extremadamente generosos alojándome durante mis viajes; y mis agentes japoneses, Atsushi Hori y Tsutomu Yawata, también fueron espléndidos anfitriones en Tokio.

Como siempre, tengo que dar las gracias a mi magnífico agente durante los últimos veinte años, Simon Trewin; a mi agente en Estados Unidos, Jay Mandel; y a mis principales editores, Arabella Pike y Michael Flamini, que me ayudaron a dar forma al libro. También me gustaría expresar mi agradecimiento al revisor de mi texto, Steve Gove, así como a Katy Archer, Jo Thompson y todo el personal de HarperCollins que ha contribuido a la realización de este libro.

Pero, por encima de todo, mi mayor agradecimiento es para mi esposa, Liza, que es también mi mejor amiga y más dura crítica, y quien tuvo que soportar mis largas ausencias durante mis viajes al extranjero para esta investigación. Sin ella, este libro, y muchas otras cosas, hace tiempo que se habrían frustrado.

Procedencia de las ilustraciones

La mayoría de las fotografías de este libro pertenecen a la colección personal del autor; agradezco la autorización para la reproducción del resto a las siguientes fuentes:

1. Monumento de los Cuatro Durmientes – Cezary Piwowarski/Wikimedia Commons CC BY-SA 4.0
2. Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina – Idawriter/Wikimedia Commons CC BY-SA 3.0
3. Monumento conmemorativo del desembarco de Douglas MacArthur – Jelpads/ Wikimedia Commons CC BY-SA 4.0
4. *He vuelto* – Gaetano Faillace/US Army Signal Corps (NARA ID 531424)
5. El «santuario original», 1945 – Edo Ansaloni/Museo Memoriale della Libertà
6. Monumento Nacional en 1958 – Harry Pot/Anefo/Nationaal Archief, Ámsterdam
7. Estatua de la Paz, Corea del Sur – Yun-Ho Lee/Wikimedia Commons CC0 1.0
8. Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn, Jersey City – Colin Knowles/ Wikimedia Commons CC BY-SA 2.0
9. Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana – Abel Tumik/Shutterstock
10. Memorial Vivo (contramonumento), 20 de julio de 2014 – Dina Balogh/Eleven Emlékmű
11. Auschwitz-Birkenau – Logaritmo/Wikimedia Commons CC BY-SA 3.0
12. Tumba de Mussolini – Sailko/Wikimedia Commons CC BY-SA 3.0
13. Oradour-sur-Glane – Alf van Beem/Wikimedia Commons CC0 1.0
14. Cruz de Clavos, p. 307 – Fotografía con permiso de la catedral de Coventry
15. Senda de la Ruta de la liberación de Europa y 16. Diseño hipotético del Vector de la Ruta de la Liberación de Europa – Studio Libeskind

Se ha tratado por todos los medios de obtener el permiso para reproducir estas fotos. Cualquier omisión o inexactitud al respecto que se comunique al autor o editor será corregida en posteriores ediciones.